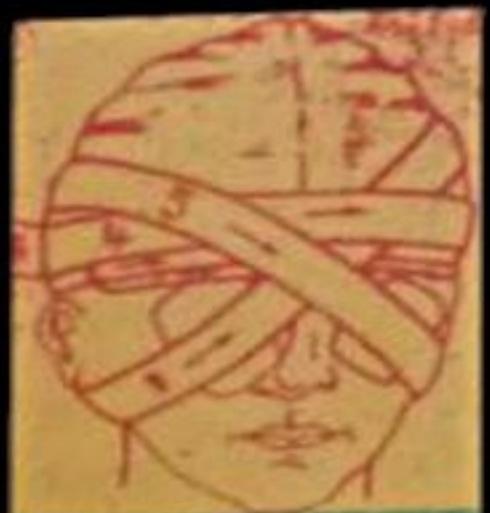


Jeffrey Ford



# La Fisiognomía



Lectulandia

En la tierra de la Ciudad Bien Construida, la forma del cuerpo y de la cara determinan el carácter de hombres y mujeres, descubren los más ocultos de los secretos, y hasta predicen el futuro. En manos de un experto como el fisiognomista Class Cley, la fisiognomía imparte justicia, edifica o destruye fortunas, y hace o deshace destinos. Cuando Drachton Below, Amo de la Ciudad Bien Construida, envía a Cley a una lejana región fronteriza para que esclarezca el robo de una fruta maravillosa que puede otorgar la inmortalidad, el fisiognomista descubre el amor y también la arbitrariedad de la fisiognomía. El resultado de estas revelaciones es un tiempo de horror y destrucción; el mundo de los privilegios se disuelve en una odisea de pesadilla.

Lectulandia

Jeffrey Ford

# La fisiognomía

La Ciudad Bien Construida 1

ePub r1.0

Titivillus 24.11.2018

Título original: *The Physiognomy*  
Jeffrey Ford, 1997  
Traducción: Cristina Pagès

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para Lynn, Jackson y Derek,  
mis guías hacia el paraíso terrenal.

Salí de la Ciudad Bien Construida un día de otoño, a las cuatro en punto de la tarde. El cielo estaba oscuro y el viento soplaba cuando el carruaje se detuvo frente a mis aposentos. Los caballos se encabritaron ante una ráfaga especialmente fiera, y mis papeles, los que describían el caso que el propio Amo, Drachton Below, me había asignado hacía apenas una hora, casi se me escaparon de las manos. El cochero me abrió la puerta. Era un tipo porcino de dientes podridos; con una sola mirada a los ojos hundidos y las cejas espesas lo supe propenso a la ensoñación y a la masturbación.

—Al territorio —gritó por encima del viento, escupiendo las palabras en las solapas de mi abrigo. Asentí con la cabeza y subí.

Al cabo de unos minutos corríamos por las calles de la ciudad, rumbo a la puerta mayor. Al ver mi carruaje, los transeúntes levantaban un dedo, el extraño saludo que había brotado recientemente del corazón del populacho. Pensé en corresponder saludando con la mano, pero me encontraba demasiado ocupado tratando de leer las pistas que me proporcionaban sus fisonomías.

Tras tantos años de abrir al máximo los calibradores, buscando el «alma» a flor de piel, hasta la visión fugaz de una cara podía hacer estallar mi asombro. Para mí una nariz constituía una épica; un labio, una obra dramática, y una oreja, una historia de la caída de la humanidad, historia de múltiples volúmenes. Un ojo era toda una vida, y los míos pensaban por mí en tanto avanzaba en la noche más larga sin que el cretino del cochero diera descanso a los caballos, a través de puertos de montaña, por terrenos rocosos en los cuales los caminos habían desaparecido. Con ayuda del último invento del Amo, una luz química de brillo anaranjado, repasé los detalles del manuscrito oficial. Me encaminaba a Anamasobia, una ciudad minera del territorio septentrional en el último puesto fronterizo del reino.

Releí el caso tantas veces que al fin las palabras ya no tenían ningún significado. Pulí mis instrumentos hasta verme en las puntas afiladas. Miré hacia el lago iluminado por la luna y hacia bosques de árboles retorcidos, hacia manadas de extraños animales que huían, asustados por el carruaje. Cuando la luz del Amo empezó a apagarse, me preparé una inyección de belleza pura y me clavé la aguja en el brazo.

Empecé a brillar mientras se apagaba la luz del Amo y en el ojo de mi mente se presentó una imagen del manuscrito: una fruta blanca que había crecido en el Paraíso Terrenal, decían, y a la que atribuían toda clase de poderes sobrenaturales. Durante muchos años yació bajo un cristal en el altar de la iglesia de Anamasobia sin pudrirse nunca, siempre en el punto perfecto de madurez.

Años antes, los mineros que trabajaban las vetas de espiro debajo del monte Gronus habían roto una pared y se adentraron en una espaciosa cámara natural que contenía un estanque; allí encontraron la fruta en la mano arrugada de un anciano momificado. El relato del descubrimiento despertó por un tiempo la curiosidad de la Ciudad Bien Construida, pero la mayoría lo consideraba un cuento de demencia primitiva inventado por idiotas.

Cuando el Amo me asignó la misión rió a carcajadas y me recordó los comentarios despectivos que sobre sus rasgos faciales yo le había murmurado a mi almohada tres años antes. Lo miré, desconcertado por su omnisciencia, mientras se inyectaba belleza pura en el cuello. En cuanto el émbolo impulsó el líquido violeta en la vena abultada, una sonrisa le asomó a los labios. Extrajo la aguja y dijo escuetamente:

—No leo, escucho.

Mordí la fruta blanca y algo salió volando de ella; aleteó en el interior del carruaje y se enredó en mi cabello. Luego desapareció y el Amo, Drachton Below, estaba sentado delante de mí.

—Al territorio —dijo y me ofreció un cigarrillo.

Vestía de negro, con un fular negro de mujer atado a la cabeza; unos toques de colorete y de delineador de ojos le acentuaban esas porciones de la fisonomía que años antes me habían revelado una maliciosa arrogancia. Acabó por desarmarse, como un rompecabezas, y me adormeció.

Soñé que el carruaje se detenía en una yerma meseta azotada por el viento desde la que se divisaba una borrosa línea de montañas distantes recortadas contra la luz de la luna. La temperatura había caído considerablemente. Al salir de golpe de mi compartimiento, exigiendo saber la razón del retraso, mis palabras brotaron en forma de vapor. La absoluta claridad, la multitud de estrellas me dejaron atónito. Observé al cochero que se alejaba unos metros del carruaje y dibujaba con la punta de la bota un círculo a su alrededor. Se detuvo en medio y murmuró algo a las montañas. Mientras me acercaba a él, se bajó la bragueta y orinó.

—¿Qué tonterías son éstas? —preguntó.

Me miró por encima del hombro.

—Una llamada de la naturaleza, señorita.

—No..., me refiero al círculo y a las palabras.

—Es algo sin importancia.

—Explícamelo —dije.

Acabó, se subió la bragueta y se volvió hacia mí.

—Oiga, no creo que sepa usted dónde estamos.

En ese instante, algo en los llamativos lóbulos de sus orejas me hizo pensar que quizá el Amo había preparado la excursión con el fin de deshacerse de mí por culpa de mis indiscreciones susurradas.

—¿Qué quieres decir?

El cochero se acercó a mí con la mano alzada; sentí que yo empezaba a encogerme, pero él la posó ligeramente sobre mi hombro.

—Si ha de sentirse mejor, puede darme un puntapié. —Se inclinó delante de mí, se subió los largos faldones y me presentó un blanco perfecto.

Di un puntapié al asiento frente a mí y desperté en el interior del carruaje. Nada más abrir los ojos me di cuenta de que habíamos dejado de movernos y que la mañana había llegado, por fin. Fuera, a mi izquierda, vi a un hombre de pie, esperando, y detrás de él una ciudad primitiva construida enteramente de madera. Sobre la ciudad se cernía lo que tomé por el monte Gronus, inagotable fuente de espira azul, el mineral que alimentaba los hornos y los motores de la Ciudad Bien Construida.

Antes de reunir mis cosas, estudié al desconocido. Cráneo derivativo del equino, ojos muy separados, mandíbula maciza... un político de buen corazón y absolutamente ineficaz. Como me pareció digno de confianza, me dispuse a saludarlo. Abrí la puerta. Él dejó de silbar y avanzó hacia mí.

—Bien venido a Anamasobia —dijo y me tendió una mano enguantada. Una barbilla insistente contrarrestaba su obesidad, y la generosidad de los carrillos anulaba la oclusión de los incisivos superiores. Le estreché la mano.

—Soy el alcalde Bataldo —dijo.

—Y yo, el fisiognomista Cley —repliqué.

—Es un gran honor.

—Tengo entendido que tienen problemas.

—Señoría —dijo a punto de llorar—, hay un ladrón en Anamasobia.

Recogió mi maleta y anduvimos juntos por un sendero de tierra batida, la única calle de la ciudad.

Mientras andábamos describía la belleza y la utilidad de los edificios que me señalaba. Puso mi cortesía a prueba con pintorescos detalles de la historia local. Vi el ayuntamiento, el banco, la taberna, todos contruidos con una astillada madera gris y tejados de pizarra. Algunos, como el teatro, eran bastante grandes y decorados de un modo sumamente basto. En algunos tablonos las gentes habían dibujado rostros, animales, rayos y cruces. En la pared sur del banco habían grabado sus propios nombres, cosa que al alcalde le hacía mucha gracia.

—Me cuesta creer que viva usted aquí —comenté haciendo gala de una pizca de simpatía.

—Dios sabe que somos unas bestias, señoría —agitó despacio la cabeza—, pero también somos muy buenos mineros de espira azul.

—Sí, eso está muy bien, pero en una ocasión, en una exposición de la Sala de la Ciencia de la Ciudad Bien Construida, vi un mono escribir quinientas veces las palabras «no soy un mono», en un pergamino, con una pluma. Cada línea estaba hecha con la más magnífica de las caligrafías.

—Un milagro.

Me llevó a una lastimosa vivienda de cuatro plantas en el centro, llamada Hotel de Skree.

—He reservado el tercer piso entero para usted. Guardé silencio.

—El servicio es estupendo —añadió el alcalde—. El estofado de cremat es delicioso y todas las bebidas van a cuenta de la casa.

—Cremat —dije entre dientes, pero en eso se quedó mi comentario, pues desde la izquierda de la calle se acercaba a nosotros un hombre azul. Bataldo advirtió que yo miraba al pobre diablo tambaleante y lo saludó con la mano. El anciano levantó la suya, pero no lo miró. Tenía la piel del color de un cielo despejado—. ¿Qué clase de atrocidad es ésta? —pregunté.

—Los viejos mineros han vivido tanto tiempo entre el polvo de espira que se convierten en él y acaban por endurecerse del todo. Si la familia del hombre es pobre, lo vende como espira al reino por la mitad de lo que obtendría con una muestra de espira pura del mismo peso. Si la familia es acaudalada, lo registra como «héroe endurecido» y lo deja a perpetuidad en alguna calle o plaza pública, donde permanece como un monumento al valor personal y como ejemplo para los jóvenes.

—Una barbaridad.

—La mayoría no llega a la vejez —explicó el alcalde—. Derrumbamientos, gases venenosos, caídas en la oscuridad, locura... Al señor Beaton —indicó al hombre azul— lo encontraremos por ahí la semana que viene, inmóvil y tan pesado como una losa.

El alcalde me acompañó al vestíbulo del hotel e informó a la gerencia que yo había llegado. Siguieron las habituales cortesías. La pareja de ancianos que presidía la empobrecida elegancia del Skree, el señor y la señora Mantakis, constituían, cada uno a su manera, un ejemplo clásico de fallos fisiognómicos. La naturaleza se había desmandado con el desarrollo del cráneo del anciano: lo había dejado casi tan largo como mi antebrazo y demasiado estrecho para poder albergar una verdadera inteligencia. Advertí, cuando me besó el anillo, que no podía esperar mucho de él. Puesto que no acostumbraba apalea a los perros, por así decirlo, le dirigí mi mejor sonrisa y un asentimiento de cabeza aprobador. La cabeza puntiaguda y los dedos afilados de la señora, en cambio, mostraban tendencias dignas del hurón y supe que tendría que comprobar las sumas y restas cada vez que lleváramos a cabo una transacción monetaria. El hotel mismo, con sus alfombras deshilachadas y su araña rota, desprendía una rabia gris y languidescente.

—¿Tiene alguna orden especial, señoría? —preguntó el señor Mantakis.

—Un baño de agua helada al amanecer. Y silencio total a fin de meditar sobre lo que descubra.

—Esperamos que su estancia sea... —empezó a decir la anciana, mas la interrumpí con un ademán y le pedí que me llevaran a mi habitación.

El señor Mantakis tomó mi maleta y me guió hacia la escalera. El alcalde anunció que a las cuatro enviaría alguien a buscarme.

—Una reunión para darle la bienvenida oficial, señor —me gritó.

—Como guste —respondí, subiendo por la desvencijada escalera.

Mis aposentos resultaron bastante espaciosos: dos amplias habitaciones, una de las cuales haría las veces de alcoba; la otra, amueblada con escritorio, mesa de pruebas y sofá, sería mi despacho. El suelo crujía, la brisa otoñal del territorio septentrional se colaba por las ventanas mal calafateadas, y el papel tapiz —a rayas verdes verticales y una especie indefinida de flor rosa— hacía pensar en carnavales.

En el dormitorio me dejó estupefacto la presencia de uno de los endurecidos héroes que el alcalde me había mencionado: en un rincón, ligeramente inclinado hacia adelante, un anciano con mono de minero sostenía un largo espejo ovalado.

—Es mi hermano Arden —explicó Mantakis al dejar mi maleta sobre la cama—. No tuve el valor de enviarlo a la ciudad como combustible.

—¿Qué sabe de la fruta del Paraíso Terrenal? —le pregunté cuando salía.

—Arden estaba allí cuando la encontraron, unos diez años atrás —contestó con la cadencia arrastrada del lento de entendederas—. Era de un blanco puro y parecía una pera madura que daba ganas de morderla —explicó, enseñándome unos dientes amarillentos y torcidos—. El padre Garland dijo que no debíamos comerla, que nos haría inmortales y que esto va contra la voluntad de Dios.

—¿Y usted se traga esa necedad?

—¿Señor? —dijo, pues no había comprendido mi pregunta.

—¿Cree usted en eso?

—Creo cualquier cosa que usted crea, señorita —declaró, y salió de la habitación andando hacia atrás.

Estudié mi reflejo en el espejo sostenido por el petrificado Arden y reflexioné sobre el enfoque que daría al caso. El Amo me había desterrado al territorio para castigarme, cierto, pero no por esto iba a actuar con torpeza. Si eludía mis responsabilidades, él se enteraría inmediatamente y me mandaría ejecutar o me enviaría a un campo de trabajo.

Mi posición de fisiognomista de primera clase no era una a la que cualquiera pudiera acceder en menos de quince años. Había llevado a cabo, una y otra vez, investigaciones fisiognómicas sumamente sutiles. ¿Quién descubrió la identidad del hombre lobo latrobiano en la niña de seis años, cuando la bestia asoló las ciudades en las afueras del muro circular? ¿Quién señaló que el coronel Rasuka era un revolucionario en potencia, evitando así un golpe contra el Amo años antes de que el propio perpetrador supiera de lo que era capaz? Muchos, incluyendo Drachton Below, habían dicho que yo era el mejor, y no pensaba mancillar mi reputación, por muy trivial que fuese el caso ni por muy lejos que se encontrara el lugar del crimen.

Éste era obviamente un caso para un recién graduado que no puede evitar lastimarse con sus propios instrumentos. Las ramificaciones religiosas del asunto me molestaban sobremanera. Recordé mis súplicas al Amo para que suprimiera cualquier clase de religión. La práctica se había erradicado en la Ciudad, sustituida por la devoción al dinero, nacida, al parecer, del deseo del pueblo de compartir una forma única de omnisciencia. En los territorios, no obstante, todavía dominaban los iconos sin vida.

—Déjales tener su propia porquería —me había respondido el Amo.

—Es una corrupción de la naturaleza —argumenté.

—Me importa un bledo. Yo mismo soy una corrupción de la naturaleza. La religión tiene que ver con el miedo y los milagros son monstruos. —Alargó el brazo y con un grácil movimiento de la mano sacó un huevo de ganso de detrás de mi oreja. Cuando lo rompió en el borde del escritorio, un grillo saltó del cascarón—. ¿Lo entiendes ahora? —preguntó.

Fue entonces cuando reparé en la línea continua de sus cejas y en las pequeñas matas de pelos de primate que le adornaban los nudillos.

La belleza pura recorría mi sistema, transformaba lo inefable en figuras, susurros, aromas. En el espejo, detrás de mi imagen, vi un jardín de rosas blancas, setos vivos y enredaderas de maravillas, que se fundían, gota a gota, en un panorama de la Ciudad. Los campanarios de cromo, las cúpulas de cristal, las torres y las almenas relucían a la luz de una región mental más acogedora. Mi mente empezó a girar y acabó por asentarse en el monótono entorno de mi habitación en el hotel Skree.

Por un momento pensé que la droga me había hecho una de sus malas pasadas, que había comprimido la habitual alucinación de dos horas transformándola en escasos minutos, pero no era así, pues detrás de mí, mirando por encima de mi hombro, estaba el profesor Flock, mi viejo mentor de la Academia de Fisiognomía.

Se le veía bastante ágil, teniendo en cuenta que había muerto hacía ya diez años, y conservaba una expresión de afabilidad, aunque gracias a mi acusación lo habían mandado al más severo de los campos de trabajo, a las minas de azufre en el extremo meridional del reino.

—Profesor. —No me volví; le hablé mirándolo en el espejo—. Es un placer, como siempre.

Vestido de blanco, como acostumbraba vestir en la academia, se acercó más a mí y me puso una mano en el hombro. Sentí su peso como si fuese real.

—Cley, me mandaste a la muerte, ¿y ahora me mandas llamar de nuevo?

—Lo siento —contesté—, pero el Amo no toleraba que enseñara usted la tolerancia.

Flock asintió con la cabeza y sonrió.

—Fue una tontería. Ahora te agradezco que hayas erradicado de la sociedad mis peregrinas ideas.

—¿No está usted resentido conmigo?

—Claro que no. Merecía ser cocido como un trozo de jamón y asfixiado con los vapores del azufre.

—Tanto mejor entonces. ¿Cómo he de proceder en este caso?

—La duodécima Maniobra. Anamasobia es un sistema cerrado. Límitate a leer cada sujeto de la ciudad, revisa tus resultados y busca a aquél cuyas facciones revelen una tendencia hacia el latrocinio y hacia la dependencia religiosocótica de lo milagroso.

—¿Cómo se revelará esto último?

—En forma de imperfección, una mancha de nacimiento, una verruga, un lunar del que crece un pelo negro excesivamente largo.

—Eso sospechaba.

—Y, Cley —añadió mientras empezaba a desvanecerse—, no olvides llevar a cabo exámenes minuciosos del cuerpo, no dejes piedra sin remover ni oscura grieta sin examinar.

—Naturalmente.

Me acosté en la cama y contemplé la ilusión de Arden que se movía lentamente en el otro extremo de la habitación; el espejo que tenía en las manos se convirtió de pronto en una catarata. Lejos, los Mantakis emitían gritos de lujuria o de violencia, y recordé mi último encuentro romántico.

Una noche, hacía unos meses, después de trabajar en el caso de Grulig, un horripilante homicidio en el que degollaron al ministro de Finanzas, decidí detenerme a tomar un refrigerio en la Cima de la Ciudad. En el ascensor de cristal ascendí los

sesenta pisos que me separaban del tejado y allí, debajo de un techo de vidrio, había un bar con mesas y sillas, una mujer que tocaba el arpa y una vista crepuscular de lo que parecía el mundo entero.

Me acerqué a una muchacha atractiva sentada sola a una mesa junto a la ventana y le dije que la invitaba a un trago. No recuerdo el nombre ni las facciones que tenía, mas sí cierto aroma... no un perfume, sino más bien algo como un efluvio de melón maduro. Me habló de sus padres y de un problema que les preocupaba, de sus años de niñez, y luego, cuando ya no aguanté tener que seguir escuchando tanta insignificancia, le ofrecí cincuenta belows para que fuera conmigo al parque, en carruaje.

De camino le preparé un cóctel, y cuando no miraba, añadí una buena dosis de belleza pura. Al común de los mortales esta bebida les estaba vedada, por lo que se me ocurrió que tendría en ella un efecto interesante. Al acabar la bebida empezó a gritar a lo que fuera que veía delante de sus ojos, de modo que la senté en mi regazo para consolarla; pronto se vio que conversaba con un hermano muerto, mientras yo le calmaba la carne.

La tumbé en una losa de mármol de un viejo monumento a la guerra, debajo de unos robles mecidos por el viento, con la falda alzada y los pies indicando el camino al Can celestial, e inserté mi instrumento de placer en el dedo índice de mi guante a fin de evitar el contacto con su química inferior. Fue cuestión de un instante, una técnica que me había afanado en perfeccionar.

—Te quiero —le dije y la dejé allí.

En las siguientes semanas me pregunté cuántas veces me habría recordado.

Con una cálida nostalgia empecé a dormirme, en tanto el horripilante papel tapiz ondulaba y el frío viento del territorio sacudía las ventanas.

A las cuatro me despertó la voz de la señora Mantakis.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—El señor Beaton ha llegado para acompañarlo a casa del alcalde.

Me bajé a toda prisa de la cama y me refresqué. Me cambié de camisa, me peiné y me pasé la lengua por los dientes. No reparé en el apellido hasta que me puse el sombrero; lo recordé cuando llegué al vestíbulo. Allí estaba, jorobado, azul, bamboleante. Al verme, se me acercó arrastrando los pies y me entregó una carta del alcalde, con tanta lentitud que yo hubiese tenido tiempo de tomar una taza de té. Murmuró algo, y unos granos de polvo azul le cayeron de la boca abierta y se depositaron en la alfombra.

*Señoría, rezaba la carta, puesto que esta mañana ha mostrado tanto interés en la situación de Beaton, se me ocurrió que le agradecería tener ocasión de estudiarlo de cerca. Si acaso se endurece irreparablemente en el camino, siga usted en la dirección que él le habrá indicado y llegará a mi casa. Su seguro servidor, Bataldo.*

Cuando acabé de leer, no obstante, Beaton parecía haber cambiado ya su condición humana por la de mineral. No había hecho ningún ruido, ni había gruñido

ni gritado; la piel no se le había abierto con un crujido siseante para que asomara la piedra. Se quedó quieto, mirándome con insípida expectación, con la mano tendida, los dedos apenas separados reteniendo la carta. Alargué el brazo y le toqué la cara: lisa toda ella, incluso la barba y las mejillas, como un mármol azul. Aparté la mano y los ojos se le movieron de repente y se clavaron en los míos, antes de petrificarse. El gesto inesperado me asustó un momento.

—Quizá calientes mis habitaciones este invierno —le dije, a modo de epitafio. Y llamé a Mantakis.

La señora entró y le pregunté cómo llegar a casa del alcalde. En menos de dos minutos me dio cinco caminos distintos, que olvidé casi enseguida. Pero quedaba mucha luz antes del atardecer y yo sabía de alguna manera hacia adónde tenía que ir.

—Haga algo con Beaton —le ordené—. Parece haberse plantado ahí.

Eché un vistazo al minero azul y sacudió la cabeza.

—Dicen que cuando nació lo dejaron caer cabeza abajo. —Siguió chachareando y yo traspuse apresuradamente la puerta del Skree.

La calle se encontraba vacía. Fui rumbo al norte en busca de un callejón entre el almacén y la taberna que la señora Mantakis había mencionado en las cinco explicaciones. El sol empezaba a decaer y un fuerte viento me azotaba. Andando entre las sombras de los edificios me pregunté si el alcalde me estaba gastando una broma o si de veras quería satisfacer mi conocida curiosidad científica. Como no había visto nada en su cara que me indicase que tenía el valor de burlarse de mí, descarté la posibilidad de una ofensa y me dediqué a buscar el camino. El aire frío resultó vigorizante y se llevó los últimos tentáculos de la belleza pura.

No había recorrido mucho trecho cuando oí a alguien acercarse por detrás.

—Señoría, señoría —oí por encima del viento.

Antes de volverme pensé que habían mandado a alguien para que me guiara, pero lo que vi fue a una joven con un bebé en brazos; un chal le cubría la cabeza, aunque por lo que acerté a vislumbrar me pareció muy atractiva. La saludé.

—Señoría —me dijo—, esperaba que examinara usted a mi bebé y me dijera qué le traerá el futuro.

Lo alzó de tal modo que mis ojos se encontraron a la altura de una carita aplastada. Una ojeada me reveló demasiado bien la historia. En los rasgos del patán leí una breve novela de libertinaje y disolución que se alargaba hasta la muerte.

—¿Brillante? —preguntó la mujer en tanto mis ojos escudriñaban la forma del bebé.

—Algo menos, pero tampoco idiota.

—¿Hay alguna esperanza, señoría? —insistió cuando le hube explicado claramente mi conclusión.

—Señora —repliqué—, ¿ha oído hablar de una mula cuyos excrementos sean monedas de oro?

—No.

—Yo tampoco. Buenas tardes. —Dicho esto me encaminé de nuevo hacia el norte.

Cuando me adentré en el largo callejón que discurre entre el almacén y la taberna, el sol descansaba en un punto avanzado del atardecer, pero cuando salí me topé con el ocaso y sentí que la gran bestia de la noche empezaba a murmurar. Allí, de pie junto a un arbusto, uno de los héroes ahora endurecidos sostenía un cartel pintado a mano en el que se leía POR AQUÍ, SEÑORÍA. Debajo de estas palabras, una flecha señalaba un sendero que serpenteaba hacia un bosque oscuro.

El viento me atravesó, me impulsó a apretar el paso. Maldije a la estatua idiota con sonrisa de dientes azules y ojos saltones. De repente, un gran pájaro negro salió de la nada, volando bajo, y dejó caer un poco de excremento en la manga de mi abrigo. Aunque le grité, siguió volando hacia arriba, hacia la cumbre nevada del Gronus, donde obviamente rugía una fuerte tormenta. El aroma a piña de la mancha me dio náuseas, pero hacía demasiado frío para quitarme el abrigo.

Al pasar bajo las copas de los árboles y adentrarme en las sombras del bosque, recordé cómo se habían movido y luego petrificado los ojos de Beaton, y entonces me di cuenta de que había llegado la noche. Las ramas estaban desnudas y caminé por encima de hojas amarillas desperdigadas por el sendero. Las estrellas brillaban con claridad sobre el esquelético dosel de los árboles, aunque ninguna parecía estar donde yo lo esperaba. Tomé nota de hacer pagar al alcalde la amabilidad que había tenido cuando le tocara ponerse delante de los calibradores.

—Siempre queda la posibilidad de la cirugía —comenté en voz alta, tratando de consolarme. Seguí andando despacio, evitando salir del sendero; en cada curva esperaba ver las luces de la casa.

Lo que precisaba era un análisis razonado. No me agradaba lo desconocido. Ya desde mi niñez la oscuridad constituía uno de mis mayores retos. No tenía cara, ni señales que pudiera interpretar, ni indicios que pudiera descifrar en un intento de distinguir el amigo del enemigo. La fisonomía de la noche suponía un gran vacío que desdeñaba mis instrumentos y contenía un potencial de auténtica maldad. No puedo decir cuántos de mis colegas sufrían el mismo problema y tendían a dormir con la luz encendida.

Traté de concentrarme en el caso, en lo que podía esperar y en cuánto tiempo tardaría en leer con diligencia los rasgos de la ciudad entera. Fue precisamente allí, mientras recorría el bosque trastabillando, que se me ocurrió una idea genial, una de las pocas que se me presentaban sin la inyección.

—Si estos cretinos creen que la fruta robada es capaz de producir milagros —pensé en voz alta—, acaso lo que he de hacer es buscar a alguien cuya personalidad haya cambiado radicalmente desde que se cometió el delito.

Os aseguro que yo no atribuía extraños poderes a la fruta, cosa que se me antojaba una soberana estupidez; pero alguien que creyera de veras que lo convertiría en genio, o le otorgaría la capacidad de volar o lo volvería inmortal, ¿no se

comportaría de modo distinto? Como cada semestre solía explicar a mis alumnos en la academia: «El fisiognomista es más que sus instrumentos de cromo. La mente sagaz y capaz de razonar es la madre de todos los instrumentos; dejad que os amamante con perspicacia».

En tanto repasaba esta gran idea, doblé una curva y vi la residencia del alcalde. A doscientos metros, en lo que parecía una empinada cuesta, vislumbré un brillo de velas a través de una serie de ventanas alineadas en la fachada. Estaba a punto de iniciar el ascenso cuando oí que alguien se me acercaba por detrás. El ruido empezó apagado y distante y luego fue aumentando con cada latido de mi corazón. No pensé en nada, absolutamente nada, en los instantes antes de que saliera de la oscuridad, como un monstruo que se libera a zarpazos de una pesadilla, y se detuviera a unos centímetros de mí, con las pezuñas rasgando el aire.

Lo que se había materializado era un carruaje con cuatro caballos, conducido por el porcino místico que me había traído de la Ciudad Bien Construida. Sonreía a la luz de la lámpara colgada junto a él.

—El Amo me ha enviado para que lo escolte.

Deseaba soltarle miles de imprecaciones, pero la mención del Amo me hizo callar. Asentí una vez con la cabeza y subí.

### 3

—¿Dónde está Beaton? —preguntó el alcalde—. Quería mandarlo al centro a que me trajera un poco de hielo.

A los invitados, que vestían con patética elegancia, les dio un ataque de risa. De haber tenido a mano mi escalpelo, los habría hecho pedazos, pero como no lo tenía, sonreí e incliné ligeramente la cabeza. En un espejo al fondo de la estancia observé que el alcalde me pasaba un brazo por los hombros.

—Déjeme enseñarle mi casa.

Apeataba a alcohol y le aparté el brazo con un leve ademán.

—Como guste —contesté y lo seguí entre la multitud de invitados que bebían, fumaban y chachareaban como un montón de monos. Con el rabillo del ojo vislumbré a la señora Mantakis y me pregunté cómo había conseguido llegar antes que yo. Un idiota borracho me detuvo.

—Veo que ha estado usted hablando con el alcalde —dijo, y señaló la cagada de pájaro en mi abrigo.

El alcalde se echó a reír a carcajadas y le dio al cretino una palmada en la espalda. La música discordante que unos ancianos tocaban en extraños instrumentos hechos de trozos de árboles se entremezclaba con este mar de vileza locuaz. La bebida de la velada, «ausencia», era un líquido transparente de tonos azulados elaborada por los mineros. El aperitivo era un cremat sazonado con cebolleta, algo como hierba sobre una caca de perro, encima de una galleta dura como un plato.

Nos detuvimos a saludar a la esposa del alcalde, que me suplicó que consiguiera un puesto en la ciudad para su marido.

—Es recto. Es un hombre recto.

—Estoy seguro de que lo es, señora, pero la Ciudad Bien Construida no busca un alcalde.

—Puede hacer cualquier cosa —dijo y trató de darle un beso a su marido.

—Regresa a la cocina —le ordenó éste—. Se está acabando el cremat.

Antes de irse, la mujer me besó el anillo con la misma pasión que destinaba al alcalde. Me lo limpié en la pernera mientras nos abríamos paso entre la multitud y el alcalde me hablaba a gritos por encima del bullicio de la fiesta. No capté una sola palabra.

Por fin salimos de la estancia principal a un largo pasillo. Bataldo me hizo una señal por encima del hombro, indicándome que lo siguiera. Me llevó por un tramo de escalera y cuando llegué al descanso abrió de un empujón las puertas de una biblioteca. Tres de las paredes estaban repletas de libros y la cuarta incluía una puerta corredera de cristal que daba a un balcón. Una vez dentro fue hacia una mesita en la que había una botella de ausencia y dos copas. Miré los títulos de algunos libros en

las estanterías. No tardé en encontrar cuatro de mis más de veinte tratados publicados. No me cabía duda de que no había leído *Delincuentes e idiotas: Una solución filosófica*, puesto que aún no se había suicidado.

—¿Ha leído mis obras? —pregunté cuando me entregó mi copa.

—Muy interesantes.

—¿Qué entendió de ellas?

—Pues... —Con esto se quedó sin habla.

—¿Entendió que no me gusta que alguien como usted se haga el gracioso y juegue conmigo?

—¿Qué quiere decir, señoría?

Le eché la ausencia de mi copa a los ojos. Gritó y se los frotó. Le di un puñetazo en el cuello y retrocedió resollando y acabó por caer al suelo, donde se retorció un momento, tratando de recuperarse. Me acerqué a él deprisa.

—Ayúdeme —susurró y le di un puntapié en un lado de la cabeza, haciéndolo sangrar. Antes de que pudiera volver a hablarme, le metí el talón de mi bota en la boca abierta.

—Debería matarlo por mandarme a Beaton.

Trató de asentir.

—Si se toma una sola libertad más conmigo, informaré al Amo que esta ciudad entera debe ser exterminada.

Volvió a intentar asentir con la cabeza.

Lo dejé en el suelo, abrí la puerta del balcón y salí, con la esperanza de que la brisa me secase el sudor. Odiaba la violencia, pero de vez en cuando me veía obligado a usarla. En este caso lo hice como gesto simbólico para que la ciudad despertara de un largo sueño de ignorancia.

Transcurridos unos minutos, el alcalde se reunió conmigo, tambaleante. Le sangraba la cabeza y tenía manchas de vómito en la pechera de la camisa. Entre gruñidos tomaba sorbos de su copa de ausencia. Cuando lo miré, se apoyó en la barandilla y alzó la copa a modo de brindis.

—Una paliza de primera —dijo, y sonrió.

—Por desgracia era lo que la ocasión requería.

—Pero si mira hacia allá, señoría, verá algo —comentó y señaló hacia la oscuridad.

—No veo nada.

—Estamos en el límite norte de la ciudad. Allí fuera, a unos metros, está el principio de un vasto bosque inexplorado que quizá se extienda hasta el infinito. Se cree que el Paraíso Terrenal se oculta en el corazón de ese bosque.

Extrajo un pañuelo de un bolsillo y se lo puso sobre la herida de la cabeza.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Un año mandamos una expedición de experimentados mineros a descubrir el jardín celestial. Todos murieron, menos uno; éste regresó dos años después, apenas

vivo, aturdido y quebrado, contando cosas sobre los demonios del Más Allá. «Con cuernos, alas y púas en la espalda, como en los libros de catequesis de los niños», según nos describió. También se habían topado con un gato que echaba fuego por el hocico, un can reptil negro con colmillos como de elefante, y manadas de una clase de renos con cuernos entrelazados donde anidaban unas aves de color rojo brillante.

—Poco falta para que tenga usted otro encuentro doloroso conmigo, así que vaya al grano.

—Lo más importante es comprender a las gentes de Anamasobia. Nuestro sentido del humor se debe a que vivimos bajo la sombra de lo impío. En los últimos años se han visto demonios en el límite norte de la ciudad; una noche, uno salió volando de la niebla y se llevó al perro del padre Garland. Verá, hemos de seguir con nuestras vidas frente a esta amenaza, de modo que reímos cuanto podemos. —Inclinó ligeramente la cabeza hacia mí, como si esto pudiese ayudarme a entender.

—Límpiese —le dije— y reúnase conmigo abajo. Me dirigiré a los habitantes del pueblo.

—Muy bien, señoría —respondió, y giró rápidamente sobre los talones.

—¿Ha oído eso?

—¿Qué?

—Afuera, entre los arbustos.

—¿Los demonios?

Me señaló con un dedo y soltó una risa.

—Lo he pescado. Tiene que reconocerlo.

Le clavé el puño en el ojo izquierdo con tanta fuerza que me magullé los nudillos. Mientras se inclinaba y trataba de superar el dolor, le informé que dejaría mi abrigo en la biblioteca y que debía mandarlo limpiar antes de que la fiesta terminara. Salí y regresé al purgatorio de abajo.

La esposa del alcalde me dio un cremat con cebolletas y le ordené que instalara sillas plegables para los invitados.

—Enseguida —me dijo y ya estaba supervisando las operaciones cuando me volví para observar a la concurrencia.

Llevado por el instinto volqué mi plato y tiré al suelo el aromático entremés; allí rodó sobre la alfombra. Durante un rato me limité a observar cómo los inocentes invitados estaban a punto de pisarlo —una metáfora para la búsqueda de sentido que los alimentaba—. Finalmente, una mujer clavó en él un fino tacón alto y lo llevó hacia la multitud.

—Estamos preparados para usted —manifestó la esposa del alcalde, sacándome de mi ensoñación.

Al hablar a grandes grupos de gentes cortas de entendederas yo utilizaba un método especial para lograr que se concentraran en mi mensaje. Empezaba con una rápida lectura de las caras delante de mí y varias predicciones. Nadie se resistía al atractivo de este medio.

—Usted, allí —señalé, al tiempo que iba y venía enfrente de los presentes—, vivirá en la pobreza toda la vida... Usted, la mujer con las flores en el sombrero, ¿cree que debería engañar a su marido?... Muerto en un año... un niño de camino... Tan inútil como largo el día. Una burla de la naturaleza... Veo un matrimonio con un esposo que la va a maltratar. —Me incliné ante los estruendosos aplausos.

—Damas y caballeros de Anamasobia —empecé a decir en cuanto se hizo el silencio—. Esta tarde el señor Beaton de carne y hueso ha sido transformado en carne espira y ustedes también han sido cambiados. Ya no son ciudadanos; ya no son madres o padres, ni hermanas o hermanos, etcétera. Ahora son sospechosos en el caso que me ocupa y lo serán hasta que me marche. Mediré cada uno de sus diseños fisiognómicos a fin de descubrir al criminal. La mayoría de ustedes, creo, conoce mis credenciales. Se desnudarán para mí. Soy un hombre de ciencia. Examinó con levedad y con tacto. Si me veo obligado a internarme en la topografía de sus zonas pudendas, lo haré con un guante de piel. Mis instrumentos son tan afilados que si llego a cortarlos tardarán horas en descubrir el corte. Recuerden esto: muévase rápidamente, posen para mí guardando un silencio absoluto. No me pidan que les hable de mi valoración. Se lo garantizo, no querrán conocerla.

Mi discurso fue fluido y limpio. Vi que mi innato dominio del idioma humano tenía a las mujeres hechizadas, aunque no entendían lo que les decía. Los hombres asentían y se rascaban la cabeza. Sabía como mínimo que yo era superior a ellos. Fue un buen trabajo. Me moví entre la multitud para que me vieran mejor. La paliza asestada al alcalde me había dado nueva energía y mi charla fue precisa y clara. Me preguntaron qué libros debían leer, cómo criar a sus hijos, la mejor manera de ganar dinero, cuántas veces al día me bañaba. Contesté a todo.

Puesto que alguien las había bajado, las luces brillaban tenuemente, y ya me había bebido una o dos copas de ausencia cuando del público surgió y se acercó a mí una fisonomía femenina sobre la que mis ojos pasaron sin obstáculos.

—¿Puedo preguntarle algo acerca de Greta Sykes? —inquirió.

Asentí con la cabeza, tan atónito por su hermosura que no entendí lo que decía.

—¿Cómo pudo deducir con certeza que era la mujer loba por la escasa distancia que había entre las aletas de la nariz y la frente? La elegancia de la quijada ¿no anulaba las anomalías faciales superiores?

Le observé la cara un minuto y desvié la vista otro tanto.

—Querida —respondí por fin—, ha olvidado el factor Reiling, llamado así en honor del gran Muldabar Reiling. Un andar inclinado como el de Greta Sykes restablece la importancia de los rasgos faciales superiores aunque la elegancia los anule.

Ella mantuvo la mirada apartada un minuto, durante el cual le examiné el cabello, la figura, los largos dedos.

—¿La vio en forma de loba? —preguntó mientras yo le miraba el vestido estampado, rojo y amarillo.

—¿Que si la vi? Le golpeé la cabeza con el paraguas cuando se abalanzó sobre mis tobillos. Era una loba velluda, y créame que no le miento, una auténtica fuente de saliva. Tenía dientes como dagas y uñas tan largas como agujas de tejer. Todo esto en una niña al parecer inofensiva.

—¿Tuvo usted miedo?

—Por favor... —contesté y alguien apagó todas las luces a la vez, dejando la estancia a oscuras. El repentino asalto de mi vieja enemiga, la noche, me dio vértigo y por un momento creí que me caería, pero entonces oí la voz del alcalde.

—En obsequio de su señoría... esta noche tenemos el raro murciélago de fuego que sólo vive en las vetas del monte Gronus.

Oí cómo abrían una caja, y casi enseguida el alcalde gritó:

—Mierda, me ha mordido —justo antes de que se oyera el aleteo de unas alas de cuero.

El animal se aproximó a mí volando en círculos, una rata voladora fosforescente. Traté de pegarle con mi copa. Alzó el vuelo y planeó por encima de los invitados, que lo aplaudían cada vez que daba una vuelta.

—Soy el fisiognomista Cley. Haga saber al alcalde que he aguantado al murciélago tanto como lo tolera mi paciencia —dije a la persona de pie a mi lado.

Al cabo de unos minutos oí a Bataldo que gritaba:

—Encended las luces.

En cuanto le obedecieron, el murciélago enloqueció; chocaba contra las cosas, bajaba y agarraba las joyas de las mujeres. Junto al alcalde había un calvo de aspecto especialmente retrasado y sonrisa distraída.

—Llámalo —le ordenó el alcalde.

El hombre limitado se metió los meñiques en la boca y sopló... sólo aire le salió de los labios. El murciélago continuó su curso destructivo. El hombre volvió a silbar. El alcalde pidió un rifle. Después de una araña de cristal rota, un camarero herido y dos ventanas destrozadas, el murciélago de fuego del monte Gronus cayó muerto sobre un plato de cremat. Allí permaneció el resto de la velada, mientras los invitados bailaban la cuadrilla.

—Encuéntreme a esa chica —pedí al alcalde al marcharme—. Mándemela. Necesito un ayudante.

—Está hablando de Arla Beaton.

—Beaton...

—La nieta de Beaton. Beaton fue el que regresó de la expedición al Paraíso Terrenal —me explicó, ayudándome a ponerme el abrigo.

—¿Y qué encontró cuando llegó por fin al Paraíso? —El abrigo desprendió el olor a piña que la cagadura del pájaro me había dejado al salir del callejón.

—Nunca nos lo dijo.

La bañera, de hierro colado, se asentaba sobre garras de león en un porche cerrado en la parte trasera del hotel Skree donde me desnudé descaradamente bajo los tenues rayos del sol de una nublada mañana. Espesos arbustos bordeaban el terreno y el viento esparcía hojas amarillas por el césped. Nada más meterlos en la antigua tina se me entumecieron los pies, los tobillos y las pantorrillas. Conforme sumergía el trasero, un puño de hielo se aferró a mi médula espinal y tiró de ella. Me aguanté y me hundí en el agua dura y gris contra la cual la belleza no podía nada.

Me castañeteaban los dientes mientras me empapaba y reflexionaba sobre la expedición al Paraíso Terrenal: unos mineros, cargados de zapapicos y coronados por cascos con linterna, adentrándose en busca de la salvación en una tierra que no figuraba en los mapas. De esta increíble locura lo único que quedaba era una estatua azul en el vestíbulo del hotel. A continuación pensé en el alcalde y el infernal murciélago de fuego, antes de reparar en que me era imperativo leer la cara de Beaton. En mi mente se formó la imagen del hombre: me entregaba un mensaje que había venido a traerme desde el paraíso.

Grité a Mantakis, quien se presentó al cabo de un rato con delantal y plumero en mano. Tenía una cara larga y me fastidió todo lo que pudo suspirando y arrastrando los pies.

—Despabile, Mantakis —le ordené.

—Señoría.

—¿Qué problema tiene?

—Me perdí la fiesta de anoche.

—No se ha perdido nada. El alcalde desató un peligroso animal sobre el pueblo y sólo había excrementos para comer.

—Mi esposa dijo que estuvo usted muy elocuente en su alocución.

—¿Cómo llegó a enterarse? —pregunté en tanto me enjabonaba una axila.

—Mi esposa... —empezó a decir, pero ¿acaso podía dejarlo continuar?

—Mantakis, le ordeno que mande a Beaton a mi despacho.

—Discúlpeme, pero creo que la familia quiere conservarlo en casa.

—La familia puede guardar lo que quede cuando haya acabado con él.

—Como desee —contestó y pasó el plumero por el aire delante de él.

—Mantakis... —le dije cuando estaba a punto de salir del porche.

—¿Señoría? —Me miró por encima del hombro.

—Hace mucho tiempo que se perdió la fiesta.

Asintió con la cabeza, como si le hubiese dicho que el cielo era azul.

Mientras me secaba en mi dormitorio y me preparaba una inyección oí que cargaban a Beaton escalera arriba hacia el despacho. Las voces de dos obreros

borrachos que bregaban con la piedra subían retumbando y trasponían mi puerta. Las maldiciones se convirtieron en coro infantil en cuanto la belleza me envolvió en sus brazos y empezó poco a poco a respirar. Me vestí entre las olas de un mar interior; mis ojos, dos faros, proyectaban visiones sobre la realidad. El profesor Flock hizo su aparición para ayudarme con la corbata, y luego, durante cinco minutos, el murciélago de fuego dio vueltas y remontó y cayó varias veces mientras yo me escondía debajo de la cama. Allí, en el suelo y en la oscuridad, hundido en polvo hasta las narices, oí que el Amo me susurraba al oído.

—Ahora abre la puerta —me dijo—. No hay tal murciélago.

Salí deslizándome de debajo de la cama y oí que llamaban a mi puerta. Me puse en pie a toda prisa y me quité el polvo de la ropa.

—¿Quién es?

—La señorita Beaton ha venido a verlo —me gritó la señora Mantakis.

—Llévela a mi despacho. No tardaré.

Fui al espejo y traté de recuperar mi compostura. Estudié mis rasgos en una suerte de examen fisiognómico que tenía por objetivo recuperar mi capacidad de razonamiento. Iba bastante bien cuando, de reojo, vi que los labios azules de Arden se movían; no dejaban de ser de piedra, pero se movían como si fuesen de carne. Una voz quebrada luchó por salir, como un topo que se esfuerza por cavar un túnel después de un alud y gritar débilmente pidiendo socorro.

Cerré la puerta a mis espaldas y crucé el pasillo hacia el despacho. Allí estaba ella, sentada junto a mi escritorio. Se levantó y me saludó con una ligera reverencia.

—Señoría.

—Siéntese.

Mientras ella se sentaba, observé cómo doblaba el cuerpo.

—¿Dónde aprendió fisiognomía? —inquirí.

—En los libros.

—¿Mis libros?

—Algunos.

—¿Cuántos años tenía cuando empezó a estudiar?

—Empecé a hacerlo en serio hace tres años, cuando contaba quince.

—¿Por qué?

Tras un largo silencio, se explicó:

—Dos de los mineros de Anamasobia empezaron a sentir un rencor mutuo. Nadie sabía exactamente por qué. La situación se puso tan tensa que decidieron solucionarla mediante un duelo con zapapicos, en el bosque de sauces al oeste de la ciudad. Los sauces estaban en su plenitud y las ramas cargadas de hojas casi tocaban el suelo. Los dos hombres entraron por lados diferentes, blandiendo los zapapicos; dos días después, alguien fue allí y descubrió que se habían matado el uno al otro. Heridas simultáneas en la cabeza. El horror insensato del acontecimiento alteró al pueblo. Como respuesta, el padre Garland nos contó una de sus parábolas acerca de un

hombre nacido con dos cabezas, una sola boca y un ojo compartido, pero no me ayudó a entender la tragedia. La fisiognomía, en cambio, puede ayudarnos a dismantelar el terrible misterio de la humanidad.

Revisé mis resultados respecto a los pechos de la joven.

—¿Y qué ve cuando se mira al espejo?

—Una especie que lucha por perfeccionarse.

—Me encantan los optimistas —respondí. Me sonrió y me vi obligado a apartar los ojos. Para mi sorpresa, mi mirada se topó con el abuelo, anidado en un rincón de la estancia. La visión casi me hizo ponerme de pie, pero dominé el impulso—. ¿Qué piensa de su abuelo, esa piedra informe?

—Nada.

Me volví y la observé. Contemplaba plácidamente al anciano azul.

—Quizá tenga que escarbar durante mi examen.

—Para mí sería un honor ayudar a excavar esa cabeza.

—¿Qué podríamos encontrar?

—El viaje al paraíso. Está ahí dentro. Me lo contó cuando era una niña. A veces, de pronto, recuerdo fugazmente un momento de la historia y lo olvido al cabo de un minuto. Está ahí, engastado en esa espira.

—Supongo que en el centro de ese cerebro encontraremos la fruta blanca.

—O una cueva.

Asentí con una sonrisa y le pregunté a bocajarro:

—¿Quién es el ladrón?

Descruzó las piernas y yo acerqué una silla y me senté. Ella se inclinó, como para hablar en estricta confianza.

—Todos creen que Mogan la robó y se la hizo comer a su hija Alice —me dijo.

—¿Por qué? —Me incliné también y me acerqué lo bastante para oler su perfume.

—La niña ha cambiado —respondió; apretó los labios y cerró los ojos.

—¿Vuela acaso?

—La gente dice que ahora tiene todas las respuestas correctas.

Para cambiar de tema saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿Ha tenido contacto sexual reciente con algún miembro del sexo opuesto? —inquirí y la miré directamente a los ojos.

—Nunca, señoría.

—¿Siente aversión por la figura humana desnuda?

—Ninguna. —Por un momento me pareció que estaba sonriendo.

—¿Le molesta la sangre o ver sufrir a alguien?

Negó con la cabeza.

—Sus padres... ¿alguno es tonto? ¿O los dos?

—Hasta cierto punto, pero son gentes sencillas y amables.

—Deberá hacer todo lo que le diga.

—Lo entiendo muy bien.

Sacudió la cabeza para echarse atrás el cabello por encima del hombro.

No pude evitarlo: me incliné un poco más; con el pulgar y el índice medí la distancia que separaba el labio superior del centro de su frente. Aun sin la exactitud de mis instrumentos de cromo supe que era una Estrella Cinco, clasificación reservada para aquéllos cuyas facciones ocupan la cumbre de la jerarquía fisiognómica. Saber que, de no haber sido mujer, sería mi igual, me molestó, aunque también me excitó.

—Estrella Cinco —comentó cuando aparté la mano.

—Pruébemelo —exigí.

—Lo haré.

Salimos del hotel, y cuando íbamos calle arriba hacia la iglesia le pedí que me recordara los puntos básicos del célebre caso Barlow. Andaba de prisa a mi lado; el viento le retorció los cabellos mientras recitaba de memoria las medidas faciales exactas, que yo había tomado, diez años antes, de un cierto médico que negaba tajantemente haber escrito poemas subversivos.

Seré franco. Arla Beaton me hacía pensar en mi primer amor. Sabía que sólo me traería problemas, pues estaba terminantemente prohibida la participación de las mujeres en los asuntos oficiales del reino; mas ¿cómo pasarla por alto? Según me indicaba la obra de toda mi vida, en la concisa elegancia de sus facciones yo había encontrado mi paraíso terrenal. Siguió hablando acerca del caso en cuestión, citándome, citando la asquerosa poesía de Barton, y perdí temporalmente la cabeza... me dejé llevar por los recuerdos.

Cuando era joven y estudiaba en la academia, nos dieron varias clases sobre la forma humana. Eran parte del primer curso del «Proceso» (término utilizado para describir el programa de estudios de ocho años para los fisiognomistas) y sumamente difíciles, pues en ellas se descartaba a los que no eran dignos de la carrera.

Yo llevaba ventaja a muchos de mis compañeros de clase pues rechazaba las amistades y rehuía la vida social. Durante las veladas, cuando los demás iban a los cafés de la ciudad, yo tomaba mis libros y regresaba a la academia. Descendía cada noche a las entrañas del enorme y antiguo edificio, a los laboratorios de fisiognomía. El dedicado a la forma humana era reducido; en él apenas cabían una silla y una mesa; delante de la silla había una ventana con cortinas. Con sólo hablar ordenabas a la cortina que se abriera, dejando a la vista una bien iluminada y desnuda habitación blanca. La academia se encargaba de que hubiese un sujeto de estudio presente las veinticuatro horas del día. Eran cuerpos desnudos y podías ordenarles que se inclinaran y posaran para ti. Me preguntaba con frecuencia cuánto pagaban a estos títeres humanos, si es que les pagaban. Solían ser de diseño fisiognómico inferior — ¿quién más iba a querer ese trabajo?—, cosa que los hacía mucho más interesantes.

Allí vi mi primer Cero, una persona carente de todo mérito craneométrico, facial o corporal. Era uno de los favoritos de los alumnos. A menudo lo encontrábamos allí ya avanzada la noche porque era tan estúpido —suponía yo— que no podía hacer

nada más. Leerlo, sin embargo, equivalía a contemplar el infinito, a ver la naturaleza con los pantalones bajos, por así decir, algo tan perturbador como sublime. Una noche fui al laboratorio, esperando encontrar al viejo Dickson, de expresión tan vacía y tan torcido como un muñeco de nieve medio derretido. No obstante, cuando la cortina se descorrió encontré algo muy diferente.

Tenía un cuerpo exquisito. Yo no había visto nunca nada semejante. Era toda perfección. Los pezones parecían cabezas de alfiler. Hice que se retorciere, diera vueltas, saltara, se pusiera en cuatro patas y se tumbara boca arriba. No encontré el menor defecto. El rostro era liso y radiante; los ojos, del más profundo de los verdes; los labios, carnosos, y el cabello, una cascada castaña que se movía como una divina criatura marina que diera vueltas en la marea baja. Esa primera noche estuve con ella hasta el amanecer; poco a poco dejé de ordenarle que moviera y doblara el cuerpo y empecé a suplicarle en susurros que guiñara un ojo o plegara el dedo meñique.

Si bien lo normal habría sido que al día siguiente me sintiera agotado, me embargaba una extraña excitación, un ardor en el plexo solar. No acertaba a concentrarme en los estudios; no dejaba de preguntarme cómo reunirme y conversar con ella, en lugar de darle órdenes. Regresé las dos noches siguientes y para mi gran deleite estaba otra vez detrás de la ventana. La tercera noche dije a la cortina que se abriera. Al ver al baboso de Dickson dejé escapar un gruñido y esto provocó que el idiota simulara reírse. En ese mismo momento ideé un plan para averiguar quién era la chica.

Por la mañana soborné al anciano que supervisaba el funcionamiento de los laboratorios.

—Sólo un nombre —le pedí y le metí cincuenta belows en el bolsillo de la chaqueta.

No contestó, pero se guardó el dinero y se alejó. Como lo que yo solicitaba era claramente ilegal, aguardé dos días, preguntándome si me delataría. La noche del segundo día las autoridades se presentaron en mis aposentos: cuatro hombres con largos abrigos negros. Uno de ellos tiraba de un gigantesco mastín con una cadena que hubiera podido sostener un ancla.

—Venga con nosotros —exigió el cabecilla.

Me empujaron hacia fuera, me subieron a un carruaje, y atravesamos la ciudad rumbo a la Academia. Durante el recorrido me resigné a ser enviado a las minas de azufre, o en el mejor de los casos, a que me ejecutaran sin demora.

Temblaba y tenía la boca increíblemente seca, en tanto los cuatro agentes y el perro me guiaban hacia el sótano donde estaban los laboratorios. Entramos en un pasillo que yo nunca había visto y de allí pasamos a una espaciosa cámara de piedra y puertas de metal encajadas en las paredes.

El agente que me había hablado en el hotel me dijo entonces:

—El Amo, Drachton Below, se ha interesado por los progresos de usted y ha decidido concederle lo que pedía.

Se acercó a una de las puertas, tiró del pestillo de metal y sacó una mesa sobre la que se encontraba el cuerpo de mi amada.

—Pidió un nombre, ¿verdad? Es el número doscientos cuarenta y tres.

—¡Pero si está muerta! —exclamé, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Claro que está muerta. Todos lo están. Ésta se suicidó, angustiada por la acusación contra sus padres que el fisiognomista Reiling presentó ante el tribunal. Le han vaciado el cuerpo, lo han preservado y luego lo han equipado con mecanismos especiales y le han injertado neuronas de perros... invenciones, todas, del Amo.

Se inclinó y tocó a la mujer por detrás de la cabeza, encendiéndola. La mujer abrió los ojos y se incorporó.

—Canta —le ordenó el agente. La joven soltó un lastimoso gruñido. Los otros hombres se rieron. El agente se volvió hacia mí—. Ahora váyase a casa y no hable de esto con nadie —me dijo.

Mientras iba a toda prisa hacia la puerta miré por encima del hombro y los vi apiñados alrededor del cuerpo de la chica, quitándose los abrigos negros. El perro, libre de la cadena, corría en círculos como un loco.

La arquitectura de la iglesia de Anamasobia suscitó en mí dos reacciones iniciales, aunque no dejé que me dominaran. La primera consistía en reír a mandíbula batiente ante lo absurdo de la idea, y la segunda, en encender un fósforo y prenderle fuego, quemarla hasta los cimientos. Compuesta de esa horrible madera gris, la estructura tenía el perfil del monte Gronus. De no haber estado Arla a mi lado para explicármelo, habría pensado que no era sino un enorme montón de leña astillada que por alguna razón desconocida acababa en punta. Al igual que la cumbre de la auténtica montaña, contenía grietas, peñascos y precipicios. Los peldaños que llevaban a la puerta torcida eran muy diferentes unos de otros en anchura y altura; no había simetría en la posición de las ventanas, que consistían en finísimos segmentos de roca de espira en los que habían grabado escenas religiosas. Encima del pico más alto se encontraba lo que parecía un zapapico de oro forjado.

—¿Quién es el responsable de todo este horror? —inquirí.

—El padre Garland la ideó durante el primer año de su estancia en Anamasobia. Juró que Dios había gobernado la mano que diseñó los planos.

Tomé la delgada mano de Arla, fingiendo ayudarla a subir, pero antes de que alcanzáramos la puerta yo mismo trastabillé y me apoyé un momento en ella. La fuerza de Arla me sorprendió y yo perdí la mía cuando ella me miró sonriendo.

—Vaya con cuidado —le dije antes de tirar de la más alta de las dos puertas.

—Gracias —me contestó y nos adentramos en la oscuridad.

El exterior del edificio era un mal chiste, pero el interior alcanzaba proporciones nauseabundas; entrar en la iglesia equivalía a entrar en una horrible cueva subterránea. Había astilladas estalactitas y estalagmitas sujetas al techo y al suelo; unos estrechos senderos bañados en sombras llevaban desde la entrada a una oscuridad total a izquierda y derecha; delante de nosotros un puente de cuerdas atravesaba un barranco en miniatura. Al otro lado del puente y a través de afilados afloramientos distinguí, como la boca parcialmente abierta de un gigante, una cueva amplia iluminada sólo por velas.

—Es increíble, ¿verdad? —preguntó Arla mientras atravesaba el puente delante de mí.

—Increíblemente insípido. —La oscuridad que nos rodeaba me pesaba en los ojos—. La iglesia como gran aventura.

—Los trabajadores y sus familias se sienten a gusto aquí.

—Seguro.

Empecé mi lento y nervioso avance por encima del abismo.

En la cámara del altar los bancos eran de roca de espira y una que otra estatua se apoyaba en la pared; poco a poco advertí que las estatuas eran otros endurecidos

héroes azules; aquí y allí goteaba la cera de una vela que daba a la escena una tenue luz cambiante, como esos momentos últimos antes del anochecer. El altar mismo consistía en una gran piedra y detrás de él colgaba un enorme retrato con Dios como minero.

—¿Los sermones del padre Garland representan la emanación de gas metano?

Arla no pareció entender que era una broma y me contestó con toda seriedad.

—Pues sí; se refieren al pecado como un hundimiento del alma.

Se alejó por un oscuro pasillo en busca de Garland. Me quedé solo, con la vista clavada en Dios. En el cuadro la fisonomía del Todopoderoso sugería que era apto para cavar hoyos y poco más. Para empezar, toda índole de carnosos quistes le salpicaban el rostro, de las orejas le brotaban pelos, y los ojos miraban en direcciones opuestas. No vi en su fisonomía muchas características del reino animal, aunque había ciertas razas de perros y una línea entera de simios que podrían haber influido. Sostenía un zapapico en una mano y una pala en la otra; volaba en posición vertical por un estrecho túnel subterráneo y el largo cabello azul ondeaba detrás. Parecía abalanzarse sobre el observador, saliendo de la oscuridad; su expresión hacía pensar que había habido dentro de él un reciente derrumbamiento. Se trataba obviamente de una escena de la Creación.

Ésta no fue mi introducción a las curiosas prácticas religiosas de los territorios. Ya había leído acerca de la existencia de una iglesia, en los confines occidentales del reino, construida con farfollas de maíz; su divinidad, Belius, tiene forma de hombre con cabeza de toro. Estos extraños dioses vigilan y juzgan escrupulosamente las miserables vidas de los habitantes de zonas remotas: lo ilusorio guiando al ignorante hacia un cielo asignado más allá de la vida, donde la ropa les sienta bien y sus cónyuges no babeen. En cambio, en la Ciudad teníamos a Below, un hombre, y la Fisiognomía, una ciencia exigente, una combinación de realidad y objetividad capaz de administrar verdadera justicia.

Oí a Arla y a Garland que se acercaban por el pasillo detrás del altar. Estaba a punto de apartar la mirada del cuadro cuando se me ocurrió que ya había visto esa cara en algún sitio. Mi mente se aceleró, pero Arla ya estaba presentándose al sacerdote. Archivé el pensamiento para revisarlo más tarde y me encontré frente a un hombre delgado, bajo y canoso. Me tendió una mano de muñeco con uñas diminutas, muy afiladas.

Nos llevó a su estudio, una pequeña cueva en la parte trasera de la iglesia y nos ofreció un derivado líquido del cremat. Aceptamos amablemente una copa de la bebida que, según dijo, él mismo había destilado, un fluido de color ámbar que olía a lilas y sabía a tierra. Cuando empecé a beberlo, no pude parar.

En el fondo de la voz de Garland había un silbido extraño y muy irritante. A esto se sumaba una reducida cara de monstruo, y una colección de aforismos —«Cuando dos se convierten en uno, entonces tres se reducen a cero y cero es el principio»— que hacían de él un hombre menos que adecuado. No obstante, Arla lo contemplaba

con una cierta reverencia rayana en lo indecoroso. Me di cuenta de que me vería obligado a demoler todo lo que ella pensaba de este presuntuoso enano.

—Dígame, padre —pedí en cuanto nos hubimos acomodado y él acabó de pronunciar una corta oración—, explíqueme por qué usted no tendría que ser mi primer sospechoso.

Asintió con la cabeza, como si la considerara una pregunta justa.

—Yo ya conozco el camino del paraíso.

—¿Y qué hay de la fruta?

—Es gruesa y rezuma azúcar en todo momento. La he tocado. Tiene la textura de la piel humana. ¿Qué si se me ha ocurrido morderla? ¿Acaso no lo ha pensado usted, aunque sólo sepa lo que le han contado? Todos aquí la querían, pero mientras la dejamos en paz, el poder de los deseos combinados nos mantuvo en el camino del bien. Ahora vamos hacia una tormenta de pecado.

—¿Hubo alguien que mostrara por la fruta un interés especial?

—Una o dos personas.

—¿Quién se la llevó?

El sacerdote sacudió lentamente la cabeza.

—Que yo sepa, unos demonios salieron una noche del bosque y se adentraron a hurtadillas en la cámara del altar mientras yo dormía.

—En estos días he oído hablar mucho del Paraíso Terrenal. ¿Puede explicarme qué es exactamente?

Garland se pellizó la nariz con los dedos de la mano izquierda y durante un rato pareció ensimismado.

Arla se inclinó en el asiento esperando a que hablara.

—El Paraíso Terrenal, señorita, es el único y diminuto lugar de este enorme mundo en el que la naturaleza no ha cometido errores. Es la última de las mejores obras de Dios antes de que los elementos lo enterraran vivo. Es un lugar que contiene todo pecado y toda gloria y los convierte, gota a gota, en eternidad.

—¿Dios fue enterrado vivo?

—Cada día que cavamos nos acercamos más a él.

—¿Qué ocurrirá cuando lo alcancemos?

—Habremos llegado al principio.

—¿De qué?

—Al principio del fin. —Suspiró, se volvió hacia Arla y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y él dijo—: Da gracias a tu madre por la tarta de bayas batidas.

—Sí, padre.

—El alcalde me ha dicho que un demonio se apoderó de su perro hace poco —comenté.

El sacerdote asintió tristemente.

—Pobre Gustavus, es probable que una manada de esas asquerosas criaturas lo haya descuartizado.

—¿Puede hablarme de ese demonio? —pedí.

—Era como lo describió el abuelo de Arla, como siempre hemos supuesto que serían los demonios. Lo vi alejarse batiendo las alas y dejó atrás un extraño olor.

—¿Tenía uñas afiladas?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué cree usted que quiero decir?

—Creo que me está comparando con el demonio por mis uñas —respondió, sin perder la compostura—. Me las afilo para arrancarme las espinas, como la que ahora tengo clavada en el corazón.

—Dispongo de unas pinzas de cromo que puede utilizar —sugerí y me volví hacia Arla—. El padre y yo tenemos que hablar de asuntos privados.

Cuando la joven se marchó, anuncié a Garland que necesitaría llevar a cabo mis investigaciones de los aldeanos dentro de la iglesia.

—¿Quiere decir que se desnudarán en mi iglesia? —preguntó y se puso de pie.

—Es el procedimiento habitual. Usted se quedará cerca a fin de mantener el orden y el silencio entre las gentes.

—Imposible —dijo; dio un paso hacia mí y alargó las dos manitas, como si pretendiera atacarme.

—Tranquilo, padre. No querría obligarlo a entrar en razón.

Hizo una mueca y advertí entonces que también se había afilado los dientes. Se estaba poniendo colorado y me pareció que temblaba. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo y aferré el mango del escalpelo.

—La gracia es la linterna de Dios —gruñó y empezó a relajarse. Se quedó allí, de pie, muy tranquilo durante un largo rato.

Asentí con la cabeza.

—Como ve, así es mejor.

—Venga conmigo, señoría. Tengo algo que le interesará. —Se volvió hacia la pared de detrás del escritorio y le dio un empujón. Una puerta se abrió y vislumbé más allá un tramo de escalera descendente. El padre Garland empezó a bajar—. Venga, señoría —me dijo con voz débil por encima del hombro.

En un primer momento pensé que pretendía tenderme una trampa en un callejón subterráneo, pero lo seguí con una mano sobre el pasamanos y la otra en el bolsillo, empuñando el escalpelo. Había decidido que primero le clavaría el instrumento en un ojo y acabaría la faena con mi bota. La perspectiva de un reto se me antojó cada vez más atrayente según iba bajando.

Encontré al padre Garland arrodillado en una estancia de mármol bien iluminada por antorchas sujetas a las paredes. Delante de él una enorme silla de madera sostenía lo que parecía un descomunal y muy maltratado cigarro. Al acercarme más, sin embargo, distinguí facciones de un hombre alto y delgado, de cabeza larga y estrecha. La piel, aunque bien curtida, se conservaba intacta; hasta parecía tener globos

oculares detrás de los párpados cerrados, así como membranas entre los dedos; un fino anillo de plata atravesaba una de las membranas.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —pregunté—. ¿El Dios del cremat?

Garland se puso de pie y se quedó a mi lado.

—Lo encontraron en la mina con la fruta. A veces creo que no está muerto, sino que aguarda a regresar al paraíso.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, pero hasta usted ha de convenir en que aquí hay algo anormal —respondió el sacerdote.

—No es lo anormal lo que me preocupa.

—¿Qué, entonces? La fruta, el Viajero... son milagros. Seguro que lo ve.

—Lo único que veo es un cadáver disecado que tiene la craneometría de un florero, y lo único que oigo salir de la boca de usted es una sarta de disparates supersticiosos. ¿Qué se supone que he de deducir de toda esa garrulería?

—Mañana le entregaré mi iglesia, pero esta noche quisiera que hiciese algo por mí.

—Tal vez.

—Quiero que lea la cara del Viajero.

Alcé la vista para comprobar si el trabajo valía la pena y advertí varios rasgos tentadores. Por muy deformada que fuese la larga frente, tenía una cierta elegancia.

—Podría resultar interesante —dije.

Garland me ofreció la zarpa y se la estreché.

Afuera, sentada en el escalón inferior de la iglesia, Arla miraba más allá del vasto campo que separaba los límites urbanos de la tierra de nadie. El viento mecía la larga hierba y unas oscuras nubes se aglutinaban por encima de los árboles lejanos.

—Ya llega la nieve —anunció ella sin volverse.

Esa tarde hice que Mantakis llevara un mensaje a Bataldo: el populacho debía reunirse delante de la iglesia a las diez de la mañana siguiente. Luego Arla fue a mi estudio para llevar a cabo la lectura preliminar del rostro de su abuelo, mientras yo me iba a la cama con la belleza. En tanto esperaba a que el calor se deslizara por mi sistema pensé en dos cosas. La primera era que quizá alguien se había llevado el perro de Garland con el propósito de dejar la iglesia sin vigilancia, toda la noche, mientras el sacerdote dormía. La segunda fue que la fisonomía del niño que la mujer me había suplicado que leyera se me antojaba muy familiar. Entonces el profesor Flock apareció de pronto con un breve informe sobre las minas de azufre.

—Sumamente calientes —comentó entre resuellos y gruñidos. El sudor le corría por el rostro enrojecido. Oí gritos y latigazos que venían de detrás de él—. Y, ¡ay, Dios mío!, el olor, el olor de la eliminación de excrementos.

Gimió antes de desaparecer. Poco después tuve una alucinación; vi a Arla y los demonios, que pronto quemaron la mecha de la belleza. Cuando desperté, al cabo de dos horas, siete centímetros de nieve cubrían la calle principal de Anamasobia y los vientos arrastraban mucha más nieve desde el monte Gronus.

La nieve, casi inexistente en la Ciudad Bien Construida, era un pequeño e incómodo milagro que yo no necesitaba. Sin embargo, mientras me cambiaba de camisa y me refrescaba, me animó la idea de que pronto tendría ocasión de trabajar en serio. Una vez listo, tomé mi maletín de instrumentos y mi abrigo y fui al despacho a decirle a Arla que íbamos a regresar a la iglesia. Al cruzar el descanso grité a la señora Mantakis pidiéndole que nos subiera el té. Ella se ofreció a prepararnos la cena, pero la rechacé, pues el estómago lleno podría ponerme de un humor demasiado generoso.

Encontré a Arla sentada al escritorio; escribía algo en una libreta. Tenía la espalda recta, pero movía la mano a toda prisa por el papel. En el minuto en que la observé en silencio llenó una página entera e inició otra.

—Van a traer el té —le dije por fin para hacerle saber que había llegado.

—Un minuto —contestó y continuó escribiendo.

El que no reconociera oficialmente mi presencia llegó a irritarme. No obstante, vi en ella una desesperación reprimida y no la interrumpí. Todavía seguía escribiendo cuando la señora Mantakis acudió con el té.

Entró con una mirada que daba a entender que no aprobaba a mi joven huésped.

—¿Disfrutó de la fiesta del alcalde, señoría? —preguntó al dejar la bandeja de plata sobre la mesa delante de mí. Llevaba una toca ridícula y un delantal blanco de volados angélicos.

—Toda una gala.

—Justo después de que usted se marchara asaron el murciélago de fuego y hubo suficiente para que todos comiéramos un poco. Dicen que ayuda a ver mejor de noche, ¿sabe?

—¿Antes o después de vomitar?

—¡Ay, señoría! Tiene un sabor muy especial, como de conejo sazonado con especias o... ¿alguna vez ha probado paloma al *curry*?

—Ahora vete —le dije y señalé la puerta.

Salió casi corriendo, con las manos entrelazadas y la cabeza gacha.

—Una mujer lamentable —le dije a Arla mientras alzaba mi taza de té.

—Ya voy —me dijo Arla.

Finalmente vino a sentarse a mi lado. El botón superior de la blusa se le había desabrochado y ella me miraba con ojos cansados, hermosos. Se sirvió y le pregunté si le agradaría ayudarme con una lectura esa noche.

No me preguntó quién sería el sujeto y esto me pareció prometedor.

—Sí, señoría —me respondió sencillamente, sin dar muestras de agitación ni de miedo, sin apenas sonrojarse. Tomó un sorbo de té y asintió con la cabeza, clavando

la vista en un punto a un par de centímetros de mis ojos. A mí me había costado años aprender esa técnica.

—Y bien, ¿qué le reveló su abuelo? —quise saber y rompí el hechizo que tenía sobre mí.

—Es un clásico subcuatro con trazas aviarias.

—¿Advirtió, como yo, algo anómalo en la distancia de la arruga que une los ojos a la mandíbula?

—Eso fue lo más interesante. Está a un pelo del Cociente de Grandeza.

—Sí. Tan cerca pero tan lejos.

—Desde un punto de vista holístico, es un tres.

—Venga, venga. En la Fisiognomía no cabe el nepotismo. Jubilaré mis calibradores si sobrepasa el dos con siete. ¿Algo más?

—No. Pero cuando le froté la cara con las manos, me vino a la mente parte de la historia que me contó y que llamaba «el imposible viaje al Paraíso Terrenal». No es sino un fragmento, pero lo recuerdo con claridad. Lo he apuntado en mi libreta.

—Deme algunos detalles.

Puso la taza sobre la mesa y se repantigó en la silla.

—Los mineros habían llegado a una ciudad abandonada en la tierra de nadie, y allí permanecieron tres noches y tres días, después de luchar con una manada de demonios. El abuelo mató a dos de esas criaturas, a una con un cuchillo largo y a la otra con una pistola. Para arrancarles los cuernos utilizó una tenaza, pues quería conservarlos como recuerdo.

»La ciudad, próxima a un mar interior, era una sucesión de enormes montones de tierra repletos de túneles. Durante la primera noche observaron extrañas luces rojas en el cielo; durante la segunda uno de los hombres afirmó haber visto el fantasma de una mujer, cubierta por un velo, que recorría lentamente las calles. Durante la tercera, algo mató al tío del alcalde Bataldo, Joseph, mientras dormía, y le dejó en el cuerpo cien pares de pequeñas marcas de punción. La criatura desconocida que lo había matado siguió al resto de los hombres durante muchos días mientras entraban en el bosque; al fin cruzaron el río y la perdieron.

Era una noche helada y la nieve nos azotaba implacable, mientras nos dirigíamos hacia la iglesia de Anamasobia. Una bandada de niños hacía un muñeco de nieve delante del despacho del alcalde. De no saber que era imposible, habría pensado que se trataba de una efigie mía. De no haber estado conmigo Arla, de no haber tenido entre manos una misión oficial, lo habría derrumbado de un puntapié. No importa, pensé, ya que estaba de buen humor; esa ignorancia congénita es castigo suficiente.

Unos momentos más tarde, Arla me gritó por encima del viento.

—¿Ha visto que esos niños estaban haciendo una imitación del Viajero? Se ha convertido en una tradición infantil, desde que lo encontraron.

—Niños... —rezongué—, una raza de extraños pervertidos.

Arla se atrevió a reír y dijo algo más, que se perdió en el viento.

Nunca pensé que me alegraría internarme en ese Templo del Desequilibrio, pero ahora que la nieve me azotaba la cara, la iglesia se me antojó casi aceptable. Mientras Arla cerraba la puerta deforme permanecí quieto un momento y escuché el silencio repentino; detrás, al parecer desde muy lejos, aullaba el viento. El olor del cabello mojado de Arla pareció impregnar el vestíbulo oscuro. Mi mano se alzó involuntariamente para tocarle la cara, aunque por fortuna ella ya avanzaba hacia el puente. Lo cruzamos, yo un poco inseguro y mareado por el aroma a bosque mojado de Arla. Habría dado mil belows por poder leerla a ella esa noche en lugar del maniquí de Garland, esos dos metros de mierda seca.

El sacerdote nos esperaba; había trasladado al viajero, no sé cómo, hasta la piedra plana del altar.

—Señoría —dijo e hizo una reverencia. Me pareció que ahora estaba de mejor humor.

De mala gana lo saludé con la mano.

—Arla, querida —añadió.

Ella se acercó y lo besó en la frente. Advertí que él ponía ligeramente la manita puntiaguda en la cadera de Arla.

—¿Cómo lo traje hasta aquí? —pregunté con intención de separarlos.

—El Viajero no pesa; parece como si estuviese hecho de papel o de tallos de maíz. Claro que tuve que arrastrarlo por los pies, pero casi me quedé sin aliento al subirlo por la escalera.

La idea de que Garland se quedara sin aliento se me antojó casi imposible.

Me acerqué al altar y dejé el maletín que contenía mi instrumental junto a la cabeza del sujeto. Arla me siguió y me ayudó a quitarme el abrigo. Mientras se desprendía del suyo, puse los instrumentos en el orden en que los necesitaría.

—¿Puedo ayudar en algo? —dijo Garland.

—Sí. —No aparté la vista de mi trabajo—. Puede dejarnos.

—Pensé que me quedaría a mirar un momento. Me interesa muchísimo.

—Puede irse —insistí sin alzar la voz.

Como un crío malhumorado se encaminó hacia el pasillo que llevaba a las oficinas, pero antes de salir nos soltó un aforismo a modo de bendición:

—Que Dios los acompañe por donde sea que miren y se ausente de donde ya lo hayan hecho.

—Gracias, padre —dijo Arla.

Me volví hacia él y lo miré riendo en silencio, antes de que desapareciera corredor abajo.

—Pásame ese radio craneal —pedí a Arla y señalé el primer instrumento, un aro de cromo con unos tornillos que representaban los cuatro puntos cardinales. Así empezamos.

Para hacer la lectura tuve que sobreponerme a mi repulsión. Me resistía a tocar la brillante piel del Viajero, tan parecida al lomo de un escarabajo. Una de las primeras cosas que aprendíamos en la academia era que la pigmentación oscura de la piel indica con toda seguridad una inteligencia y una fuerza moral disminuidas. Para colmo, la consistencia de esa piel, como un fino pero flexible cascarón de huevo, me hacía temer que mis afilados instrumentos pudieran abrir una grieta en la cabeza del hombre. Me puse los guantes de cuero y emprendí el trabajo con el radio.

Comparada con la frágil naturaleza del cráneo, la cabeza delgada de Mantakis parecía casi robusta; así y todo, había algo tan conciso y elegante en esta expresión de la Naturaleza que los cálculos, cuando los hube calculado en mi libreta —un minúsculo volumen encuadernado en piel en el que yo apuntaba todos mis resultados en un código secreto con una aguja mojada en tinta—, indicaban tanto una grave carencia de pensamiento racional como cierta sublime divinidad. Aunque los números parecían jugar conmigo, los dejé así, pues nunca antes había leído nada parecido al Viajero. *¿Es humano?*, anoté al pie de la página.

—Páseme el calibrador nasal —pedí a Arla, que de pie muy cerca de mí, observaba mi trabajo con profundo interés.

Me di cuenta entonces de que haberla invitado a participar en esta tarea podría suponer una equivocación. No quería que advirtiera mi inseguridad al confrontarme con el Viajero. No hay nada peor que un alumno que descubre cierta inseguridad y falta de confianza en su mentor.

—Es realmente raro cuando se lo ve de cerca —comentó—. Físicamente, nada sugiere algo más allá de un vínculo sumamente débil con la humanidad, y sin embargo, hay algo más ahí.

—Por favor —dije—, dejemos que los números piensen por nosotros.

Me temo que se lo tomó como una reprimenda y a partir de entonces no volvió a hablar.

El puente de la nariz empezaba casi en el nacimiento del cabello; en lugar de abrirse en las aletas, se iba estrechando hasta convertirse en un pico puntiagudo con sendas pequeñas aberturas a cada lado, como heridas hechas con la punta de una navaja.

—Es una locura —murmuré, pero volví a apuntar los resultados exactos. La matemática, en lugar de confirmar firmemente mi sospecha de que el Viajero era una suerte de protohumano prehistórico, me decía que las medidas correspondían directamente a las de un Estrella Cinco, la misma ilustre evaluación de mi fisonomía y de la de Arla.

El cabello, largo, negro y trenzado, parecía tan sano como las hermosas trenzas de Arla; donde el trenzado acababa se veía que había crecido al menos quince centímetros. Me pregunté si continuaría creciendo, más allá de la muerte, extendiéndose lentamente a través de las centurias. Me quité el guante y pasé los

dedos por el pelo. Tan suave como la seda. Casi percibí vida en él. Me limpié la mano en el pantalón a toda prisa y volví a ponerme el guante.

Proseguí, pidiendo los diversos instrumentos a Arla: el torno Hadris para labios, el estándar ocular, el medidor de cartílagos de oreja, etc. Me tomé mi tiempo; trabajé lenta y meticulosamente; como siempre, apunté los resultados con exactitud, y sin embargo, durante todo el proceso, una sensación de frustración se me iba acumulando en las tripas. La matemática representativa de esta extraña cabeza actuaba sobre todo como si fuese mágica, conjuraba algo superior incluso a mis propias facciones. Cuando sólo me quedaba aplicar mis calibradores, retrocedí unos pasos e indiqué a Arla que íbamos a tomarnos un descanso.

Di la espalda al Viajero y encendí un cigarrillo para calmarme los nervios. El sudor me chorreaba de la frente y tenía la camisa húmeda. Arla no dijo nada; me miraba con una expresión interrogante, como si yo tuviese que contarle todo lo que había encontrado hasta ese momento.

—Es demasiado pronto para sacar conclusiones —le dije.

Ella asintió y echó una ojeada a la larga cara de nuestro sujeto. Miré y enseguida supe lo que ella observaba: la misma distancia entre la profunda arruga del rabillo del ojo y la mandíbula de la que habíamos hablado a propósito de su abuelo. Yo no precisaba los calibradores para saber que encontraría una medida que encajaba perfectamente con el Cociente de Grandeza.

—Señoría, me parece que se está moviendo —dijo Arla.

Giré sobre mis talones y ella pasó a mi lado, rozándome. Alargó una mano y la posó sobre el pecho del Viajero.

—Lo siento... un movimiento apenas perceptible. Le tomé la mano.

—Vamos, vamos, a veces podemos dudar de lo que vemos, pero me temo que no se puede dudar de la Muerte, sobre todo si lleva mil años o más residiendo en este tipo.

—Pero sentí que se movía —insistió. Tenía una expresión de miedo en los ojos y no pude soltarle la mano.

—Lo más probable es que Garland haya trastocado la estructura interna cuando lo movió. Si usted ha sentido algo tiene que haber sido la fractura de unos frágiles huesos que se convierten en sal o unos órganos petrificados que se reacomodan. Nada más.

—Sí, señoría —dijo Arla, aunque retrocedió con una expresión horrorizada.

¿Cómo decirle que hasta ese momento todos mis cálculos indicaban un individuo muy consciente y de sutiles matices? ¿Cómo reconocer que este capricho de la naturaleza, con piel de insecto y dedos de pato, constituía, a mi parecer, la cumbre misma de la evolución humana? ¿Dónde me deja eso?, me pregunté. Deseaba desesperadamente cambiar los resultados. Habría sido fácil y sabía que para todos los involucrados sería mejor, pero la magia que había infectado mis cálculos estaba aún en mí, atándome a la amarga verdad.

Abrí el calibrador al máximo y volví a acercarme al sujeto. Por primera vez desde el principio de la sesión, le miré la cara sin ninguna inferencia geométrica y numerológica. En lugar de ángulos y radios, observé que tenía una sonrisa astuta de labios apretados, y por la forma y la posición de los ojos concluí que había sido un hombre de gran sabiduría y sentido del humor. Alcé la vista y contemplé las velas que parpadeaban, repartidas por toda esa oscura cueva que era la iglesia. La voz del Amo resonó entonces en mi cabeza.

—Cley, estás enterrado vivo.

Me sentí atrapado, claustrofóbico. Me obligué a ocultar mis temores y puse una punta del instrumento en el centro mismo de la frente del Viajero y la otra punta en el extremo de la larga barbilla, en la que crecía una barba puntiaguda. Traté de medir la distancia y descubrí que no sabía lo que estaba haciendo. La Fisiognomía, con sus fundamentos, sólidos como el granito, en la historia de la cultura, se desvaneció de pronto, como un terrón de azúcar en un vaso de agua. Me encontraba entre mi amor y esa losa de muerte en vida, y sentí que se cernía sobre mí la tempestad de pecados de Garland.

—¡Ajá! —exclamé, con demasiado histrionismo—. He aquí lo que buscaba.

—¿Qué? —inquirió Arla.

—Si tenemos en cuenta las minúsculas aberturas de la fosa nasal y las dividimos por el resultado del centro de la frente al centro de la barbilla, como acabo de hacer, activamos el vector Flock, que a su vez prueba de modo fehaciente que nuestro sujeto es poco más que un animal en postura vertical.

—¿El vector Flock? No lo conozco.

Yo tampoco, pero le inventé una historia y hablé largo y tendido de la brillantez de mi profesor.

La decepción se dibujó en el rostro de Arla; no supe si era por mí o por el deseo de asistir a un gran descubrimiento. En ese momento, no obstante, lo único que yo deseaba era una dosis de belleza y dormir muchas horas.

Mientras yo guardaba mis instrumentos, Arla preguntó si deseaba que fuera a buscar a Garland. Me llevé un dedo a los labios y con un gesto le indiqué que me siguiera. Pareció sorprenderse, pero me ayudó a ponerme el abrigo y luego se puso el suyo. Antes de salir huyendo, eché un nuevo vistazo al Viajero. La expresión de la cara me pareció diferente; tenía la boca entreabierta, quizá por la satisfacción de haber devorado todos mis conocimientos de Fisiognomía.

No era capaz de recordar, ni aunque en eso me fuera la vida, las teorías más básicas, y la geometría no era para mí entonces otra cosa que círculos. La naturaleza repentina de esta pérdida me mareó, me revolvió el estómago. Sentía que ya no entendía el mundo, que mi ancla interior había desaparecido. Arla me ayudó a cruzar el puente que se mecía de un lado a otro, a trasponer las puertas y a bajar los escalones de la entrada. La nieve giraba alrededor. Advertí que Arla no me soltaba y supe que ocurría algo malo.

Tomé aliento varias veces, e insistí hasta que ella me soltó, y enseguida, tratando de dominarme, eché a andar con mi habitual paso resuelto. Mis ojos, que habían perdido la capacidad de medir, no encontraban sentido en nada. Todo estaba allí, inexplicablemente; todo rezumaba inseguridad. La estructura determina la existencia del mundo físico, me dije. Al menos recordaba esto, pero lo que podía significar se fundió, descendió y se congeló en la base de mi columna vertebral.

La dejé en la calle delante del hotel Skree.

—Mañana, a las diez en punto —le ordené—. No se retrase.

Arriba, en mi habitación, inyecté una ampolleta y media de belleza en mi vena preferida; rozaba peligrosamente la sobredosis, pero necesitaba una droga potente para aguantar el miedo. Sentí cómo el líquido violeta empezaba casi de inmediato a bullir en mi cabeza y mi pecho, aunque antes de que la belleza me tuviese del todo en su poder fui a sacar de la maleta la pistola derringier que llevaba como seguro contra los súbditos hostiles. Apoyé el respaldo de una silla en la pared; me senté con las piernas dobladas sobre el asiento y escuché un rato, atento al peligro que sentía que me acechaba y que no alcanzaba a precisar.

La maldita Anamasobia se había convertido en el infierno de los fisiognomistas; recé a todo —a Gronus, a Arla, a la Ciudad Bien Construida— por que mi amnesia no fuese permanente. Si no conseguía recordar habría perdido mi vida y sabía que acabaría por usar la derringier contra mí mismo.

—El vector Flock... me gusta —comentó el profesor, que se reía delante de mis narices. Vestido todo de blanco estaba tan joven como en la primera clase suya a la que asistí.

—Ese condenado Viajero lo ha borrado todo —expliqué. La situación no me parecía divertida.

—Quizá te reúnas pronto conmigo.

—¡Lárguese! —grité.

Se desvaneció rápidamente, pero el sonido de su burla permaneció en el aire, como humo de un cigarrillo apagado.

En el viento de fuera oí susurros, charlas en voz baja. Las luces parpadearon. Los Mantakis gruñían o cantaban, ¿quién sabe?, y el suelo empezó a moverse como el agua. Subí y bajé con la marea; traté de recordar números y normas, pero mi mente sólo acertaba a ver un desfile de rostros sin sentido. Cuanto más pensaba, tanto más rápido desfilaban, para desaparecer atravesando la pared por encima de mí. Había leído cada uno de ellos durante mi larga carrera; cada uno había revelado a mis instrumentos y a mi ojo experto cierto grado de culpa; ahora, en cambio, me parecían insignificantes y bien podrían haber sido grumos de cremat. No encontraba la suma, y cuando traté de dividir, mi cerebro se embrolló y emitió una lluvia de chispas verdes. Cada vez que intentaba recordar la fórmula matemática con que se medía el volumen y las proporciones, el alcalde Bataldo aparecía en mi mente apoyado en un balcón, diciendo: «Una paliza de primera» y sonriendo como un imbécil clásico.

Pese a todo, pude leer un mensaje fatídico escrito en la imagen que me miraba desde el espejo de Arden al fondo del dormitorio. Los escalofríos provocados por la droga, esos estremecimientos del sistema nervioso que ocasionalmente torturan a quien lleva mucho tiempo consumiendo belleza, me sacudían las manos y me

envolvían en una exquisita paranoia. Creí ver la cara de un demonio que se asomaba un momento a la ventana y miraba a través de la nieve. Abrí el maletín con la mano derecha —la izquierda sostenía todavía la derrerger— y saqué, uno a uno, los instrumentos de cromo. Los alineé sobre la cama, me levanté y los examiné. Cada uno me recordó la condenada cara del Viajero. Iba a tomar el calibrador cuando oí a alguien que subía con paso pesado, peldaño a peldaño, rumbo a mi habitación.

Me volví rápidamente hacia la puerta, apuntando con la derrerger, y me pregunté por qué llamaban el Viajero a esa cosa-hombre. Se me ocurrió que no había ido a ninguna parte en varios siglos. Sin embargo, como un enorme tallo de maíz seco agitado por el viento otoñal, vi en mi mente que se acercaba a mí, subiendo con paso cansado; le chirriaba la piel y su aliento era como exhalaciones de polvo. Me pregunté si se apoyaría en el pasamanos.

—Mantakis —grité a voz en cuello, aunque sólo se me escapó un murmullo.

Los pasos se detuvieron en el descanso. Amartillé la derrerger. Nunca había disparado con ella y me pregunté si estaba cargada. Se oyeron tres pausadas llamadas y en el silencio que siguió detecté un ligero resuello, una respiración trabajosa.

—Adelante —dije.

La puerta se abrió. Qué suerte que no cedí al impulso de apretar el gatillo, porque allí, delante de mí, estaba el conductor del carruaje, el hombre de cara de cerdo. El pobre infeliz me observaba con ojos vidriosos, como un sonámbulo.

—El Amo me ha pedido que venga a buscarlo —explicó sin el menor rastro de su descabellado sentido del humor.

—¿Drachton Below se encuentra aquí? —pregunté, incapaz de ocultar mi asombro.

—Debe acompañarme.

—Muy bien —murmuré.

Me puse el abrigo, recogí los instrumentos, los metí apresuradamente en el maletín, y lo cerré. Cuando el conductor se volvió para iniciar el descenso, guardé la derrerger en el bolsillo del abrigo. Temblando como una hoja y con la mente sumergida en el agitado mar de la belleza, fui trastabillando hacia la puerta de la calle. Sabía que, pasara lo que pasara, no sería nada bueno.

El cochero bajó cada escalón con el mismo paso pesado con que había subido. Cuando llegué al descanso delante de la puerta de los Mantakis, oí a la señora cotorrear acerca de algo; y sentí que me faltaban las fuerzas. Exhausto, me apoyé un momento en la pared y cerré los ojos.

—Señoría —dijo el cochero.

Desperté enseguida. No sé cómo, pero ya habíamos salido del hotel. La luna brillaba y me asombró ver que ya hacía calor y que la nieve parecía haberse derretido.

—¿Cómo es posible? —inquirí.

—El Amo lo espera. —El cochero mantenía abierta la puerta del carruaje.

Incliné la cabeza y entré.

Mientras recorríamos la calle principal del pueblo me pregunté adónde me llevaba. Tenía un millón de preguntas pendientes, pero no tardé en atribuir el episodio a la magia que ejercía en mí la belleza.

—No es real —me dije.

En cuanto dejamos atrás la iglesia y cruzamos la campiña hacia la frontera con la tierra de nadie, apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Esperaba que si me dormía y despertaba me encontraría de nuevo en mi habitación del hotel Skree, o mejor aún en la Ciudad Bien Construida.

Dormí un rato, sin duda; me despertó una sacudida del carruaje, que se había detenido de golpe.

—Una alucinación persistente —susurré.

Mirar por la ventana era como mirar un estanque de tinta. No distinguí el menor indicio de luz. De repente, la puerta se abrió y vi al cochero que empuñaba una antorcha. La llama se agitaba y chisporroteaba, impulsada por el viento cálido; y a la luz vacilante el inadecuado rostro del cochero parecía tener un aire más siniestro que estúpido.

—En nombre del trasero de Harrow, ¿dónde estamos, buen hombre? —pregunté y salí a la oscuridad. Deslicé la mano izquierda en el bolsillo del abrigo y toqué la derrer. En el otro bolsillo, mi mano derecha encontró el mango de mi escalpelo.

—En la entrada de las minas del monte Gronus —me contestó—. Sígame, señoría.

Anduvimos por un corto sendero hacia la boca del pozo principal, revestida de tablas de madera.

—¿Es cierto que el Amo está aquí? —insistí.

El conductor no me respondió; continuó internándose en la noche, caminando sin prisa. Yo casi tenía que correr para seguirlo, mientras mi mente daba vueltas y revueltas a las posibles preguntas que me haría el Amo. Por muy mala que se ponga la cosa, me ordené, no menciones a Arla, si sabes lo que te conviene.

Caminamos largo rato en la niebla cerrada. Ciertamente, el hombre llevaba la antorcha, pero ¿qué podía iluminar? Por cada pocos metros de noche que alumbraba, nos inundaban océanos enteros de negrura. Yo estaba a punto de gritar en todo momento. No sé cómo pude continuar, pero lo hice. Parecíamos viajar hacia el corazón de la nada, cuando, de súbito, doblamos a la derecha y entramos en una pequeña cueva iluminada como el día por una fuente de luz que no conseguí detectar. Sentado en un sillón de respaldo alto, delante de un jardín de estalagmitas que me llegaban a la cintura, Drachton Below fumaba un largo y fino cigarrillo, con las piernas modosamente cruzadas. Enroscada a los pies de Below había una enorme criatura, parecida a un perro, cubierta de largo pelo plateado.

—Cley, qué agradable verte —me dijo el Amo y soltó una voluta fina como una brizna de hierba. Vestía pantalón de seda color vino y chaqueta color verde lima. La pálida piel de su pecho sin vello casi reflejaba la brillante luz omnipresente.

—Amo. —Hice una ligera reverencia.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó mientras se inspeccionaba las manos.

—Espléndidamente.

—En serio...

—Pero ¿sois real? Hace poco que tomé belleza y estoy bastante confundido en cuanto a lo corpóreo de esta reunión.

—¿Qué quieres decir con «real»? —Soltó una carcajada.

—Que si estáis aquí.

—No sólo estoy aquí, sino que, mira, he traído a una vieja amiga tuya. —Con la suela de la sandalia dio un golpecito a la criatura, y le ordenó—: Levántate. —La criatura echó las patas hacia atrás con una sacudida espasmódica y empezó a levantarse. Me dejó boquiabierto ver que no se quedaba en cuatro patas, y que se erguía sobre las dos traseras, como un perro convencido de que es humano.

—Esperad... —pedí, pues algo en la criatura empezaba a parecerme familiar. Se volvió y vi la cara lupina de Greta Sykes, la mujer lobo latrobiana—. Esto no —rogué, mientras le examinaba el cuerpo.

Había crecido, y dos hileras de tornillos le traspasaban ahora el cráneo en la coronilla. Los incisivos y las garras eran todavía afilados, pero debajo de la espesa pelambre alcancé a detectar los pechos humanos de una joven. Me miraba con una expresión de sufrimiento y pesar.

—Tu pequeña mujer lobo. He trabajado en ella, he jugado con su cerebro y he añadido un par de centros de dolor. Ya no se convierte en una niña pequeña, y ahora es una agente eficaz.

—Vuestro genio me asombra, señorita —alcancé a balbucear.

—Abajo —dijo a la criatura, que volvió a enroscarse en el suelo—. Cley, más vale que tu genio me asombre a mí, cuando hayas concluido este caso. Quiero esa fruta blanca.

—Estoy a punto de emprender y llevar a cabo la duodécima Maniobra.

Se rió de mí.

—Como sea. —Sacudió una mano—. Si fracasas, haré que la señorita Sykes la lleve a cabo en ti y en el resto de esta tediosa ciudad.

—Como queráis, Amo.

—¿Y qué es eso que he oído acerca de cierta joven que trabaja contigo?

—Sólo como secretaria, señor. Hay muchos cuerpos que leer aquí y necesito alguien que me ayude a llevar las cuentas.

—Eres muy astuto, Cley. Me da igual lo que hagas con esa joven. Quiero la fruta. La Ciudad Bien Construida necesita que yo viva eternamente.

—Por supuesto.

—Ahora... —volvió la cabeza, se puso ante mí de perfil, y se metió un cigarrillo ya muy disminuido entre los labios—, saca ese sucedáneo de pene del bolsillo de tu abrigo; quiero ver algo de precisión científica.

—¿Tengo que disparar?

—No, tienes que quedarte ahí hasta el fin de los tiempos. Esta semana no otorgo medallas a las preguntas estúpidas. Adelante —insistió con una sonrisa torcida.

Extraje la pistola y levanté el brazo. La derringer tembló y descendió, dominada por la belleza, mi miedo y el olor cada vez más penetrante de Greta Sykes. ¿Y si no acierto?, me pregunté al cerrar un ojo para apuntar mejor. La idea estalló en mi mente un segundo antes de que el arma se disparara y la detonación rebotara en las paredes azules de la cueva.

Desperté repentinamente y me incorporé. Vi, en el otro extremo de la habitación, un agujero en pleno centro del espejo de Arden, y un reguero de vidrios rotos en el suelo, como una capa de aguanieve. Sacudí la cabeza tratando de despejarme. Fuera de la ventana, la claridad del día revelaba el fin de la nevisca. Arrojé la derringer al suelo y saqué un cigarrillo. De abajo me llegó un crujido y luego oí a Mantakis que subía corriendo. Los golpes en la puerta y la jaqueca me aturdieron todavía más; sentí como si me clavaran púas en los ojos.

—Señoría —gritó—, ¿oí que la pistola se disparaba?

—Una pequeña prueba, Mantakis.

—¿Una prueba?

—Para ver si estaba usted despierto.

—Lo estoy.

—¿Qué hora es?

—Son las diez menos diez, señorita.

—Prepárame un baño y tráeme un cuenco bien caliente de ese excremento que aquí se hace pasar por comida.

—Mi esposa ha cocinado un gulasch de cremat, un auténtico testimonio de sus habilidades.

—Lo que me temía, precisamente, Mantakis.

Casi perdí el conocimiento, abandonado en el agua acre de mi baño. La temperatura era helada, las ráfagas de nieve golpeaban aún, y yo tenía la impresión de haber viajado de veras al monte Gronus esa noche. La cabeza me daba vueltas y mi conciencia empezó a cerrarse tanto como mis otras aberturas. Justo cuando empezaba a ahogarme, Mantakis apareció y pasó un cuenco de humeante gulasch bajo mi nariz, lo que tuvo el efecto de sales aromáticas. Hasta le di las gracias por ese tufo de muerte y le ordené que se largara con él.

Permanecí sentado, petrificado, y busqué la Fisiognomía perdida en todos los rincones de mi mente. No se me ocurrió ni un solo dígito, ni siquiera una fracción de barbilla.

—¿Qué se hace cuando la superficie se derrumba y uno se cae? —pregunté a los copos de nieve al otro lado del cristal.

Entonces, en mis pensamientos, el Amo se presentó transportado por una gélida ráfaga, y durante un rato me pregunté si en realidad no se habría puesto en contacto

conmigo, si no habría nadado a través de la belleza para meterse en mi alucinación de la noche anterior. El recuerdo de Greta Sykes, erguida sobre las patas traseras delante de mí, me hizo concluir que el episodio no era más que una pesadilla provocada por mis peores miedos. Sin embargo, el Amo dominaba una magia primitiva de la que yo no sabía nada. Pese a lo grotesco de estos pensamientos, no me preocuparon tanto como la perspectiva de enfrentarme con la cabeza vacía a las caras de Anamasobia.

El alcalde Bataldo me esperaba fuera del hotel, sobre un montículo de nieve. Vestía un largo abrigo negro; un ridículo sombrero negro de ala ancha le coronaba la cabeza. Al verme, esbozó una sonrisa tan caprichosa que despertó en mí las ganas de darle allí mismo otra paliza.

—Hermoso día, señoría.

—Conténgase, alcalde; hoy tengo la paciencia muy frágil.

—El pueblo de Anamasobia lo aguarda dentro de la iglesia. —La sonrisa se le debilitó, pero sin desaparecer del todo.

Echamos a andar calle abajo; la nieve crujía bajo nuestros pies en un pueblo tan tranquilo y quieto como un cementerio. Mientras caminábamos el alcalde me habló de los preparativos.

—Le he asignado un guardaespaldas, señoría, el más cruel de los mineros, un tipo llamado Calloo. Lo protegerá si algún ciudadano protesta por el protocolo. El padre Garland ha puesto un biombo en el altar para proteger la intimidad de quienes deban desnudarse. Por cierto, la idea de tener hoy dentro del templo tanto la desnudez como la ciencia, lo ha sacado de sus casillas.

—Manténgalo alejado —le ordené—. La condición religiosa que le ha dado cierta posición en este pueblo no significa nada para mí. Haré que lo azoten como si fuera un perro callejero si en algún momento se le ocurre interferir.

—Arla ha sugerido que quizá le interese ver primero a Morgan y a su hija Alice, señoría, puesto que han suscitado suspicacias en la ciudad.

—Muy bien.

—Mire, allí están sus especímenes —comentó Bataldo y señaló con un dedo justo delante de nosotros.

Nos encontrábamos bastante cerca de la iglesia y me puse a estudiar aquella desordenada fila de réprobos y poltrones. Cuando vieron que nos acercábamos enmudecieron; me animó un poco ver un indicio de nerviosismo y quizá hasta una pizca de miedo en casi todas las caras. Algunos de los mineros más corpulentos y de aspecto más brutal no mostraban ninguna emoción. ¿Cómo podían temerme cuando habían pasado casi toda la vida en la oscuridad, acechados por la amenaza constante de un derrumbamiento o de un peligro invisible, como un gas venenoso? Al menos no me miraron con desdén.

Estaba yo a punto de encaminarme hacia la puerta de la iglesia, cuando el alcalde me tomó del brazo y me detuvo.

—Un momento, señoría —me pidió. Se volvió hacia la multitud, agitó los brazos en el aire y gritó a los que hacían cola—. De acuerdo, ahora, como lo hemos practicado. Listos... uno, dos, tres...

Los aldeanos iniciaron un coro discordante.

—Buenos días, señoría —gritaron, como un montón de escolares saludando a su maestro.

Me sorprendieron y lo único que se me ocurrió fue darles las gracias con una leve reverencia; el coro estalló en una larga carcajada. El propio Bataldo estaba loco de alegría. Por un momento la cólera casi me hizo perder la cabeza. De haber sacado la pistola, de haber disparado al alcalde como tanto deseaba, habría perjudicado todo el caso. Me limité, pues, a tranquilizarme, y me volví y fui hacia la entrada del templo. En nada me ayudó el hecho de tropezar con el primero de los torcidos escalones, pues provocó un nuevo estallido de hilaridad a mis expensas.

Me di cuenta de que estaba empapado en sudor mientras cruzaba el puente inestable al otro lado de las puertas del templo. Ahora que la Fisiognomía había desaparecido, sólo me quedaba fingir, o sea, ponerme una máscara de eficacia que ocultara mi vacío. La naturaleza tenebrosa de la iglesia constituía una bendición que me sería de gran ayuda. Mi peor problema sería Arla, que venía hacia mí en ese momento; irradiaba belleza y un conocimiento espeluznante de aquello que antes me definía.

—¿Está preparada para trabajar? —inquirí en tono severo al entregarle mi maletín de instrumentos.

—He pasado toda la noche relejendo mis textos —respondió—. Espero serle útil.

Llevaba un sencillo vestido gris y el cabello estirado hacia atrás en lo que tomé por un intento de parecer menos femenina, y por tanto más profesional. Así y todo, pese a los problemas que revoloteaban en mi cabeza como un aquelarre de cuervos, la presencia de Arla me sobrecogió de inmediato. Le toqué ligeramente un hombro y por un momento me sentí transportado al Paraíso Terrenal. Entonces vi al padre Garland que aparecía desde detrás del biombo de madera erigido junto al altar, y el cielo se convirtió en infierno.

Se acercó a mí como la zarigüeya estridente que era, y los dientes afilados le brillaron a la luz de las antorchas. Se abrió paso entre Arla y yo.

—El alcalde me ha advertido que no debo interferir en los procedimientos y he aceptado aguantar esta humillación por el bien de la ciudad, pero usted, usted lo pagará en la otra vida. En la mina de después de la muerte hay una cámara destinada a los sacrílegos; en ella los tormentos sobrepasan el dolor de la soledad y la pérdida del amor que conocemos en este mundo.

—Sí, pero ¿sobrepasan el momento insoportable de tener que escucharlo a usted?

—Comprobé que anoche no se quedó a hablar conmigo sobre lo que descubrió acerca del Viajero —comentó con una sonrisa afilada—. Habíamos convenido, según creo recordar, que me comunicaría los resultados.

—Prehumano —dijo Arla, defendiéndome.

—Así es —convine—, un ser preservado desde antes del dominio del hombre. Interesante por su novedad como objeto de museo, pero fisiognómicamente sin

características reveladoras.

—Rezaré por usted —dijo Garland.

Se volvió y fue hacia la primera fila de bancos de piedra; se arrodilló y entrelazó las manos.

—Ahórreme los detalles —dije, y acompañé a Arla hasta el altar; allí nos esperaba el tipo a quien el alcalde había encomendado alejar a los alborotadores. Diríase que Bataldo había acertado con el hombre, pues Calloo, que así se llamaba, era del tamaño del oso adulto que vi una vez en un circo ambulante en las afueras de la Ciudad Bien Construida. Lucía una espesa barba negra y el cabello casi tan largo como el de Arla. No me hizo falta la Fisiognomía para ver que las manos, el cráneo, de hecho todo en él era una afrenta al sentido común de la naturaleza. Fuerza y corpulencia aparte, pocas eran las señales externas que indicaran una inteligencia humana. Cuando le dije lo que esperábamos de él, gruñó y movió la cabeza para informarme que había entendido. Lo mandé en busca de las primeras víctimas y luego dispuse mis instrumentos sobre el altar de piedra, como en la noche anterior.

Si Alice, la niña de ocho años de quien se decía que había mordido la fruta obligada por su padre, tenía todas las respuestas correctas, entonces yo quería saber quién hacía las preguntas. Me senté ante la figura desnuda y fingí tomar apuntes en mi diminuta libreta con mi alfiler y tinta. A la pérdida de mis conocimientos se añadía la de mi sistema de anotaciones, que en aquel momento se me antojaba una extravagancia de lo minúsculo que yo ya no era capaz de entender. Arla se dedicó a hacer una lectura craneal mientras yo interrogaba a la niña.

—Alice, ¿has comido la fruta blanca?

—Comido la fruta blanca —respondió clavándome los ojos. Comparada con la de ella, la expresión de Calloo parecía la de un sabio.

—Alice, ¿has cambiado recientemente tu modo de pensar?

—De pensar.

Sacudí la cabeza, exasperado.

—¿Has visto la fruta blanca?

—Que nadie arranca.

—¿Hay algo aquí que yo no entiendo? —pregunté.

Arla sacudió la cabeza y se acercó a susurrarme que la niña era un dos retrógrada en la escala de la inteligencia y que las medidas demostraban que era pura de corazón.

—El siguiente —grité.

El padre de Alice resultó no menos brillante que la niña. Tenía un pene de una longitud insólita, lo que revelaba obviamente la maldición de la ignorancia. Arla se mostró muy diligente midiendo este órgano, pero la interrumpí a media tarea.

—No hay nada ahí. ¡El siguiente!

Una vez demostrada la inocencia de nuestros dos principales sospechosos, gracias a los cálculos de Arla y a mi enfoque, necesariamente más intuitivo, pusimos manos

a la obra con el resto del pueblo. Hasta ahora, mi plan de hacer ver que yo aprovechaba la oportunidad para instruir a mi ayudante, había funcionado bien. —¿Y qué ha encontrado? —le preguntaba cada vez que ella utilizaba los instrumentos de cromo; los manejaba con gran habilidad y recitaba cifras para que yo las apuntara en mi libreta. Naturalmente, yo pretendía estar dejando que pescara al ladrón para mí. De vez en cuando titubeaba y me miraba con ojos interrogantes—. Adelante —le decía yo—, continúe, la estoy observando, le avisaré si comete algún error. —Alentada por mis palabras, sonreía, como agradeciendo mi generosidad, y empecé a pensar que el asunto terminaría mucho mejor de lo que yo había previsto.

Desfilaron ante nosotros, de uno en uno, una interminable pesadilla de lo repulsivo y lo desagradable. Dada mi recién adquirida ceguera, distinguir a un ladrón entre esta multitud equivalía a tratar de identificar a un canalla en una habitación atestada de abogados. La desnudez de la gente me resultaba sumamente perturbadora: una abundancia nauseabunda de carnes y de sexo descarado. Cuando Arla ordenó a la esposa del alcalde que se doblara hacia delante, encendí un cigarrillo con la esperanza de que el humo me protegiera de aquellos dilapidados misterios.

Nuestro vigésimo sujeto fue un hombre llamado Frod Geeble, el propietario de la taberna. Arla le aplicó el calibrado de ombligos.

—Más vale que lo compruebe —me pidió.

Le eché una mirada nerviosa y ella entornó los ojos, como si de pronto hubiese sospechado mi ignorancia. Dejé con presteza la libreta, me acerqué al sujeto y ella me entregó el instrumento. Aunque lo recordaba, no tenía la menor idea de cómo manejarlo. Dejé a un lado el calibrador y me incliné y puse el ojo izquierdo en el ombligo del gordo, como para mirar por un telescopio. No sabía qué hacer y metí el dedo índice en la zanja de carne. Frod Geeble eructó.

—Interesante —comenté.

—¿Qué número le ha salido? —dijo Arla.

—Eso mismo iba a preguntarle.

—Me siento insegura tras haber distinguido indicios de depravación en la abundancia de las cejas.

—Olvide la inseguridad.

—Pero anoche leí, en su obra *La corpulencia mancillada y otras teorías fisiognómicas*, que el fisiognomista no debe basarse nunca en algo inseguro.

Para evitar que ella me descubriera, me enderecé y miré a Frod Geeble directamente a los ojos. ¿Podría este hombre haber robado la fruta sagrada?, me pregunté, y se me ocurrió que éste era el único medio con que contaban los no iniciados para juzgar a otro ser humano, y me estremecí ante la naturaleza descuidada de este método, la oscuridad total en que vivían tantas personas. No obstante, yo pensaba que él no era el ladrón.

—Tiene ojos de color castaño; no hay por qué preocuparse —dije.

—Muy bien. Es inocente.

—Bebidas gratis en la taberna para su señoría —anunció Frod Geeble mientras empezaba a vestirse.

Calloo iba a ir a buscar el siguiente sujeto.

—Tráigame al alcalde esta vez —le ordené.

El corpulento minero esbozó una ancha sonrisa y habló de modo inteligible por primera vez.

—Con mucho gusto, señoría.

Tuve que sonreír yo también.

El alcalde se tapaba las partes pudendas al acercarse para la inspección. Sin el menor asomo de timidez, Arla le aplicó todos mis aparatos, como lo había hecho con los demás. Cuando acabó de cantarme los resultados y yo de fingir que los apuntaba con el alfiler, le pedí que se apartara. Arla retrocedió unos pasos. El alcalde, pese a no ser un fisiognomista, leyó astutamente en mis ojos mis malignas intenciones. Los pliegues de piel fofa que tenía en el pecho y el vientre le temblaron junto con el labio inferior.

—Ya sé —dejó escapar una risa nerviosa—, nunca había visto un ejemplar tan resplandeciente.

—Ni tan parecido a un cerdo —dije.

—No soy un ladrón —gimió, ahora malhumorado.

—Sin duda, pero advierto un pequeño fallo de carácter que creo poder ajustar. —Me puse de pie y fui hacia la silla de cuyo respaldo colgaba mi abrigo; extraje el escalpelo, y blandiéndolo frente a los ojos del alcalde, añadí—: Detecto un sentido del humor propio de un burro que podría ser la perdición de usted si no lo corregimos a tiempo.

—Quizá pueda esforzarme por ser más serio —balbució.

—Vamos, vamos, alcalde, esto no le va a doler. Estoy estudiando dónde hacer el corte. Tal vez más abajo, ahí donde tiene la inteligencia. —Di un paso atrás y le pasé el canto de la hoja por los testículos.

—Arla, por favor, ayúdame —suplicó por encima de mi hombro.

En ese momento recordé que ella nos observaba. Me moría de ganas de desahogar todas mis frustraciones con Bataldo, pero lo que deseaba sobre todo era evitar que Arla viera mi rabia, aunque yo hubiera querido trocearlo como si fuera un pastel.

Una vez que el alcalde se vistió y se marchó, Arla me dijo:

—He visto claramente las intenciones de usted.

—¿De qué diablos habla?

—Estaba tratando de que confesara.

—¿Ah, sí?

—Le llamó la atención la naturaleza aberrante del trasero, ¿verdad?

—Sea concreta —ordené, como si pusiera en tela de juicio lo que ella decía.

—El mechón de pelo que le crece en la nalga izquierda. Me parece que se llama la Cualidad del Centauro, ¿no? Prueba incontestable de la inclinación al robo.

—Muy bien. Ya lo he apuntado en la categoría de sospechoso.

Antes del anochecer habíamos examinado la mitad del pueblo y me encontraba tan lejos de resolver el enigma como cuando empezamos. Que yo supiera, el Viajero había despertado y había robado la fruta. Arla había hecho una corta lista de posibles delincuentes, pero no parecía que algo milagroso le hubiera ocurrido a ninguno de ellos. Acaso escondían la fruta y no se la comerían hasta que el caso hubiese concluido. Pagué a Calloo unos cuantos belows por su trabajo y a duras penas evité darle las gracias; esta casi metedura de pata se debía probablemente a la inmensa satisfacción de haber terminado el día. Guardé mis instrumentos, me puse el abrigo y observé, anhelante, cómo Arla se desataba el cabello y lo dejaba caer.

—Reúnase conmigo en el hotel en una hora —le pedí.

Con un asentimiento de cabeza, salió rápidamente. Me pregunté si me habría descubierto. Necesitaba reflexionar, ver si podía arriesgarme a confiar en ella. Más que esto, sin embargo, necesitaba un poco de belleza. No recordaba haberme abstenido tanto tiempo. Me temblaban ligeramente las manos y el cuero cabelludo empezaba a picarme, señal fehaciente de que necesitaba desde hacía rato una dosis violeta. Garland estaba todavía de rodillas, rezando, cuando me fui. Cerré la puerta con todas mis fuerzas, con la esperanza de que el Gronus de madera se desmoronara sobre él. En cambio, volví a tropezar con el escalón y caí de bruces en la nieve.

Cuando entré en el hotel, la señora Mantakis contaba belows detrás del mostrador y chachareaba furiosamente consigo misma, como una comadreja con las patas atrapadas en una trampa. Me limpié la nieve de los zapatos en la estera y me acerqué a la mujer. No me hizo caso, ni siquiera cuando me detuve delante de ella; el monólogo continuó:

—Parece pensar que voy a quedarme esperando ahí afuera todo el día, en el frío, para que después me diga que vuelva mañana, cuando tendrá tiempo de poner en mí una mirada codiciosa...

Carraspeé y ella levantó los ojos.

—Señoría, ¡qué gusto verlo! Tiene que haber tenido un día largo y duro. ¿Qué puedo hacer por usted? —Con las manos barrió el dinero del mostrador y me echó una sonrisa insípida que enmascaraba un rencor evidente.

—Hoy ha sido una jornada agotadora, pero mañana lo será el doble, puesto que tendré que pasar tiempo estudiándolos, a usted y a su marido.

—¿Por qué será tan difícil? Mi madre decía que yo tenía buenos atributos. —La sonrisa se le convirtió en mueca cuando arrugó la nariz.

—No sabía que su madre fuese veterinaria —repliqué. Se contuvo, e hizo bien, sabiendo que me sentía cansado—. Mándeme dos botellas de vino a mi estudio... y cena para dos. Más le vale que no sea ninguna clase de cremat, aunque tenga que freír al cretino de su marido. Luego acuéstese temprano, porque mañana en la nieve la espera será muy larga.

—Como guste —contestó echando una mirada anhelante a mi yugular.

—Una ciudad de imbéciles militantes —me dije al subir los tramos de escalera hacia mi habitación.

Una vez allí, me quité el abrigo, me descalcé y me tumbé en la cama. Lo que más deseaba era un momento de descanso, pero, claro, mi mente no dejaba de dar vueltas. Traté de recordar algunos de los sujetos que habíamos examinado y sólo acerté a visualizar unas amorfas masas de carne. Luego, Arla se presentó ante los ojos de mi mente, y pese a mi condición, despertó mi deseo. No había duda: estaba enamorándome de ella, cosa que no habría ocurrido si hubiese conservado la Fisiognomía. Me di cuenta de que la pérdida de la razón se desarrolla en progresión geométrica, hasta que un caos infernal te saca toda teoría metódica de la mente. Peor aún, la sensación que esto engendraba no me molestaba demasiado.

Sólo una cosa podía despejarme. Me puse de pie y fui a buscar una jeringa limpia en mi maleta. Como Arla probablemente venía de camino, me administré una dosis escasa, ya que no deseaba que fuese testigo de uno de mis profundos estupores. Ya no podía fiarme más que de la belleza, que, fiel a sí misma, brotó espléndidamente del

punto de entrada entre el dedo gordo y el segundo dedo de mi pie derecho, extendiendo filamentos de dicha.

Me parecía que era una dosis demasiado escasa para provocar alucinaciones, aunque las lámparas de la habitación emitieron una música muy tenue, de cuerdas y oboes, si mal no recuerdo. Fue una agradable sensación de ligereza que me animó y me ayudó a vestirme. Al menos el desafortunado Mantakis había recogido los añicos esparcidos por la alfombra y había cambiado el espejo que su hermano endurecido sostendría para siempre jamás. Me dije que tendría que alabarlo a la hora del baño, por la mañana.

Entró en mi habitación media hora más tarde y me informó que la cena estaba servida en la estancia contigua y que la chica Beaton había llegado. Me apliqué una gota de formol debajo de cada oreja —un olor intolerable para el olfato científico—, y me encaminé hacia la estancia de al lado; la excitación me quemaba las entrañas.

Al entrar, encontré a Arla de pie frente a la estatua, con las palmas de las manos apoyadas en las mejillas de su abuelo.

—¿Está comulgando con el árbol familiar?

—Más bien roca que árbol —respondió, se volvió y me sonrió.

Me alegré al comprobar que de momento parecía haber dejado el caso. También me complació ver que no vestía tan mal como antes. El vestido verde oscuro, con flores amarillas estampadas, le llegaba muy por encima de las rodillas; llevaba el pelo suelto, y para mi vista agudizada por la belleza, brillaba, literalmente. Cuando su mirada se encontró con la mía, casi no pude evitar sonreírle.

Mantakis había dispuesto en la mesa dos platos de comida. ¡Qué asombro el mío al descubrir un auténtico filete de caribú, verduras que reconocí, todo sin el menor rastro de olor a cremat! Junto a los platos había dos botellas de vino, uno tinto y el otro azul, además de dos copas de cristal. Me senté delante de uno de los platos y con un ademán indiqué a Arla que hiciera lo mismo en la otra silla.

Se sentó, cortó de inmediato un trozo de filete y se lo metió en la boca. Serví dos copas de vino azul, con la esperanza de que no advirtiera que era el más fuerte de los dos. Luego me apoyé en el respaldo y dije:

—Hoy ha trabajado muy bien.

—Le dije que lo haría.

Habría preferido una respuesta más respetuosa y que ella no hiciera tanto ruido al masticar, pero no eran más que molestias menores, perdidas en el diluvio de muchos otros encantos. Comimos y charlamos agradablemente, nos burlamos de la idea de que Morgan y su hija Alice pudieran tener algo que ver con el delito. Justo cuando todo marchaba sobre ruedas y yo había conseguido que Arla aceptara otra copa de vino, el profesor Flock se apareció detrás de la joven. Había olvidado que al menos la mitad de mi satisfacción se debía a la belleza.

—No pensabas que iba a perderme esta pequeña reunión, ¿verdad, Cley? —preguntó el profesor.

Arla alzó la vista y miró por encima del hombro, como si hubiese detectado el zumbido de un mosquito, pero me di cuenta de que había reaccionado ante mi reacción. Delante de ella no podía gritarle a mi viejo mentor que se largara, de modo que me concentré en los ojos de la muchacha y me obligué a pasarlo por alto.

—Menudo bocado, viejo —comentó Flock—, y no me refiero a la cena, aunque quizá sí al postre, ¿eh?

Llevaba un taparrabos y cargaba una pala; el sudor le chorreaba por la cara macilenta.

Arla tomó un poco de vino.

—He vuelto a soñar despierta; he recordado partes del viaje de mi abuelo —anunció.

—Interesante —dije.

Flock se inclinó sobre el hombro de Arla y miró dentro del escote.

—Te sugiero la duodécima Maniobra —me dijo con una mueca sardónica.

—Sí —continuó Arla—. Recuerdo que me contó, y esto es sorprendente, que se topó con una criatura asombrosamente parecida al Viajero, de acuerdo con la descripción del padre Garland.

—No me diga. —Observé al profesor que hacía gestos obscenos detrás de Arla.

—Sí —explicó Arla—, y recordé que me dijo que esta criatura le dio el nombre del paraíso.

—Observa, Cley, así fue como morí entonces —comunicó Flock.

Vi vapores que lo rodeaban y subían. Un olor a azufre impregnó la estancia. Flock dejó caer la pala por detrás, se llevó las manos al cuello, con la lengua fuera y los ojos desorbitados, y la cara se le puso roja y después morada.

—Wenau —dijo Arla.

El profesor cayó hacia delante, y la cabeza de Arla le traspasó el pecho incorpóreo; me levanté de un salto con el propósito de evitar que la aplastara. La alucinación se desvaneció al cabo de un instante y me encontré de pie, inclinado sobre la joven.

—Ésa fue, casi exactamente, mi reacción —aseguró.

—Interesante —dije, y volví a sentarme, intentando ocultar mi turbación.

Acabamos de cenar sin más interrupciones de invitados indeseados. Arla tomó su copa, fue hacia la ventana, miró la luna, que brillaba en un cielo sin nubes, y preguntó:

—¿Cree que hemos encontrado al ladrón o que lo descubriremos mañana?

—Me es imposible decirlo; la información de que disponemos es todavía escasa. Acuérdesse que la duodécima Maniobra requiere que leamos a todos los habitantes.

—Hábleme de la Ciudad Bien Construida.

—Es toda de cristal y coral rosa, torres acabadas en agujas y enrejados cubiertos de hiedra. Hay un gran parque y avenidas anchas. Es producto de la imaginación de Drachton Below, el Amo. Según se cuenta, fue discípulo del gran genio Scarfinati,

quien le enseñó un método de nemotécnica mediante el cual construyes un palacio en tu mente y lo adornas y llenas con ideas que se han transformado, a través de una simbología mística, en objetos. Así, cuando necesitas recordar algo, te paseas por el palacio de tu memoria, encuentras el objeto (un florero, una pintura, una vidriera) y la idea se te vuelve a revelar. Below fue un joven tan lleno de curiosidad que sus conocimientos no cabían en un sencillo palacio, sino en una ciudad, nada menos. Para cuando apareció en Latrobia, un joven de veinte años, ya había construido mentalmente cada centímetro de la metrópolis. Antes de empezar la construcción ya sabía dónde debía colocarse cada ladrillo, cómo debía adornarse cada fachada. Se decía que susurraba algo en el oído de los hombres y mujeres y desde ese momento, todos trabajaban para él, como máquinas jubilosas, incansables, tanto que antes morían que dejar de trabajar, y esto sin instrucciones. La construyeron mucho antes de que yo naciera, en tan poco tiempo que el lapso fue tan milagroso como la construcción misma.

—¿Y llevó consigo la Fisiognomía?

—La Fisiognomía existía, en una u otra forma, desde el tiempo en que las gentes se miraron por primera vez a los ojos. Pero Below, que precisaba una ley que gobernara la ciudad que había construido, la codificó y la convirtió en un sistema matemático para juzgar a la humanidad.

—Siempre esperé ir allí algún día a estudiar en las grandes bibliotecas e incluso a estudiar en una de las universidades.

—Es usted en verdad idiosincrásica, querida. Allí ninguna mujer se atrevería a soñar con ir un día a la universidad, ninguna mujer tiene acceso a las bibliotecas.

—Y eso, ¿por qué?

—Saben muy bien que son inferiores a los hombres en general, lo mismo que ciertos hombres son inferiores a otros. No sólo lo saben, sino que es una ley —le expliqué en la más dulce de las voces.

—No es posible que usted crea eso.

—Claro que sí. Usted ha leído las publicaciones. El cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre; nadie lo discute. —Arla me dio la espalda con una expresión de asco—. Arla —supliqué—, no puedo cambiar la naturaleza. —Sentí cómo se enfriaba. Se apartó de mí y traté de decirle algo que la ayudara a recuperar la tranquilidad—. Las mujeres tienen ciertos atributos y ciertas... digamos posibilidades biológicas. Tienen un lugar en la cultura, pero...

Pareció animarse y se volvió hacia mí, sonriente.

—¡Oh!, creo que sé a qué se refiere.

—¿Ah, sí?

La cabeza me dio vueltas y sentí que la discusión se desvanecía. La belleza y el vino pensaban por mí cuando la abracé y me dispuse a besarla. En el fondo de mi mente me preguntaba dónde había dejado el guante de piel que solía usar en esos momentos críticos.

Entonces sucedió, tan inesperada y devastadoramente como la pérdida de la Fisiognomía: Arla me abofeteó y se desprendió de mí con violencia.

—Las mujeres tienen un lugar en la cultura —repitió con retintín—. Acuérdesse que soy yo la que lleva a cabo esta investigación. Puede que sea mujer, pero soy lo bastante lista para saber que, de un modo u otro, usted ha perdido sus capacidades.

—¡Arla! —exclamé. Yo había querido hablar en tono severo, pero la palabra me salió como el lamento de un niño.

—No se preocupe —prosiguió—. No se lo contaré a nadie. Acabaré la investigación, porque quiero que sepa, aunque sea un secreto entre nosotros, que fui yo quien resolvió el caso.

Me costaba creer lo que me pasaba por la cabeza, pero me pareció que yo estaba a punto de disculparme. Por el trasero de Harrow, mi mundo se despedazaba dentro de mí y alrededor.

—Lo siento —dije. Las palabras pesaron en mi lengua como medio kilo de cremat.

—¡Lo siente! Nos veremos mañana a las once. Y no se retrase esta vez. Espero que por la mañana tenga un comportamiento más profesional.

Recogió el abrigo, atravesó la estancia y se marchó.

Me quedé petrificado, tanto por saber que ella había advertido mi pérdida de la Fisiognomía, como por lo que opinaba de mí. Era una auténtica humillación... peor aún, una verdadera soledad. Sintiendo una profunda necesidad de alejarme de mí mismo, fui a mi cuarto, me puse el abrigo y la seguí.

Fuera, la oscuridad de la noche me espantó más que de costumbre; las ráfagas de viento, imitando a Arla, me azotaban también la cara mientras yo la seguía. Alcancé a verla, una distante figura que se abría camino por la calle desierta. Mi plan, si se le podía calificar de plan, consistía, no en enfrentarme a ella —sabía que eso sería un error—, sino en seguirla, pura y sencillamente. No soportaba la idea de que se hubiese ido. Corrí pegado a las profundas sombras de los edificios, corrí, una habilidad que no había utilizado desde la infancia.

Se detuvo, se volvió, permaneció quieta un momento y observó. Yo también me detuve, con la esperanza de que no me viera. Luego se metió en el callejón entre el banco y el teatro. Yo avancé hacia el principio del callejón y aguardé a que lo atravesara. En cuanto la perdí de vista eché a andar otra vez. Así la seguí un rato desde lejos, a través de un bosque de pinos y luego de un pequeño prado, corriendo de puntillas para que no oyera el crujido de la nieve debajo de mis botas.

Al otro lado del prado se alzaba una casa desvencijada construida con la misma astillada madera gris que el resto de Anamasobia. Distinguí el brillo de una cálida luz en la única ventana de la fachada. Arla entró y cerró la puerta detrás de ella. Me acerqué a hurtadillas y, sé que os costará creerlo, pero me puse en cuatro patas, como un perro, y me arrastré hasta debajo de la ventana.

Oteé una sala amueblada con sillas fabricadas de ramas de árbol. En dos de estas sillas, un anciano y una anciana se miraban de frente. En él vi el revelador tono azulado que sugería que le faltaba poco para convertirse en uno de los horripilantes héroes endurecidos. Era un retrato de absoluta estupidez. Obviamente, la joven no había mentido acerca de la capacidad mental de sus progenitores. Fruncí el entrecejo, y todavía a cuatro patas, me encaminé hacia un lado de la casa.

Se me escapó un suspiro de alivio al ver otra ventana. Me arrastré hasta allí y saqué la derrerger de mi bolsillo. Había decidido dispararme un tiro en la boca si Arla me descubría. Habría sido una humillación insoportable. Oí que alguien se movía en el interior y luego, un ruido de lo más etéreo, un extraño sollozo. Quizá lamenta haberme tratado tan mal, me dije, y este pensamiento me dio valor para echar un vistazo.

Atónito, advertí que no era ella quien lloraba, sino ¡un bebé! Observé, hipnotizado, cómo Arla sostenía al mocoso chillón en un brazo y se bajaba el corpiño del vestido, desnudándose los pechos. No pude evitar un largo suspiro: suspiré audiblemente. Pese a la peligrosa situación en que me encontraba, sentí que mi masculinidad abultaba en mi pantalón.

En ese momento percibí un extraño silbido a mis espaldas y me volví rápidamente a mirar; la adrenalina corrió por mi sistema. Al principio no vi nada. Volví a oír el sonido y advertí que venía de muy arriba. En las ramas más bajas de un enorme árbol, a unos veinte metros de distancia, detrás de mí, atisbé un par de ojos amarillos que me miraban airadamente. No tuve tiempo de preguntarme qué era, porque enseguida entreví unas enormes alas como de murciélago que empezaban a sacudirse.

Ya sin pensar siquiera, sin importarme nada, me puse de pie y eché a correr. Oí que el demonio me seguía desde arriba, sentí el aire que desplazaba con el pesado aleteo. Corrí a través del prado, tan rápido como un atleta, perseguido de cerca por el monstruo. Pese al terror que me impulsaba, no tardé en perder el aliento; tropecé y caí de bruces en la nieve. Oí que se cernía sobre mí y me puse boca arriba; levanté la derrerger que todavía llevaba en la mano y disparé. A través del humo residual de la explosión apenas llegué a vislumbrar que la criatura ascendía a toda prisa. Con esa momentánea y borrosa visión me di cuenta de que el anciano Beaton no se había equivocado: era un diablo peludo con cuernos, pezuña hendida y púas en la cola, exactamente como las descripciones que figuraban en los libros religiosos que yo había coleccionado como objetos ridículos en mis años de estudiante.

Cuando ya casi lo había perdido de vista, advertí vagamente que había soltado algo que llevaba bajo un brazo. Una piedra, pensé y rodé sobre mí mismo en la nieve tan rápido como pude, pues no disponía de tiempo para levantarme y correr. El misil cayó con un ruido parecido al de un melón al aplastarse contra el suelo, a menos de un metro a mi izquierda. Cuando me convencí de que la criatura se había marchado, me arrastré hacia el misil. Tras una corta inspección descubrí que no se trataba de un

melón, sino de la cabeza de lo que supuse era el pobre *Gustavus*, el perro perdido del padre Garland.

No recuerdo cómo regresé al hotel. Me sorprendió que nadie oyera el disparo y viniera a investigar. Lo que sí recuerdo es que me administré una fuerte dosis de belleza y me arrebujé debajo de las mantas. Por supuesto, dejé las lámparas encendidas, pues la maligna noche me había enseñado ya el rostro de sus secuaces. En algún momento antes del amanecer desperté sudando frío, dominado por una ira que me provocó náuseas, una ira nacida de los celos.

—Así que Arla no sólo me ha mentado —dije a mi reflejo en el espejo de Arden—, sino que ya me ha sido infiel —y escupí la palabra «impura».

Al salir el sol, lo único que lamentaba era haberme disculpado con ella.

Mis miserables aposentos en el hotel Skree eran un auténtico paraíso terrenal, comparados con la idea de lo que tendría que afrontar en la iglesia esa mañana. Habría preferido luchar contra el demonio a encontrarme con Arla y fingir cordialidad, aun sabiendo que ella sabía que la enfermiza magia de Anamasobia me había convertido en un fraude. La zorra podría delatarme delante de toda esa galería de patanes, pensé. Y aunque lograra llevar a cabo sin problemas los trabajos de la jornada, había perdido la esperanza de resolver el caso, lo que significaba que el Amo me colmaría con cien veces más pesares y torturas de los que yo había conseguido eludir en el territorio.

Con todo, me levanté, me bañé, me vestí con la misma meticulosidad de siempre, ordené mis instrumentos, me puse el abrigo y fui a trabajar. Nevaba ligeramente cuando salí del hotel. Fuera, coronado otra vez por un absurdo sombrero negro, me esperaba mi recurrente pesadilla, el alcalde Bataldo, tan sonriente como siempre. Me pregunté qué haría falta para que corrigiera su idiotez tras haberle pasado el canto de mi escalpelo por los testículos el día anterior. Imaginé un momento que le extirpaba esa idiotez, una enorme masa negra risueña, como un tumor cómico en el cerebro.

—Señoría —me saludó con la mano, como si fuésemos amigos de toda la vida que no se han visto en varios meses.

Se me habían terminado las imprecaciones, de modo que no tuve más remedio que inclinar brevemente la cabeza.

—Una espléndida selección de nuestras gentes aguarda la educada opinión de usted —dijo a la vez que echaba a andar a mi lado.

Entonces se me ocurrió que si no lo mataba de un disparo, podía utilizarlo de alguna manera.

—¿Por qué no se me informó que la chica Beaton tiene un hijo?

—Excelente pregunta —contestó, se detuvo y miró alelado la nieve que caía—. Supongo que no creí que fuese importante.

—¿Cómo se explica que tenga un hijo y no esté casada?

—Por favor, señoría —se echó a reír—, ¿de veras tengo que explicarle a usted, un hombre de ciencia, cómo ocurre?

—No, idiota. Quiero que me explique la situación.

—Pues creo que estaba enamorada de uno de los jóvenes mineros, un tipo llamado Canan, que tras provocar la situación, como usted bien ha dicho, murió por otra situación, o sea, un hundimiento.

—¿No estaban casados?

—Hay que entender las costumbres de Anamasobia. A veces transgredimos ligeramente las normas de la sociedad refinada, ya que vivimos tan cerca de lo

infernol, como ya le expliqué hace unas noches. Estoy seguro de que habrían acabado por contraer matrimonio.

—Ya veo. El bebé, ¿es hembra o varón?

—Varón —respondió en tanto seguíamos andando hacia la iglesia.

—Es una joven promiscua.

—Promiscua mentalmente; hace el amor a muchas ideas y ha sido siempre muy rebelde.

—¿Cómo permite que ocurran aquí esas cosas? —pregunté y me detuve de nuevo.

—En el territorio estos accidentes no son realmente una desventaja. Es una buena persona, aunque a veces me parece demasiado seria.

—¿Acaso sabe usted de alguien que no lo sea? —Con esto di la conversación por terminada.

No dejé de reír quedamente hasta que llegamos a la iglesia.

Arla me esperaba en el altar. La saludé sin emoción y ella me contestó de la misma manera. Dispuse los instrumentos y nos pusimos a trabajar.

Me preguntaba si la vida podría resultar más decepcionante cuando, después de decirle a Calloo que me trajera el primer sujeto, regresó con la señora Mantakis. No me complacía estudiar las carnes de esta vieja marsupial, por lo que dije que no se desnudara.

—Pero, señorita —inquirió Arla—, ¿no desea inspeccionar sus posibilidades biológicas? Encendí un cigarrillo.

—Muy bien —contesté tratando de parecer indiferente.

Mientras Arla medía a la mujer, en toda clase de horribles posturas, permanecí sentado, cruzado de brazos y con la mirada fija, como un hombre frente a una pared. La joven aplicaba los calibradores y demás instrumentos y cantaba la matemática de los resultados, pero ni siquiera puse en práctica la charada de la libretita y el alfiler; no hacía otra cosa que asentir con la cabeza, como si lo estuviese memorizando todo. Creo haber oído un gruñido de la señora Mantakis cuando Arla le midió los lóbulos de las orejas.

—Una ladrona, sin duda —me comentó Arla cuando la vieja se vistió y se marchó.

Una ladrona, pero no una mentirosa, me dije.

La mañana transcurrió, un flujo constante de despojados, tullidos congénitos, genios de la estupidez pasó delante de mí; la única impresión que me dejaron fue un cierto asco. Por su parte, Arla trabajaba metódicamente y no insistió en comentarios malévolos, aunque yo casi podía palpar el odio con que me miraba.

Sabía que tendría que acusar a alguien del crimen si quería salvar el pellejo. Sabía también que el castigo para un delito tan grave era la ejecución, el nuevo y eficaz sistema de justicia del Amo para cualquier delito mayor que el de escupir en la calle de la Ciudad Bien Construida. ¿Quién será?, me preguntaba con cada sujeto que

pasaba frente a mí. Cuando Calloo trajo al padre Garland, ideé el plan que me vengaría de Anamasobia.

Arla se sentía visiblemente alterada por la presencia del pequeño sacerdote. La tez inmaculada se le puso roja cuando apareció ante nosotros, vestido para el paraíso. Le miré el pene; quería saber si lo tenía tan afilado como los dientes y las uñas. Imaginad cómo me sorprendí al comprobar que mis ojos corroboraban mi sospecha. Él no dijo nada, pero movió la mano en señal de bendición. Yo deseaba ardientemente que montara una escena para poder ordenar a Calloo que lo aplastara. A Arla le temblaban las manos mientras movía los instrumentos por la cara y el cuerpo del sacerdote. Cuando le aplicó el torno Hadris para labios, casi le dije que haría un favor a la humanidad si se lo dejaba puesto.

Una vez vestido y listo para irse, el padre Garland se volvió hacia mí.

—No he cometido más delito que el de amar —manifestó.

—El cargo es de tedio —le dije cuando se marchaba, y pensé en cómo decirle a la gente que él había robado la fruta. Sabía que mi plan requería una retórica elevada, un bien tan exótico en Anamasobia que convencería a todos por su novedad.

—¡El siguiente! —grité y Calloo fue hacia la puerta. Me dije que podría redactar mentalmente mi discurso mientras examinábamos a las docenas de desdichados que seguirían.

—Espera, Willin —ordenó Arla a Willin, sin embargo—. Espera fuera un momento y ya te avisaremos.

—¿Necesita un descanso? —pregunté secamente.

Ella se sentó y me miró como si estuviera a punto de echarse a llorar. Al verla así, me sentí más tranquilo. Se ha dado cuenta de su error, pensé, y está a punto de disculparse por lo de anoche.

—¿Hay algo que quiera decirme? —insistí, como si yo fuera un maestro de escuela y ella una alumna favorita que ha cometido una travesura.

—Es él —anunció.

—¿De qué habla? —pregunté, confundido.

—El padre Garland. Es él. —Unas lágrimas le rodaron por la cara.

—¿Está segura?

—Está todo ahí. Tan claro como el rostro de usted en mi ventana anoche.

Guardé silencio. La emoción de saber que quizá sobreviviría a esta pesadilla superó mi sentimiento de culpa. Arla inició entonces una detallada explicación basada en la lógica de la Fisiognomía, que no significaba nada para mí, claro está, pero sonaba muy convincente.

—Quisiera que no fuera así, pero no puedo negar lo que leí en él. —Se secó las lágrimas—. Lo odio, a usted y este maldito sistema.

—Buen trabajo —susurré, y enseguida llamé a Calloo; cuando apareció le ordené que hiciera que el alcalde reuniese a los ciudadanos en la iglesia.

Los habitantes de Anamasobia entraron en fila india. La mayoría se sentó en los bancos y los demás se quedaron de pie, lejos de la luz de las antorchas, apretados contra la galería de héroes endurecidos. Se oía una algarabía de conjeturas susurradas, puntuadas a veces por risas y una que otra alegación de inocencia, pronunciada en voz alta por quienes se sentían culpables de todo.

El alcalde subió al altar y me estrechó la mano. Parecía auténticamente aliviado de que hubiésemos descubierto al ladrón.

—Os doy la enhorabuena, señoría. No entiendo bien vuestros métodos, pero es obvio que son asombrosos.

Acepté agradecido estas adulaciones y le pedí que situara a uno de los suyos en la puerta, por si el sospechoso intentaba huir. Indicó a Calloo que se aproximara y le susurró algo al oído. Calloo sorteó la multitud y se apostó en la entrada de la cámara del altar.

Mientras Arla quitaba el biombo y guardaba ordenadamente mis instrumentos en mi maletín, oteé la iglesia en busca de Garland. Sabía que él tenía que sospechar algo ya que no habíamos llamado a nadie después de él. No me costó encontrarlo, sentado en primera fila y observándome con expresión colérica. Le sonreí y lo miré largo rato, directamente a los ojos, pero él me devolvió la mirada. Al fin me volví y observé a la multitud y exigí que se callasen. Batí palmas como si llamara a un perro de compañía; las conversaciones se convirtieron en susurros y luego en silencio.

Había llegado el momento de hablar. Anduve de arriba abajo, ordené mis ideas, las transformé en la materia prima de la oratoria. Los asistentes observaban cada uno de mis movimientos, y por primera vez en días, volví a sentirme poderoso. En un gesto histriónico, cuyo propósito era aumentar la tensión, les di la espalda y contemplé el extravagante retrato del dios minero colgado detrás del altar, testigo durante dos días de toda la investigación. Se me ocurrió empezar contando mi encuentro con el demonio para que me vieran como un hombre tanto de acción como de superior inteligencia.

Mientras yo me pavoneaba y presumía, Arla continuó guardando los instrumentos de cromo. Mi intención era esperar a que acabara y abandonara el «escenario», para que toda la atención se centrara en el descubrimiento que yo estaba a punto de proclamar. Arla casi había terminado, excepto por los calibradores. Cuando iba a levantarlos, se le resbalaron y cayeron al suelo con un estruendo que rebotó en las cavernosas paredes de la cámara. Se inclinó a recogerlos; el vestido gris se le subió un par de centímetros y mis ojos siguieron automáticamente las bien formadas líneas de sus piernas, desde los tobillos hasta los muslos. Fue entonces cuando lo descubrí.

Allí, en la cara posterior del muslo izquierdo tenía una prominente verruga en la que crecía lo que parecía un pelo negro exageradamente largo. Parpadeé y di un paso hacia ella, olvidando a las gentes que aguardaban mi sentencia. Sin duda me oyó moverme, o acaso, de tan intensa, advirtió mi mirada, pues se volvió antes de enderezarse y me observó desde abajo. En ese preciso instante, con un audible

«pum», como el corcho de una botella de champán, mis conocimientos de la Fisiognomía volvieron todos a mi mente. Con ojos cargados de una antigua inteligencia advertí que no era una Estrella Cinco, pese a lo que su juvenil y femenina hermosura me había hecho creer; sus características me recordaron el perfil original del delincuente que había descrito el profesor Flock: tendencia al robo y a la dependencia religiosocótica de lo milagroso. Recordé por qué luego me pareció tan familiar el niño que la mujer me había suplicado que leyera en la calle; tenía muchos de los rasgos faciales que yo veía ahora en Arla. De hecho, era ella.

Me volví hacia la multitud.

—Damas y caballeros de Anamasobia —declaré—, entre nosotros hay un ladrón. —Di un paso atrás y señalé a Arla, quien cerraba mi maletín—. Es Arla Beaton la que ha robado la fruta milagrosa del paraíso.

Ella se volvió y me miró atónita. Garland se levantó de un brinco y dio un paso hacia el altar con las garras levantadas. Más confiado ahora, me adelanté y le propiné un grácil puntapié en la cabeza antes de que pudiera saltar sobre mí. Se derrumbó en el primer escalón del altar y entonces extraje la derringer de mi bolsillo y disparé al aire a modo de advertencia. Aristas de madera cayeron sobre las primeras filas de bancos y lo que amenazaba con convertirse en un motín se transformó en un casi absoluto silencio.

Arla se sentó lentamente en la silla que yo había usado en las dos últimas jornadas y clavó los ojos, conmocionada al parecer, en el agitado mar de fisonomías.

El alcalde se puso de pie y suplicó a todos que se callaran. Se volvió hacia mí.

—Esto es una grave ofensa, señoría. ¿Podría, por favor, explicárselo a aquellos de nosotros que no entendemos las complejidades de la ciencia? Permítame decirle que esto nos ha sorprendido a todos.

Por una vez, no sonreía.

No había nada que se me antojara más urgente que explicarme.

—Entre los eruditos es un hecho aceptado, tan cierto como que el sol sale por la mañana y que Drachton Below es nuestro munífico amo, que la estructura visible de nuestras facciones, analizadas por un ojo bien entrenado, revela nuestras aptitudes morales en general, así como nuestras virtudes y defectos. Observad al sujeto...

Me aproximé a Arla, que no movió ni un músculo; me miraba fijamente, como muerta. Le deslicé un dedo a lo largo de la nariz y señalé el pequeño hueco justo debajo del labio inferior.

—En estos rasgos —proseguí— que acabo de señalar encontramos una combinación de signos intrínsecos que revelan una personalidad propensa a la temeridad. —La rodeé e indiqué el arco de una ceja—. Aquí vemos un efecto que mis colegas y yo conocemos como la «conclusión de Scheffler», en honor, claro, de uno de los padres de la Fisiognomía, Kurt Scheffler. Lo que este efecto denota es, asombrosamente, tanto una propensión al robo como un deseo de participar en

acontecimientos milagrosos. Hay también una verruga en el muslo izquierdo, de la que crece un largo pelo, y con esto cerramos de una vez el caso.

Di un paso adelante y me froté las manos, diríase que a fin de limpiarlas de la mancha del delito.

Por la cantidad de bocas abiertas e inexpresivas en el público me di cuenta de que había logrado mi propósito. Hice una reverencia, tras lo cual se elevaron los aplausos desde los bancos y las paredes. El padre Garland acababa de volver en sí y retrocedía arrastrándose cuando los primeros gritos de «muerte a la ladrona» retumbaron a través del corazón hueco del Gronus de madera.

—¿Y ahora qué? —preguntó el alcalde.

Nos encontrábamos delante de la iglesia y ya anochecía. Las primeras estrellas y la luna comenzaban a aparecer y la nieve había dejado de caer en algún momento. Las gentes habían regresado a sus casas; muchas de ellas me habían dado las gracias por haber detenido a la delincuente. De lo que me dijeron me pareció entender que estas gentes sencillas habían tenido siempre cierto miedo de la muchacha. En cuanto a Arla, la habían llevado a la única celda de Anamasobia, una habitación pequeña, sin ventanas y cerrada con llave, en el ayuntamiento.

—Supongo que se ha de hacer justicia —contesté.

—Permitidme señalar, señoría, que aunque haya encontrado a la delincuente, la fruta blanca sigue perdida. ¿Cómo vamos a recuperarla si ejecutamos a la muchacha?

—Interrogue a la prisionera. Sin duda sabe que hay métodos para que la gente hable. Registre el cuchitril en el que vive. Pienso que quizá le dio una parte al hijo bastardo para compensar así sus obvias deficiencias fisiognómicas.

El alcalde asintió con una tristeza que no dejó de sorprenderme.

—¿Nada de qué reírse, eh, alcalde?

—La tortura no es mi fuerte. De hecho, tampoco lo es la ejecución. ¿No hay otro modo de hacerlo? ¿No bastaría, por ejemplo, que se disculpase?

—¡Vamos! El Amo no vería con buenos ojos tal tolerancia. Con eso podría poner en peligro la existencia misma de la ciudad.

—Ya veo. Es que conozco a la chica desde que era pequeña. Conocí a su abuelo. Conozco a sus padres. La he visto crecer, y era una criatura muy dulce y curiosa. — Me miró a los ojos y advertí que estaba a punto de romper a llorar.

Aunque respondí a su mirada con un silencio absoluto, sus palabras me obligaron a recordar las cosas que en los últimos días me habían hecho pensar constantemente en ella. No era el Viajero el que me había ofuscado la mente, de eso estaba ya convencido; me habían hechizado en cambio la belleza y la inteligencia especiales de Arla.

Al ver que yo no contestaba, el alcalde echó a andar, alejándose de mí, con lo que experimenté una emoción inconcebible, casi como de tristeza. No estaba seguro de si se debía a que no soportaba la idea de que ejecutaran a Arla o a que, pese a tener a la ladrona, el caso quedaba casi sin resolver.

—Espere —pedí a Bataldo.

El hombre se detuvo pero continuó dándome la espalda.

—Hay algo que podría probar.

Se volvió entonces, regresó con paso lento y se detuvo delante de mí.

—Es un procedimiento experimental y no estoy seguro de que funcione. Escribí un ensayo al respecto hace años, pero mis colegas no lo recibieron bien y la idea murió después de unas semanas de acalorados debates.

—¿Y bien? —insistió el alcalde, mientras yo buscaba en mi mente los detalles de la teoría.

Cuando la formulé parecía atrevida, por no decir temeraria, pero a la vista de mis poderes recién readquiridos sentí que recuperaba toda mi fuerza interior. Se me ocurrió que este caso podría ser una ocasión idónea para probar ese método nunca antes aplicado.

—Escúcheme bien —le dije—. Si las facciones de la chica indican los rasgos de carácter que alberga en el fondo, tiene sentido, ¿no?, que si los cambiara con mi escalpelo, si creara una estructura que indicara un estado interior más perfecto moralmente... entonces reformaría también el defecto delictivo congénito y ella estaría dispuesta a revelar dónde se encuentra la fruta; ya no haría falta ejecutarla.

El alcalde Bataldo puso los ojos en blanco y dio un paso atrás.

—Si lo entiendo bien, está diciendo que puede hacer que se vuelva buena si la opera, ¿no?

—Quizá.

—Pues hágalo.

Entonces, como el león tendido junto a un cordero, sonreímos, cada uno por sus propios motivos.

Discutimos el asunto y le pedí que la llevaran a mi estudio en el hotel a las nueve en punto de la mañana siguiente. El alcalde me invitó a cenar en la taberna, pero decliné el ofrecimiento, pues me esperaban muchos preparativos si pretendía salvar a Arla de sí misma.

Por primera vez desde mi llegada a Anamasobia, me sentía realmente a gusto. Camino de regreso a mis aposentos la gente me saludaba con la deferencia debida a mi posición. Hasta la señora Mantakis, al verme entrar en el vestíbulo, me habló con un servilismo que yo no le había conocido antes. Le dije que mandara fuera a todas las visitas y me subiera vino azul y una cena ligera. Me dijo que me había preparado algo especial que nada tenía que ver con el cremat. Al fin, no sé cómo, me encontré dándole las gracias, y esta muestra de gratitud hizo que ronroneara como un gato.

Si yo no hubiera salido aún de la oscuridad de este misterio, me habría alarmado ver que apenas tenía belleza en mi maleta, sólo tres o cuatro dosis; pero convencido ahora de que el caso estaría completamente resuelto en cualquier momento antes de la noche siguiente, me administré una ampolleta entera sin pensarlo dos veces.

A continuación me desvestí, me puse la bata y las zapatillas y me fumé un cigarrillo. Como de costumbre y gracias al poder incrementado de la droga, pude imaginar el rostro de Arla y los cambios que tendría que efectuar para salvarle la vida. Tomé una pluma y un papel y esbocé mi visión de la nueva Arla.

Tuvieron que haber pasado varias horas después de que la señora Mantakis me trajera la cena, cuando por fin di los últimos toques a mi plan. La población ya se había retirado a dormir, algo a lo que, viniendo de la Ciudad, nunca conseguía acostumbrarme. La belleza pura, activa aún en mi sistema, me proporcionaba visiones de un esplendor intermitente. Ni una sola idea paranoica consiguió entrar en mí mientras estaba trabajando, aunque de vez en cuando soñaba despierto con mi niñez idílica a orillas del río Chottle.

Me senté por fin en la cama y pensé en la fama que me proporcionaría la intervención del día siguiente, si tenía éxito. Fue entonces cuando apareció el profesor Flock.

—Usted otra vez.

—¿Quién, si no?

Ahora vestía uniforme de profesor y enarbolaba el elegante bastón de mango de marfil que representaba una cabeza de mono y que solía llevar en los acontecimientos oficiales.

—Es usted un traidor —le dije.

—¿Acaso no te sugerí el método adecuado para detener al delincuente? —preguntó con una sonrisa.

—Sí que lo hizo, pero estoy harto de usted. Voy a desterrarlo de mis pensamientos.

—Puede que te resulte difícil, pues en realidad soy tú hablando contigo mismo en una nube inducida por la droga. Sólo puedo decir y hacer, sólo puede ser, lo que tú desees.

—Bien, ¿pues qué piensa entonces de mis planes para mañana?

—Asegúrate de extirparle un poco de inteligencia a la pobre chica. Es demasiado lista y no le hace bien. Y, sea como sea, haz un corte en medio de la barbilla a fin de quitarle la ilusión de que puede esperar algo que no sea la existencia más miserable en esta mierda de pueblo en los confines del mundo. El resto me parece bastante bueno. No creo que yo hubiera podido hacerlo mejor —comentó y golpeó el suelo con el bastón.

—Muy bien. No hay problema con eso.

—Mi verdadero motivo al venir esta noche es que quiero despedirme de ti. No creo que vuelva a verte.

Alzó el bastón hacia mí y la cabeza de mono cobró vida, como por arte de magia.

—No soy un mono, mono —chilló una vocecita.

Como siempre, Flock se alejó entre risas, y me despedí de él, aliviado.

Esa noche caí en un sueño profundo, del que luché por escapar. Volví a mi infancia, pero esta vez lo que surgió fueron escenas de la ira desenfadada de mi padre y la consiguiente muerte prematura de mi madre. Desperté con el amanecer; lloraba en mi almohada, como tantas veces en mis primeros años. ¡Qué alivio sentí al abrir por fin los ojos y darme cuenta de que me había librado de la pesadilla!

Después de bañarme, de tomar un desayuno ligero y de vestirme, el alcalde y dos de sus matones mineros escoltaron a Arla a mi estudio. La saludé con cordialidad, pero ella no dijo nada y se negó a mirarme. Yo había añadido unas correas a la mesa del laboratorio para sujetarla si se ponía difícil.

—Rezaré por que tenga éxito, Cley —manifestó el alcalde con un deje escéptico en la voz.

Di un paso hacia Arla y la miré directamente a la cara.

—Haré lo que pueda por usted, querida —le dije.

Entonces ella también me miró y me escupió a los ojos. Di un paso atrás y en ese instante ella subió la rodilla y golpeó la entrepierna de uno de los que la sujetaban. Fue todo tan repentino que consiguió liberarse; salió corriendo y atravesó el pasillo hasta mi dormitorio, seguida de cerca por el otro minero. Casi acertó a cerrar la puerta, pero el hombre la abrió a la fuerza antes de que pudiera echarle llave.

Cuando entré en la habitación, Arla blandía en una mano el cuchillo del desayuno, y con la maleta en la otra se revolvía y embestía al tipo que la había arrinconado.

—Asesinos —gritaba.

El alcalde intentó acercarse y ella lo golpeó en la cabeza con la maleta. Finalmente, el minero que había recibido el rodillazo saltó evitando una estocada del cuchillo y consiguió someterla. La arrastraron hasta el estudio; no dejaba de patear y de pedir socorro a gritos. A toda prisa mojé un trapo con anestésico general y se lo hundí en el rostro vociferante.

Los mineros me ayudaban a sujetarla con las correas cuando el alcalde apareció, de pronto, frotándose la cabeza.

—¡Tiene agallas! —exclamó entre risas, aunque advertí que la situación lo había alterado.

—No se preocupe —dije—. Se las extirparé, eso y mucho más. Cuando despierte será una mujer nueva.

—Anamasobia nunca había sido tan extraña —comentó el alcalde bajando los ojos.

Entonces les dije que nos dejaran y regresaran al día siguiente por la tarde.

Debajo de la cabeza de Arla puse unas almohadillas para que absorbieran la sangre; después le coloqué en la frente una cinta con un largo trozo de algodón, que podría echarle sobre el cráneo mientras trabajaba y luego bajarlo sobre el rostro, a fin de limpiar la sangre coagulada de la zona en la que pretendía hacer las incisiones. Enseguida ordené metódicamente mis escalpelos, piquetas y abrazaderas y saqué el dibujo de la nueva Arla. A lo largo de la noche, mientras lo esbozaba bajo la mirada de la belleza, ese retrato me había dicho palabras de amor y yo estaba resuelto a que no fuese una mera ilusión.

El escalpelo le atravesó sin problemas la piel de la mejilla izquierda; yo no pensaba en otra cosa que el éxito final del experimento. En tanto le aplanaba el

voluntarioso labio inferior, silbé una melodía popular en la Ciudad Bien Construida justo antes de que me marchara, una dulce canción acerca de la devoción eterna.

—Ahí va esa vanidosa inteligencia —susurré mientras hacía una muesca en los párpados y le aliviaba la nariz del peso de un cartílago, pues sabía que ahí se encontraba la raíz de su molesta curiosidad. Con los pómulos altaneros no tuve más remedio que utilizar el mazo de cromo. Mi concentración se tornó tan intensa que lo único que veía era la cara de Arla, hasta que al fin se convirtió en la topografía de un país indomable que yo manipulaba desde arriba con artística finura y una visión trascendente de la perfección. Todo se reducía a sustracciones y durante un rato deseé que la sublime matemática no acabara jamás.

Llevaba toda la mañana y buena parte de la tarde trabajando con diligencia, sin descanso para la comida, cuando empecé a extraviarme. El mapa mental de adónde quería llegar comenzó a oscurecerse. Mi seguridad subía y bajaba, como una llama azotada por el viento. De pronto, una reveladora picazón en el cráneo me indicó que yo precisaba una dosis de belleza. Razoné que si la droga apoyaba mi genio innato, podría acabar con éxito antes de la cena. Además, no podía seguir en ayunas, pues los escalofríos que recorrían mi cuerpo me desenfocaban los ojos y me sacudían las manos. Dejé el escalpelo y fui a mi habitación en busca de una dosis.

Encontré la maleta en el suelo, donde había caído tras contactar con la cabeza del alcalde. El pensamiento me hizo sonreír mientras abría la maleta. Extraje una ampolleta nueva y vi horrorizado que estaba agrietada y vacía. Frenético, saqué otra, también estropeada. Entonces me fijé en un charco violeta en el suelo. Todas las ampolletas se habían roto. Me encontraba sin belleza pura y los dolores de la abstinencia me atormentaban el cuerpo como golpes de un enemigo invisible. Gruñí, pero mi mente chilló y se precipitó en un turbulento océano de confusión y miedo. Lo único que evitó que perdiera el conocimiento fue la idea de que no podía dejar a Arla como estaba, pues si yo no recuperaba la fruta, mi vida corría peligro.

Trastabillando atravesé el corredor, decidido a terminar antes de perder todos los sentidos. La mente me daba ya tantas vueltas que apenas si acertaba a mantenerme en pie. Apoyé una mano en la mesa del laboratorio; con la otra levanté el escalpelo y traté de concentrarme y olvidar los temblores de mis entrañas. Supe que me había equivocado con el primer corte tembloroso, pero no había modo de borrarlo. Continué, intentando compensarlo con otro corte. La situación se convirtió en una trampa y me imaginé metiéndome de cabeza en un laberinto cada vez más profundo del que no había escapatoria. Mis incisiones antes tan precisas se volvieron cuchilladas desesperadas; la sangre de Arla fluía en chorros que de cuando en cuando me manchaban la camisa; algunas gotas me cegaron, llegaron a mis labios y su sabor me hizo caer de rodillas. Me puse de pie con gran esfuerzo, luchando contra los destellos de vacío que convertían mi mente en una bola nocturna.

Proseguí así, casi inconsciente por un tiempo, antes de oírme soltar, como desde muy lejos, unos gritos atormentados. Entonces me dejé llevar por las náuseas, el frío

y el calor de los escalofríos, el desgarramiento de mi cerebro, el silencio de mi corazón, hacia un lugar que supuse sería la muerte. Sin embargo, por desgracia, no lo era.

Recibí un mensaje urgente del alcalde, pidiéndome que leyera a una última persona antes de tomar la decisión definitiva.

—¿A estas horas de la noche? —pregunté a Mantakis, que llevaba su plumero en la mano.

Me puse el abrigo y recogí mi maletín de instrumentos. De nuevo nevaba con fuerza y avancé muy despacio, impedido por la violencia de las ráfagas. Los niños habían estado jugando en la tormenta; me di cuenta porque unas efigies del Viajero flanqueaban la calle a todo lo largo, efigies que asomaban de vez en cuando desde detrás de la ventisca, con ojos tan fríos como el guante de un magistrado justiciero. Anduve a duras penas durante lo que se me antojó una eternidad, en medio de la oscuridad que no dejaba de susurrar y de dar vueltas. De pronto, llegué.

Sabía que iba a tropezar y caer en el primer escalón, y así fue. Abrí la enorme puerta deforme, que soltó un chirrido de alegría, y entré en la iglesia. Atravesé poco a poco el puente, que se me antojó todavía más inestable que de costumbre. En la cámara del altar, sólo habían encendido la mitad de las antorchas.

—Hola —grité, pero no hubo respuesta. Habían vuelto a colocar el biombo, y las sillas que habíamos utilizado para las lecturas se encontraban en la misma posición.

—Hola —grité de nuevo.

A la tenue luz de las antorchas, los brazos y los rostros de los héroes endurecidos parecían más de carne que de piedra. No sé si era el viento o el eco de mi propio aliento, pero se oía una tenue respiración, como si la iglesia misma estuviese viva.

De detrás del biombo me llegó una tos.

—Hola —dije—, ¿por qué no me ha contestado?

Dejé mi maletín, me quité el abrigo y fui a examinar al sujeto. Cuando di un paso hacia el otro lado del biombo las antorchas se apagaron. Tuve miedo, y avancé otro paso. Sentí que dos manos me aferraban las muñecas y tiraban de mí, y me ponían los dedos sobre una cara, obligándolos a deslizarse por aquellas facciones. Al principio me pareció sumamente raro, aunque sentí que el dueño de las manos no intentaría atacarme. Entonces la Fisiognomía se hizo cargo: en mi mente la matemática convirtió los números en imágenes y brillantes exhibiciones de color. Mi cuerpo empezó a vibrar con energía, como si me hubiese transformado en una máquina.

De pronto, las antorchas se encendieron de nuevo y derramaron una luz borrosa. Me encontré con los brazos tendidos; mis manos manipulaban el aire, cosa que me enfureció. Iracundo, me puse el abrigo y tomé el maletín. Salí otra vez a la tormenta, refunfuñando invectivas contra Anamasobia, y me adentré trastabillando en otra eternidad.

Desperté demasiado pronto de la pesadilla; supe que era la mañana siguiente, temprano: una luz brillante entraba a raudales por la ventana. Temblaba, tenía náuseas y una jaqueca que me enceguecía. De todos modos, desde la silla en que estaba sentado, junto a la mesa donde ella y yo habíamos compartido la cena unas noches antes, vi la forma del cuerpo de Arla. La tela de algodón que yo le había puesto en el cráneo, ahora manchada de sangre seca, le cubría la cara. Detecté, gracias al leve movimiento del pecho, que seguía viva. Quería levantarme a ver mi trabajo, pero me sentía demasiado débil para moverme.

En un primer momento creí que era cosa de mi mente. Luego advertí que los gritos no venían del piso de los Mantakis, sino de la calle. En alguna parte había un gran alboroto, y si no me equivocaba, se oían disparos o fuegos de artificio. Al principio pensé que la ciudad estaba celebrando, en la creencia de que la fruta blanca pronto volvería al altar de la iglesia. A través de la neblina de mi intoxicación, me estaba diciendo que quizá había tenido éxito y que pronto todo se arreglaría, cuando oí unos pasos en la escalera que llevaba a mis aposentos.

No tuve tiempo de levantarme antes de que la puerta de mi estudio se abriera de golpe. Era el padre Garland.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho? —exclamó al ver a Arla tendida en la mesa y con la cabeza rodeada de almohadillas ensangrentadas.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón para sacar la derrerger, pero recordé que la había dejado en el abrigo el día anterior. Estaba a punto de gritarle que se largara cuando apareció otra figura en el quicio. Pensé, por la estatura, que sería Calloo, pero volví a mirar y vi que era el Viajero, que agachaba la cabeza para trasponer la puerta. La escena era todavía más fantástica porque la delgada criatura de color marrón llevaba en un brazo un bebé envuelto en mantas.

—¿Qué clase de circo es éste? —pregunté, tratando de sonar contundente a pesar de los nubarrones de mi abstinencia.

Garland se acercó y se detuvo delante de mí, pero no le hice caso. Mis ojos se habían clavado en el Viajero, en su modo de moverse, en el largo cabello trenzado, en la expresión etérea de la cara.

—Su Amo, Drachton Below, se encuentra aquí en Anamasobia —anunció el sacerdote.

—¿Qué?

—¡Oh, sí! Los soldados están asesinando sistemáticamente a todos. Ha traído una criatura lobuna que ha desgarrado el cuello de mujeres y niños. El infierno ha entrado en el territorio.

—Pero ¿cómo vive esta cosa? —pregunté y señalé al Viajero, quien me sonrió afablemente.

—La fruta. Lo alimenté con un mordisco hace unas semanas cuando la saqué del altar y se ha ido recuperando poco a poco. Cuando usted le aplicó esos ridículos instrumentos ya casi había revivido.

—Así que Arla tenía razón —manifesté—. La Fisiognomía tenía razón.

—Cuando corrí hacia el altar y usted me pateó, yo estaba tratando de confesar, de evitarle a Arla las consecuencias de haberse liado con usted tan tontamente. No puedo perder el tiempo con usted. Iremos a Wenau con la muchacha. Usted, en cambio, ha de bajar y recibir la bala que le corresponde. Es usted un hombre vanidoso y estúpido, Cley. Lo habría matado con mis propias manos, pero pienso que sería más adecuado que lo hiciera el Amo de usted.

Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez para que yo protestara o me levantara siquiera de la silla. Además, ver al Viajero me había dejado petrificado de miedo, no por mí, sino por el mundo que podía ser tan increíblemente extraño. Se aproximaron, uno a cada lado de la mesa de laboratorio. El bebé se echó a llorar y el Viajero le tocó levemente la frente, tranquilizándolo.

—Veamos qué horror ha creado su tontería.

El sacerdote levantó el velo de algodón que cubría el rostro de Arla. El Viajero se protegió automáticamente los ojos con una enorme mano, como si la cara de la chica fuese un faro deslumbrante. Garland no fue tan rápido. La invisible explosión le dio directamente en la cara y se la echó hacia atrás. Cayó al suelo, gruñó y expiró; de la nariz y de las comisuras de la boca entreabierta le salían unos hilos de sangre. El rostro del hombre santo estaba transfigurado por una expresión tal de horror que tuve que desviar la vista.

El Viajero metió la mano libre en un pequeño bolso que le colgaba de la cintura y extrajo la fruta blanca. Se la llevó a la boca con un gesto lleno de gracia, le dio un mordisco y la guardó. Se sacó de la boca el trozo que había mordido y lo metió a la fuerza entre los labios de Arla, sin echarle un solo vistazo. En lugar de esto me miró directamente a los ojos y me dijo en silencio pero tan claramente como si hablara que lo que había creado con mi obra era el mismísimo rostro de la muerte.

Me encogí en la silla como un niño, incapaz de apartar la mirada. Luego —y no sé de dónde sacó tanta fuerza—, tras volver a poner el velo de algodón sobre la cara de Arla, la levantó con un brazo y la cargó en un hombro. Ahora, con el bebé en un brazo y el cuerpo de Arla a cuestas, fue rápidamente hacia la ventana. Allí, levantó un pie enorme y rompió el cristal con dos acertados puntapiés. Oí los trozos que se hacían añicos en la acera de madera, cuatro pisos más abajo. Sosteniendo a los dos pasajeros, se subió al alféizar y se agachó hasta entrar en la abertura.

—¡No! —exclamé, adivinando lo que iba a hacer.

Se volvió hacia mí y me sonrió.

Me levanté de un brinco para detenerlo; algo me martilleaba la cabeza y sentí que un puño me retorció las entrañas. Di tres pasos y tropecé con el cuerpo de Garland; mientras me precipitaba al suelo los vi caer. Escuché pero no oí nada. Con todas mis fuerzas me puse de pie, corrí hacia la ventana y miré hacia abajo. Esperaba encontrarlos tirados como muñecas rotas, pero no vi nada. Se habían desvanecido.

No soportaba el hecho de que la fealdad que había proyectado en la cara de Arla hubiese matado a Garland. Sabía, aun a través de mi mareo, mientras trastabillaba hacia la mesa de laboratorio y empezaba a vomitar, que él tenía razón, y que el Amo me mataría como si no fuese más que otra basura humana del territorio. Mi única oportunidad consistía en salir del pueblo y esconderme en el bosque circundante, cosa que se me antojaba poco probable dada mi condición. Tenía la impresión de que todo había acabado, que hasta aquí había llegado y ya no había más. Quise llorar al ver cuán bajo había caído en apenas una semana. El sacerdote tenía razón: yo era un hombre vanidoso y estúpido. No se puede servir a un monstruo y esperar que no te devore. Mientras me enderezaba pensé en algo peor que la muerte: que me mandaran a las minas de azufre. Si me llevaban de vuelta a la Ciudad Bien Construida para juzgarme allí, tendría que encontrar el modo de suicidarme.

Salí de la estancia y bajé tambaleante hasta el vestíbulo. Allí, en el suelo, debajo de la araña rota, estaban el señor y la señora Mantakis, muertos y abrazados. Un charco de sangre se extendía alrededor. Diríase que les habían disparado no menos de veinte veces. Pasé de largo y me sorprendí al sentir un ramalazo de remordimiento. Era increíble, pero los ojos se me llenaron de auténticas lágrimas. Eché a correr y traspuse la puerta. Sabía que el cuadro espeluznante del que huía no era sino una fracción de lo que Garland había visto en la cara de Arla.

Fuera, el sol matutino me deslumbró un momento. Me alejé con paso inseguro calle abajo, mareado por la jaqueca y el dolor en las articulaciones. Una bala se me antojaba mejor que los dolores de la abstinencia. En cuanto se me aclaró la vista, vi cuerpos esparcidos por todas partes y sangre fresca que daba un tono rojo profundo a la nieve. Junto a la iglesia distinguí a los soldados uniformados de la Ciudad. Oí disparos y los que no llevaban uniforme cayeron de bruces, en una carrera hacia el suelo. Las llamas se alzaban desde lo alto de los edificios y devoraban la madera gris; las ventanas rotas del banco escupían humo negro.

—Cley —oí que me gritaba una voz familiar. Me volví y vi al Amo a unos cien metros de mí. Vestía un abrigo de pieles y lucía una ancha sonrisa. Greta Sykes tiraba de la trailla dorada con que él la sujetaba. El Amo agitó la mano a modo de saludo—. Ha sido agradable trabajar contigo —chilló por encima del bullicio del caos. Vi que se agachaba, diríase que susurraba algo al oído de la mujer lobo. Incluso desde la considerable distancia que nos separaba advertí que era exactamente como la había visto en la visión o sueño cuando me encontré con ellos en las minas de Gronus. El Amo soltó la trailla y ella echó a correr hacia mí.

Me volví y traté de escapar, pero en ese mismísimo momento el carruaje de cuatro caballos salió a toda prisa del callejón entre el banco y el teatro. Perdí toda voluntad de vivir; me sentía atrapado. Solté todo mi aliento en un gran torrente y me preparé para los afilados colmillos y la venganza largo tiempo reprimida de Greta Sykes.

—Cley —oí que me gritaba otra voz familiar. Alcé la vista y vi que el conductor del carruaje no era el secuaz porcino del Amo, sino Bataldo. Pensé que los caballos y las ruedas iban a aplastarme, pero en el último momento se desviaron hacia mi izquierda y se detuvieron de golpe—. Suba —me dijo el alcalde.

Durante un segundo me resultó imposible moverme. Cuando lo hice, fue para volver la cabeza y ver a la mujer lobo que daba un salto a quince metros de mí y se lanzaba directamente hacia mi cuello. La puerta del carruaje se abrió y Calloo bajó a la calle. Con tranquilidad se acercó a mí, me agarró con una mano y me apartó del camino de Greta Sykes. Luego se volvió con una gracia y una precisión de las que lo creía incapaz; apretó un puño, lo dejó caer a un lado de la cabeza de la mujer lobo y le enterró profundamente en el cráneo uno de los tornos de metal; el golpe causó un cortocircuito que la tiró al suelo delante de mis ojos, y allí se retorció, echando chispas y escupiendo un líquido amarillo, mientras Calloo me arrastraba hacia el carruaje y me metía dentro. Cerró de un portazo y los caballos se precipitaron hacia adelante. Como un relámpago pasamos entre zumbidos de balas, gritos de niños y la risa del Amo que quedó grabada para siempre detrás de mis ojos.

Hicimos una breve escala en casa del alcalde para recoger armas, municiones, abrigos y mantas calientes. Calloo rompió las ruedas de madera del carruaje y soltó los caballos. Me explicó que se daba por cierto que los demonios de la tierra de nadie tenían un apetito especial por la carne de los animales domesticados y que el olor de los equinos los atraería como un imán. Bataldo iba de una habitación a otra, incapaz de dejar de llorar mientras prendía fuego a las cortinas, las estanterías de libros, las camas y todos los otros muebles.

Permanecimos un rato en el límite del bosque y observamos el humo que escapaba de las ventanas rotas. El alcalde nos dijo, a Calloo y a mí, que, en la calle principal de Anamasobia había visto a la mujer lobo que arrancaba las entrañas de la esposa de Drachton Below y las devoraba.

—¿Por qué me ha salvado? —le pregunté mientras se secaba los ojos.

—No importa lo que éramos, Cley. Yo no era inocente, ninguno de nosotros lo era. Iremos al paraíso; allí el odio no tiene lugar.

Calloo se limitó a asentir con la cabeza y puso una de sus enormes manos en la espalda de Bataldo, tanto para meterle prisa como para consolarlo.

Nos internamos en el vasto bosque que los miembros de la expedición del viejo Beaton habían llamado el Más Allá. Yo padecía aún las náuseas y los dolores de la abstinencia, pero corrí sin parar, resuelto a que los otros no tuvieran que aminorar el paso por mi culpa, y me mantuve a unos metros de Calloo, que parecía incansable. Qué bien, correr entre los altos árboles desnudos sobre la nieve endurecida. Me sentía como un niño huyendo de su culpabilidad. Me daba igual morir congelado, despedazado por los demonios o atrapado y asesinado por las huestes del Amo. Sin el recuerdo de la elusiva promesa de Wenau, probablemente me habría sentado a esperar a Greta Sykes.

Después de correr una hora, el alcalde se dejó caer en la nieve, tratando de recuperar el aliento. Decidimos dejarlo descansar unos minutos. Yo tampoco habría aguantado mucho más. Al mirar hacia atrás desde nuestra posición en la cima de un monte poblado de árboles, veíamos ascender, cada vez más alto, el humo de Anamasobia. Advertí que, aunque estábamos muy lejos, unas volutas de fina ceniza negra caían en torno a nosotros.

Por el valle que acabábamos de atravesar venían las tropas que nos perseguían. Algunos soldados llevaban rifles y otros los lanzallamas especiales que Drachton Below había inventado. Él mismo montaba en otro de sus inventos, un carro automatizado, gobernado por una palanca de cambio de velocidades, con un compartimiento para dos pasajeros y ocho patas articuladas, como las de las arañas, que pasaban por encima de las rocas y los árboles caídos. Señalé a Calloo un soldado

que sostenía la trailla de la que tiraba Greta Sykes. Aunque a mí me sorprendió la rapidez con que la mujer lobo se había recuperado, el hombretón se encogió de hombros y escupió. Entonces los dos fuimos a dar ánimos a Bataldo y lo ayudamos a levantarse.

—Dejadme atrás —nos pidió—. Me doy cuenta de que os retrasaré. —Tenía el rostro enrojecido y el elegante abrigo de piel de mapache se le había desgarrado en varios sitios y estaba cubierto de toda clase de ramitas y espinas.

Al oírlo, Calloo se le acercó por detrás y le dio un buen puntapié en el trasero. Bataldo saltó y los dos se echaron a reír. Sin saber por qué, hice otro tanto.

—De acuerdo —aceptó el alcalde. Acabamos de subir a la cima y empezamos a bajar por el otro lado. Ya no corríamos, por miedo a que Bataldo se declarara vencido, aunque caminábamos a buen paso, rumbo al norte, adentrándonos cada vez más en el Más Allá. Cada kilómetro de bosque que cruzábamos contenía innumerables maravillas naturales nunca antes vistas por el hombre civilizado, aunque no podíamos detenernos a contemplarlas.

Había árboles, cuyas ramas desnudas se movían como brazos y trataban de atrapar aves que volaban justo por encima. Entre los árboles, a lo lejos, distinguimos pequeñas manadas de una especie de diminutos venados del color de la hierba; cuando nos vieron echaron a correr emitiendo gritos parecidos a los de una mujer con los cabellos en llamas. Pequeñas lagartijas rojas aladas iban de un árbol a otro, como libélulas, y el canto de unos pájaros que no veíamos, pues volaban demasiado alto, era horriblemente humano. Todo esto lo observamos en silencio, hasta que llegamos a un arroyo y Calloo dijo que podíamos descansar un momento. El alcalde se preguntó en voz alta si no habíamos muerto en Anamasobia y ahora andábamos por el otro mundo.

Yo me había inclinado a beber para aliviar el ardor de mi garganta, cuando los demonios cayeron sobre nosotros desde los árboles y asomaron detrás de bancos de nieve cuya existencia ni siquiera habíamos sospechado. El alcalde fue el primero en sacar su pistola y disparar. No acertó, pero la explosión espantó a nuestros asaltantes; tanto los que se encontraban en el suelo como los que revoloteaban alrededor de nosotros se lanzaron hasta el más alto de los árboles. Desde allí nos observaron, silbando y tirándonos trozos de ramas.

Calloo levantó el rifle, apuntó y mató a uno de los demonios, que emitió unos chillidos que no se parecían a nada que yo hubiese oído alguna vez, tan penetrantes que cavaron un agujero en la realidad en tanto la criatura se precipitaba hacia el suelo. Allí se retorció y golpeó la nieve con una cola cubierta de púas. No nos quedamos a ver más; echamos a correr todo lo rápido que pudimos. Crucé el riachuelo de un brinco, con una agilidad que no creía tener. Calloo lo hizo con suma facilidad, mas el alcalde cayó al agua, pues se había torcido el tobillo. Cuando regresamos a ayudarlo, dos criaturas lo habían agarrado de los brazos y lo subían

hacia las copas de los árboles y uno ya había clavado los colmillos en la mejilla de Bataldo.

Calloo volvió a cargar el rifle en cuestión de segundos, se llevó el arma al hombro y disparó. Dio en la espalda de uno de los demonios. Aunque la bala no bastó para matarlo, el demonio arqueó la columna vertebral, chilló y soltó primero la cara y luego el cuerpo de Bataldo. El otro demonio no aguantó la enorme carga y el alcalde cayó boca abajo, gritando y pataleando desde una altura de veinte metros. Dejé escapar un suspiro de alivio al ver que se ponía de pie enseguida y cojeaba hacia nosotros. Tenía una expresión de terror absoluto y tendía la mano derecha hacia adelante, como guiándose por ella. No menos de una docena de criaturas dejaron los árboles.

—Corra —me dijo Calloo, pero no le hice caso. Observé que volvía a cargar frenéticamente el arma y apuntar con cuidado, aunque no a los monstruos que descendían. La bala dio en la frente del alcalde; el oscuro agujero empezaba a sangrar justo cuando el primer par de garras le aferraban el cuello.

Calloo y yo echamos a correr por el bosque. Durante muchísimo tiempo habría jurado que oí el aleteo de los demonios por encima de nosotros. Suponía que en cualquier momento sentiría que una de esas garras duras como piedras me rompía la cabeza como si fuese un huevo. Por fin Calloo me gritó que los habíamos perdido; me detuve y vi que nadie nos perseguía. Nos tranquilizamos y caminamos en silencio hasta el anochecer.

Aunque Calloo sabía hacerlo, no nos atrevimos a encender un fuego para calentarnos. Encontramos unos árboles agrupados cuyas ramas extrañamente entrecruzadas nos ponían a salvo de los asaltos desde el aire. Calloo me dijo que durmiera primero mientras él montaba guardia. Cuando me acosté en la nieve fría, envuelto en una de las mantas, se puso a limpiar el rifle que nos había salvado la vida. Los ruidos del bosque, los extraños cantos de apareamiento y los gritos de muerte, me horrorizaban, pero no tanto como para mantenerme despierto, pues caí de inmediato en un sueño profundo.

Por supuesto, soñé con Arla, en cuyo rostro no había señales de los destrozos de mi charlatanería fisiognómica. Nos encontrábamos en el bosque, en la falda de una colina; al otro lado del desfiladero se alzaba un pico coronado por una meseta en la que crecía un jardín resplandeciente de luz dorada.

—Mira —me decía Arla y señalaba con el dedo—. Ya casi hemos llegado.

—Apresurémonos —le contestaba.

—Cuando llegemos allí podré perdonarte —me dijo.

Y entonces corríamos, tomados de la mano, montaña abajo hacia el puente de cuerdas de más de un kilómetro y medio que se extendía hacia el paraíso.

Desperté de súbito. Pronto, después de frotarme los ojos, descubrí que el supuesto brillo del alba era nuestro boscaje iluminado por la luz de unas antorchas. Oí susurros y me senté poco a poco para ver de dónde venían. Al moverme sentí en la espalda el

cañón de un arma. Al otro lado del claro en medio del bosque vi a Calloo, amordazado, maniatado y con una cuerda alrededor del cuello entre soldados de uniforme.

—Levántate —me ordenó una voz a mis espaldas.

En cuanto me incorporé, me obligaron a poner las manos detrás de la cabeza. El soldado siguió apretando la pistola contra mi espalda mientras seguíamos el haz de las antorchas de quienes acompañaban a Calloo.

Marchamos así durante media hora, a trompicones en la oscuridad, antes de llegar a un campamento bien iluminado. Había allí muchas antorchas, sujetas a los troncos de los árboles. El Amo se calentaba las manos junto a un gran fuego de leña. A la izquierda, en una jaula de metal un demonio siseaba, ladraba y aporreaba los barrotes con los cuernos. El carro con palancas de cambio se alzaba a la derecha de una tienda. Había un centenar de soldados apiñados en el campamento, y una cincuenta montaba guardia en el perímetro, armados con lanzallamas.

Me llevaron hacia el Amo, quien suspiró.

—Cley, eres la personificación misma de un hombre frustrado. Casi me rompe el corazón. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

—Matadme —respondí.

—Lo siento. —Se arrebujó aún más en la capa y se estremeció—. Este territorio es tan sombrío como tu futuro, Fisiognomista de Primera Clase. Regresarás a la Ciudad y te juzgaremos. Trata de recordar el aire helado de este lugar; sólo el recuerdo te aliviará del calor de las minas de azufre.

Más tarde me obligó a contemplar cómo soltaba la trailla de Greta Sykes para que atacara al maniatado y amordazado Calloo. La tropa formó un círculo alrededor, vitoreando y riendo en tanto el hombretón daba patadas a la ágil mujer lobo, que le arrancó pedazos enteros de carne de las piernas, antes de derrumbarlo y abalanzarse sobre su pecho. Los tornos de metal echaron chispas mientras se abría paso con el morro, lo despedazaba y le rompía los huesos para llegar al corazón. Cada vez que trataba de cerrar los ojos, el Amo me daba una bofetada y me obligaba a observar. La mordaza evitaba que Calloo gritase, de modo que lo hice por él. Cada vez que yo bramaba, el Amo bramaba conmigo.

Me obligó a acompañarlo en el carro de palancas de cambio. Nos abrimos paso a través del bosque y cuando el sol salió por el este, pasamos frente a los restos calcinados de Anamasobia. Nuestro vehículo iba enteramente rodeado de soldados de uniforme; éstos marchaban redoblando el paso para mantenerse a la par con el monstruo mecánico. Detrás de nosotros rodaba un carro con al menos tres jaulas.

—Es una pena que hayas fracasado, Cley —comentó el Amo, que conducía con la mano derecha. Metió la otra en la capa y extrajo una fruta blanca. Había dos claros mordiscos, pero el resto estaba intacto. En cuanto la sacó un aroma dulce flotó en el aire.

—¿Dónde la ha conseguido? —pregunté, temiendo de antemano su respuesta.

—Los atrapamos antes de que salieran de la aldea. La chica, el bebé y el alto tipo moreno.

—¿Están vivos?

—¡Oh! Voy a guardarlos a todos. La chica vale su peso en oro con el rostro que le diste. Antes de que llegaran refuerzos para tapparle la cara con una bolsa, liquidó a diez de mis mejores hombres. El Viajero, creo que así lo llaman, vino pacíficamente al ver que teníamos a la chica. A él creo que lo exhibiré en uno de los centros comerciales y cobraré dos belows a todos los que quieran verlo.

—¿Qué piensa hacer con la fruta?

—Primero, haré que la estudien y si está libre de veneno y hay pruebas de esas absurdas alegaciones sobre ella, me la comeré hasta el corazón y plantaré las semillas. —La guardó de nuevo dentro de la capa y sacó su cigarrera—. Toma un cigarrillo —me ofreció y lo acepté.

Pulsó un botón en el tablero de mandos y abrió el toldo de cristal. Así continuamos, fumando, en el limpio aire frío del territorio. Durante un rato no hablamos. El Amo silbaba y yo meditaba acerca de mi futuro en las minas de azufre. De repente, volvió a meter la mano en la capa y me presentó una cartera repleta de papeles.

—Esto es un regalito para ti, Cley. Digamos que un regalo de despedida.

—¿Qué es?

—Era para ti, y espero que no te moleste que haya tomado unos minutos en hojearlos. Casi me desternillé al leerlos —añadió con una sonrisa.

Saqué la primera página y vi que estaba redactado con el hermoso y rápido estilo de Arla. «Querido Fisiognomista Cley», empezaba. Pronto advertí que se trataba de las notas que había tomado tan asiduamente cuando el abuelo le había hablado de la expedición. Lo había titulado «Fragmentos del Imposible Viaje al Paraíso Terrenal».

Mi juicio duró una semana, pues se lo habían encomendado a catorce fisiognomistas. Algunos habían sido alumnos míos y otros eran colegas, pero todos se dedicaron a convencer al público de que mi experiencia en el territorio me había mancillado. Todos atestiguaron el hecho de que mi fisonomía había padecido una mutación y ahora era ante todo una representación simbólica de la maldad, lo que indicaba claramente que mi personalidad se había estropeado de manera irremediable.

El populacho de la Ciudad Bien Construida pidió mi cabeza. Para ejecutarme iban a inflarme la cabeza con un gas descubierto por el Amo, que la haría estallar como una uva.

En la escena de la ejecución, Drachton Below conmutó mi sentencia: en lugar de ejecutarme, me mandarían a las minas de azufre en la isla de Doralice, en las latitudes meridionales del reino.



Llegué a Doralice a medianoche con la cabeza tan vacía como el corazón. En lo que se refería a los asuntos oficiales del reino, yo ya estaba muerto. Mi sufrimiento en las minas de azufre no era sino un formalismo que debía seguir su aletargado curso en la burocracia de la tortura. No había ni luna ni estrellas esa noche, de modo que al aproximarnos no pude distinguir las características de la isla. Por las sacudidas del pequeñísimo trasbordador que nos trasladaba, a mí y a mis cuatro guardianes, concluí que el mar en torno a mi nuevo hogar estaba enfurecido. Mis guardianes bromeaban acerca de cómo poco a poco, a lo largo de varios meses, me tostaría hasta parecer un crujiente bollo de pan y luego, de pronto, empezaría a arder y mis partes corporales se convertirían en sal y se las llevaría el viento de la isla.

Entramos en un pequeño puerto de piedra a la tenue luz de unas antorchas. No nos esperaba ningún comité de bienvenida ni ningún soldado de uniforme. Los guardias me ayudaron a subir al muelle, arrojaron mis escasas pertenencias junto a mí y me dejaron allí, esposado.

—Alguien vendrá por ti dentro de un rato —me informó uno de ellos, en tanto el barco salía al canal—. Espero que te agrade el olor a mierda.

—Parece el tipo de persona a quien le gusta —comentó otro mientras se alejaban lentamente, saludándome con la mano y riendo.

Permanecí en el muelle de piedra caliza. El viento sopló desde el mar y husmeé el aire, tratando de detectar al menos una minúscula molécula de la fruta del paraíso. Como sospechaba, era un lugar en el que no cabía ninguna esperanza.

De vuelta en la Ciudad Bien Construida, y mientras esperaba el juicio en mi celda de la cárcel, había recurrido a mi prodigiosa reserva de autocompasión; me pasaba las horas llorando y conversando conmigo mismo sobre la injusticia que habían cometido, y cómo esto me había arrastrado a un mundo de ignorancia en el que yo mismo había sido injusto con otras personas. Ahora me habían arrojado en la costa desolada del infierno; era ya una amorfa «masa de carne», según la apta descripción que habría empleado en mi vida anterior.

Esperé unos diez minutos y nadie vino para conducirme a mi celda. Me entretuve un momento con la idea de fugarme, pero enseguida me di cuenta de que no tenía adónde ir. El agua que rodeaba la isla —esto me lo explicó uno de los guardias que me habían traído— estaba infestada de tiburones y de unos monstruos marinos llamados «kraken», y las partes deshabitadas de Doralice albergaban una raza de hambrientos perros salvajes. Ambas suertes se me antojaban bastante más atractivas que las minas, pero la pérdida de mi orgullo me había llevado a un fatalismo que me impedía actuar.

En ese momento oí unos pasos que se acercaban al muelle. Alcé la cabeza y vi a un hombre de cabello blanco que le llegaba a los hombros; vestía una vieja guerrera cubierta de medallas e insignias en la pechera izquierda. Se aproximó todavía más. Mi primer impulso fue aplicarle la fisiognomía, pero me contuve y sólo distinguí una cara de pliegues y bolsas, unos ojos hundidos y una nariz que era testimonio de una inclinación a la bebida. Aunque llevaba un sable desenfundado en la mano izquierda no sólo no me pareció amenazador, sino que advertí en él cierto cansancio.

Me sonrió y me tendió la mano, pero se dio cuenta de que yo estaba esposado.

—Buena idea —dijo. Enfundó el sable y me pidió que me volviera. Obedecí. Se acercó a mí por detrás y sentí que me liberaba las manos.

—Basta —anunció y se guardó la llave y las esposas.

Por el tono de su voz no creí que le molestase que me volviera de nuevo hacia él. Lo miré y él me tendió la mano y se la estreché.

—Cabo Matters, de la guardia nocturna.

Asentí con la cabeza.

—Usted es Cley. Supongo que ahora sabe que eso de la Fisiognomía es pura basura. —Esperó mi respuesta, pero guardé silencio—. Bien venido a Doralice —añadió con una risa cansada—. Sígame. —Blandió la espada y lo seguí. Abandonamos el muelle y tomamos un camino de arena que nos llevó a través de un bosque de pinos atrofiados que me recordaron el Más Allá—. Disculpe la espada —prosiguió—, pero de vez en cuando uno de esos execrables perros salvajes me aguarda aquí en la oscuridad de la noche. No se preocupe... He herido a un buen número. Además, en esta época del año suelen quedarse en el otro extremo de la isla.

Sorteamos los pinos, atravesamos un serpenteante laberinto de enormes dunas, y llegamos a una playa blanca en la que rompía el océano. Anduvimos aproximadamente un kilómetro y medio siguiendo la línea de la costa y luego por la playa, a través de otro laberinto de dunas, hasta una posada enorme y casi en ruinas.

—La Casa de Harrow —me informó, señalándola.

Observé un momento la ornamentada arquitectura en varias etapas de decadencia.

—¿Conoce la expresión «el trasero de Harrow»? —me preguntó al cabo con una sonrisa.

Asentí.

—Pues esta casa la construyó ese mismo Harrow. Nunca entendí lo que significa el dicho; en todo caso, construyó esta posada hace ya años con la esperanza de atraer a gentes de la Ciudad. Nadie vino y un día Harrow se echó a nadar en el mar y se ahogó o se lo comieron o algo.

—¿Ésta es la prisión? —pregunté.

El cabo se señaló la cabeza.

—Ésta es la prisión —dijo.

—¿Es aquí donde me alojaré?

—Sí. Apuesto a que esperaba algo mucho peor. Lamento decirle que en este momento no hay más presos. Puede escoger la habitación que más le guste. Por la mañana, antes del amanecer... ya sabe que lo han castigado a no ver nunca más la luz del sol... mi hermano, el cabo de guardia diurna, vendrá a sacudirlo para despertarlo y lo arrastrará a la mina, donde trabajará hasta el anochecer. ¿Está claro?

Asentí otra vez.

—Le presentaré a Silencio. Es el encargado de la posada. Hay un bar bien provisionado en el porche trasero y le encanta hacer de barman.

—Gracias.

—Recuerde esto, Cley. Mi hermano no es tan tolerante como yo. El turno de noche supone sueño; el de día, muerte.

Dicho esto, me sonrió y se alejó a través del laberinto de dunas.

Atravesé la oscura posada tropezando con todo; crucé el bar principal y subí hacia donde pensaba que se encontrarían las habitaciones. En el primer piso había un largo pasillo flanqueado de puertas. Advertí que una de ellas estaba entreabierta y que derramaba en el suelo una luz tenue.

Era la habitación número 7. Entré y vi que la habían limpiado hacía poco. La ropa de cama estaba planchada y las cortinas, impecables. No había ni un granito de arena en el encerado suelo de madera. La luz venía de una lámpara de gas, y aumentaba, bajaba o se apagaba mediante una especie de llave.

El mobiliario consistía en una cama, una mesita de noche, una cómoda y un armario mediano. El cuarto de baño en lugar de puerta tenía una cortina; dentro, encima de un lavabo, pendía un espejo demasiado grande para mi gusto; sin embargo, las paredes estaban pintadas de un sedante color verde mar. Me acosté en la cama y me quité las botas con los pies.

Habían dejado abiertas las dos ventanas y la cortina de encaje blanco se movía. Oía y olía el océano, que lo impregnaba todo. El aire de salitre había entrado en mí y me había convertido en plomo. Mis ojos se cerraron y permanecí un rato tumbado, intentando entender mi futuro.

Al cabo de lo que me pareció un minuto, sentí que una porra me golpeaba la espalda. Alguien me dio un puntapié en el trasero y unas manos me manosearon y me empujaron hacia el suelo de madera. Afuera todo estaba oscuro y oí chillidos de aves.

—Sáquese el pantalón y la camisa y quédese en ropa interior —bramó una voz furibunda—. Tiene dos minutos y luego quiero verlo frente al edificio.

Me sentía aturdido y la espalda me dolía por la paliza que el hombre me había propinado, pero me puse de pie, me quité la ropa y lo seguí. En el último peldaño tropecé y caí sobre la espalda de mi torturador. Se volvió, me empujó y me golpeó con la porra.

—¡Quíteseme de encima, pedazo de mierda! —me gritó.

Al salir, dejó que la puerta mosquitera me diera en la cara. Me detuvo delante de él en el camino que serpenteaba a través de las dunas. Me abracé para protegerme del

frío del amanecer, escudriñé la oscuridad y vislumbré el rostro del cabo de turno. Excepto los largos cabellos, era una copia exacta del cabo de noche. Llevaba la misma guerrera, las mismas medallas e insignias, pero el rostro, sonrojado, se le retorció de rabia y miedo.

—Al suelo.

Obedecí.

—Trace un círculo en la arena.

Lo hice.

Me golpeó con la porra.

—Más grande.

Tracé un círculo más grande.

Entonces se agachó frente a mí y me enseñó un par de dados que tenía en la mano derecha. Creo que eran rojos con puntos blancos. Los guardó en el puño, se los llevó a la boca y sopló. Luego sacudió la mano y echó los dados en el círculo que yo había trazado. Tres puntos blancos en uno y cuatro en el otro brillaron en la oscuridad.

—Siete libras —dijo; recogió los dados y se levantó.

Me puse de pie.

—Hoy va a cavar siete libras.

Asentí.

—Bien, adelántese con las manos sobre la cabeza —me gritó desde atrás. Obedecí y antes de haber dado un paso sentí la punta de un sable en la columna vertebral.

Recorrimos una ruta distinta a través de las dunas y al cabo de andar casi un kilómetro sobre arena suelta y con los mosquitos picándome los brazos y las piernas, llegamos a la entrada de la mina.

Una enfermiza luz amarillenta salía del pozo entibado y dejaba ver los ascendentes vapores. El olor era nauseabundo, de una abrumadora corrupción.

—Respire, respire —me gritó el cabo Matters del turno de día—. En unas semanas se habrá convertido en este hedor. —Guardó silencio un momento—. Le daré un zapapico y una pala. También le daré una bolsa en la que subir el azufre, una bota de agua pútrida y tres discos de cremat húmedo.

Se alejó entre las sombras y no tardó en regresar con lo anunciado.

Me llevé la pala y el pico al hombro y con la otra mano recogí la cuerda de la bota y la comida envuelta en papel de estraza para demostrarle que había entendido.

—Hay varias cosas que mis prisioneros han de saber —me anunció andando de un lado a otro delante de mí.

Me pregunté si los cabos Matters eran realmente mellizos o un mismo tipo de mente retorcida que cambiaba de peluca, pues las semejanzas resultaban desconcertantes.

—Mi primera máxima —gritó—: cada minero ha de cavar su propio pozo. Esto significa que ha de encontrar una roca desnuda y cavar allí su propio túnel. Cuando

lleve seis meses con nosotros se le pedirá que grabe su nombre sobre la boca del túnel. Una vez fallecido, sus restos, sean cuales sean, se enterrarán en el túnel. ¿Lo entiende?

Asentí.

—Mi segunda máxima: la mina es la mente. —De pronto extendió la mano con la porra y me golpeó en el hombro—. Dígalo —gritó—. Dígalo.

—La mina es la mente —dije casi susurrando.

—Repítalo —volvió a gritar y lo repetí. Entonces se acercó a un centímetro de mí y me echó su aliento alcohólico en la cara—. La mina es mi mente. Mientras trabaje, usted está en mi mente, cavando un túnel a través de mi cabeza y yo siempre lo veré, dentro de mí. Mi mente lo estará matando siempre mientras cava. Cave duro. Le enseñaré a luchar con celo y coraje.

Volví a asentir y esperé la siguiente orden. Se abalanzó sobre mí blandiendo la porra y desenfundó el sable.

—A trabajar, idiota —bramó—. Siete libras o lo echaré a la laguna para alimentar a los kraken.

Me volví y eché a correr delante de él, pero no tanto como para que no me asestara uno que otro golpe. Me adentré, pues, en el enfermizo amarillo, cargando mi pala, mi zapapico, mi bota de agua pútrida y mis discos de cremat. Creí que el hedor del azufre me tumbaría de espaldas, pero cuando reparé en que el cabo no entraría detrás de mí, me detuve, y me doblé en la niebla amarillenta hasta que mi mente y mis ojos se aclararon.

Siete libras de azufre, pensé. ¿Cuánto son siete libras de azufre?

Las paredes de la cámara en la que entré emitían un brillo ambiental, una especie de material fosforescente mezclado con el azufre. Miré a través de la borrosa luz y vi a unos tres metros un puente de madera que cruzaba un pequeño espacio vacío y llevaba a la boca de un túnel. Cambié de hombro mis herramientas y avancé. El puente se columpiaba con cada paso, pero logré cruzarlo; casi esperaba que Garland me recibiera a la salida.

Me detuve un momento para temblar y casi vomitar por el hedor, un vaho maligno siempre presente, aunque a veces, cuando parecía que no le prestaba suficiente atención, me envolvía como una ola. Si queréis imaginar este olor, pensad en lo más escatológico ardiendo con una fiebre viral, y enterrad la cara en esa podredumbre. El túnel era estrecho y oscuro y parecía enrollarse hacia dentro como una serpiente enroscada sobre sí misma. El zapapico no dejaba de golpear el techo. Mis pies descalzos se quemaban con el calor de la roca. Estaba a punto de dejarme llevar por el pánico cuando distinguí una luz más adelante y apreté el paso.

La cámara subterránea en la que me adentré parecía tan vasta como la estructura entera de la Academia de Fisiognomía en la Ciudad Bien Construida. Ante mí, en el suelo, se abría un enorme pozo de circunferencia tan grande que yo apenas veía lo que había al otro lado. Entre la neblina divisé un tenue brillo amarillento y un camino que bajaba en espiral por las paredes internas. Cavadas en estas paredes, en diversos puntos, hasta donde los vapores ascendentes me impedían ver, había entradas de túneles; supuse que las habían hecho gentes como el profesor Flock y Barlow, el poco entusiasta poeta. Comparadas con la inmensidad de la mina, parecían obra de unos insectos.

Con cada paso que daba al bajar por la traidora espiral, el calor aumentaba centígrado a centígrado, lo mismo que el asqueroso hedor. Me pregunté, andando casi de puntillas, cuántos habrían tropezado y caído en la mina y cuántos más se habrían suicidado. Dado lo angosto del camino, sería muy conveniente construir a toda prisa un túnel propio.

Descendí sin parar por espacio de una hora, más o menos, tratando de localizar una parte virgen de la pared. Cuando la encontré, jadeaba y estaba empapado en sudor. Los ojos me ardían tanto por los vapores que apenas veía. Eché las herramientas al suelo y puse el paquete de discos de cremat tan lejos como pude del borde. Con la bota de agua aún en las manos, me senté y rompí a llorar. Las lágrimas me limpiaron los ojos, y esto me procuró cierto alivio. Tomé un sorbo de agua, y por muy pútrida que fuera, tuve que esforzarme para no tragármela toda de golpe.

Tras otro trago, ladeé la cabeza y vi el nombre cincelado sobre la boca del túnel a mi derecha. Talladas profundamente en el azufre centelleante leí las letras

F-E-N-T-O-N. Al principio no me impresioné mucho, pero de pronto el hedor de la mina volvió a golpearme.

Mientras la cabeza me daba vueltas recordé a Notius Fenton. Fueron mis aptitudes fisiognómicas las que lo mandaron a las minas de azufre. Creo que se le acusó de albergar malos pensamientos contra la Ciudad Bien Construida. Había caído en la redada del caso Grulig. A la mayoría de los conspiradores les reventaron la cabeza y ahora entendía que habían tenido suerte.

Me puse de pie y entré en el túnel de Fenton. En el interior, pese a lo tenue de la iluminación, distinguí un esqueleto, sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un zapapico sobre lo que antes fuera su regazo. Me acordé que durante el juicio su esposa y sus hijos habían protestado ruidosamente. Luego, un día fui al tribunal y no los vi. De hecho, nunca volvieron. Sólo más tarde, cuando, inmerso en el estupor de la belleza, el Amo dio a entender que él había mandado decapitar a Grulig, me enteré que también había mandado «reestructurar permanentemente» —ésa fue su expresión— a la familia Fenton; era, explicó, un favor especial para mí, para que la causa se desarrollara sin obstáculos.

Avancé despacio, como si los restos del pobre tipo representaran una posible amenaza. Entonces me incliné y susurré:

—Lo siento, lo siento mucho.

Mi mano se alzó por voluntad propia y se posó en la clavícula de mi víctima. El hueso se desmoronó bajo mi mano, se volvió sal y cayó al suelo polvoriento. Di un paso atrás y observé cómo el proceso que había puesto en marcha se extendía poco a poco, como una plaga, por la cavidad torácica, la columna vertebral, y lo desintegraba todo, hasta que el cráneo se desplomó estrepitosamente y desapareció en medio de una lluvia de átomos.

Aunque el hedor era ahora menos penetrante, no podía quedarme en el túnel. De modo que salí de nuevo hacia el horror de la mina y levanté mi zapapico. Tuve que aferrarlo con mayor fuerza pues la enorme cantidad de sudor que chorreaba de cada centímetro de mi cuerpo mojaba el mango de madera y lo volvía tan resbaladizo como un pez. Lo alcé de nuevo y golpeé la pared con una fuerza impulsada por el odio a mí mismo.

Trabajé unos veinte minutos con una energía demencial; luego me dejé caer contra la cara desigual de la roca que había destrozado. De pronto, advertí que no respiraba y me asusté. El zapapico me resbaló de las manos y cayó en el sendero. Me parecía que se me habían quemado los ojos. No podía ver. Tenía un fuerte dolor de cabeza y sentí que me deslizaba por la pared, lacerándome las manos y la cara con la piedra dentada.

Por desgracia desperté al cabo de un rato. Respiraba un poco mejor y me arrastré hacia la comida y el agua. Un gran trozo de azufre que había arrancado con el zapapico había caído sobre el paquete de discos de cremat húmedo, aplastándolo horriblemente. Desgarré el papel. En realidad no se podía decir que el cremat fuera

húmedo, pues no encontré ningún disco, sólo cremat marrón pegado al papel. Lo lamí con avidez y lo tragué con un poco de agua.

Arrugué el papel hasta transformarlo en una bola y la arrojé por el borde del pozo. El vapor ascendente impidió que cayera y se quedó flotando allí unos instantes. Al fin se alejó fuera de mi vista. Me pregunté qué significaba este fenómeno para el cabo Matters de la guardia diurna. Si la mina era su mente, su mente era una apestosa y ardiente cantera repleta de agujeros que guardaba los restos quebradizos de muchos muertos. La idea me pareció cómica. Sin embargo, luego, mientras seguía cavando en la pared amarilla, se me ocurrió que el cabo había acertado.

El día fue eterno. Me desmayé otro par de veces y en una ocasión pensé que me hervía la sangre, literalmente. Oía un continuo chisporroteo en mi cerebro. Poco después de comer, el cremat me desgarró el estómago, como un demonio cuya furia no me daba respiro. Además de estos tormentos, la sal de mi sudor mezclada con el aire envenenado me irritaba aún más las abrasiones que tenía en el cuerpo después de deslizarme por la pared.

Finalmente, como una voz venida del paraíso, oí mi nombre que retumbaba por el vacío de la mina.

—Anochecer, anochecer, anochecer —gritó el cabo.

Metí unos trozos de azufre en el costal de lona que me había dado y me lo eché auestas. Cargué sobre mi hombro el zapapico y la pala y me metí entre los dientes el cordón de la bota. La subida fue brutal. Me dolían las piernas bajo el peso del azufre y me temblaban los brazos. Me detuve tres veces a recobrar el aliento, pero al fin acerté a salir al aire libre.

Fuera estaba oscuro; una brisa nocturna traía el olor del océano. Habría intercambiado diez ampolletas de belleza por un único aliento de ese aire. El cabo introdujo una antorcha en un agujero en el suelo y pesó mi carga en una anticuada balanza que funcionaba mediante piedras y resortes. Me dio un golpe con la porra al ver que había llevado diez libras en lugar de siete.

—¿Acaso siete y diez son lo mismo?

—No.

—Eres un imbécil de primera.

Asentí.

—No eres el primer fisiognomista que he visto convertirse en cenizas. Recuerdo al profesor Flock. ¡Ay, cuántos azotes di a ese idiota! Fabuloso. Un día lo dejé ciego con una paliza. Quitarle la vista fue como arrancar las alas de una mosca. Cuando por fin murió, le robé esto. —Extendió la porra y me enseñó el mango: una cabeza de mono tallada en marfil—. Habrá una noche en que el trasero de Harrow no te escupirá como si fueses mierda y allí te encontraré, abajo, agonizando, oliendo a carne asada. Ahora, lárgate. Vendré a buscarte por la mañana temprano.

Se llevó la antorcha y me dejó delante de la mina. En el cielo brillaba la luna y las estrellas centelleaban. El cuerpo entero me ardía, como quemado por el sol, y me

estremecí en el fresco viento nocturno. La abundancia de aire fresco llegó a marearme en tanto avanzaba a trompicones por el serpenteante camino que atravesaba las dunas. Tardé dos horas en encontrar el hostel.

En mi habitación la luz estaba encendida, la cama hecha, y alguien me había preparado un baño de agua caliente. Por un momento libré una batalla entre bañarme o dormir. Opté por ambos. Me acosté en la bañera en ropa interior, y mientras me iba durmiendo sentí que el agua caliente y perfumada me lavaba los restos de la mina. Al cabo de un rato me despertó un débil sonido que venía de abajo; traté de pasarlo por alto y seguir soñando con Arla, pero era tan persistente como un mosquito. Al fin cedí, y descubrí que alguien tocaba el piano.

Me puse el pantalón y bajé descalzo. Seguí la música a través del bar principal y del comedor, hacia la parte trasera del edificio. En el pasillo alguien había dejado una silla en la sombra y me golpeé el pie contra ella. Ahogué una exclamación, pero la silla se movió y fue a dar contra otra. Con esta colisión, la música se detuvo de repente.

Al fondo del comedor empujé una puerta y entré en un amplio porche cerrado. De nuevo oí el océano y la brisa me envolvió. Más allá la luna iluminaba las arenas. Frente a mí había un pequeño piano negro, apenas mayor que un piano para niños. Al otro lado del porche se extendía una barra de madera pulida y detrás, un espejo y estantes con botellas. Miré a través de las sombras y me pareció ver a alguien sentado detrás de la barra.

—¿Hola? —grité.

Observé que la oscura figura levantaba una mano. Crucé lentamente el porche. Cuando me hallaba a unos metros de la barra, se encendió una cerilla. Me detuve, pero vi que el hombre encendía una vela; seguí mi camino y me senté enfrente.

—¿Silencio? —pregunté.

El hombre asintió con la cabeza y entonces le vi la cara. El encargado era menudo, un anciano en miniatura de rostro arrugado y barba larga. Algo se movió detrás de él y me distrajo un momento. De pronto advertí que lo que yo miraba era una larga cola. Silencio era un mono.

Al advertir mi mirada de reconocimiento, metió el brazo debajo de la barra y sacó una botella de Oreja de Rosa Dulce, el cóctel que se bebía comúnmente en todos los acontecimientos políticos y las reuniones sociales. Con la otra mano sacó una copa. Se metió el corcho de la botella entre los dientes y la abrió. La sonrisa le creció alrededor del corcho mientras me servía una ración doble.

—Silencio —repetí y él asintió con la cabeza.

Nos miramos mutuamente largo rato y me pregunté si yo no habría muerto en la mina ese día. Esto es la vida después de la muerte... azufre en la vigilia y un mono de noche, pensé. Entonces, Silencio movió la cabeza ligeramente, como si estuviese pensando lo mismo.

—Soy Cley.

Juntó las manos y aplaudió dos veces. No estaba seguro de si se burlaba de mí o me hacía saber que me entendía.

Me di cuenta de que me daba igual. Alcé mi copa, me apoyé en el respaldo de la silla y tomé unos sorbos. Me pareció que Silencio aprobaba mi decisión de quedarme.

—Gracias —le dije.

Silencio bajó entonces de la silla dando un salto y cruzó la puerta en el otro extremo del bar. Transcurrieron unos minutos, y regresó con una bandeja. Se subió de nuevo a la silla y puso la bandeja sobre la barra. Era una cena completa: pierna de cerdo cubierta de rodajas de piña, pan y mantequilla y otro plato con patatas y ajo.

Hasta ese momento no reparé en lo demencial de mi hambre. Mientras comía como un animal, Silencio se bajó de la silla, rodeó la barra, atravesó el porche y se sentó al piano. Fue la combinación de la piña y la música lo que me hizo evocar el paraíso. Vi las puertas doradas que se abrían para dejarme entrar en tanto apuraba el Oreja de Rosa Dulce y me atragantaba de patatas.

Me encontraba todavía en el bar cuando el cabo Matters de la guardia diurna vino a buscarme. Me dio una tremenda paliza, pero yo estaba demasiado borracho y no me importó. Una vez en la arena, los dados mostraron un seis cada uno. Todo el día oí la risa del cabo, la oí descender en espiral mina abajo, la oí mientras yo blandía el pico delante de mi pozo. Estaba allí, como un grillo dentro de un huevo, amenazando salir, incluso cuando me desmayé y me hundí en un fresco sueño de salvación.

En Doralice los días eran casi infinitos, rebotantes de sufrimiento físico. Las noches consistían en una vela que se apaga, unos fugaces momentos de soledad tenebrosa, reforzada por el persistente susurro del océano y el ladrido de los perros salvajes. A la luz de la luna el dolor era una angustia mental, una sucesión de sueños en los que mi culpa se me revelaba, tanto literal como simbólicamente. A veces, cuando el cabo de la guardia diurna me despertaba con un golpe en la espalda, casi le agradecía que me hubiera sacado de un recuerdo de mí mismo en Anamasobia.

Lo único que parecía cambiar en Doralice era yo. En el transcurso de unas semanas me volví más fuerte gracias a mis labores en la mina. Silencio era un sabio cuando se trataba de curarme las heridas si regresaba apaleado, chamuscado o con delirios causados por los vapores. En ocasiones sumergía en agua unas grandes hojas verdes y me envolvía en ellas para aliviarme el ardor de la piel. Preparaba cierta infusión que aumentaba mi fuerza y me despejaba la cabeza. Con sus manos peludas me aplicaba un unguento azul en aquellas partes del cuerpo donde la porra del cabo había golpeado y roto la piel. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos y de que mis músculos se estuviesen poniendo tan duros como la piedra que extraía, sentía que me moría por dentro. Día y noche pensaba, anhelante, en el momento en que trocaría al fin mis terribles recuerdos por el olvido absoluto.

Después de mi primera dolorosa experiencia, aprendí a no ir al bar de noche. Así, cuando regresaba tambaleándome a la posada, yo iba directamente a mi habitación y me quedaba allí. Silencio me subía una bandeja con la cena. No sé a qué especie de mono podía pertenecer, pero era extraordinariamente brillante... y hermoso también, con diferentes tonos morenos en la piel y una larga barba negra que le llegaba al pecho blanco. Usaba la cola como una mano más y era fuerte y musculoso. Cuando yo hablaba con él, habría jurado que entendía cada matiz de mi conversación.

En ocasiones, cuando yo acababa de comer, se sentaba en la cómoda, se quitaba los piojos y los aplastaba con los dientes. Yo me tumbaba en la cama y le revelaba la profunda vanidad que me había llevado a la isla. En otras ocasiones, cuando le relataba cualquier otro detalle vergonzoso, agitaba la cabeza o soltaba un breve chillido, aunque nunca pareció juzgarme. Cuando le hablé de Arla, de lo que le había hecho, se frotó los ojos con un puño y se secó las lágrimas.

Un día el cabo echó los dados y salió únicamente un par de unos, de modo que me sobró tiempo en la mina y me dediqué a explorar los túneles de mis predecesores. Reconocí algunos nombres, por haberlos leído en la Gaceta de la Ciudad o por haber sido parte de la acusación en alguna causa. De repente entendí que eran casi todos presos políticos, pues a los que robaban, violaban o asesinaban, los ejecutaban de inmediato, ya sea por electrocución, ya frente a un pelotón o reventándoles la cabeza.

Me pareció que quienes habían llegado a Doralice eran todos individuos que de un modo o de otro habían puesto en tela de juicio la autoridad o la filosofía del Amo. Verbalmente o por escrito, habían cuestionado el rígido control social practicado en la Ciudad Bien Construida, habían dudado de la eficacia de la Fisiognomía, o del estado mental de Drachton Below.

Encima de la entrada de varios túneles, encontré los nombres de Rasuka, Barlow, Therian. Todos ellos habían soñado, cada uno a su modo, con un lugar más allá de los límites de la Ciudad Bien Construida, un lugar donde no se recurría a la brutalidad y al miedo para reglamentar la sociedad. Recordé que el Amo se había burlado del plan de Therian para alimentar a los pobres de Latrobia y de otras comunidades que habían surgido alrededor de los muros de la metrópolis.

—Es un quejica, Cley —me había dicho—. El tonto del culo no se da cuenta de que el hambre es un modo de reducir el número de estos indeseables.

¿Y qué hice yo? Leí la cabeza del pobre Therian y concluí que era un peligro para el reino. No me acuerdo si le critiqué la barbilla o el puente de la nariz, pero da igual. Los dos rasgos, junto con el resto de su cuerpo, estaban ahora frente a mis ojos: un buen montón de sal, apenas visible al tenue brillo amarillento del túnel, por lo demás vacío.

El de Barlow estaba todo escrito. Había usado algún instrumento para tallar versos en las paredes de azufre. Qué tristeza advertir que por mucho que sufriera no se convirtió en mejor escritor, que hacía rimar «anfitrión» con «fantasmón» y «danza» con «esperanza», un exceso de compases y una escasez de imágenes, «amor» y «amoroso» en demasía. En medio del calor y el hedor del pozo me pregunté si esto importaba o si no me perdía algo de la pasión que lo había consumido literalmente. ¿Qué peligro representaba para el Amo? No lo veía.

Si bien consumí mucha energía que podría haber conservado, yendo de un túnel a otro e inspeccionando los restos de los muertos, había algo en mi investigación que me resultaba fascinante. No sé por qué, pero ese día la corriente ascendente del pozo era dos veces más caliente que de costumbre. No obstante, continué, secándome el ardiente sudor que me caía en los ojos y oteando a través de la bruma. Casi podía decirse que visitaba a estas gentes, casi como si fuese uno de ellos. Eran mis compatriotas. Esta idea me dio cierto consuelo hasta que avancé por el camino, más allá de mi propio túnel, y encontré el nombre de Flock, tallado sobre una de las aberturas.

De todas las moradas eternas que visité ese día, la más impresionante fue la de mi antiguo mentor. De haber podido olvidar que estaba hecha de azufre, de haber conseguido pasar por alto el hedor, habría dicho que la pequeña gruta de Flock era muy hermosa. El viejo tenía una vena artística, pues había convertido el hoyo en jardín, esculpiendo relieves de plantas, arbustos y árboles. En las paredes había delicados zarcillos, hojas de viña y flores, con detalles minuciosos y proporciones adecuadas. En el fondo del túnel —bastante profundo— vi un pequeño banco de

jardín, tallado enteramente de lo que tenía que haber sido un enorme trozo de azufre, y puesto frente a la pared.

Me senté, allí, en el jardín de Flock, y contemplé una fila de rostros esculpidos en piedra amarilla. El primero era del Amo, un retrato espeluznante: con una mueca despectiva, y los ojos en blanco como si acabara de inyectarse belleza pura. A su lado, el ceñudo cabo Matters de la guardia de día, con los carrillos tensos y las ojeras hinchadas debajo de los ojos odiosos. El último rostro en la extraña galería de torturadores del profesor era uno que no reconocí aunque me parecía familiar, tan vengativo y amenazador como los otros dos. Hasta podría decirse que tenía parte de la demencia del Amo.

Mientras trataba de recordar dónde lo había visto, advertí que debajo de todas estas cabezas el profesor había tallado la palabra «perdona». Al cabo de un largo rato, levanté mi zapapico, lo blandí con todas mis fuerzas y destrocé la última cabeza. Seguí golpeándola en el suelo hasta convertirla en polvo amarillo y la metí en mi costal.

—Dos libras —susurré al rostro socarrón del cabo.

Esa noche, después de bañarme, me acosté y me quedé con la mirada perdida. Tenía que haber dejado en paz esos túneles, tenía que haber respetado a los muertos. Lo que había encontrado allí me había robado lo que me quedaba de voluntad de vivir. Ahora sólo me restaba decidir cómo apresurar el fin de mi vida.

¿Tengo que saltar al pozo, en una graciosa zambullida y una caída interminable, hacia el brillante calor amarillo, para que mi cuerpo se desintegre antes de llegar al fondo?, me dije. O, como mi difunto anfitrión, Harrow, ¿tendría que nadar al encuentro de la muerte?

—¿Has visto al kraken? —pregunté a Silencio, que se había sentado en la cómoda con expresión preocupada. Toda la noche me había suplicado, mediante miradas y gestos, que comiera la cena que me había subido.

Con una mano se sacó unas liendres del pelo y las acarició con los dedos de la otra, antes de metérselas en la boca y aplastarlas con los dientes.

Mi mirada desolada volvió a perderse en el aire y Silencio se bajó de la cómoda. Creí que se había ido, pero un momento más tarde desperté de mi ensueño cuando oí que registraba el armario. Unos segundos después se subió a la cama con el maletín que yo había traído conmigo a la isla. Sin interés y sin comentarios observé cómo abría las abrazaderas. Lo que extrajo fue un paquete envuelto en papel azul y atado con un lazo. Al principio ni siquiera recordé haberlo traído, pero el mono echó la maleta al suelo de una patada, alzó el paquete con ambas manos y lo arrojó sobre mi pecho. Después, me di cuenta de que había vuelto a guardar el maletín en el armario y se había marchado.

Contemplé el paquete con tanto miedo como asombro, como si fuese el tentáculo de un kraken. Lo levanté poco a poco, rompí el papel y cuando lo desenvolví me llegó una mezcla casi imperceptible de aromas. Uno era el de pergamino y tinta, y el

otro, definitivamente, el perfume de Arla Beaton. Se trataba, claro, de las notas que ella había tomado cuando el abuelo le habló del viaje al paraíso. Arranqué el resto del papel azul y me acordé que yo había empaquetado las notas para protegerlas en el viaje desde el continente.

Hasta entonces había sido incapaz de mirar el manuscrito sin temblar de modo incontrolable. Durante todo el tiempo que pasé en la celda mientras mi juicio se alargaba, lo dejé en un rincón de mi lecho, y si mi vista descansaba por azar en él, la apartaba a toda prisa, como si lo que viera fuese un fantasma. Ahora, en Doralice, no sentí la misma aversión. Tomé las hojas y leí las primeras palabras: *Querido Fisiognomista Cley*.

Desde el porche trasero de la posada me llegó la suave música de piano; la melodía se sobreponía al bajo continuo del océano distante. La brisa levantó las cortinas y empecé a leer los *Fragmentos del imposible viaje al Paraíso Terrenal*.

*Querido Fisiognomista Cley:*

*Hace unos días, pasé unas horas investigando, como usted me pidió, los atributos fisiognómicos de mi difunto abuelo, Harad Beaton, intentando evaluarlo como persona, pero esperando también que me revelase los «secretos» de una expedición que hizo hace muchos años. La lectura de las facciones de mi abuelo, que se han convertido en espiro azul, no hizo sino confirmar que era un hombre corriente con un cociente fisiognómico bastante bajo. Lo más interesante es que al pasarle las manos por el rostro endurecido, empecé a recordar escenas de lo que me había contado cuando era niña. Comencé a apuntarlas, pues se me ocurrió que podrían serle útiles.*

*En cuanto comencé ya no pude detenerme. Los recuerdos regresaban cuando soñaba despierta y al ponerlos sobre el papel caía en eso que los místicos llaman, me parece, escritura automática. Escribí con tanta soltura, sin mirar la página, que era como si me guiara una mano invisible. Experimenté, si no el viaje entero, sí una buena parte. Hay vacíos que probablemente no se llenarán nunca. Cuando recordé el viaje, en todo caso, diríase que me encontraba con los mineros, en la tierra de nadie, testigo invisible de una búsqueda.*

Al mirar la caligrafía de Arla casi sentí que ella movía la mano por la página. Aspiré el débil aroma, trazas de lila y limón, y me pareció que estaba en la cama conmigo. Esto me tranquilizó y continué leyendo aunque me sentía cansado. El primer fragmento contaba una visión del Más Allá. Describía minuciosamente la belleza impoluta y la vegetación y los animales extraños que los mineros habían visto al adentrarse cada vez más en el bosque que Bataldo, Calloo y yo habíamos

atravesado. Los imaginé con los cascos linterna, los zapapicos echados al hombro, andando en fila india, haciendo bromas y riendo. Algunos de sus nombres pasaron frente a mí. Unas ramas pequeñas crujieron y se rompieron cuando una manada de venados albinos entró en un pequeño claro y huyó entre los árboles. La luna salía al mediodía y Harad Beaton anhelaba estar de vuelta en casa.

De pronto algo ocurrió y me encontré revolviéndome bajo la porra del cabo de la guardia diurna. Tenía la mente tan llena del Más Allá que ni siquiera sus invectivas y castigos hicieron desaparecer los matorrales y los enormes cedros, al menos no hasta que hubimos avanzado un buen trecho por el laberinto de dunas. Antes de entrar en la mina tuve que preguntarle otra vez qué decían los dados que había echado esa mañana.

—¡Diez, cretino! —bramó—. Un seis y un cuatro. —Parecía que quería darme otra paliza, pero el cielo empezaba a clarear, de modo que se limitó a empujarme hacia la mina—. Quizá mueras hoy —añadió en tanto yo trasponía la entrada, tambaleándome.

Las palabras del cabo me hicieron recordar que había planeado hacer eso, precisamente: morir, pero no parecía encontrar el momento adecuado. Mientras aporreaba la piedra de mi túnel, sudoroso y jadeando, me di cuenta de que tendría que mantenerme vivo al menos hasta leer el manuscrito de Arla. Ese día trabajé con más energía.

El túnel de Flock era un jardín imaginario, pero a mí me parecía una exuberante y muy real tierra de nadie. Mientras trabajaba, me pregunté si Beaton habría llegado al paraíso. Esta idea, apenas mayor que los granos de azufre que caían a mi alrededor con cada golpe de pico, se enterró en mi mente como una semilla capaz de florecer.

Acostado en la cama, leía para Silencio un pasaje de los *Fragmentos* de Arla acerca del ataque de demonios que padecieron los mineros entre un grupo de pinos en una ladera escarpada. Mi amigo el mono, sentado a mis pies, se sostenía la cola con una mano y con la otra se cubría los ojos abiertos de par en par. En un torrente de descripciones, tres de las asquerosas criaturas arrancaban las entrañas de un minero llamado Miller: la sangre le saltaba a chorros, el duodeno le colgaba, y él soltaba unos gruñidos que parecían venir del mismísimo infierno, cuando una llamada a la puerta entreabierta me interrumpió de pronto.

Me asusté. ¿Acaso es ya de mañana? Acabo de empezar a leer hace unos minutos, pensé.

Silencio se bajó de la cama, pegó dos brincos y justo cuando entraba el cabo Matters de la guardia nocturna, saltó, cayó sobre el hombro izquierdo del hombre y le rodeó el cuello con la cola, como si fuese un collar.

—Buenas noches a todos. —Matters lucía una ancha sonrisa.

No lo había visto ni oído desde la noche de mi llegada y había dado por sentado que era la misma persona que el cabo de la guardia diurna; según mi teoría, tenía dos pelucas, una blanca y la otra negra; además estaba loco y fingía ser dos hombres distintos. Ahora, sin embargo, al ver que acariciaba a Silencio tuve que cambiar de opinión.

—Cley, que alegría verlo. Siento no haber venido antes a enterarme de cómo le iba.

No respondí pero intenté dejar caer las hojas al suelo, por temor a que alguna norma lo obligara a quitármelas.

—Pensé que le apetecería tomar una copa conmigo en el porche trasero —anunció, y al oír la voz del cabo, Silencio saltó al suelo y se fue deprisa.

Salí de la cama, me puse la camisa y las botas y seguí al cabo escaleras abajo. De camino oí el piano.

Más tarde, sentados a la barra y bebiendo Oreja de Rosa Dulce, se acomodó el cabello blanco detrás de la oreja izquierda.

—Mi hermano es todo un tipo, ¿verdad?

—Con el respeto debido —sacudí la cabeza—, parece un hombre colérico.

El cabo soltó una risa cansada.

—Con el respeto debido —replicó—, es el hombre más colérico que conozco.

—Las minas son brutales —le dije, pues tenía la impresión de que podía ser franco con él.

—Mucho. Si de mí dependiera, no lo obligaría a bajar; dejaría que se paseara por la isla y viviera libremente lo que le queda de vida. —Calló un momento, como si

sopesara lo que estaba a punto de decir—. Me temo que morirá allá abajo... usted ya lo sabe.

Asentí con la cabeza, con la vista fija en Silencio que tocaba las teclas del piano en miniatura.

—El reino está corrupto —continuó el cabo—, corrupto hasta la médula. Prefiero estar aquí, en esta isla, que en esa enfermiza Ciudad. Por muchas muertes que haya visto aquí, hay menos sufrimiento en la mina que junto a Below.

—¿Conoce usted al Amo?

—¿Yo? Luché codo a codo con él en los campos de Harakun. Sin duda recuerda usted la historia de la Revuelta Campesina, ¿no? ¡Oh, sí! Los pobres al otro lado del muro trataron de apoderarse de la Ciudad. Mi hermano y yo luchamos allí. Vaya matanza. Los cuerpos amontonados nos llegaban a las rodillas.

—Recuerdo haber leído algo así. —En verdad, recordaba muy poco.

—Tres mil hombres en un día. Quinientos nuestros y el resto de ellos. —Bebió de la copa, se secó los labios y prosiguió—. Las tropas de mi hermano y las mías vencimos a un enorme destacamento de campesinos, justo al sur del pueblo latrobiano. Era lo único que quedaba de la revuelta. Matamos a la mayoría y tomamos más de cincuenta prisioneros. Fue esa maniobra la que puso fin a la guerra. Debíamos llevarlos a la Ciudad al día siguiente, para que los ejecutaran en el Parque Conmemorativo, pero esa noche, mientras mi hermano dormía, despedí a los centinelas y liberé hasta el último de los pobres cabrones.

—¿Y sigue vivo?

—Below nos culpó a los dos. Mi hermano estaba furioso. Quería matarme. Iban a juzgarnos y ejecutarnos, pero como habíamos luchado con tanta valentía y no había posibilidad de que la rebelión se reavivara, el Amo nos perdonó la vida y nos dio un puesto permanente aquí, en Doralice.

—¿Cuánto hace que están aquí?

—Cuarenta años por lo menos. Y no he visto a mi hermano desde nuestra llegada. Al poco de desembarcar llegamos a un arreglo: él gobernaría de día y yo de noche.

—¿Ni siquiera llegan a verse alguna vez?

—Lo único que me demuestra que está aquí, entre nosotros, es el sufrimiento de los presos. Si nos encontráramos probablemente lucharíamos hasta la muerte. Sé que ocurrirá, tarde o temprano. Es una idea que me acompaña en todo momento.

Permanecimos sentados largo rato sin hablar. Silencio acabó por dejar el piano y volvió a llenar nuestras copas. Soplabla una brisa, y deseé quedarme sentado allí toda la noche.

—¿No es cierto que Silencio es un mono asombroso? —inquirió el cabo, en tanto Silencio le acercaba la copa.

—Asombroso no es la palabra. Ya me ha salvado la vida más de una vez, después de algún día horripilante.

—Vino de la Ciudad. Es el resultado de uno de los experimentos del Amo: la transferencia de la capacidad intelectual. Al parecer, no querían deshacerse de él, pero era un animal demasiado amistoso y muy poco útil. Nos hemos hecho buenos amigos con el transcurso de los años. Mi hermano no consiguió que supervisase la mina.

—Nunca volveré a ver a los animales como los veía antes.

—Silencio es amigo de todos los presos. Se lo toma muy a pecho cuando alguno no regresa de la mina por la noche, y entonces él también se pone a beber: su veneno preferido es Tres Dedos con una pizca de Bahía Pelic. Se muestra inconsolable una semana entera.

—Un pensamiento reconfortante.

—Es bastante absurdo —concluyó entre risas—. Pero más le vale dormir. El señor «la mina es mi mente» acudirá en unas horas.

Dejé mi copa y me levanté. El cabo de la guardia nocturna me estrechó la mano; atravesé la posada y subí a mi habitación. No estaba bebido, pero me sentía tranquilo y soñoliento. Ya en la cama, cerré los ojos y dejé que las imágenes del Más Allá inundaran mi mente. De día ocultaba los *Fragmentos* de Arla bajo la almohada para que su aroma me acompañara de noche.

Tomé el manuscrito y empecé a leer donde lo había dejado el primer día. Descubrí que se había unido a ellos un foliado, un hombre de verde al que llamaban Moissac. El texto no especificaba cómo habían dado con él. Apareció, sin más, al final de una larga jornada. Se mostró amable con los mineros y se ofreció a llevarlos a una antigua ciudad abandonada a orillas de un mar interior. Según Harad Beaton, en esas ruinas podrían encontrar pistas sobre el camino al paraíso.

Moissac hablaba con ellos mediante el tacto: ponía las plantas trepadoras que eran como manos en un lado de la cara de los hombres y les hablaba con soltura. El rostro de Moissac era un seto de paja que parecía florecer, con ojos como fuegos distantes, pero en aquella maraña de ramas y raíces costaba distinguirlos. Cuando se movía entre árboles y matorrales era casi invisible.

En ese momento sólo quedaban cuatro mineros, aparte de Beaton. Incluso caminando al aire libre se sentían como atrapados por un hundimiento. En las semanas anteriores habían visto a sus compañeros devorados por demonios, suicidarse o caer en precipicios, pero no habían olvidado que tenían una misión divina. Se movían como hormigas por la inmensidad del Más Allá.

Antes de adentrarse en la Ciudad Vacía, el foliado les dijo que la llamaban «Palichice». Aparte de esto, nada podía contarles. Desde lejos parecía un gigantesco castillo de arena que se deshacía bajo las olas. En unos montes altos, detrás de un muro exterior, había unas aberturas que apenas podían clasificarse como ventanas o puertas. Parecía más el hogar de unos escarabajos prodigiosos que de una civilización humana.

Los mineros apuntaban con los rifles y se aferraban a los zapapicos mientras andaban entre la arena bajo los pilares de caracolas marinas, a la entrada de la ciudad. Encendieron las velas de los cascos y exploraron las extrañas estructuras. Pronto descubrieron que los edificios se conectaban entre sí mediante largos pasillos subterráneos.

—No hay nada aquí —declaró Beaton, tras todo un día en el laberinto de túneles—. Más vale que sigamos nuestro camino.

Todos asintieron, incluso y especialmente Moissac, quien explicó que el aire viciado era un mal presagio. Esa noche se acostaron en la calle, contentos de no quedarse en los montes; para Beaton esa oscuridad vacía era como una tumba.

Justo antes del amanecer, el foliado los despertó. Señaló el cielo; unas extrañas luces rojas se movían lentamente como peces en un estanque. Los mineros se arrodillaron y rezaron, pues ahora creían en lo que habían sospechado, o sea, que estaban muertos, y que se encontraban en un lugar entre el cielo y el infierno, trabajando para salvarse. Las luces bailaban delante de ellos y los aturdieron tanto que, cuando llegó la mañana, no quisieron marcharse de Palichice. Moissac suplicó, y tocándoles la cara les informó que ocurría algo malo.

Beaton le dijo que todo iba bien y que se quedarían un día más a ver las luces. Ese día anduvieron otra vez por los túneles en busca de algún indicio de humanidad. Casi al anochecer, Joseph, el tío del alcalde, encontró algo en uno de los pasajes subterráneos. Era una pequeña moneda de oro con una serpiente enroscada en una cara y una flor en la otra. Se la enseñó a los demás, se la guardó en el bolsillo, y se unió a ellos para cenar caribú salado y raíces de nabos.

La cabeza se me caía cada vez más por el cansancio, pero seguí leyendo; quizá me quedé dormido porque de repente el texto se apartó de las páginas y se convirtió en el tentáculo serpenteante de un monstruo marino que me obligó a zambullirme por debajo del papel y la tinta. Durante todo un minuto intenté respirar, y al cabo me encontré en la calle de Palichice, junto a los mineros que dormían apretados unos contra otros. Aun Moissac, que se suponía que montaba guardia, había echado raíces en algún sueño. Me incliné y estudié el rostro de Beaton.

—Cley —dijo una voz a unos metros calle abajo.

En la esquina de un edificio, en la curva donde terminaba la calle pavimentada, había una figura de mujer; un velo le cubría la cara.

—¿Arla? —susurré.

Ella movió una mano indicándome que me acercase. Me aparté con cautela de los mineros. Al aproximarme, ella me tendió los brazos y en un impulso instintivo la abracé. La besé a través del velo y caímos sobre la pendiente del monte. Ella respiraba pesadamente cuando le deslicé la mano bajo la falda y se la subí por los muslos, rumbo al paraíso.

A continuación, nos encontrábamos delante de los mineros dormidos y Arla me señalaba a Joseph.

—Tiene mi moneda —aseguró.

—¿Qué moneda?

—Hace que mi hijo funcione. El Amo me ha quitado a mi hijo, lo ha automatizado, lo ha transformado en una máquina que funciona con monedas. Me dio cuatro monedas para meterlas en una ranura de la espalda. Cuando la moneda cae, mi hijo vive una hora; se mueve con rigidez y a veces me parece oír el zumbido de la maquinaria, pero lo quiero. He sido una tonta y ya he usado tres monedas y la que tiene el hombre es la última. No hay más como ésa; el Amo mismo coló el metal.

Con la punta de la bota traté de mover a Joseph, pero el puntapié lo atravesó de parte a parte.

—No creo que podamos hacer nada —comenté.

—Mañana podremos. Traeré las luces rojas para otro amanecer y mañana por la noche lo tendremos aquí.

—¿Qué quieres decir con «lo tendremos»?

Arla me tomó la mano y se la puso sobre el pecho. Un instante después, era la noche siguiente y ella me contaba su plan. Me dio una pequeña flauta que yo debía tocar para despertar a Joseph y traerlo a la vuelta de la esquina, donde había un callejón. Ella aguardaría allí.

—No sé tocar.

—Sopla fuerte.

Lo hice, pero no oí nada. No obstante, Joseph despertó, se puso de pie, se rascó la panza y vino hacia mí. Aunque asombrado, retrocedí por la calle hasta donde doblaba y se convertía en callejón. A mitad de camino vi que Moissac se sentaba, cruzaba las piernas y nos observaba atentamente, aunque no se interpuso entre nosotros.

No muy lejos, entre las estructuras, Arla esperaba. Avanzó cuando doblé la esquina, seguido de Joseph.

—Mi moneda —le pidió y tendió una mano.

Para mi sorpresa, el minero se volvió y la miró. Se parecía mucho al sobrino de él, aunque estaba más delgado después del viaje.

—No la tengo —dijo y juntó las manos, como si fuera a rezar.

—¿Dónde está? —El aire que Arla expelía con cada palabra le movía ligeramente el velo.

—La he perdido. Hoy, en los túneles, la saqué tantas veces de mi bolsillo para mirarla que seguramente la perdí.

Arla permaneció quieta como una estatua. Yo oía las lejanas olas del océano. Entonces, ella alzó los brazos y tomó con los dedos el velo por el dobladillo. Cuando lo levantó, cerré los ojos y volví la cara.

Oí que Joseph hacía un ruido, una furiosa exhalación, como si estuviese quedándose sin aliento. Cuando abrí los ojos, el velo caía y el minero estaba muerto a mis pies. Tenía la piel tan agujereada como los montes de Palichice. Arla se fundió con los sonidos de la marea y desapareció.

No sé cómo, pero por la mañana, cuando Beaton y los demás descubrieron la ausencia de Joseph, yo estaba todavía con ellos, como un espectro. Fueron a buscar a Joseph. Moissac lo encontró casi enseguida y les gritó. El extraño hechizo de las luces rojas sobre los expedicionarios se desvaneció cuando vieron las heridas de Joseph.

—Corran —exigió el foliado, acariciando la mejilla izquierda de Beaton.

—Corred —gritó éste y así lo hicieron.

Al traspasar a la carrera las puertas de Palichice, sintieron que la cosa los seguía. Desanduvieron el camino por el bosque, moviéndose como venados sobre los árboles caídos y bregando con los matorrales. Aquel terror invisible no dejó de perseguirlos hasta que cruzaron un río de aguas heladas. Ya en la otra orilla se tumbaron y trataron de recuperar el aliento. Mientras, el agua helada se rompía y crujía bajo mi espalda y el hielo gemía al moverse.

—Cley, mierda de mosca inútil, es hora de extraer el azufre.

De pronto creció la llama de la lámpara de gas, apartando la oscuridad, y me levanté con torpeza bajo una lluvia de imprecaciones. El cabo Matters blandía la porra con furia ciega. Me sangraban los brazos y la espalda por los golpes mientras yo me quitaba todo menos la ropa interior.

—¿Qué son estas tonterías? —le oí preguntar.

Me volví. Matters estaba levantando de la cama, donde habían caído durante la noche, las páginas manuscritas de los *Fragmentos*.

—Esto no puede ser. —Amontonó las hojas y se metió el montón bajo el brazo—. Cavarás el doble de lo que indiquen los dados durante toda la semana, lamentable culo de perro que eres.

—Drachton Below dijo que se me permitía traer estas páginas a Doralice.

El cabo me dio un fuerte porrazo en un lado del cuello. Me tambaleé y caí sobre una rodilla. El golpe me había alcanzado el lóbulo de la oreja, y el dolor era continuo y punzante.

—¿Crees que eso evitará que las queme en la chimenea esta misma noche? Ni siquiera quiero tocarlas. No hay sitio en tu cabeza para estas cosas. La mina es la mente y no quiero que la ensucies con frivolidades —concluyó, descargándome otro golpe en la espalda.

Me levanté con tanta presteza que no tuvo tiempo de reaccionar. Impulsado por la idea de que reduciría los *Fragmentos* a cenizas, le hundí el puño en el vientre flácido y oí el Oreja de Rosa Dulce cuando el aliento se le escapó como un estallido. Antes de que pudiera enderezarse, levanté la mano derecha y le di directamente en un lado de la cabeza. Le sangraba la boca. Se tambaleó un par de segundos y empezó a derrumbarse. Lo aferré por los cabellos, y la peluca le resbaló sobre el cráneo, y el sombrero cayó al suelo. Con dos puntapiés más en la cabeza, lo dejé fuera de combate y le eché sobre la cara la peluca negra.

Me vestí a toda prisa e hice rodar al cabo sobre sí mismo a fin de recuperar el manuscrito. Enrollé las páginas y las até con el lazo con que al principio habían estado sujetas. En lugar de llevarme la espada del cabo, preferí el bastón con cara de mono. Sentir el mango en mi puño me proporcionó una repentina sensación de poder. Tenía tantas ganas de apalear el cuerpo tumbado de Matters que tuve que apretar los dientes para renunciar a mi venganza. Salí corriendo de la habitación, bajé a trompicones y huí.

Traté de seguir el sonido del océano en la playa, pero atrapado en el laberinto de dunas, me parecía que nunca llegaría. Correr por la arena empezaba a cansarme y temí que el cabo se despertara y siguiera mis huellas. Me detuve a pensar y escuchar

las olas con mayor atención. Fue entonces cuando Silencio llegó saltando sobre una duna.

—Me estoy fugando —le dije.

Se paró delante de mí, batió palmas y dio una voltereta al revés.

—Llévame a la playa —le pedí—. Mi única salvación está en subir por la isla.

Me tomó de la mano y echamos a andar. Tras dos rápidas vueltas nos encontramos mirando la larga extensión de playa que llevaba a la orilla del océano. El cielo empezaba a clarear y vi bandadas de unas zancudas blancas que correteaban por la orilla de un lado a otro.

Había recorrido un buen tramo de playa cuando oí un ligero chillido. Miré por encima del hombro y vi que Silencio me saludaba con una mano. Un brillante sol rojo salía del horizonte, como de un cascarón y en mi mente daba vueltas la idea de la libertad. Esperaba que con la luz del día sería más capaz de pensar claramente acerca de mi apurada situación. Un momento, una acción temeraria, y ya no habría vuelta atrás. Habiendo olido el Oreja de Rosa Dulce en el aliento de Matters, y habiendo sostenido en la mano la pelambre negra, estaba convencido de que los dos cabos eran un mismo individuo de mente retorcida. No sólo lo había apaleado, sino que había descubierto la charada, y el castigo por esto sería la muerte, de eso estaba seguro.

Mientras andaba bajo un cielo que clareaba más por momentos y observaba las colas de los tiburones que daban vueltas a medio kilómetro de la costa, me devané los sesos buscando un plan que me permitiera sobrevivir, primero, y fugarme, después. Ojalá hubiese árboles al otro lado de la isla, pensé. Entonces podría fabricarme una suerte de balsa y navegar hasta el continente.

El sol subió, cada vez menos rojo y más brillante. El calor me entró en los huesos y me quitó las sombras persistentes que me oscurecían los ojos. Arriba, el cielo era claro e infinitamente azul. Me veía obligado a girar en redondo de vez en cuando, para observar todo el panorama del océano y las dunas. No obstante, aunque la belleza de Doralice me embriagaba, no olvidé que debía caminar por la orilla donde morían las olas para que el agua se llevara mis huellas.

Hacia el mediodía me aparté de la playa y fui hacia las dunas y busqué un lugar donde acostarme. El aire salitroso era como una droga y yo apenas podía mantener los ojos abiertos. Encontré una pequeña meseta cubierta de hierba marina, en cuyo centro había una depresión arenosa, como la palma de una mano ahuecada. Allí me tumbé y cerré los ojos, resignado a mi suerte.

Transcurrieron varias horas antes de que despertara. El sol estaba todavía alto y el día era hermoso. El viento soplabá un poco más y cuando fui al borde de la duna, vi pequeñas olas blancas y espumosas en el océano. Observé la playa por si alguien venía. Estaba desierta.

Tuve que aferrarme a las hojas de los *Fragmentos* tras desatar el lazo por miedo a que el viento se las llevara. Me apoyé en mi cálido trono de arena y pasé los dedos por las páginas, buscando el lugar donde yo había dejado de leer. Matters había

desordenado el manuscrito, pero no tardé en encontrar la imagen de los dos mineros y el foliado que iban a la deriva sobre un témpano de hielo en un río casi enteramente helado.



*El frío había debilitado a Moissac. Acostado sobre el hielo, envuelto en un abrigo negro, gruñía y rodaba lentamente a un lado y otro. Todas las hojas, ahora marrones, se le habían arrugado, o estaban desperdigadas por la isla de hielo flotante. Tenía la cara como de corteza desnuda y el fuego de los ojos parecía lejano.*

*Beaton se arrodilló junto a él. Detrás, Ives, el más joven de la expedición, apuntaba con el rifle, dispuesto a disparar a los demonios ausentes. El viento soplaba con mucha fuerza; el agua era del color del hierro, y el cielo estaba apagado.*

*—Cuando muera, tenéis que abrir un hueco en mi pecho. Adentro encontraréis una gran semilla marrón cubierta toda de espinas. Lleváosla y plantadla en primavera —dijo Moissac.*

*Beaton quería librarse de la mano espinosa del foliado.*

*—Lo haré —dijo.*

*—He ido al paraíso.*

*—Dime lo que encontraremos allí.*

*—Nunca llegaréis; es el paraíso de las plantas. Los humanos tienen su propio paraíso.*

*—¿Cómo es?*

*Moissac se retorció, frenético, y un estremecimiento le subió desde las raíces. Como un viento, se le movió por las piernas, el pecho y acabó por quitarle la inteligencia. Pequeñas volutas de humo le salieron en espiral de las cuencas pajizas de los ojos; sin embargo, todavía consiguió hablar.*

*—Como esto —explicó, y las palabras retumbaron en las muñecas de Beaton.*

*Beaton sacó un cuchillo y cortó la mano ramosa de Moissac; los dedos seguían aferrándolo como una elaborada pulsera de madera. Tardó bastante tiempo en arrancar y quebrar el resto sin lastimarse. Una vez libre, hundió el filo del cuchillo en el pecho del foliado; unas ramitas salieron volando mientras hacía el agujero. Levantó el trozo que había recortado y debajo encontró la semilla prometida.*

*Esa noche la temperatura bajó tanto que Ives ya no pudo sostener el rifle. El témpano se detuvo y Beaton advirtió que el río terminaba de helarse. Sabía que sólo tenían una posibilidad: cruzar el río helado antes de que saliera el sol.*

*—Pronto tendremos que correr —le dijo a Ives.*

—¿Qué hay de los demonios?  
—No hay demonios —contestó Beaton.

Enrollé las páginas y volví a atarlas con el lazo. Ya avanzada la tarde me puse en camino, abriéndome paso entre las dunas. Movía el bastón con la mano izquierda, lo que me ayudaba a andar a paso vivo por la arena suelta. Por primera vez me sentí aliviado, pues aunque Matters viniera detrás de mí, si yo tenía cuidado podría evitar que se acercara. La paliza que yo le había dado me hizo recordar algunos enfrentamientos brutales del tiempo en que todavía era fisiognomista de primera clase, y también los trucos sucios que se empleaban en las riñas. Seguro que sería capaz de superarlo en una lucha cuerpo a cuerpo.

Las dunas de Doralice se me antojaban interminables. Al caer la noche me arrastré hacia la cima de una de las más altas y me tumbé entre la hierba marina. Las estrellas eran magníficas, de un fulgor tan nítido que se veía el espacio entre cada una. Apreté el bastón contra el pecho y me pregunté qué habría ocurrido en la mina ese día, quién se habría convertido por fin en sal y cómo esto podría haber afectado la mente de Matters.

Todo me divertía hasta que oí el primer aullido. Después del quinto, advertí que los perros se acercaban peligrosamente y parecían converger hacia mí. Me puse las páginas bajo un brazo y alcé el bastón en una postura defensiva. Sin embargo, no tardé en comprender lo absurdo de mi posición. Tenía que bajar de la duna, de lo contrario quedaría atrapado.

Me deslicé por un lado y aterricé suavemente en la arena. En cuanto me enderecé, eché a correr. Los ladridos de los perros salvajes retumbaban entre las dunas y yo no tenía idea de hacia dónde iba. Sólo podía pensar en aquel asalto demoníaco de Bataldo y Calloo y en los sonidos de las bestias que se aproximaban.

Cada vez que doblaba un recodo del arenoso laberinto esperaba que una de ellas surgiera de entre la hierba y se abalanzara sobre mí. Los músculos de las piernas me quemaban y apenas si acertaba a respirar, pero seguí huyendo, hasta que tropecé y caí de bruces en la arena. Aunque no veía nada, oía cómo iba aumentando en volumen el coro envolvente de los perros.

Me levanté y blandí el bastón para mantenerlos alejados. Mordían el aire y gruñían. Me quité la arena de la cara y distinguí entre las sombras cien pares de ojos amarillos que bajaban y subían, y unos incisivos que parecían colmillos de jabalí, y unas orejas que se alzaban, puntiagudas. Saltaron hacia adelante, rodeándome. Grité y blandí el bastón. Saltaron hacia atrás. Tenía que volverme una y otra vez en el interior del círculo y tratar de aplacarlos a todos con la mirada.

Pronto advertí que estaban más que dispuestos a esperar hasta que el miedo me debilitase. No me quedó más remedio que aceptarlo. Para empeorar la situación, algunos corrían fuera del círculo, siempre lejos de mis vueltas y revueltas continuas.

Tratar de verlos todos a la vez hizo que me doliese la cabeza. Oía la pesada respiración de los animales, una especie de risa hambrienta y extraña.

Di vueltas durante horas, hacia la derecha, hacia la izquierda, y luego me aturdí y vislumbré la figura de Arla, que se movía entre los perros. Parpadeé y ella desapareció, pero al poco rato vi al joven Ives que se precipitaba en el agua helada. Sentí que la manada advertía mi confusión, pues de pronto los perros callaron. En un intento por conservar la cordura, hice trizas con el bastón al fantasma del alcalde, que salía torpemente de la oscuridad con un brazo tendido y un agujero negro perfectamente redondo en medio de la frente.

El perro saltó sobre mi espalda y me derribó. Sentí que me mordía la oreja, y trataba de alcanzarme la garganta. Me cubrí la cara con un brazo, rodé sobre mí mismo y le clavé la punta del bastón con tanta fuerza que oí cómo se le rompían las costillas. Chilló y se apartó de un salto. El siguiente ya venía hacia mí. Lo oí correr antes de poder volverme. Apenas tuve tiempo de blandir el bastón. El mono de marfil fue a dar en el ojo del perro mientras mi bota le buscaba la mandíbula.

Había recibido un buen número de mordiscos y arañazos, pero también había herido a un buen número de perros, cuando cerca del amanecer se oyó un disparo desde la cima de una de las dunas cercanas; la explosión los espantó. Al principio no supe si se trataba de otra aparición o si era cierto que el cabo Matters y Silencio estaban acercándose. El cabo no llevaba peluca y entre el cabello cortado al ras distinguí una sutura longitudinal que le dividía el cráneo en dos hemisferios. Llevaba en las manos dos pistolas y con ambas apuntaba a mi corazón. Silencio lo seguía de cerca con una cuerda.

—Tienes que extraer un montón de azufre, Cley —dijo Matters. Miró a Silencio—. Átalo —le ordenó.

El traicionero mono me ató las manos en la espalda y enroscó la cuerda tres veces alrededor de mi cuello, dejando un largo cabo suelto, como una traílla. Al acabar, aplaudió y dio una voltereta. Matters le ordenó que le llevara el bastón cubierto de sangre canina. Silencio tiró de mí y obedeció. Creí que el cabo se echaría a llorar al ver el estado del bastón.

—En este momento no hay nada que me gustaría más que apalearte, Cley, pero te tengo reservado un castigo mejor —dijo, dominándose visiblemente.

Anduvo detrás de mí, apretando el cañón de una de las pistolas en mi nuca. Silencio iba adelante con la punta de mi correa sobre el hombro.

—El mono te siguió la pista a cambio de una caja de Tres Dedos —me informó Matters—. La necesitará para consolarse cuando te hayas ido.

—¿A qué se debía todo eso de las pelucas y la guardia de día y la guardia de noche?  
—le pregunté, pues no tenía nada que perder.

Con paso pesado, regresamos por la costa al laberinto de dunas donde estaba la mina. Silencio señaló el mar y vislumbré el tentáculo de un kraken que se enroscaba debajo de las olas.

—Ya te daré yo pelucas. —Matters movió el cañón de la pistola debajo de mi oreja.

—El Amo jugueteó con tu cerebro, ¿verdad?

—Si consideras que medio kilo de maquinaria de latón es un juego... Pero atrévete a decirme que no ha jugueteado con el tuyo.

—No puedo —grité por encima del hombro.

—Mi hermano tiene lo mismo, muelles y demás, pero funciona de un modo diferente, casi al revés.

—¿Qué hermano?

Me golpeó la espalda con el palo.

—Te crees muy listo, Cley. Mi mente va a comerte vivo —amenazó, y me dio otro par de golpes.

Silencio nos guió entre las dunas por una ruta extraña que sólo él conocía, y que nos llevó a la boca de la mina en menos de una hora.

—Ahora bien, Cley... —Matters se acercó a mí por detrás—. He tenido pesadillas acerca de demonios y hielo y espero no tenerlas esta noche. Al caer el sol te habrás muerto literalmente achicharrado.

Iba a suplicar que me salvara la vida, pero antes de que las palabras salieran de mi boca, el cañón de la pistola me golpeó la parte posterior de la cabeza y me dejó casi inconsciente. En la oscura lejanía donde estaba acurrucado, sentí que arrastraban mi cuerpo y luego me envolvió el calor insoportable de la mina.

Desperté gritando. Me habían atado de pies y manos; las cuerdas estaban sujetas a tacos de metal clavados profundamente en el azufre del sendero, fuera de mi miserable túnel, y mi cabeza apuntaba a la pendiente. Alcé los ojos, y distinguí entre los vapores el borde superior del pozo; a través del abismo, vi también, a medio camino del sendero en espiral, el cuerpo del cabo; parecía un muñeco. Se detuvo al subir, se volvió hacia mí, se llevó a la boca las manos ahuecadas y gritó algo. Creí que me gritaría «la mina es la mente», pero no; la frase tenía más sílabas y me llegó como gruñidos y jadeos constantes que continuaron hasta que el cabo alcanzó lo alto de la mina y desapareció.

Sin el beneficio de la capacidad de moverme, la mina era un horno. El calor se acumuló rápidamente en mis entrañas y no tardé en sentir que mi piel chisporroteaba

sobre la piedra caliente del sendero. Mi sudor burbujeaba en charcos de vapor; tenía la lengua y la garganta calientes y reseca.

Traté de pensar en cómo salir de allí, pero estaba completamente agotado. Pronto llegué a un punto más allá del dolor, en el que no sentía nada. El calor de la mina me adormecía, pero bregué por mantenerme despierto, tratando de leer las inscripciones por encima de los túneles al otro lado del abismo. Localicé el de Barlow y me puse a leer.

Luego oí algo, una voz en la lejanía. Busqué alrededor antes de levantar la cabeza. Allí estaba Silencio, bailoteando en el borde del pozo. Gritaba y gesticulaba, como si quisiera decirme algo. El maldito mono está más loco que Matters, pensé, y tuve que echarme a reír, con lo que inhalé grandes nubes de la malsana neblina.

Observé entonces cómo el diminuto Silencio se acercaba al borde mismo del pozo. Hizo un ademán repentino, diríase que para echar algo a la mina. Miré el objeto que caía, parecía un leño blanco; entonces el aire ascendente lo golpeó y lo hizo estallar en cien aves blancas que aleteaban y revoloteaban.

Durante un larguísimo tiempo, hechizado, observé cómo la bandada volaba a través del viento del azufre, bajando y subiendo. Un pájaro voló muy bajo, pasó junto a mi cara antes de que la infernal ráfaga lo alejara y lo obligara a subir. Entonces me di cuenta de que lo que Silencio había echado era los *Fragmentos*. Tuve una última visión del mono, inclinado sobre el pozo y contemplándose. Se frotó las manos, como dando por terminada la escena, se volvió y se marchó.

Cuando perdí de vista las páginas, el dolor volvió, y ahora era insoportable. Me costaba respirar y tenía que esforzarme para mantener los ojos abiertos. En mis brazos y en mi espalda el vello empezó a chamuscarse. Para evitar el sufrimiento me ensimismé en una desesperada búsqueda del paraíso; pronto avisté a Beaton en mi mente.

Andaba solo ahora, por el lecho seco de un río que serpenteaba a través de un bosque de sauces. Tras la muerte de Ives y Moissac en las tierras nevadas, había perdido toda esperanza de alcanzar el paraíso o al menos algún refugio. Llevaba el rifle que el joven había apuntado en todo momento sin haber tenido el valor de disparar, el rifle que lo ayudaría a sobrevivir unas semanas.

A Harad Beaton, las aventuras y las extrañezas le habían entumecido los sentidos. Ya no era capaz de maravillarse. Las cosas que había visto en el Más Allá lo habían convertido en un celoso creyente. Y aquello en lo que creía era la invisible energía que unía a los árboles, las plantas y las criaturas de la tierra de nadie. Ahora que se encontraba solo, percibía el susurro, el zumbido de esta energía que se deslizaba debajo de las ramas. Estaba definitivamente allí, en todo su poder sobrecogedor, pero Beaton no veía en qué le ayudaba saberlo. Era ajeno a esta energía, como un germen que es necesario erradicar.

Esa tarde, se sentó en un tocón junto al lecho seco del río y comió carne de un venado que había matado dos días antes. Bebió de la bota y decidió que necesitaba

cazar. En cuanto acabó de comer, dejó junto al tocón mantas y provisiones, casco y zapapico, y sólo se llevó el rifle.

Entró en el bosque de sauces quebrando las largas ramas. Bajo los azotes del follaje había una sombra fresca; oía a los animalitos y a los pájaros que se movían de un lado a otro. Quería un conejo, aunque en el Más Allá estos animales tenían la cara rosada y carnosa de los cerdos, y un sabor extraño... terroso, como de ave. No estaba seguro todavía de que le agradara, pero se alegraba siempre que despellejaba uno y lo asaba en el espetón.

Al poco rato descubrió un faisán que picoteaba a los pies de un sauce a unos veinte metros de distancia. Levantó el rifle y apuntó. Las capas de ramas que lo separaban del faisán dificultarían el disparo, por lo que no se apresuró, mientras sentía la brisa y calculaba la posición del corazón del ave. Fue entonces cuando sintió que una mano le tocaba levemente el hombro.

—¿Buscas Wenau? —dijo una voz a sus espaldas.

Beaton giró en redondo. Allí estaba el Viajero, tan lleno de vida como cuando yo lo había visto en Anamasobia. Beaton retrocedió tres pasos y apuntó a la criatura con el rifle.

—No pretendo lastimarte. —El Viajero levantó una mano palmeada.

—¿Hablas ahora?

—Te oí andar por el Más Allá. En los reflejos del agua vi morir a tus amigos. De noche, mientras duermes, lloras como un niño y ninguno de los animales del Más Allá se atreve a acercarse.

—Pero ¿cómo es que conoces el idioma del reino? —preguntó el minero. No sabía si tenía que bajar el rifle.

—El idioma estaba en mí. Lo descubrí después de oír tus conversaciones en una caracola.

Beaton se encogió de hombros y bajó el rifle.

—No tengo por qué dudar de tu palabra.

El Viajero dio unos pasos hacia adelante y le entregó un trozo de madera con un dibujo tallado en negro. Era el retrato de una joven de cabello largo. Beaton no lo sabía entonces, pero al mirar por encima de su hombro advertí que era un retrato de Arla.

Algo en el extraño hombre agradó de inmediato a Beaton. Quizá era la calma que irradiaba, algo en la sonrisa y en los ojos. El minero metió la mano en el bolsillo para devolverle el obsequio al Viajero. Primero tocó la semilla, pero cuando las espinas le pincharon los dedos, recordó la promesa que había hecho a Moissac, de plantarla alguna vez. Debajo de la semilla encontró la moneda que Joseph había dejado caer en los túneles de Palichice. Al ponerla sobre la gran mano morena se preguntó por qué no se la había devuelto a Bataldo.

—La flor y la serpiente —dijo el Viajero.

—¿Has estado en Palichice?

—La gente salió del mar y la construyó. Adoraban esta flor, una flor amarilla de cierto árbol que llora cuando lo talan. Esta flor representaba las infinitas posibilidades. La serpiente enroscada era la eternidad. Abandonaron Palichice antes de que los bosques del Más Allá empezaran a crecer.

—¿Qué es Wenau? —preguntó el minero—. ¿Es el Paraíso Terrenal?

El Viajero asintió.

—¿Hay muerte allí?

—No hay muerte. Te llevaré.

El Viajero guardó la moneda en un pequeño morral sujeto a una correa de cuero que le ceñía la cintura. Luego tocó un enorme hueso de fruta que llevaba colgado como un dije en un collar. El hueso se abrió milagrosamente sobre unas diminutas bisagras que habían tallado a un costado. Del interior del hueso extrajo dos hojas rojas que habían sido dobladas muchas veces para que cupieran allí. Abiertas del todo eran del tamaño de la mano de un hombre y finas como papel de seda.

Comió una y dio la otra a Beaton.

—Cómela.

—¿Qué hará?

—Te dará valor —contestó el Viajero. Desenfundó el cuchillo de doble filo que llevaba en el cinturón y se adelantó.

Beaton sintió que se quedaba dormido de pie mientras masticaba la dulce hoja roja. Cosas que nunca antes había advertido se volvieron visibles. Pequeñas luces brillantes y multicolores brotaban del camino que habían tomado el Viajero y Beaton y las atravesaban de lado a lado. Chispas de energía saltaban de las puntas del cabello y de los dedos del Viajero. Seres fantasmagóricos se asomaban entre los matorrales y los observaban pasar. Me oculté detrás de un árbol por miedo a que Beaton y su acompañante me descubrieran.

—Encontramos a uno de vosotros en el monte Gronus —trató de explicar Beaton, pero el Viajero le indicó que guardara silencio.

Transcurrido un instante, Beaton se dio cuenta de que el Viajero libraba un combate mortal con el fantasma blanco de una serpiente. Una y otra vez le clavó el cuchillo de doble filo en la espalda escamosa, de cuyas heridas manaba una sangre blanca. No obstante, la criatura lo apretaba cada vez más. Lo repentino del acontecimiento dejó a Beaton petrificado; hubiera podido decir que el Viajero no había hecho otra cosa que luchar contra la serpiente.

Beaton recuperó el sentido y levantó el rifle. Disparó una vez, acertando directamente en la mandíbula y el cerebro del monstruo, que se desvaneció como un recuerdo olvidado; Beaton y el Viajero caminaron otra vez tranquilamente. El Viajero sonreía. Había enfundado el cuchillo y fumaba una larga ramita hueca. Cómo la encendió era algo que Beaton no alcanzó a ver. Se la pasó al minero, que le dio una calada.

Ese día atravesaron riachuelos y ríos, cruzaron vastos terrenos baldíos cubiertos de nieve y hielo, escalaron montañas y anduvieron por la orilla de otro mar interior. Cuando el sol empezó a ponerse, llegaron a una aldea en un claro del bosque, entre dos ríos, como una isla.

—Wenau —anunció el Viajero.

De las sencillas viviendas salieron gentes a raudales y cruzaron el puente de tierra para darles la bienvenida. Había niños, mujeres y ancianos, todos iguales al Viajero. Llevaron a Beaton al centro de la aldea y le dieron de cenar frutas y cereales hervidos. Contaron historias, algunas en una lengua distinta, hasta que otras gentes de Wenau descubrieron el idioma del visitante.

Le dieron la bienvenida a la aldea y lo ayudaron a construirse un refugio. No tardó en conocer a todos: hombres, mujeres y niños. En los días que siguieron viajó por la isla, entre los ríos, y tomó muestras de la miríada de extrañas plantas y flores que allí crecían. Wenau olía siempre a primavera, un olor delicioso. Los días eran todos cálidos y pacíficos. Una noche, cuando se paseaba a solas justo fuera del perímetro de la aldea, plantó la semilla de Moissac entre un grupo de árboles de flores de color lila.

Contaba el tiempo de su estancia en Wenau por el progreso del árbol que creció de la espinosa semilla marrón. Creció muy rápidamente, y al cabo de unas semanas era tan alto como el propio Viajero. Un día, el minero llevó a su amigo a ver cómo florecía el vástago de Moissac. Para entonces le había crecido, en una única rama, una fruta blanca como la del altar en Anamasobia.

—La fruta del paraíso —explicó.

—¿Dónde ha conseguido la semilla?

Beaton le habló del foliado mientras el Viajero sacudía una y otra vez la cabeza.

—Pero la fruta tiene el secreto de la inmortalidad —le dijo Beaton.

—Ven conmigo.

Beaton lo siguió de vuelta a la aldea y luego a una choza. Allí, una anciana demacrada jadeaba, acostada en el suelo. A cada lado unas mujeres jóvenes le sostenían las manos flacas, de membranas interdigitales ya agrietadas y quebradizas.

—Se está muriendo —exclamó Beaton.

—No, está cambiando —dijo el Viajero—. La fruta blanca que ha crecido de la semilla de tu amigo impide el cambio.

—Entonces podríamos decir que se está muriendo físicamente.

—Te entiendo muy bien. Al principio no estaba seguro, porque en la palabra muerte hay una idea difícil de captar. Si quieres llegar a la tierra que no conoce la muerte, has de marchar hacia el norte, en un viaje de doce estaciones. Te enseñaré el camino, pero no iré contigo.

—Entonces, ¿no he llegado al paraíso?

—¿Qué es el paraíso? —preguntó el Viajero—. Esa fruta blanca es un sueño sin cambios. Es eso que llamas muerte. Ahora he de llevarla al mundo de los que son

como tú. No podemos tenerla aquí.

—¿Quieres decir que regresarás conmigo a Anamasobia?

—No, tus gentes me descubrirán un día en una cámara sellada debajo de una montaña, con la fruta blanca en la mano.

—Pero ya te hemos descubierto.

—Hay caminos que atraviesan el Más Allá, si los conoces, que te hacen retroceder en el tiempo hacia el pasado o avanzar hacia el futuro. Te enseñaré uno. Si lo sigues, llegarás a tu pueblo en dos días. Ahora he de apresurarme para alcanzar la montaña antes de que la lenta acumulación de mineral azul selle la cámara, hace tres mil años. Allí esperaré a que nos encontremos de nuevo.

De vuelta en el Más Allá, les perdí la pista, aunque traté de mantenerme cerca. Agotado, me tumbé en el suelo debajo de un arbusto cuyos zarcillos se enroscaban y desenroscaban en la brisa, como los brazos de un kraken. Al cerrar los ojos, dejé de ver la tierra de nadie. Al abrirlos vi la cara de Silencio. Era de noche y me encontraba otra vez en mi habitación de la posada, tendido en mi cama. El cuerpo me dolía, me torturaba, y el mono acababa de acercar a mis labios una copa de Oreja de Rosa Dulce.

Me incorporé en la cama y me apoyé en las almohadas adicionales que me habían proporcionado. El sol entraba a raudales por la ventana y la brisa del océano circulaba por el cuarto. Bebí a sorbos una infusión. Silencio me había aplicado sus hojas esa noche, de modo que lo peor que le ocurrió a mi piel fue que se me levantaron ampollas. Lo más peligroso era la deshidratación, de la que el mono me había curado también al darme agua, zumo de col y Oreja de Rosa Dulce.

De pie frente a mí, el cabo Matters de la guardia nocturna, el de largo cabello blanco y personalidad simpática, me sonreía, nervioso.

—¿Me está diciendo que su hermano se ha fugado? —le pregunté.

—Sí. Fue a mi casa ayer por la tarde. Yo estaba trabajando en mi jardín en la galería que da al mar, cuando apareció inesperadamente detrás de un macetero.

—¿Hubo violencia?

—Ninguna. Me suplicó que fuera a la mina a liberarlo a usted. Dijo que no dejaba de pensar en el paraíso y que debía ir a la tierra de nadie. Creo que ya se le han aflojado todos los tornillos.

—Me dijo que el Amo había jugueteado con él.

—Eso dicen todos. —El cabo se sentó al pie de mi cama.

—Según él, usted también fue sometido a una intervención de Below.

—Tonterías, Cley. Embustes, nada más. ¿Por qué está dispuesto a creer a un demente que ha tratado de asesinarlo?

—Vi una cicatriz.

—Esta cicatriz se la hizo la hoja de un sable en los campos de Harakun.

—Yo sospechaba que usted y su hermano eran el mismo cabo Matters.

El cabo se echó a reír.

—Olvídese de ese patán. Ha ido a la parte baja de la isla y dudo que regrese. Ahora yo estoy al mando, para siempre jamás, y mi primer edicto es que se acabó lo de la mina. Mi segundo es: Silencio, tráenos una botella de Dulce y tres copas.

Bebimos, aunque yo no me excedí. ¿Cómo no iba a recelar del cabo? Parecía el tipo realmente afable de la guardia de noche en pleno día, pero sabía que no podía dejarlo solo. No acertaba a identificar a Silencio: ¿era un enemigo, un amigo o acaso el instigador de mi salvación? Parecía tener una agenda personal que yo ignoraba. No obstante, yo estaba vivo y estos dos eran los que me habían desatado y me habían arrastrado fuera de la mina. Cedí al aire del momento y conversé con el cabo acerca de la bonanza del día.

Tardé varios días en poder levantarme, pero gracias a las atenciones constantes de Matters y Silencio, me curé del todo. En cuanto pude andar, empecé a pasar las mañanas en la playa y las tardes visitando los lugares que el cabo me sugería. Un día,

él y Silencio me acompañaron a una laguna que se adentraba en la costa meridional de la isla. Estaba rodeada de palmeras y de adelfas en flor. El mono caminó hasta el agua y se puso a bailar, moviendo los brazos sobre la cabeza y chillando.

—Tenga mucho cuidado —me pidió el cabo, sentado a mi lado sobre una manta a cierta distancia de Silencio y del agua. Mientras hablaba, advertí que los pájaros, que hasta ese momento graznaban y gorjeaban, se callaban de pronto. Silencio dejó de moverse y también guardó silencio. Aunque nos daba la espalda, me di cuenta de que clavaba los ojos en el agua transparente. A su derecha, lo que tomé por una anguila se deslizó hacia la playa; cuando siguió avanzando y salió a la superficie, distinguí las ventosas circulares que lo cubrían y me percaté de que era un kraken.

—¡Cuidado, Silencio! —grité y me puse de pie, pero el mono ya empezaba a alejarse mientras el brazo enorme y resbaladizo se arrastraba sobre la arena y trataba de atraparlo. Varias volteretas al revés apartaron a Silencio del peligro. Más tarde, ese mismo día, mientras comíamos emparedados de rábano y bebíamos Tres Dedos, vimos al kraken que salía de nuevo a la superficie. En la cabeza bulbosa y del ancho de tres barriles tenía un único ojo; éste nos observaba con atención, mientras los numerosos tentáculos ondeaban en el agua.

Pasábamos las noches sentados a la barra en el porche cerrado. Era entonces cuando casi olvidaba que hacía unas semanas yo había estado a punto de cocerme vivo. Parecía haber una provisión inagotable de alcohol, y Silencio no aceptaba un «no» cuando quería volver a llenarnos las copas. A veces jugábamos a las cartas a la luz de las velas. El mono ganaba invariablemente, pero habíamos decidido jugar por puntos, unas marcas apuntadas en un papel y que no se referían a ninguna deuda. A menudo no nos dormíamos hasta la salida del sol.

Una mañana, después de una noche en que nos acostamos bastante temprano, el cabo fue a mi habitación y me invitó a que lo acompañase; íbamos a ir al centro de la isla. Me dijo que tendríamos que llevar pistolas, por si los perros salvajes nos atacaban, aunque probablemente no nos molestarían en las horas diurnas. Acepté, ya que todos los lugares a los que me había llevado resultaban interesantes. Además, yo deseaba conocer la isla.

Al enterarse de nuestro destino, Silencio se negó a acompañarnos, cosa que me hizo recelar. El hecho de que el cabo llevara pistola me recordó que el enigma de los dos hermanos no se había resuelto del todo. Sin embargo, desde mi rescate, nada me había hecho pensar que todo no fuese lo que parecía. En realidad, nos habíamos hecho compañeros, buenos amigos. Me costaba recordar mis recelos.

Camino del centro de Doralice nos topamos con un perro solitario y bravo que se abalanzó sobre mi cuello desde detrás de una duna. El cabo lo aniquiló con una rápida descarga de la pistola. Muy cerca de allí, Matters me enseñó los huesos de un enorme monstruo marino que había salido del agua en una noche tormentosa y había muerto en las dunas. Continuamos avanzando; atravesamos un valle en la arena que

era un pequeño oasis, con un estanque de agua transparente en medio, rodeado de árboles cargados de frutas.

—A veces vengo aquí y pienso en mi hermano —explicó el cabo al arrancar un limón de una rama baja.

—¿Qué piensa?

—¿Sabe? Todo empezó con la madre de usted —dijo mordiendo la fruta; el aroma era parte del perfume de Arla.

A las doce, casi en punto, llegamos a la cima de una duna especialmente alta y vimos abajo un enorme muro de valvas marinas; detrás se alzaban unos montes elevados como castillos de arena que se deshacen en el agua.

—Palichice —anuncié.

Matters me miró, curioso.

—Muy antigua —me dijo—. En una ocasión encontré unos escritos de Harrow en el desván de la posada. Según su teoría, lo construyeron gentes que vinieron del mar.

Recorrimos las calles. Al igual que en mi visión, estaban pavimentadas con grandes valvas de almejas con la parte convexa expuesta al sol. La experiencia me desconcertó tanto que mientras sorteábamos las bases de los montes, conté el viaje de Beaton al paraíso. Necesité toda la caminata de vuelta a la posada para relatarle las aventuras que recordaba aún: acabé a la medianoche en el porche trasero, borracho de Oreja de Rosa Dulce.

El cabo se limitó a sacudir la cabeza. Unos segundos después, se le cerraron los ojos y cayó del taburete al suelo. Silencio no tardó en ponerle una almohada bajo la cabeza. La combinación de Tres Dedos y el Más Allá lo había superado. Lo cubrimos con una vieja manta y salí a ver las estrellas. Caminando por las dunas pensé en Arla y en cómo encontrarla. Imaginé la Ciudad Bien Construida, pero había en ella un poder maligno que me asustó. Primero tenía que pensar en cómo fugarme de Doralice.

Me detuve en el camino y miré el cielo. Mientras observaba las líneas de las constelaciones, oí que alguien se aproximaba. Creí que era Silencio, porque en la posada, cuando apuraba el último trago, me indicó que podría reunirse conmigo en la playa. En ese momento dos manos me aferraron el cuello de la camisa. Bajé los ojos y contemplé al cabo Matters de la guardia diurna. La cicatriz que le atravesaba el centro del cráneo me perturbó.

El aliento le apestaba a alcohol y cuando me habló me salpicó por todas partes.

—Cley —me gritó—, te ordeno que vayas al paraíso. —Tiró de mi camisa y trató de arrástrame—. Lo he localizado. Está aquí, en Doralice.

—¿Dónde? —pregunté, aunque desconcertado aún por lo intempestivo de su aparición.

Se detuvo y aflojó un poco los dedos. Se le extravió la mirada; diríase que trataba de recordar algo.

—He estado allí —declaró y me apretó un brazo.

Le metí dos dedos de la mano izquierda en los ojos y me soltó. Los gritos retumbaron a mis espaldas, mientras él corría a toda velocidad de vuelta a la posada, atravesando las dunas. Yo tenía que averiguar si el cabo de la guardia nocturna dormía todavía en el suelo. No importaba lo que encontrase; al menos habría resuelto el enigma.

Cuando irrumpí en el porche de atrás por la puerta de tela de alambre, Silencio tocaba un nostálgico nocturno. Jadeando de tanto correr seguí cruzando el porche rumbo a la barra. Encontré al cabo Matters, durmiendo donde lo había dejado. Me pareció que el cabello blanco se le había movido, que respiraba demasiado pesadamente para alguien que estaba durmiendo y que la manta ya no lo cubría tanto como antes. Tras una segunda copa, ya no estaba seguro. Tras la tercera, empecé a creer que el cabo de la guardia diurna estaba realmente fuera, buscando el paraíso.

Al día siguiente expliqué a Matters que la noche anterior me había encontrado con su hermano.

—¿Todavía no ha llegado al paraíso? —dijo Matters.

—Estaba en las dunas.

—Mala cosa.

—Me ordenó que fuera al paraíso con él.

—Ha encallado en la costa. No me sorprendería que los perros salvajes se merendaran muy pronto esas carnes flácidas.

Una mañana, varios días después, Silencio entró bruscamente en mi habitación. Chillaba y movía los brazos indicándome que me levantara. El sol acababa de salir y la noche había helado el dormitorio. El cabo Matters de la guardia nocturna entró con expresión preocupada.

—En el muelle hay un barco con soldados a bordo. Más vale que se desvista y vaya a la mina, mientras yo averiguo qué quieren.

Hice de inmediato lo que me pedía, y en menos de media hora me encontraba envuelto en el calor y el hedor, sudando, vomitando y cavando mi túnel. Otro recordatorio del infierno, pensé y deseé que fuese cierto. Cuando llevaba más de dos horas en el pozo empecé a preocuparme, a preguntarme por qué habían acudido los soldados. Acaso traigan a otro preso, rae dije.

Una hora más tarde oí que el cabo me llamaba desde el borde del pozo. Eché mi pico al suelo, encantado, y subí a toda prisa por el sendero. Afuera, en el calor de la tarde, encontré al cabo con tres soldados uniformados que cargaban unos rifles.

—¿Cley? —dijo un soldado.

Asentí en silencio.

—Venga con nosotros, por favor.

Miré a Matters, quien sacudió levemente la cabeza, indicándome que no le hablara. Seguimos a los soldados por las dunas, hasta la playa, y de allí al muelle, donde aguardaba un barco de vapor.

—Cabo Matters —dijo otro soldado. Nos encontrábamos en el embarcadero, junto al buque.

El aludido dio un paso adelante.

—Nos llevamos a Cley —anunció el soldado.

—Como guste.

El soldado descolgó algo de su cinturón y lo aplicó a un lado del rostro de Matters. Era una caja negra; de un extremo salían dos uñas de acero. El cabo gritó por el intenso dolor. El incidente duró un minuto, y los ojos del cabo se convirtieron en gelatina, y de los ojos, la nariz y la boca le salió un humo negro. Cayó a mis pies como un montón de basura.

—¿Qué...? —fue lo único que acerté a preguntar.

Orgullosa, el soldado me mostró el dispositivo.

—Derrite los mecanismos. Es un modo fácil de liquidarlos cuando se vuelven obsoletos. Ahora, tenga la bondad de subir a bordo, fisiognomista Cley. El Amo nos ha ordenado que lo acompañemos a la Ciudad Bien Construida. Lo ha perdonado.

Así, sin más, en paños menores, subí a bordo. Me sabía mal dejar a Silencio solo, pero no había otro modo de regresar a la Ciudad. Me sentaron a un costado para que disfrutara de la vista. Uno de los hombres me llevó una manta y me cubrió los hombros. Me costaba creer que me hubiesen perdonado.

Más tarde, cuando íbamos costeano el norte de la isla, cuatro soldados vinieron y me sujetaron. Uno me enseñó una jeringa llena de belleza pura y me clavó la aguja en el cuello. La droga estalló en mi cabeza e inundó todo mi cuerpo con su brillo violáceo. Los soldados me pidieron perdón, me levantaron en brazos y me sentaron de nuevo en mi lugar de antes.

La belleza me envolvió y me protegió de los vientos mientras yo miraba al vacío, perdido en mi ensoñación. Pasamos frente a la punta occidental de la isla, y antes de apartarnos de ella, distinguí al cabo Matters de la guardia diurna, a lo lejos, pero aún visible, en un largo banco de arena donde iban a romper las olas más grandes. La playa detrás de él hormigueaba de perros salvajes que aguardaban. Me despedí de él con una mano y lo llamé. Se volvió y me miró.

—He encontrado el paraíso —le oí decir por encima del oleaje.

En la *Gaceta* aparecieron abundantes noticias de mi regreso. Los titulares daban a entender que se había cometido un terrible error en uno de los más complejos cálculos, lo que llevó a una ecuación que demostraba mi culpabilidad. El populacho en general, sin embargo, no tenía por qué poner en duda la eficacia de la Fisiognomía, puesto que las facciones de todos ellos eran mucho más bastas, y por tanto, más fáciles de leer. Se me atribuía una cita, que yo, desde luego, no recuerdo haber pronunciado, según la cual toda aquella confusión resultaba comprensible. El Amo había declarado a la *Gaceta* que se sentía aliviado de que uno de los súbditos en quien más confiaba pudiera ser perdonado y recuperara una vida fructífera en la Ciudad. A estas sandeces seguía un análisis de mi existencia y de los importantes casos en los que había ejercido la acusación. Cada uno de ellos representaba en mi mente un túnel-tumba cavado en el azufre.

Cuando abrí la puerta de mi apartamento, me encontré con que todo estaba igual a como lo había dejado la tarde en que meses atrás emprendí el camino hacia el territorio. La única excepción era un gigantesco ramo de flores amarillas sobre mi mesa, y un pequeño paquete que contenía una provisión de belleza pura para un mes y suficientes jeringas para introducirla en mis venas. En el viaje de vuelta de Doralice, los soldados me habían inyectado una dosis cada ocho horas, de modo que volvía ser un toxicómano.

No puedo decir que no solté un suspiro de alivio al meterme bajo las mantas en mi propia cama. Caí en un sueño profundo, pero en cuanto entré en mis sueños, Arla, Calloo, Bataldo y hasta Silencio, me recordaron que tenía un asunto pendiente con el reino y que no debía permitir que la comodidad y la calidez me apartaran de él.

Tras salir de una pesadilla llena de demonios, me levanté y traté de pensar con lucidez en el futuro inmediato. Fumé treinta cigarrillos hasta el amanecer en un intento de renunciar a las inyecciones. Pronto advertí que, muy en el fondo, en una parte secreta de mi ser, y gracias a mis nuevos conocimientos, era ahora tan ajeno a la Ciudad como lo había sido al territorio. De momento, el título de Fisiognomista de Primera me serviría de mero disfraz. Tendría que superar al Amo, adelantarme a sus pensamientos. El único problema radicaba en que sus procesos mentales no eran precisamente lineales.

—Tendré que sortear sus pensamientos —dije en voz baja y lo lamenté enseguida, cuando recordé las palabras del Amo: «No leo, escucho».

Era demasiado para mí, demasiado repentino. El sol de la mañana trajo lágrimas a mis ojos mientras me remangaba la camisa y me daba un golpecito en una vena del pliegue del brazo.

Al día siguiente un mensajero se presentó y me informó que un carruaje me recogería en una hora y me llevaría al despacho de Below en el Ministerio del Poder Benevolente. Me bañé de prisa y me puse el traje y el chaleco de seda verde lima. Arranqué una flor amarilla del ramo y la sujeté en mi solapa, como señal de que todo iba bien con Cley, que confiaba otra vez en el Amo y en el reino. Sabía que al hablar de mi futuro precisaría una buena dosis de humillación así como de seguridad en mí mismo. Estaba convencido de que había habido un motivo ulterior detrás de ese perdón. Cuando oí que el conductor llamaba a la puerta, decidí dejar que la situación se desarrollara por sí misma, pero estando siempre muy atento, por si se me ocurría la idea de algún plan.

En tanto el carruaje atravesaba las calles de la Ciudad, me maravilló la complejidad del diseño que yo no había visto en tanto tiempo. Mi última estancia la había pasado entre mi celda de prisión y la sala del tribunal. La bolsa negra con que me cubrían la cabeza cuando me trasladaban de un lugar a otro me impedía ver a los ciudadanos ir y venir debajo de las torres y las cúpulas. De haberse equivocado de camino, acabando aquí, Beaton probablemente habría creído que había encontrado el paraíso, al ver los edificios de coral rosa, los vidrios y los cristales. En todo caso, lo que sí noté fue una mayor presencia de patrullas de guardias uniformados que llevaban lanzallamas, lo que era insólito.

El carruaje se detuvo delante de la enorme estructura de cristal que alojaba el ministerio. Salí, subí por la empinada escalinata y traspuse la puerta principal hacia el vestíbulo. Una joven se acercó a mí en tanto yo iba hacia los ascensores.

—Fisiognomista Cley, bienvenido de regreso a la Ciudad. El Amo lo espera.

Asentí con la cabeza y le sonreí. Sin embargo, fue sólo la primera en saludarme, pues gentes a las que ni siquiera conocía me detenían en el vestíbulo y me deseaban buena suerte. Sabía que detrás de esas sonrisas y manos tendidas estaba la orden desde arriba de mostrarse afables. Guardé la calma mientras correspondía a los saludos con una inclinación de cabeza y subí al noveno piso en el ascensor. Cuando las puertas se abrieron y me interné en el largo pasillo que llevaba al despacho de Below, me quedé atónito al ver, a lo largo de las paredes, numerosas formas estáticas de los héroes endurecidos de Anamasobia. Entre ellos distinguí a Arden, sosteniendo el espejo. A mi izquierda, Beaton nos transmitía un mensaje invisible, doblado hacia adelante y con los dedos algo separados.

Cuando entré en el despacho, el Amo estaba sentado detrás de un escritorio, una losa plana y lisa de cuarzo del tamaño del carruaje que me había traído. En el entorno se acumulaban montones de papeles, que el Amo arrojaba al fuego, detrás de él.

—Bienvenido, Cley. —Con un gesto me indicó que me sentara al otro lado de la mesa—. Creo que nunca acabaré con tanto papeleo. Es el azote del Amo.

Eché unas cuantas pilas más a las llamas, se volvió hacia mí, cruzó las manos sobre el escritorio, y clavó la mirada en mis ojos. Se la sostuve cuanto pude y luego miré la réplica en miniatura de la Ciudad que se alzaba en un rincón de la mesa.

—Veo que habéis traído recuerdos del territorio —dije, y señalé el pasillo por encima del hombro.

—El territorio, el territorio. La gente no se harta del territorio. Estos papeles están llenos de relatos sobre el territorio. He hecho una fortuna con las pocas cosas que pude traer. Los cuernos de demonio se venden por setecientos belows cada uno. Hice correr la mentira de que los he ingerido en forma de polvo, y que provoca erecciones que duran una semana y orgasmos que te dejan agotado a las puertas del paraíso. —Soltó una carcajada—. Entretenimiento para el pueblo.

—Quería daros personalmente las gracias por el perdón —dije, esforzándome por parecer tan apocado y dócil como pude.

—Bien, Cley, te he echado de menos. —Se apoyó en el respaldo del sillón—. Eras tan condenadamente minucioso. Cuando te recordaba a mi lado en mi carruaje, salpicándote el pantalón con las consecuencias de tus crímenes contra el reino, me sentía... digamos que como un padre que ha perdido el contacto con un hijo pródigo.

—Amo, me honráis con la analogía.

Debajo del seto continuo de los cejas, los ojos le brincaban de un objeto a otro, como preguntándose si había exagerado.

—¿Qué tal en Doralice?

—Bueno, allí conocí a vuestros viejos compañeros de guerra, Matters y Matters.

—¡Ah, esos dos! Que se jodan. El mono es quien manda en la isla. ¿Qué te pareció el mono?

—¿Silencio? Era asombroso.

—Uno de los míos. —Below se aplaudió a sí mismo.

—También llegué a la conclusión de que yo había pecado y que asarme en las minas era un castigo justo.

—Muy bien.

Empezó a mover los dedos de ambas manos. Supe que estaba preparando uno de sus trucos. En efecto, la flor amarilla que yo llevaba en la solapa le apareció entre las manos.

Miré mi solapa. Estaba desnuda.

—Milagroso.

Below asintió a modo de confirmación.

—Escucha, Cley, no puedo hacer que regreses a la Ciudad sin darte trabajo. Sé que te encanta tu trabajo. Tengo un nuevo proyecto para ti.

—¿Haré uso de la Fisiognomía?

—Te han devuelto tu rango. Necesito a alguien capaz como tú para esta misión especial. Verás, andando disfrazado por las calles, el otro día me pareció que mi creación divina, esta asombrosa metrópolis, empezaba a estar demasiado poblada. Aunque no lo creas, oí rumores de descontento entre los ciudadanos. Miré atentamente a estos descontentos y vi unas fisonomías que no eran nada claras.

Muchas de ellas podrían confundirse con el trasero de un animal. De modo que he ideado un plan para diezmar la población.

—Estoy a vuestro servicio.

—Sabía que reaccionarías con coraje y fortaleza. Lo que quiero es que reúnas a diez personas por día, las leas todas y me envíes el nombre de las que tienen cara menos favorable. En diez días las detendremos y las erradicaremos. Mi plan consiste en que llevemos a cabo ejecuciones públicas. Ya veremos después si hay gente que todavía rezonga.

—Es un plan espléndido.

—Hemos decretado que tienes poderes absolutos para detener y leer a cualquier persona que se te antoje, excepto los miembros de mi personal. ¿Te acuerdas de los idiotas que te acusaron? Son objeto de investigación, ¿entiendes? —dijo entre risas—. En todo caso, quiero diez cuerpos calientes en diez días, pero es importante que leas a muchos. Quiero que esta investigación toque todas las vidas posibles.

—Entiendo. Empezaré enseguida.

Pero el Amo aún no estaba dispuesto a dejarme ir. Sacó dos ampolletas de belleza. Quise negarme, pero sabía que él estaba poniendo a prueba mi lealtad. El Amo se inyectó en la vena de la lengua.

—Es mi mezcla especial —comentó con voz pastosa al sacarse la jeringa de la boca.

Nos quedamos allí sentados una hora en las garras de la belleza. El Amo hizo unos trucos de prestidigitación con monedas y naipes. La mezcla especial de Below era, ciertamente, especial. Yo no podía moverme. El movimiento grácil de las manos del Amo me hipnotizaba. Palomas... fuego... un hombre diminuto, hecho con cera de orejas, daba volteretas sobre el escritorio. Finalmente, las imágenes empezaron a sucederse con tanta rapidez y tanto frenesí que pensé que iba a desmayarme. De pronto, Below se levantó de un salto, bordeó la mesa y me acompañó a la puerta.

—Esta noche, Cley —me informó—, daré una cena en tu honor. Quiero que todos te besen el culo. Es una pena que me haya dejado convencer por quienes querían expulsarte.

—Como deseéis.

—La necesitarás para entrar —dijo, y me puso una moneda en la palma de la mano.

Me despedí y recorrí el pasillo flanqueado de héroes endurecidos. Ya afuera me senté en un banco para recuperar el aliento.

Nunca había sudado tanto, ni siquiera en Doralice. La dosis de belleza me había provocado los peores escalofríos de toda mi vida. Para colmo, la inmensidad del futuro me ponía los nervios de punta.

Finalmente me tranquilicé paseando por uno de los centros comerciales de las afueras. En un cuadrilátero provisional, en el centro del pasaje, luchaban dos ciudadanos fortalecidos con los dispositivos del Amo. Traté de no prestar atención a

aquella brutalidad, pero a esas horas del día el centro comercial estaba casi vacío. Los únicos presentes eran una joven madre con dos hijas.

Cuando mi respiración se normalizó, me puse a observar la lucha en el cuadrilátero. Uno de los luchadores tenía garras metálicas en lugar de manos y de la cabeza le sobresalían unos sacacorchos de acero. Los engranajes defectuosos del otro zumbaban y rechinaban; pero en cambio era un hombre muy corpulento. Bastos injertos de piel le atravesaban el cuello y el tórax. No tenía rasgos extraños, salvo los de la vida misma; una mano blandía un pico y la otra una red.

Las garras de metal cortaron la red como si fuese de encaje. Cuando el hombretón blandió el pico y erró, el otro se lanzó sobre él, de cabeza, y le corneó el brazo. No vi sangre, aunque el golpe le había desgarrado la piel. La lucha terminó con el pico clavado en la espalda del hombre de las garras. Se oyeron aplausos, salidos de los altavoces montados en los edificios. El hombretón hizo una tiesa reverencia y el personal de limpieza acudió para llevarse al vencido. La madre y las hijas perdieron interés y fueron a hacer otra cosa.

Me aproximé en silencio a un lado del cuadrilátero, detrás del vencedor.

—Caloo —dije.

El hombre permaneció quieto, con la mirada perdida en la lejanía.

—Caloo —repetí.

Me oyó al fin y se volvió y me miró desde arriba. Me contempló mucho tiempo y yo creí que estaba en contacto con él, pero de repente advertí que se había averiado. Alzando los ojos, vi que un grueso muelle le salía de la nuca.

Atravesé corriendo el centro comercial y salí al parque. Me paseé un par de horas por los jardines exteriores, antes de dirigirme a mi despacho dentro de la Ciudad. Después de ver a Caloo yo estaba más resuelto aún a debilitar el reino como fuera posible. En cuanto me senté detrás de mi escritorio redacté una carta en papel oficial al ministro de Hacienda, pidiendo un inventario completo de los objetos que el Amo había traído del territorio. Si me acompañaba la suerte, uno de los subalternos del ministerio se encargaría de la solicitud y ésta no llegaría a manos del ministro. Tenía miedo de que me descubrieran, pero dadas las circunstancias, era tan peligroso actuar como quedarse de brazos cruzados. Pensaba que en los registros oficiales encontraría una pista que me llevaría a Arla.

Tras mandar la nota con un mensajero, me puse de pie junto a la ventana y observé la Academia de Fisiognomía que se alzaba al otro lado de la calle. Hay locura aquí, deseaba gritar a cuantos pasaban frente al edificio, mas me percaté de que estaban demasiado ocupados preguntándose a quién podrían recurrir entre sus contactos oficiales para conseguir inhalar un poco de cuerno de demonio.

La cena en mi honor se celebró en la Cima de la Ciudad, debajo de la cúpula de cristal. El guardia de la entrada rechazó la moneda que Below me había dado. Se mostró muy contento por mi regreso de Doralice y traspuse la puerta. El sol se ponía detrás de una cadena montañosa y los haces rojos se refractaban en el techo translúcido del restaurante iluminado con velas. Fui directamente a la barra y pedí una copa.

La estancia circular era un hervidero de ministros y dignatarios de la matriz burocrática del reino. Se movían entre las mesas, se perseguían y huían metódicamente unos de otros, hablaban con la boca torcida, reían los chistes de los demás, aunque sin dejar de rechinar los dientes, y fumaban unos gruesos cigarros. Capté algunos fragmentos de conversaciones, todas acerca de la posición social y la adquisición de belows.

En cuanto se supo que yo había llegado, hicieron una larga cola para saludarme. Acudían de uno en uno, me estrechaban la mano y me daban la bienvenida. Algunos me pidieron algún comentario sobre el territorio o la mina de azufre. A todos les dije que sí, les di las gracias y les expliqué que había sufrido mucho. El alcohol fluía y algunos de mis aduladores ya estaban ebrios. Yo, por mi parte, había apurado tres copas de Oreja de Rosa Dulce antes de que la mitad de la cola hubiese desfilado ante mí. Recordé mi época de fisiognomista, cuando, igual que ahora, no había encontrado nada extraordinario en las interminables filas de rostros que yo había leído.

Esta idea acababa de salir de mi cabeza cuando me abordó una joven ebria que apenas podía tenerse en pie. Como iba sin acompañante supuse que era una de las chicas que el Amo contrataba para «rellenar la multitud». Me miraba con los ojos entornados y una mueca socarrona. A más de un metro de distancia distinguí el olor a Tres Dedos; la joven me abrazó por los hombros, me besó en la boca y metió su lengua entre mis dientes. Los que la seguían en la cola aplaudieron.

Me aparté.

—¿Cómo está el guante de cuero? —me dijo pegando los labios a mi oreja.

—¿La conozco? —pregunté.

—No —contestó. Me soltó, dio un paso atrás y se unió a la persona que la seguía, un tipo alto de bigote bien cortado y traje a rayas—. Me penetró una noche en el parque Memorial con un guante de cuero —le explicó.

El hombre se rió y asintió con la cabeza. En tanto ella se unía a la multitud vi que el hombre se volvía hacia otro detrás de él y le decía algo. El otro me miró mientras escuchaba y también se echó a reír.

Con náuseas observé cómo la descripción de mi aventura recorría los asistentes en una oleada visible. Algunos borrachos se pusieron los guantes para saludarme. Yo

sonreí y les conté cuánto había sufrido.

Cuando todos los presentes ya me habían abordado, el Amo se presentó de pronto en la estancia. Vestía un traje vivo hecho de una enredadera que le crecía en los bolsillos llenos de tierra. La planta lo cubría como un arbusto, y le asomaba como una especie de gorro por detrás del cráneo. Casi bailando fue hacia el centro de la estancia y pidió silencio. Éste descendió como una roca, pues todos sabían que hasta un estornudo mientras él discurría podía traer muy graves consecuencias.

—He ido al territorio —dijo el Amo, con la vista clavada en la noche creciente a través de la cúpula, como si buscara algo. Todos lo imitaron antes de darse cuenta de que lo hacía para añadir dramatismo al discurso—. Y os he traído el territorio. —Batió palmas y unos sirvientes empezaron a mover mesas y sillas, creando un ancho camino que llevaba de la puerta de doble batiente de la cocina a un amplio claro circular—. Mirad al demonio —anunció el Amo cuando acabaron.

Lo obligaron a trasponer la puerta de la cocina, con las manos esposadas detrás; una soga alrededor del pecho le sujetaba las alas. Lo acompañaban dos soldados: uno tiraba de él con una cadena sujeta a un collar y el otro los seguía, apuntando con un lanzallamas.

Más que andar, el demonio brincaba, sin dejar de gruñir y enseñar los colmillos. Los invitados se encogían cuando él intentaba abalanzarse sobre ellos. El soldado tiró con fuerza de la correa y apartó a su prisionero de la multitud. Lo llevaron al claro circular, acortaron considerablemente la cadena y la sujetaron a una abrazadera en el suelo.

El demonio rugió y luchó, tratando de liberarse. Flexionó los músculos de la espalda, pero las alas se le hincharon apenas un mero centímetro por debajo de la soga. Los miembros de la élite de la Ciudad Bien Construida se mantuvieron a buena distancia durante cinco minutos, y al ver que no podía escaparse, se aproximaron cada vez más. Pronto empezaron las provocaciones. Le echaban servilletas de papel arrugadas, se acercaban justo hasta donde él no llegaba a alcanzarlos y le gritaban amenazas. El Amo se reunió conmigo en la barra; yo no me había movido.

—Eres un hombre inteligente, Cley —comentó y se volvió a contemplar el espectáculo.

—¿En qué sentido, Amo?

—Tengo entendido que te interesa invertir en algunas de las reliquias del territorio, ¿no?

—Bueno, no estoy seguro. —Apuré una copa para ocultar mi confusión.

—El ministro de Hacienda me ha informado que pediste una lista completa de los objetos traídos del territorio.

—¡Ah, eso! —Sonreí, solté una carcajada y me rasqué la cabeza—. Se me ocurrió que un cuerno de demonio sería una buena inversión, puesto que si se muele y se vende en pequeñas dosis se puede cobrar una buena suma, y sacar un beneficio de mil cuatrocientos por cada siete. Por supuesto, esta idea me la disteis vos esta mañana.

—Sabía que eso era lo que pensabas. Te mandaré uno de regalo.

Iba a agradecerse, pero me lo impidió cierto alboroto entre la multitud. Los invitados se echaron de repente hacia atrás, tropezando contra las patas de las sillas y cayendo sobre las mesas. Al parecer, el demonio había acertado a clavar un cuerno en la frente de uno de sus torturadores. Alcé la vista justo a tiempo y llegué a ver a la pobre víctima que se deslizaba hacia el suelo, bañada en sangre y con una expresión de absoluta sorpresa. El demonio se inclinó bruscamente y cerró las poderosas mandíbulas en la cara que ahora no dejaba de chillar.

El Amo se adelantó cuando el soldado se disponía a apretar el gatillo del lanzallamas.

—Espera un momento —le ordenó, mientras en el suelo el hombre se retorció bajo los colmillos del demonio—. ¿Quién es ése en el suelo?

Unas cuantas personas se volvieron hacia él.

—Es Burke, del ministerio de las artes —le dijeron.

El Amo se echó a reír.

—Olvídalo —le dijo al soldado, que bajó el arma. Below chasqueó los dedos y los músicos empezaron a tocar. De la cocina llegaban camareros con botellas de ausencia y bandejas cargadas de cremat con cebollinas—. Manjares del territorio —gritó por encima del bullicio de quienes corrían hacia los platos de cremat.

Más tarde, tuve que sentarme en el estrado del lado norte de la cúpula, mientras se pronunciaban laboriosos discursos acerca de mi inteligencia, mi devoción al reino, la desconcertante elegancia de mi fisonomía. Sonreí y moví la cabeza y los asistentes aplaudieron, rieron y vitorearon en los momentos oportunos. Cuando me pidieron que hablara, me limité a saludar a Below y dije:

—Larga vida a la Ciudad, al reino y al Amo.

Miré hacia la multitud, y ésta me miró, sin que ni ella ni yo supiéramos qué hacer.

Entonces el Amo, antes de empezar su discurso, vino a estrecharme la mano para beneficio de los dignatarios, que me estaban mirando, mientras uno de los sirvientes me acompañaba a mi lugar.

—Observad esto —dijo, e hizo una mueca.

Un estallido de flores blancas surgió de las extremidades de los zarcillos que le abrigaban la cabeza, como un gorro. Los invitados estaban fuera de sí, pero yo preferí observar a los sirvientes que esgrimían un gancho de metal de dos metros y medio de largo, y arrancaban a Burke de las garras del demonio.

—Entregad vuestro *curriculum vitae* para el puesto de ministro de las artes —pidió Below y de la multitud brotó una oleada de risas. Cuando se calmaron, la cara le cambió y se puso serio—. Conviene que honremos al fisiognomista Cley esta noche, pues es la personificación del ingenio y la perspicacia del territorio. A todos vosotros os gusta la idea de esos extraños y amplios espacios y yo he hecho todo lo que he podido por traeros una parte. Pero, más allá de todo esto, veo el territorio como un símbolo de mi campaña por dar nueva vida a la Ciudad. Para esto propongo

dos medidas. En primer lugar he ordenado a Cley que reúna a los indeseables fisonómicos para ejecutarlos enseguida. En diez días, en el parque Memorial, seréis testigos de la supervivencia de los más aptos, ¿o debería decir de la defunción de los no aptos?, un fenómeno tomado directamente de la tierra de nadie.

Los invitados aplaudieron frenéticamente este anuncio, como para demostrar al Amo que eran dignos de sobrevivir.

—Como resultado de esta campaña, acaso perderéis a un pariente, un cónyuge, un hijo. Pero que no se diga que Drachton Below toma sin dar. En diez días se inaugurará una nueva exposición de objetos del territorio y no revelaremos dónde se llevará a cabo el espectáculo hasta después de las ejecuciones en el parque. La exhibición se llamará «Anomalías del Territorio» y en ella observaréis algunas de las cosas más raras que hayan visto los habitantes de la Ciudad. Será divertido para toda la familia. El demonio de esta tarde no es sino una patética criatura. Esperad a ver qué más os he traído. —Movié los dedos de la mano izquierda, como había hecho por la mañana, y de la nada sacó una moneda de oro—. A todos vosotros os han dado una de éstas —dijo—. Guardad estas monedas especiales, pues con ella podréis entrar gratis en la gran apertura de la exposición, acompañados de un ser amado.

Imité a los miembros del público y busqué la moneda en mis bolsillos. La saqué y la sostuve en la palma de la mano. Vi en un lado la imagen de una serpiente enroscada. Le di la vuelta y vi una flor.

Cuando sirvieron la cena, ya se habían llevado la porquería que quedaba de Burke. Me senté a una mesa con el Amo y el ministro de seguridad, Winsome Graves. En cuanto nos acomodamos, Graves empezó a alabar a Below, a parlotear acerca de la grandiosidad de su campaña en el territorio.

—Cierra el pico —le ordenó Below.

—Sí, desde luego. —El ministro esbozó una sonrisa forzada.

De acuerdo con el tema de la velada, el primer plato consistió en murciélago de fuego asado y budín relleno de cremat a la antigua usanza. Apenas logré contener un vómito cuando colocaron mi plato delante de mí. El Amo me miró y vio que no comía como otros invitados, algunos de los cuales ya estaban pidiendo otra ración.

—Cley, ¿no te gusta la cena?

Graves me miró y sonrió con la boca llena de budín, esperando a ver qué ocurriría.

—Es por la emoción, señor. ¡Me conmueve tanto este espléndido recibimiento!

—Bueno, no te culpo. No entiendo cómo pueden comer esta mierda.

A él, por supuesto, no le habían servido el asqueroso plato. Antes de que acabara de hablar, le trajeron una bandeja de plata con una tapa que parecía una bóveda.

—Esto es el verdadero sustento —comentó al levantar la tapa y descubrir la fruta blanca.

—Disculpad, Amo —dijo Graves—, pero ¿es prudente comer eso?

—He hecho que la analicen en los últimos meses. A una rata de laboratorio, que ahora se encuentra en la Academia de la Ciencia, le dieron un bocado y la miserable, que estaba a las puertas de la muerte, revivió. Aunque estaba a punto de morir de vejez, ahora es viril, resistente y corre por los laberintos, me atrevo a decir que dando mayores muestras de inteligencia que tú, Graves.

—Que saboreéis el paraíso, Amo —le dije, en tanto él levantaba la fruta y empezaba a comerla. El zumo pálido se le escurría por la barbilla. El aroma me envolvió, me hizo recordar mis visiones y mis sueños y borró el hedor del cremat. El traje vegetal del Amo me recordó a Moissac, el foliado, y a mi mente llegaron trozos de los *Fragmentos* del viaje de Beaton. Al salir de mi ensueño y alzar los ojos, contemplé el corazón de la fruta, que parecía un reloj de arena, lleno de huesos negros.

—Bastante comestible —dijo el Amo y se secó las manos con sus hojas—, pero no me siento precisamente inmortal. —Chasqueó los dedos y un sirviente se le acercó—. Llévate esto y que planten las semillas como ordené.

La noche se alargó mientras yo andaba y hablaba de mala gana, saludaba inclinándome y asentía con la cabeza. Vigilé atentamente al Amo para ver qué cambios produciría en él la fruta, pero no ocurrió nada extraordinario. Cuando se levantó a bailar con la joven que había revelado mis técnicas sexuales, traté de sonsacar a Graves lo que sabía de esa exposición a que se había referido el Amo. Según Graves, algunos de los hombres del ministerio habían sido apartados de sus deberes habituales para vigilar la exhibición, pero ni siquiera él sabía en qué sitio la estaban construyendo.

—Sólo sabemos lo que nos cuenta el Amo —declaró, sonriente.

Pensé en la posibilidad de visitarlo al día siguiente en mi nuevo puesto y de ordenarle que se presentase para leerle la cara. Me pregunté de cuántas muertes era él responsable en los últimos años. Cuando me imaginé cómo llenaban de gas inerte la cabeza de una víctima ante una multitud en el parque Memorial, cómo la cabeza se hinchaba hasta equipararse con la importancia que creía tener, me interrumpí a mí mismo. Ahí vas, de nuevo, Cley, odiando, me dije. Recordé la palabra —«perdona»— tallada en el azufre de la tumba del profesor Flock. Me costó, pero al cabo de un rato me di cuenta de que Graves sólo trataba de sobrevivir. Llevaba su propio disfraz, como yo, como los demás. Todos tratábamos de ocultar a Drachton Below nuestro verdadero ser, esperando que su «glorioso sueño» al fin terminara.

La velada se acabó bruscamente, cuando el Amo enredó a dos mujeres jóvenes en una telaraña de sarmientos y salió por la puerta doble de la cocina. Nada más irse, la música cesó, la iluminación aumentó y los sirvientes empezaron a limpiar. Entonces se llevaron al demonio. Los invitados envolvían en servilletas los manjares del territorio y se los guardaban en el bolsillo para sus familias. Por mi parte, aunque bastante ebrio, me alegré de haber conseguido aguantar la velada.

El carruaje me aguardaba en la calle barrida por el viento, pero dije al conductor que se fuera sin mí. Anduve por la Ciudad aproximadamente una hora en un intento de que se me fuera la embriaguez. Cuando bajaba hacia el bulevar de Montz, a orillas del lago artificial en el que flotaban los lirios, advertí que alguien me estaba siguiendo. Primero oí los pasos que repetían los míos. Acabé por volverme de repente y vi una sombra que se escondía con torpeza en el oscuro umbral de una puerta, al otro lado de la calle.

Fui directamente a mi apartamento, cerré con llave y escuché con la oreja apoyada en la cerradura. Cuando me convencí de que no había nadie, corrí hacia mi escritorio y me preparé una jeringa de belleza. El cuero cabelludo me picaba terriblemente y ya estaba empezando a temblar. Me inyecté en la cabeza y llamé a Flock, pero él se negó a venir. El suelo y las paredes se movieron, echaron chispas; las flores amarillas sollozaron; antes de que me durmiera, Frod Geeble —de entre toda la gente posible—, el tabernero de Anamasobia, se presentó ante mí y pasó media hora eructando.

A la mañana siguiente me levanté temprano; rellené tarjetas con las que citarí a los desafortunados ciudadanos que decidiera leer. Por supuesto no pretendía entregar al Amo a diez individuos para que los ejecutara. Contaba con diez días para hacer lo que fuera necesario y descubrir el modo de fugarme de la Ciudad. De momento, sin embargo, debía continuar simulando y pedir a las gentes con quienes me topaba que se presentaran en mi despacho por la tarde.

Salí del apartamento antes de la hora punta, cuando las calles se asfixiaban con los trabajadores que iban a sus empleos. Mi primera parada sería la Cima de la Ciudad, donde había cenado la noche anterior. Seguí un camino indirecto: volví sobre mis pasos, me detuve en callejones, atravesé la Academia de Fisiognomía y salí por la puerta de atrás. No vi a nadie, pero, en caso de que alguien me siguiera, confiaba en haberlo perdido.

Cuando llegué al restaurante el personal de limpieza acababa de abrir las puertas del ascensor que llevaba a la cúpula. Trataron de cerrarme el paso, pero les dije quien era y les pregunté si no querían presentarse en mi despacho esa tarde para una lectura. Al ver que perdían todo interés en detenerme, comprendí que mi recién adquirido poder me resultaría útil. No me molesté en darles una tarjeta y me sonrieron, agradecidos. Les sonreí a mi vez cuando se cerraban las puertas del ascensor.

El restaurante estaba vacío, salvo por una mujer de la limpieza que entró poco después que yo y trató de quitar de la pista de baile la sangre del pobre Burke. No me hizo caso y yo tampoco le hice caso. El sol, al que vi salir más allá de la cúpula, iluminó la sala. Pensé en utilizar la torre como atalaya y ver si en la Ciudad se erigían nuevas construcciones. Andando por el borde del cristal, miré hacia abajo; observé atentamente a los habitantes que correteaban como insectos por los caminos y saltaban sobre los hoyos en las estructuras de coral. Palichice, me dije.

No distinguí nada. Todo parecía igual que siempre en el horizonte de la Ciudad. No había ni grandes depresiones en el suelo, ni equipos de construcción ni andamiajes. Mientras espía desde mi atalaya, advertí que la mujer se había acercado y también miraba hacia abajo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le dije.

—Me preguntaba si está usted buscando al demonio —me respondió.

—El demonio estuvo aquí anoche. Esa porquería que está usted limpiando es fruto de una obra demoníaca.

—Lo sé. —Esbozó una sonrisa desdentada—. Pero supongo que no se ha enterado de lo que ocurrió después. En cuanto atravesaron la cocina, logró librarse de sus ataduras. Trataron de abatirlo con lanzallamas, pero acabaron por echarse las

llamas unos contra otros y el fuego mató a los sobrevivientes. Está allí fuera ahora, oculto en la Ciudad.

—Eso no es bueno.

—En el periódico he leído que uno de los expertos del Amo ha dicho que de día tiene que esconderse bajo tierra. Dicen que quizá no cause problemas hasta el anochecer.

Era una noticia espantosa, pero no se me escapó el hecho de que era posible adquirir mucha información si uno escuchaba al populacho. Le di las gracias y pareció sinceramente contenta de que yo reconociera que me había ayudado. Regresó a la mancha de sangre, se arrodilló y siguió fregando el suelo.

Como en la topografía visible de la Ciudad no encontré nada que indicase la construcción de la exposición, me marché, fui a un kiosco y compré la *Gaceta*. Me senté en un café al aire libre junto al parque, con una taza de humeante calofrío; abrí el diario en la segunda página y leí el titular: demonio suelto. Eché una ojeada al artículo que me explicó poco más de lo que me había dicho la mujer de la limpieza. ¿Desde cuándo reconoce Below sus errores?, me pregunté. En el pasado no se habría hablado de este incidente. Pensé en tratar de preguntárselo en nuestra siguiente reunión.

El calofrío me sentó bien y pedí otra taza. Me entretuve preguntándome si no necesitaría algún aliado, pero ¿en quién confiar? Desde mi regreso la mujer de la limpieza parecía la única persona cuyas palabras no ocultaban un motivo ulterior. Pensé en ella y recordé que me había dicho que el demonio quizás estaba escondido bajo tierra. Se me ocurrió que no sólo él; era muy probable que también la exposición estuviera bajo tierra.

Recordé que en mi época estudiantil, cuando tenía que llevar a cabo una lectura en el otro lado de la Ciudad o ir a toda prisa a recoger informes del ministerio, viajaba bajo tierra para evitar los embotellamientos en la calle. Cuando se echaron los cimientos de la Ciudad, Below había hecho construir una ingeniosa y vasta red de pasajes y túneles subterráneos, así como catacumbas que él mismo había usado para trasladarse de un sitio a otro sin ser visto.

—La sorpresa es lo mío, Cley —me comentó en una ocasión, al referirse a esa red.

A los funcionarios se les permitía usarla, pero tenían miedo de que el Amo los encontrara y sospechara que tramaban algo.

Debajo de la superficie, me dije. Quise ir a investigarlo enseguida, pero me contuve. Me puse de pie y repartí tarjetas citando a los otros parroquianos, quienes me lo agradecieron con voz lastimosamente débil. Aunque entendí que estaban realmente asustados, puse una cara muy seria mientras apuntaba los nombres.

Camino de vuelta al despacho donde me esperaban mis citas, crucé el centro comercial; el día anterior yo había visto allí la batalla entre Calloo y el hombre de la garra. En ese momento había otro combate y muchos más espectadores.

Intercambiaban belows y el público pedía a gritos que se esparcieran sobre el cuadrilátero los engranajes y los resortes de los luchadores. Por suerte, yo no conocía a los participantes.

Abordé a un soldado que estaba detrás de la multitud con un lanzallamas en la mano. A uno de los gladiadores automatizados un golpe de hacha le acababa de quitar la cabeza.

—¿Qué ocurre con los derrotados o rotos? —dije.

—No es de tu incumbencia.

—¿Sabes quién soy? —pregunté amablemente.

—Estás a dos segundos de quedar tan carbonizado que no te reconocerán. Muévete.

Le di una tarjeta de citas. Nada más verla, el soldado comprendió lo grave de su error.

—Señoría.

—Quizá podamos hablar de esto en mi despacho esta tarde. Por cierto, ¿te ha leído alguien esa frente? —Sacudí la cabeza y rezongué.

—Mil perdones, señoría. A los derrotados los llevan al gran taller detrás de la fábrica de municiones. Si ya no se los puede salvar, los incineran después de quitarles piezas de latón y de cinc. Si son reparables, se los equipa con piezas nuevas y se los manda a otro combate.

Le arranqué la tarjeta de la mano.

—Me has ayudado mucho —le dije.

—Bien venido de Doralice —me gritó mientras me alejaba.

Pasé la tarde en mi despacho, leyendo a las gentes a las que había citado. Eran todos sencillos ciudadanos del reino y no los obligué a desvestirse; jugueteé con los calibradores y el torno de labios y de vez en cuando apunté una supuesta nota, como había hecho en Anamasobia. Por muy deficientes que fueran, según la fisiognomía, les alabé las facciones y los alenté a hablar. Al principio recelaron, pues no estaban acostumbrados a que un miembro tan importante del reino se mostrara amistoso con ellos. Creo que cada uno llegó a un punto en que intuyó que yo no iba a perjudicarlos y a partir de entonces me lo contaron todo: me hablaron de sus hijos, de sus empleos, de cómo temían al demonio. Yo escuché atentamente, asintiendo de vez en cuando, aunque me moría por un poco de belleza.

El último en entrar en mi sala de reconocimiento, un joven jardinero, encargado sobre todo de mantener en flor los tilibares del parque, mencionó algo que me interesó. Había oído que yo había estado en el territorio y quería informarme que él también había ido.

—Más o menos un mes después del regreso de la expedición del Amo, unas semanas después de que a usted lo sentenciaran tan injustamente, me enviaron a la tierra de nadie, más allá de las fronteras del territorio.

—Interesante.

—El Amo me ordenó que trajera una variedad... una gran cantidad... de especies de plantas y árboles. Una gran operación.

—¿Qué hizo con ellas?

—Fue muy raro. Las trajimos a la Ciudad y nos dijeron que las lleváramos a la parte occidental, junto a los filtros de aguas residuales y el sistema de abastecimiento de agua. Las dejamos en plena calle; casi la llenamos. Luego me despidieron del destacamento y me mandaron de vuelta al parque con mis tilibares. Al día siguiente, después del trabajo, fui a ver lo que hicieron con las plantas, pero habían desaparecido.

Quiso hablarme de su prometida y de sus planes para el futuro, pero para entonces los escalofríos me recorrían el cuerpo de arriba abajo, y necesitaba desesperadamente una inyección. El joven siguió hablando mientras lo acompañaba a la puerta; le aseguré que el reino era afortunado por contar con él y le deseé suerte en su matrimonio. En cuanto salió, cerré la puerta y fui a mi escritorio a prepararme una jeringa. Con el transcurso de los años me había vuelto tan experto que en menos de tres minutos estaba inyectándome en el cuello.

Como ya había sido capaz de desengancharme, la belleza parecía saber que podría hacerlo otra vez, de modo que no me trató tan mal como antes de mi encarcelamiento. Todavía alucinaba, pero menos, y a la sobrecogedora paranoia la sustituían largos ratos de meditación profunda. Esa tarde soñé con rescatar a Calloo de su muerte mecanizada y ambulante, y conseguir que me ayudara. Luego miré por la ventana y observé la ilusión de la Ciudad derritiéndose bajo una fina lluvia negra que caía bajo un sol opulento.

Sabía que no era real, y sin embargo continué fantaseando. Ahora acerca de Arla, de cómo la rescataría y ella me perdonaría y se enamoraría de mi nuevo yo. ¡Se me antojaba tan sencillo, tan absolutamente necesario! La abrazaba y estaba a punto de besarla, cuando lo repentino de una llamada a la puerta me espantó tanto que casi me caí de la silla.

—Paquete para el fisiognomista Cley —dijo una voz.

La cabeza me dio vueltas cuando me levanté y fui temblando hacia la puerta. La abrí apenas lo suficiente para que cupiera el paquete y la cerré.

—Gracias —grité, pero no hubo respuesta.

El paquete estaba envuelto en papel de estraza y atado con un cordel. No llevaba ni el nombre del destinatario ni del remitente. Lo dejé en el escritorio y lo contemplé largo rato. Por último, cuando los efectos de la belleza casi se habían desvanecido, decidí abrirlo. Lo primero que extraje fue una nota escrita por el Amo.

*Cley:*

*Aquí está el cuerno de demonio que te prometí anoche. Trata de mantenerte apartado de los que piensan demasiado. Si no puedes,*

*adjunto algo que te ayudará a protegerte. No salgas de noche hasta que pase la crisis.*

*Drachton Below,  
Amo del Reino*

En el interior del paquete encontré el duro y negro cuerno de un demonio. Lo sostuve y me percaté de que era una buena arma, pesada y de afilada punta. Debajo, sin embargo, descubrí algo mucho más eficaz: mi vieja derringer, cargada, y una caja de balas envuelta en papel de celulosa. Esa noche, cuando me puse el abrigo, dispuesto a dejar el despacho, llevaba conmigo la pistola, el cuerno y un escarpelo, cada uno en un bolsillo diferente. No eran lanzallamas, pero me sentí mucho más seguro cuando salí a la calle bajo el cielo estrellado.

Anduve con cierta confianza entre el mar de trabajadores que se encaminaban a sus hogares. Al reconocerme, me saludaban con un dedo, el mismo extraño gesto de siempre. Al verlo, yo sonreía y mostraba mi solidaridad alzando el dedo corazón. Me irritó que no me sonrieran; bajaban la mirada y seguían caminando con expresión de repugnancia. Fue entonces cuando deseé ser uno de ellos, un don nadie con una existencia sencilla, como el jardinero y su novia.

Las calles se habían vaciado del todo cuando llegué a la fábrica de municiones. El barrio era una de las partes más viejas de la Ciudad; no había farolas de gas en cada esquina, ni tiendas que iluminaran el camino con letreros brillantes. Era un distrito manufacturero, donde las ideas del Amo se transformaban en latón y cinc. No había habido guerra en más de treinta y cinco años, y sin embargo trabajaban tres turnos en la fábrica de municiones. El almacenamiento de todos los cohetes y las balas era uno de los mayores trucos de prestidigitación de Drachton Below. Al pasar de largo oí el estruendo de las máquinas que fabricaban granadas de mano; el brillo de las ventanas me pareció tan tenue como el del crepúsculo.

Dos manzanas detrás de la fábrica, encontré el taller del que me había hablado el soldado en el centro comercial. Era tan largo como la manzana y tan profundo que yo no alcanzaba a ver el fondo del edificio, casi sin ventanas. Una cadena floja unía las dos enormes puertas de madera, entre las que me deslicé con facilidad. Saqué mi encendedor y mi derringier y me interné en la grieta oscura.

Apenas si distinguía las numerosísimas hileras de grandes cunas que flanqueaban el pasillo en que me encontré de pronto. Junto a las cunas había bandejas rodantes repletas de herramientas, mecanismos y alambres. Mi encendedor se apagó un momento y tardé demasiado en encenderlo otra vez. Cuando lo sostuve sobre una de las cunas vi una de esas creaciones casi humanas que Below fabricaba con carne y metal, abierta a medias y dormida.

Tardé más de una hora en revisar todas las caras hasta que por fin encontré a Calloo. Diríase que lo habían remendado desde su combate en el centro comercial. En verdad, tenía mucho mejor aspecto. Las cicatrices que yo le había visto en el cuello y el tórax eran más pequeñas y sus brazos parecían tan fuertes como en el territorio. Le acerqué el encendedor a los ojos abiertos para ver si se movían. Al principio no noté nada, pero luego... casi le quemé las pestañas para verlo mejor... las pupilas empezaron a contraérsele y los ojos se le movieron ligera y rápidamente de lado a lado.

Al cabo de cinco minutos, los músculos de Calloo se contrajeron. Entonces el encendedor se apagó definitivamente. En la oscuridad distinguí muchos movimientos y temblores dentro de la cuna. Casi salí huyendo, por miedo a que alguien lo oyera. De pronto el alboroto cesó y hubo un silencio.

—Calloo —susurré.

Nadie respondió. Probé el encendedor, pero se le había acabado el combustible. Susurré el nombre de Calloo, una y otra vez.

—Soy yo, Cley —le dije. Pero cuanto más tiempo pasaba en la oscuridad tanto más miedo sentía.

Me disponía a salir deprisa cuando oí su voz. Sonaba tan horrible que eché a correr; corrí a trompicones por el negro pasillo entre las cunas, chocando con las esquinas y estrellándome contra las bandejas de herramientas. Continué a tientas, desesperado, pues lo oía detrás de mí, diciendo la palabra —«Paraíso»— que él susurraba apenas, pero que resonaba en todo el taller. Casi enseguida oí cómo otras invenciones del Amo empezaban a removerse.

Por fin logré llegar a la abertura entre las puertas y me deslicé fuera. Lo primero que hice al sentirme libre fue arrojar el condenado encendedor al otro lado de la calle. Eché a andar tan rápidamente que pronto me quedé casi sin aliento. Confundido como estaba, doblé por la calle equivocada y anduve dos manzanas antes de advertir que no había pasado por delante de la fábrica de municiones.

Volví sobre mis pasos, pero ya estaba completamente perdido. Pese a haber cambiado de dirección y estar decidido a seguir adelante, tenía un nudo en el estómago pensando que me encontraba en una de esas situaciones en las que uno siempre va en la dirección opuesta. Al frente, creí ver las luces del centro de la Ciudad, pero no estaba seguro.

Me pareció haber caminado toda la noche cuando encontré un bar con un letrero luminoso en la ventana, en una calle por lo demás oscura. A través de la ventana abierta me llegaban voces y música. Me sentí tan aliviado que no me importó que me vieran en un lugar de mala reputación. Traspuse la puerta, me encaminé hacia la barra y pedí una copa de Oreja de Rosa Dulce que me ayudaría a borrar el recuerdo de esas burlas de la vida que se removían y chirriaban con una rudimentaria conciencia electromecánica.

Algunas personas en la barra me saludaron con la mano y yo respondí de igual modo. Bebí el contenido de mi copa y traté de relajarme. El barman me preguntó si era del distrito manufacturero y le contesté que era del centro.

—Eso pensé. Usted es Cley, ¿verdad?

—Fisiognomista, primera clase —respondí y me tomé otro sorbo.

—He leído acerca de usted. Usted ha estado en el territorio.

Asentí.

—He oído decir que el paraíso se encuentra por esos lados.

—Sí.

—También he oído que las bosquimanas de las afueras de Latrobia tienen tres tetas —añadió entre risas.

—También he estado allí —comenté—, pero no podría decir si es cierto.

Al barman le agradó mi respuesta y me ofreció otra copa. Tuvo que servir a otros parroquianos, y me quedé mirando el espejo detrás de la barra.

Mis nervios necesitaban tranquilizarse. Iba por mi tercera copa, cuando una mujer entró corriendo y gritando.

—El demonio, el demonio.

El barman fue hacia ella y trató de calmarla.

—El demonio viene por la calle —insistió la mujer.

Para mi sorpresa, la mayoría de estos ciudadanos iba armada. En el reino a los obreros se les prohibía terminantemente tener armas. Saqué mi derringier y los seguí hacia la calle. Formamos dos filas, impulsados por el instinto, una de rodillas y la otra de pie. Me puse en medio de la primera fila. Vimos que se aproximaba la sombra de la cosa.

—No disparéis —ordenó el barman, que a nuestra izquierda bebía el contenido de un Schrimley de veinticinco años—. Esperad a que todos podamos acertar.

La criatura avanzó metódicamente, como si no se diera cuenta de que estábamos allí. Oí la maquinaria oculta antes de verle la cara. Calloo me había seguido. Al recordar el favor que le había hecho a Bataldo, le apunté a la frente. El barman levantó un brazo y gritó:

—Listos.

Se encontraba a no más de diez metros de nosotros cuando le disparamos. La ráfaga lo alcanzó de frente y lo obligó a dar tres pasos atrás, pero no cayó. Oímos que gruñía, como si lo hubiéramos despertado de repente de una siesta, y enseguida continuó avanzando.

—Cargad las armas de nuevo —gritó el barman, y en ese momento me levanté y pedí a todos que no dispararan.

—Esto no es el demonio.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó alguien.

—Sólo otro hombre que busca el paraíso.

Todos bajaron las armas y Calloo se detuvo a mi lado. Tenía en la ropa unos veinte agujeros, y algunas heridas, aunque sin sangre, en el pecho y en los brazos, y nada en la cara.

Los parroquianos fueron a estrecharle la flácida mano.

—Lo sentimos —dijeron. Calloo tropezó y gruñó. Antes de que regresáramos al centro, di al barman el cuerno de demonio que el Amo me había obsequiado.

—Haga polvo con él y que todos los presentes lo inhalen esta noche —le indiqué.

Me dio su botella mientras yo le entregaba el cuerno. Tomé un poco y se la di a Calloo.

—Esta mierda no se inhala, se inyecta —dijo el barman.

No tenía tiempo para meditar sobre esta afirmación. Calloo se movía muy despacio y fue una carrera contra el sol llegar a mi apartamento antes que las calles se llenaran de gente.

Cosa sumamente rara: la única persona con la que nos cruzamos fue la mujer de la limpieza del restaurante en la Cima de la Ciudad. Nos sonrió y saludó con una mano y yo hice lo mismo.

—Se ha levantado temprano, señorita —me dijo, y me hizo una señal con la mano izquierda: formó una «O» con el pulgar y el dedo corazón, hice otro tanto y Calloo lo intentó.

Después de este encuentro, lo empujé para que fuera un poco más rápido y llegamos a mi piso justo antes de que los obreros ocuparan las calles. Lo llevé a mi habitación y lo obligué a que se tumbara en mi cama.

—¿Cómo te sientes?

No dijo nada, sólo parpadeó.

—Tengo que ir a trabajar. ¿Entiendes?

Parpadeó de nuevo.

—Si alguien viene a la puerta, escóndete en el armario. Si te descubren, mátalos. ¿Entiendes?

Calloo parpadeó.

Mientras preparaba las tarjetas de ese día, advertí que Calloo parpadeaba demasiado y me pregunté si habría entendido mis instrucciones. Me vestí y me armé con la derringier. Estaba poniéndome el abrigo cuando alguien llamó a mi puerta.

—¿Quién es?

—El Amo solicita la presencia de usted —contestó una voz—. Un carruaje lo aguarda.

Miré hacia mi dormitorio y vi que Calloo no se había movido de la cama.

—Métete en el armario —le ordené.

—Paraíso —dijo, pero no se movió.

Me fui con el cochero. Parecía que habían transcurrido unos pocos minutos antes de que cruzara la ciudad y subiera a las oficinas del Amo. Según caminaba por el pasillo flanqueado de héroes endurecidos, mi mente ardiente imaginaba fabulaciones y excusas; pero cuando abrí la puerta de la oficina, se retorcieron y se estrangulaban unas a otras. Me detuve frente al Amo, con la cabeza vacía. Él estaba sentado con un codo sobre el escritorio y la frente apoyada en una mano. Tenía una expresión más sombría que la de Calloo.

—Siéntate, Cley —con un ademán me indicó la silla.

Cerró los ojos.

—¿Has oído lo del demonio? —me preguntó tras una larga pausa.

—Sí.

—Es cierto. Yo te envié la nota —dijo entre risas.

—¿Lo habéis capturado?

—Capturado. Yo fui quien lo soltó. Me di cuenta de que el cambio requiere acceso a posibilidades aleatorias, de modo que solté el demonio en la Ciudad. Es tu rival. Tú reúnes metódicamente a los indignos para que los suprimamos y él los mata en cuanto los ve. Estoy pensando en grande, Cley, en muy grande.

—Brillante. Por cierto, aprecio mucho vuestros regalos.

Sacudió una mano y la cabeza.

—Te he llamado para hablar de las jaquecas que tengo desde que comí esa mierda blanca de la tierra de nadie. Vaya equivocación. Dolor de estómago y estas condenadas jaquecas.

—Sé bastante de química. ¿Qué ingredientes encontraron vuestros investigadores?

—Quién sabe.

—¿Podéis describir los dolores?

—Como si un puño me apretara el cerebro. Siento que proyecto energía desde mi cabeza. La ciudad de mi imaginación nunca ha estado antes tan inextricablemente unida a la ciudad física que habitamos. Estos achaques hacen que me cueste diferenciarlas.

—No tengo idea de lo que puede ser.

—¿Cómo vas con tu misión especial?

—Leí a un grupo ayer por la tarde y ya tengo algunos participantes para el acontecimiento en el parque Memorial.

—Excelente trabajo —me dijo y volvió a cubrirse la cabeza con las manos. No habló en bastante tiempo, por lo que me levanté para marcharme. Acababa de llegar a la puerta cuando me detuvo.

—Cley, no vayas a ensuciar tu guante de cuero —me dijo sin alzar la cabeza. Se echó a reír, pero la risa se le convirtió pronto en una mueca torcida.

Cuando llegué a mi oficina, la mañana se había acabado. Apenas tuve tiempo para mandar algunas tarjetas con un mensajero; le pedí que las repartiera entre el ministro de Hacienda y los miembros de su familia.

Anhelaba una dosis de belleza, pero me contuve y en cambio fumé y miré por la ventana, tratando de concentrarme en los balbuceos del Amo sobre las posibilidades aleatorias y el demonio que era mi rival. No se lo veía nada bien, y esto, para mí, suponía una bendición. Sabía que tendría que dar pasos cada vez más temerarios para llegar a donde quería llegar, y que Below no estuviera bien no podía sino beneficiarme. En ese momento llegaron el ministro de Hacienda y su familia.

El corpulento ministro sudó profusamente cuando le hice tomar las distintas posturas y le medí con los calibradores, el radio craneal y cuanto instrumento tenía en el maletín. Mientras trabajaba le alabé las facciones y le dije que eran asombrosas. Él me habló de sus triunfos y de lo importante que era él para el reino. Apunté en mi libreta la elegancia de su tercera papada y lo interrogué, como al pasar, sobre los tesoros traídos del territorio.

—No estoy autorizado a divulgar esta información.

—Bien —le dije—. Ha pasado la prueba. El Amo se sentirá complacido sabiendo que puede confiar en usted con respecto a ese asunto.

Se marchó sonriendo.

Casi no me hizo falta alabar a las tres hijas y a la esposa para que hablaran. Apenas si rasqué la superficie antes de que me dijeran cuánto odiaban y despreciaban al ministro.

—Las entiendo —comenté.

La mujer del ministro se emocionó tanto que escupió en el suelo. Le di un pañuelo de papel, y lo usó dos veces. Hasta la hija menor, casi un bebé, hizo un gesto de desaprobación cuando le pregunté sobre el papá. Se marcharon de mi despacho en silencio y calmadas, con el ministro a la cabeza.

Había llegado el momento de inyectarme. Fui a mi escritorio y me preparé una dosis bien medida. Más tarde, cuando se acabaron los efectos, casi no recordé nada de la experiencia. Moissac había hecho una breve aparición y Silencio, sentado en el alféizar de la ventana, se había quitado los piojos y los había aplastado con los dientes. El sol caía y tuve que salir de inmediato, pues planeaba que Calloo y yo fuéramos de expedición.

Incluso al amparo de la oscuridad, costaba pasar inadvertido con Calloo. Le había puesto un abrigo que me quedaba bastante grande, pero a él las mangas apenas le llegaban a los codos, y el dobladillo, a medio muslo. Además, lo coroné con un viejo sombrero de ala ancha que doblé por delante para ocultarle la cara. Pesada y torpemente me siguió mientras yo navegaba por un camino de callejones rumbo a la parte oeste de la Ciudad. Me parecía evidente que en algún recoveco de esa confusa y mecanizada cabeza él había entendido casi todas mis palabras, pues cuando llegué a casa, de vuelta de la oficina, lo encontré escondido en el armario de mi dormitorio.

—Vamos a pasear —le dije entonces.

Le hablaba en voz baja mientras andábamos entre las sombras y no pude evitar contarle todo lo que me había pasado desde nuestro último encuentro. No sabía en verdad si él podría ayudarme en mis planes, pero daba igual. Era lo que más necesitaba, un compañero de conspiración, un amigo con el que urdir un complot. Por cortesía no mencioné su horrenda condición y me pareció que me lo agradecía. De vez en cuando murmuraba algo con su profunda voz mecánica, y aunque yo no siempre captaba lo que decía, trataba de contestar con un comentario razonable. Dijo mi nombre un par de veces y me volví hacia él, sonreí y le di una palmadita en el hombro.

Dudaba que la extraña vida de mi compañero durara mucho más, teniendo en cuenta que en ocasiones sus mecanismos internos chirriaban y protestaban, tanto que a veces me parecía que estaba a punto de estallar en pedazos. Entonces se detenía y se mecía hacia adelante y atrás, le relucían los ojos y de la boca abierta le salían bocanadas de humo; transcurridos un par de minutos, el incidente acababa y continuábamos nuestro camino. En realidad, Calloo no era muy distinto de los ministros de Hacienda y de Seguridad, pues su verdadero yo estaba aprisionado muy en el fondo de su ser. Lo único que lo diferenciaba de veras era que, aun en su condición, la voz que lo impulsaba era la que buscaba el paraíso.

Tardamos al menos una hora en recorrer la distancia que nos separaba de la planta de tratamiento de aguas residuales; después de haber caminado tanto me percaté de que no había comido nada en todo el día. Tenía la cabeza ligera y empecé a sentirme débil. Sabía que no podía estar sin comer, porque quizá me vería obligado a correr o luchar antes de que terminara la noche.

—¿Tienes hambre? —pregunté a Calloo.

Pensé en lo que significaba aquel gruñido.

—Iremos a la calle principal, pero, hagas lo que hagas, no hables con nadie, no mires a nadie.

Levantó la mano para rascarse la barba y un puñado de pelos se le quedó pegado en la punta de los dedos. Yo no estaba seguro de que fuera una señal de que él me entendía. Dejamos el callejón y entramos en el bulevar Quigley, pues yo sabía que en esa calle, una de las menos transitadas de la Ciudad, había algunos restaurantes.

Escogí un establecimiento pequeño que servía pastas de gomo. El hombre detrás del mostrador se mostró sumamente parlanchín, sumamente inquisitivo. ¡Qué mala suerte la mía! Él, como el barman de la otra noche, sabía quién era yo. Me dio la bienvenida y me hizo muchas preguntas acerca del territorio mientras esperaba a que unas bandejas de pastas salieran del horno.

Detrás de mí, Calloo hacía esos casi sin moverse; de vez en cuando sonaba como una bomba de agua en la que se ha atascado una piedra. El hombre detrás del mostrador me dio la espalda para comprobar el horno y entonces yo me volví a ver cómo seguía Calloo; el corpulento minero tenía uno de sus ataques en ese preciso momento. Había pocos parroquianos, quizá por miedo al demonio, pero los que comían sentados a las mesas nos miraban fijamente. Sonreí y los saludé con la mano. Cuando el humo empezó a brotar de la boca de Calloo, metí la mano en el bolsillo de mi abrigo, saqué un cigarrillo, lo encendí y se lo metí en una comisura de los labios.

—¿Se encuentra bien su amigo? —preguntó el hombre del mostrador cuando volvió a atendernos.

—Ha tomado demasiados Orejas de Rosa Dulce.

El otro hombre asintió.

—Conozco la sensación.

Apenas a tiempo, las pastas de gomo estuvieron listas y el hombre las metió en una bolsa. Entonces ocurrió algo extraño. Cuando traté de pagárselas, rechazó mis belows. Se limitó a agitar la mano en el aire, como diciendo que eran gratis, y me hizo la señal que me había hecho la mujer de la limpieza: la «O» formada por el pulgar y el dedo corazón. Cuando lo miré sorprendido, se inclinó sobre el mostrador y susurró:

—Nos veremos en Wenau.

Me quedé atónito. Retrocedí y fui a toda prisa hacia la puerta. Afuera me apoyé en la pared y procuré entender cómo era posible que ese hombre supiese algo de Wenau. Lo primero que se me ocurrió, por supuesto, fue que el Amo me había traicionado, que jugaba conmigo mientras yo ideaba y ponía en marcha mis planes, que no eran precisamente astutos. Entonces me pregunté si habría una conspiración en la Ciudad. Below me había dicho que el populacho refunfuñaba. Quizá esto explicase los lanzallamas que ahora llevaban los soldados. Repasé esta lista de posibilidades en un momento vertiginoso y recordé que había dejado a Calloo en el restaurante.

Me volví para ir a buscarlo y me lo encontré justo detrás de mí, masticando el cigarrillo. Temiendo por mis dedos, se lo quité casi todo de la boca y lo cambié por una pasta de gomo. Él siguió masticando, aunque en honor a la verdad no podría

decirse que comía. La pasta se convirtió en migajas que pronto le salieron de la boca y cayeron sobre mi viejo abrigo. Esto casi me hizo perder el apetito; no obstante, me obligué a tragar una de las pastas.

Hablé con Calloo el resto del recorrido. Le hablé de una posible conspiración contra el Amo. Hizo un sonido muy parecido a una ventosidad, y yo di por supuesto que esto quería decir que la perspectiva lo emocionaba tanto como a mí. A continuación reconocí abiertamente mi amor por Arla Beaton. Sin embargo supe que había hablado demasiado cuando mencioné al alcalde. Calloo andaba detrás de mí y oí que se detenía un segundo. Me pareció oír entonces un sollozo apagado y quise creer que si me volvía vería lágrimas en sus ojos; pero me limité a aminorar el paso y esperar a que me alcanzara.

Una ancha avenida separaba la planta de tratamiento de aguas residuales del sistema de abastecimiento de agua. Uno de los edificios era de mármol blanco, con columnata y cúpula; el otro, gris, parecía una colmena mal construida. Entrar en la colmena fue como regresar a las minas de Doralice. El hedor era penetrante y la iluminación tenue. No había guardias, aunque esto no me sorprendió, pues estaban todos muy ocupados en otra parte. Cruzamos el vestíbulo y bajamos por unos escalones de hormigón. En el primer nivel bajo tierra había un vasto lago de excremento humano que una pasarela permitía atravesar.

Hasta Calloo se tapó la nariz para no oler la tufarada que flotaba hacia arriba cuando cruzamos al otro lado de la laguna. Bajo la pasarela pasaban rodando unas gigantescas esferas de grasa blancoamarillenta. Debajo de la superficie se movían cosas, removían el mar oscuro y una que otra burbuja subía a la superficie con una pequeña explosión.

—Paraíso —me gritó Calloo.

Descendimos tramo tras tramo por los escalones de hormigón, siguiendo las aguas que se precipitaban en cascadas sobre unos grandes estanques y luego se transformaban en un río que descendía rápidamente. Tardamos bastante en bajar pues Calloo caminaba con el cuerpo muy tieso, y yo tenía que animarlo una y otra vez. Cuando llegamos al fin a una parte plana, ya nos encontrábamos a unos ochocientos metros por debajo del nivel de la calle. Advertí que el agua parecía haberse aclarado; corría alocadamente junto a nosotros y la seguimos.

Al cabo de unos minutos de caminata llegamos a un lugar donde el túnel del río se abría en una inmensa cueva de hormigón. A cien metros de nosotros, en medio de la estructura, había una burbuja de cristal transparente de un tamaño que mi imaginación era incapaz de aceptar. Me quedé allí, inmóvil, mirando lo que parecía el pisapapeles de un gigante. En el interior de la burbuja crecía un bosque, nubes flotaban en el cielo azul debajo de un sol en miniatura; pájaros exóticos volaban de árbol en árbol, y en el borde meridional me pareció ver una manada de venados verdes que se movían entre las altas hierbas ambarinas, mecidas y dobladas por una brisa sutil.

Más que nunca se me ocurrió que Below jugaba conmigo a ser Dios. Los rasgos fisonómicos de Below, que me habían preocupado porque indicaban un desmesurado orgullo, eran un fallo para los hombres pero adecuados para la divinidad que él pretendía encarnar. Por eso no le costaba utilizar la Fisiognomía, como arma de poder; cuando se miraba en el espejo no encontraba nunca ninguna discrepancia.

Reprimí mis divagaciones al descubrir, al pie del enorme pisapapeles, a unos soldados que sostenían lanzallamas. Nos encontrábamos demasiado lejos para que nos distinguieran, y además aún nos protegían las sombras del túnel. Agarré a Calloo, lo apoyé en la pared e hice otro tanto. Permanecimos quietos un momento, mientras yo intentaba decidir qué podríamos hacer. Pensé abordarlos y decirles que iba por asuntos oficiales, pero el Amo se enteraría. También consideré brevemente la posibilidad de correr hacia ellos, con la derrerger en mano, pero yo sabía bien que Calloo no correría hacia ningún sitio. Luego dejé de preocuparme, ya que oí a alguien que se acercaba por el túnel.

Saqué la derrerger y el escalpelo y susurré a Calloo que se aprestara. Miré a través de la luz tenue para ver cuántos eran. Fue entonces cuando Calloo dio un paso delante de mí y ya no vi nada.

—Perdón —susurré al minero cuando el demonio lo embistió con los cuernos por delante.

Lo repentino del asalto me aturdió y dejé caer tanto la derrerger como el escalpelo. Me quedé de piedra, observando al minero que bregaba con el monstruo. Las alas se le movieron, frenéticas, cuando Calloo trató de estrangularlo y se arrancó los cuernos del pecho; luego agarró una de las malignas puntas con una mano enorme y la quebró como si se tratara de un carámbano. El demonio chilló y las afiladas garras arañaron la yugular de Calloo, o en todo caso el lugar donde tendría que haber estado la yugular. El hombretón respondió con un martillazo en el morro del demonio y lo mandó volando contra la pared.

Detrás de mí, en la cueva de hormigón, oí a los soldados que corrían hacia el túnel. Me incliné, recogí mi derrerger y apunté. El demonio golpeó las piernas de Calloo con la cola, como un látigo, y lo echó hacia donde yo disparaba. La bala dio en la frente de Calloo; el minero cayó contra la pared y una lluvia de diminutos engranajes salió despedida de la boca abierta. Entonces el demonio se abalanzó sobre mí. Esperé con temor a que las garras me arrancasen la cara, pero antes de que me tocase, Calloo se abalanzó sobre él; cayó entre las alas y le echó las manos al cuello. El demonio se volvió para quitarse a Calloo de encima; la cola me rodeó los tobillos y me levantó. Mientras caía de espaldas disparé otra bala a la cara del monstruo.

La caída se me antojó extraordinariamente larga; yo agitaba los brazos a los lados, intentando mantener el equilibrio. Cuando el agua surgió y me envolvió, advertí que me habían arrojado al río. La corriente bajaba con asombrosa fuerza, pero levanté la mano izquierda y me aferré a un afloramiento de piedras, lo que me permitió sacar un instante la cara del agua. En ese tiempo, antes de que el túnel se

convirtiera en una explosión de disparos, oí que los soldados llegaban, gritando cosas como «¡Por el trasero de Harrow!». Oí los chillidos del demonio, me solté de la pared y me rendí al río.

Hice todo lo posible por mantener la cabeza fuera del agua, pero la corriente iba tan deprisa, me revolcaba tanto y me arrojaba tan a menudo hacia los lados y hacia el fondo que casi perdí la razón. Sentí que los rápidos me arrancaban el abrigo, que desapareció enseguida bajo la espuma. Acerté a respirar por última vez antes de golpearme la cabeza con otro afloramiento rocoso. Entonces perdí el conocimiento. Soñé que estaba muerto y que el cabo Matters de la guardia de día deslizaba mi cuerpo dentro de una tumba.

En una eternidad vacía sentí que me convertía en un montón de sal. Cuando abrí por fin los ojos, me encontré mirando un cielo azul de ensueño; soplaban un viento cálido y oí la llamada de unos pájaros en la lejanía. Me alegré de que mi muerte hubiese sido tan fácil. Estaba agotado y me dolían todos los músculos. Así, medio dormido, con la vista clavada en el cielo, pensé: Ojalá hubiese sabido que esto sería así.

Dormité un par de minutos y cuando desperté algo eclipsaba el cielo. Una tela verde pálida se removía por encima de mí. Me concentré y me di cuenta de que se trataba de un velo y que éste cubría un rostro.

—Arla.

—Sí —dijo una voz y la reconocí.

—Te amo.

Ella se echó hacia atrás, y se mostró de cuerpo entero, arrodillado sobre mí. Se acercó y le vi las hermosas manos, que se movían como un par de aves en un cielo azul. Se posaron en mi cuello y el contacto me estremeció. Estaba a punto de incorporarme, cuando los dedos de ella empezaron a apretarme la garganta.

Cuando volví a despertar, me encontré tendido en el suelo, cerca de una hoguera, debajo de una verde bóveda de hojas. La misma brisa maravillosamente cálida me envolvía y me traía los dulces perfumes de árboles en flor y de flores silvestres. Me incorporé, me apoyé en un codo y vi a Arla sentada frente a mí con un bebé en brazos. Junto a ella estaba el Viajero, también sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Al ver que me despertaba, me sonrió. Advertí que, además de los golpes y las magulladuras que me había causado el río, me dolía terriblemente el cuello.

—Arla, he venido a rescatarte —dije mientras me levantaba. La cabeza me daba vueltas y caí de espaldas otra vez.

Se rieron mientras volvía a incorporarme y sentarme con torpeza.

—Tienes suerte de no estar muerto —dijo ella con una voz fría y sin inflexiones que movió ligeramente el velo, como había ocurrido cuando soñaba con ella—. Te habría matado, pero Ea vino y me impidió estrangularte.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—De algún modo atravesaste el río hasta el falso paraíso. Te encontré en la arena de la orilla.

—Arla... —Me interrumpí para buscar las palabras que mejor presentarían mi causa. Antes de que pudiera poner en marcha un truco para que mi súplica sonara menos trivial, las palabras brotaron de repente con la fuerza del río que casi me había ahogado—. He esperado mucho tiempo el momento de pedirte perdón por lo que te hice. He sufrido mucho, pero he acertado a sobrevivir para poder llegar a ti.

—No necesitabas seguir vivo por mí. ¿Por qué he de perdonarte? ¿Por destrozarme la cara? ¿Por convertirme en un monstruo de exhibición? ¿O sólo por ser un cerdo pomposo, convencido de tu propia superioridad?

—He cambiado. Estuve en las minas de azufre. Estoy luchando subrepticamente contra el Amo para salvar vuestras vidas.

—¿Quieres que te recuerde lo que eras antes de ese milagro que mencionas?

Arla empezó a levantarse el velo.

Me apresuré a cubrirme los ojos, pero el Viajero levantó una mano y le habló a Arla.

—Algo en él me dice que ahora es diferente.

—Pero mi cara sigue siendo un arma de guerra —dijo Arla.

El Viajero tendió una mano y le tocó un hombro.

—Hasta esto lo perdonarás con el tiempo —le dijo con una voz tranquila.

Después de esto, Arla me dejó hablar. Les conté mi triste historia y cómo ahora entendía la maldad de mi conducta.

—Ahora lo único que puedo hacer es rectificar lo que he hecho.

Arla me preguntó por la suerte que habían corrido Calloo y Bataldo y quise decirle que estaban libres, que iban hacia Wenau a través de la tierra de nadie; pero el rostro velado exigía más veracidad que cualquier ojo atento. Lloró cuando le expliqué la suerte de sus gentes.

—Cuento con un tiempo limitado para que salgamos de la Ciudad —les dije—. En unos días, el Amo va a pedirme una lista de ciudadanos a los que pretende ejecutar como parte de una gala; allí revelará al pueblo esta burbuja de paraíso. Si para entonces no he tenido éxito, seré yo el ejecutado, pues no pienso entregarle ningún nombre.

El Viajero me preguntó qué tenía en mente.

Le expliqué cómo me había adentrado en la burbuja y sugerí que aunque parecía peligroso, probablemente pudiéramos salir de la misma manera.

—¡No! —exclamó Arla—. Ea está débil por haber tenido que vivir bajo este sol engañoso. El río casi te mató. Quizá él podría soportarlo, pero no el bebé.

—¿No hay otras salidas?

—La construyeron alrededor de nosotros. Es un ambiente hermético, que según dicen se basta a sí mismo. Parece un milagro que hayas encontrado una entrada. No lo habíamos pensado.

—Es un huevo a punto de abrirse —añadió Ea.

—¿Dónde aprendiste el idioma? —pregunté.

—De la mujer —dijo, y señaló a Arla.

—Es brillante, Cley. Está tan adelantado que ya no sé qué enseñarle.

—Recuerdo —dije al Viajero— que diste a Arla un mordisco de la fruta antes de salir de mi estudio.

—Sí, para preservarle la vida. De otro modo, habría muerto.

—Pensé que quizá habrían revertido los efectos de mi escalpelo.

—Eso nunca cambiará —dijo Arla.

—La fruta —continuó el Viajero— no siempre hace lo que uno espera. Ese pequeño mordisco ayudó a que ella no muriese y quemó parte de esa ambición que usted también tenía antes. Si la comiera alguien que no fuera tan inocente, habría problemas.

—¿Es verdaderamente la fruta del paraíso?

—No lo es. Hace que ocurran cosas aparentemente milagrosas, pero que son contrarias a la naturaleza e impiden que se vea lo realmente importante en la vida. Hace miles de años llegó a Wenau, donde vivía mi pueblo. Empezaron a comerla y esto provocó muchos cambios monstruosos. Las cosas buenas apartaron a la gente de la verdadera vida y las cosas malas les quitaron la esperanza. Finalmente, los ancianos comprendieron la verdad y ordenaron que se quemara el árbol en que crecía. Yo debía llevar la última fruta, buscar un lugar donde ocultarla, un lugar tan remoto que nunca nadie la encontraría. No podíamos destruirla, porque la había creado el bosque, y no teníamos derecho a sacarla del mundo. Cuando encontrara el lugar

indicado, yo tenía que ingerir una mezcla de hierbas y raíces preparada por nuestro chamán, mezcla que me induciría un sueño perpetuo, y así vigilaría la fruta para que nadie volviera a probarla.

—Pero Garland te dio un poco y luego tú hiciste lo mismo con Arla —le dije.

Ea asintió con la cabeza y sonrió.

—Habría acabado por despertarme sin la fruta. Cuando el hombre me dio un bocado, provocó cambios en mí. No tenía que darle nada a Arla, pero al verla allí en tu estudio, sentí que podía llegar a quererla. El cambio que operó en mí hizo que fuera capaz de admirarla, aun cuando fuese tan distinta de mi gente. Rompí la ley espiritual de Wenau por la promesa del amor. Soy un criminal, tanto aquí como en el Más Allá.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que estamos enamorados —manifestó Arla.

—Enamorados —repetí—. ¿En el sentido normal?

—En todos los sentidos —contestó y casi le oí la sonrisa detrás del velo.

El Viajero le tomó una mano, como lo haría un anciano con la mano de su mujer, y sentí un ramalazo de celos. ¿Cómo podrían estar enamorados?, me dije, mirándolos. Son como dos especies diferentes. Sacudí la cabeza y se me llenaron los ojos de lágrimas, pero cuando los despejé y volví a contemplar a la pareja tomada de la mano junto al fuego, observé que se había llevado a cabo una transformación.

Si bien siempre había considerado al Viajero una especie de animal humano de rasgos estrambóticos, ahora advertí que parecía tan humano como cualquier hombre que yo hubiese visto en mi vida. Era alto y de piel oscura, pero aparte de esto, en nada se distinguía de los demás. De hecho, cuando lo escudriñé, me di cuenta de que no tenía membranas entre los dedos, como yo creía, y que la nariz era eso, una nariz, en lugar de dos simples agujeros en la cara.

—Mira —dijo Ea a Arla; le soltó la mano y me señaló—. Me está viendo.

Arla lo abrazó y lo estrechó.

—Cley, si puedes salvarnos, te perdonaré. Ayúdame a llevarlo de vuelta antes de que muera. Lo amo.

—Lo intentaré.

—Tienes que idear el modo de liberarnos. Hemos golpeado el cristal con palos y piedras. Hemos tratado de cavar un túnel, pero resulta que parte de la esfera es subterránea. Ea ha buscado una grieta, un respiradero o una abertura en cada centímetro; ha tratado de soñar una salida, pero no lo ha logrado, pues está quedándose sin fuerzas.

—Más vale que me vaya —aseveré, considerando de mala gana la perspectiva de volver a nadar—. Tendréis que llevarme a donde el río sale del paraíso. No puedo nadar río arriba.

—Te lo enseñaré. —Ea se incorporó lentamente.

Yo también me levanté, me encaminé hacia Arla y le tendí la mano.

—Lo siento —le dije. Ella no aceptó mi mano, y continuó meciendo en silencio al bebé. El velo se movió y me pareció que estaba a punto de hablar, pero me di cuenta de que era la brisa la que lo movía—. Regresaré por vosotros.

Entonces abandonamos el pequeño campamento y atravesamos el falso paraíso. Por mucho que fuese un engaño, una prisión para Arla, su hijo y el Viajero, lo que Below había creado era asombroso. Nada me habría indicado, de no haberme encontrado antes fuera de la burbuja, que no andaba por uno de los bosques del Más Allá. Había toda clase de animales, aves y hasta insectos atrapados en la burbuja de vidrio. No me imaginaba cómo había fabricado el sol y las nubes. Por primera vez en treinta y cinco años, volví a preguntarme por qué el cielo era azul.

Cuando llegamos al sitio donde el río fluía por debajo de la pared de cristal, me volví hacia Ea.

—Vigilad, que regresaré.

—Te vi venir en mis sueños.

Deseaba decirle más, pero el silencio que compartimos fue suficiente. Di unos pasos hacia la orilla del río y traté de decidir si debía zambullirme de cabeza en el agua que se movía tan deprisa o si debía meterme deslizándome poco a poco. Entonces sentí en la espalda la mano de ella, que me empujaba. Salté y la corriente me arrastró. En esta ocasión, sin embargo, no di vueltas de aquí para allá; continué sintiendo esa mano en la espalda, guiándome, en tanto me alejaba rápidamente del paraíso.

Al cabo de cierto tiempo, no estoy seguro de cuánto, sentí que la corriente se detenía de repente; me encontraba ahora en aguas más extensas. Nadé hacia la superficie y vi el techo de mármol blanco y las columnas que flanqueaban la pasarela a unos pocos metros; había entrado en un depósito del sistema de aguas. ¿Cómo ocurrió? Me había movido demasiado rápido para saberlo. Nadé hacia un lado y, ayudándome con una mano, subí a la pasarela.

Si bien estaba calado hasta los huesos y de las costuras de mis zapatos salían pequeños géiseres de agua, llegué a la calle antes de que los trabajadores empezaran el día. El sol salía mientras yo huía de la entrada del sistema de aguas y corría por el primer callejón que encontré entre los que llevaban al este. Temblaba y por tercera vez lamenté la pérdida de Calloo. Lo que más me costó, sin embargo, fue aceptar el hecho de que mi sueño de ganarme el amor de Arla nunca se cumpliría.

Cuando por fin subí, casi a rastras, por las escaleras de mi apartamento, me sentía rendido, y ahora que había consumido toda mi adrenalina, la belleza me reclamaba una vez más. Me preparé una dosis aun antes de desvestirme y me clavé la jeringa en la muñeca. Mi visión empezó a emborronarse y perdí el equilibrio al tratar de quitarme el pantalón mojado. Al menos la droga violeta me proporcionó cierto calor. Ante todo necesitaba unas horas de descanso antes de dar el paso siguiente. Me acosté y caí en un sueño febril que me arrastró como el río al salir del paraíso.

Vi a Calloo y al demonio enzarzados en un combate mortal mientras los soldados disparaban los lanzallamas y envolvían a ambos enemigos en un globo de fuego. Luego sólo vi el fuego, que ardía y ardía. Cuando al fin se apagó, no quedaba nada ni del demonio ni de Calloo, salvo lo que parecía una brillante gotita de agua que cayó en el camino de cemento con un sonido agudo, como si alguien hubiera golpeado la tecla más alta de un piano. Me acerqué, recogí la gotita y descubrí que era de cristal.

Se me ocurrió que me encontraba afuera, bajo un cielo azul profundo. A la luz recién descubierta, lejos del túnel del río, vi que algo se movía en el interior del diminuto cristal; lo levanté a la altura de mis ojos y distinguí un bosque minúsculo. Entonces sopló un viento, como el aliento de alguien; alcé la vista, más allá del azul, y vi un ojo gigantesco que me observaba desde arriba, cómo a través de un distante muro de cristal.

Todo se hizo añicos y desperté de repente. Era media tarde. Fui al armario para vestirme, esperando contra toda esperanza encontrar a Calloo escondido allí, pero sólo había ropa. No me molesté en bañarme, puesto que había pasado en el agua casi toda la noche anterior. Una vez vestido, preparé tarjetas para esa velada y salí a repartirlas.

Mi primera escala fue en un café, donde compré la *Gaceta* y pedí dos tazas de calofrío para acabar de abrir los ojos. El titular rezaba: DEMONIO MATA A TRES EN LA PLANTA DE TRATAMIENTO DE AGUAS RESIDUALES. Leí el artículo y descubrí que el demonio había atacado y matado a tres guardias armados. No mencionaba los restos de Calloo, ni que hubiesen descubierto un abrigo flotando en el agua. El artículo, breve, daba pocos detalles aparte del nombre de los desafortunados. Me pregunté si Calloo seguiría vivo, trastabillando en algún sitio, con muelles saliéndole de la piel. Por alguna extraña razón, esta idea espeluznante me hizo sonreír. Me apoyé en el respaldo del sillón, bebí el calofrío y advertí que en la página tres un corto artículo anunciaba que el ministro de Hacienda se había caído accidentalmente de la ventana de su dormitorio y se había roto el cuello.

Repartí las tarjetas al azar, en el mercado al aire libre. En cuanto acabé, regresé a mi oficina, con la esperanza de dormir unas cuantas horas más antes de que llegaran los sujetos para la lectura. Acababa de acomodar mi dolorido cuerpo en el sillón, en la posición menos dolorosa, cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es?

La puerta se abrió y entró el Amo. Al cerrarse la puerta detrás de él, vislumbré varios guardias armados apostados en el pasillo. Below llevaba una bolsa de papel estraza. Parecía agotado y le temblaban las manos. Bajé las piernas del escritorio y cuadré los hombros. Él se sentó en una silla frente a mí, metió la mano en la bolsa y sacó dos tazas de calofrío. Volvió a meter la mano, extrajo un objeto brillante y lo arrojó sobre el escritorio. Reconocí de inmediato el escalpelo que había dejado caer en la planta de aguas residuales, cuando el demonio atacó a Calloo.



En un abrir y cerrar de ojos, apenas sin vacilar, recogí el escalpelo.

—¿Dónde lo habéis encontrado? —pregunté—. Hace años que no he visto uno de esta clase.

—Es un escalpelo, Cley.

—Sí, pero es un traspasador, como los de antes.

—¿No es de los que usas tú?

—Yo uso un Janus, de doble cabeza. El corte es más limpio y cuesta menos rebanar el cartílago. Pero, creedme, en manos de gentes como Flock o Muldabar Reiling, los traspasadores eran muy eficaces.

—Quiero que averigües de quién es —me ordenó el Amo con expresión escéptica.

Dejé el escalpelo en el escritorio.

—Estoy esperando a otro grupo de sujetos —expliqué—. La lista crece poco a poco. Ya he pescado una buena selección de herejes.

El Amo asintió, fatigado.

—Cley, las jaquecas... no consigo que se me pasen. Me dan más a menudo y con resultados muy raros.

—¿Qué queréis decir?

—Mis médicos piensan que como algo que las provoca o las empeora. Me han dicho que no beba calofrío, pero, por el trasero de Harrow, ¿cómo podría funcionar un hombre tan ocupado como yo sin unos pocos tragos?

—Acaso os convenga quedaros en cama un par de días.

—No tienes idea de lo que está ocurriendo. Anoche, en cierto bar del distrito manufacturero, mis soldados entraron en busca de un gladiador que se había fugado y libraron una batalla a tiros con los parroquianos. ¿Cómo es posible que esos trabajadores tengan pistolas? Mis hombres acabaron por bombardear el lugar y mataron a diez ciudadanos. Luego se metieron entre las ruinas y liquidaron al resto. Esto es malo. Hay en el pueblo un malestar y un desagrado de los que ni siquiera yo era consciente. —Calló un momento y sacudió la cabeza—. Las cosas se están desmoronando.

—Tal vez no debáis beber ese calofrío —sugerí en mi mejor tono de compasión. En realidad Below me parecía bastante lastimoso y débil allí sentado, pero las noticias que me daba sólo podían alegrarme.

—No. Lo he traído para beberlo delante de ti y enseñarte los efectos que tienen en mí las jaquecas. Necesito tu ayuda, Cley. No confío en nadie.

—Haré todo lo que pueda.

Esbozó una sonrisa débil; luego tomó uno de los vasos de cartón y lo destapó. Se lo llevó a los labios y lo apuró en escasos segundos.

—Es la fruta blanca. Necesito algo que revierta el cambio que ha operado en mí —dijo dejando el vaso sobre mi escritorio.

—¿A qué cambio os referís?

—Espera. Es imposible no verlo.

—¿Habéis dicho que un gladiador se ha fugado?

—Uno de esos infelices que luchan en las plazas. Me imagino que no llegará a ser un problema grave, pero en este momento hay demasiadas posibilidades aleatorias allí fuera.

—Tiene que ser difícil para vos.

—Es un oficio solitario, el de Amo. —Volvió la cabeza y miró por la ventana—. De todos modos, no puedo renunciar. Me da igual que tenga que matar hasta el último ciudadano... no me van a quitar mi Ciudad. Mi vida entera ha sido la Ciudad Bien Construida. Yo soy esta Ciudad, más allá de la retórica. Cada centímetro de coral, cada vidrio es un recuerdo, una teoría, una idea. Mi mentor, Scarfinati, me enseñó cómo convertir los fantasmas de lo abstracto en imaginería concreta, pero yo lo superé y convertí la imaginería en realidad. Esas calles, estos edificios son la historia de mi corazón y de mi mente.

Asentí moviendo la cabeza.

Hizo una mueca, pero el dolor invisible no le impidió proseguir.

—Mis problemas empezaron cuando traté de convertir al pueblo en una ecuación magnífica cuya suma sería la perfección. En lugar de esto, se ha convertido en un virus que me nubla los ojos. La simplicidad más ignorante corroe mi complejidad. Se precisa orden a fin de restablecer cierta viabilidad en el mecanismo de mi genio, del mismo modo que empleé la Fisiognomía para neutralizar el caos de la religión abstracta, la enfermedad de la fe.

Me miró como si ahora todo estuviera muy claro.

—Os ayudaré —fue lo único que acerté a decir, pues la cabeza me daba vueltas.

—Lo sé. Es por eso que te he traído. En tu ausencia me di cuenta de que eras realmente el único que alcanzaba a captar la inmensidad de mi visión.

—Vuestro genio me supera.

—En algún momento, a alguien se le ha ocurrido la estúpida idea de que una ciudad es sus habitantes en lugar de sus magníficas estructuras.

—Insensato.

El Amo se inclinó y se llevó las manos a la cabeza. El rostro angustiado se le convirtió en algo que parecía un puño.

—Observa —me dijo mientras se inclinaba hacia adelante.

Luego, como si un merodeador invisible le hubiera golpeado la cara, se echó para atrás en la silla. Hubo un momento en que el aire del cuarto se hizo pesado y

enseguida se oyó un chisporroteo. El cristal de la ventana estalló ruidosamente hacia afuera.

Salté de mi asiento y retrocedí hacia la pared. El Amo separó las manos de la cabeza y me echó una ojeada. En la cara pálida le apareció una sonrisa.

—Se ha acabado, Cley, ya puedes sentarte.

Lo obedecí.

—El otro día sufrí un episodio tan severo que el poder, o lo que sea, hizo estallar la cabeza de una de las estatuas azules, las que están en el pasillo. Cada vez es más fuerte.

—Descansad, Amo, por favor. Tenéis que descansar. Echaos, dejad que vuestros ministros administren la Ciudad unos pocos días.

—Cley, aprecio tu preocupación, pero esos burros no conseguirían que un carro chocara contra una pared de ladrillos. Equivaldría a poner mi vida en manos de un niño retrasado mental. Me iría mejor si entregara el mando a los demonios.

—¿Qué puedo hacer yo? —pregunté.

—Averigua cuál de tus ilustres colegas utiliza un escalpelo como éste —señaló el del escritorio—, y no te ocultes. Lo que necesito es poder confiar en ti. Podré dominar la situación si tengo en quien hacer rebotar mis ideas.

Tuve que ayudarlo a ponerse de pie cuando estuvo listo para marcharse. Lo guíé rumbo a la puerta y él puso su mano sobre la mía, que le sostenía el codo.

—Gracias —dijo, y esta palabra me afectó tanto como la jaqueca había afectado la ventana.

—Mandaré a alguien a reparar tu ventana —añadió entre risas. Ya en el pasillo, se enderezó cuan alto era—. Vamos, pasmarotes —ordenó a los soldados, quienes lo rodearon cuando bajó por la escalera y salió a la calle.

Despaché precipitadamente las lecturas de esa tarde. Quería regresar a mi apartamento y acostarme enseguida. Me sentía casi como el Amo. Andando por las calles de la Ciudad, esa noche, pensé en Below y hasta lo compadecí. A mi alrededor se acumulaban las cosas increíbles que él había creado: las luces, las espiras, el comercio incesante. Había construido una esfera de cristal y ahora empezaba a darse cuenta, vagamente, de que era una trampa. En mi caso, la esfera había sido mi posición exaltada de Fisiognomista de Primera. Me había protegido bastante tiempo, pero también me había cegado al resto de la vida. Ahora advertía que las cosas cambiarían y esto me pareció asombroso; sin embargo, por algún extraño motivo, la idea me causaba también cierta tristeza. Con todo, sabía que si era necesario, mataría a Below para salvar a Arla, Ea y el niño. Como Moissac, el foliado, dejaría una semilla y esta semilla sería esta familia.

Pasé parte de las dos mañanas siguientes revisando documentos oficiales en el ministerio de Información. Pretendía encontrar el diseño de una esfera de cristal en

los primeros escritos del Amo. Aunque todo lo que él sabía lo había aprendido con un extraño sistema de memorización, algunas de las obras las había consignado en planos esquemáticos para que los ingenieros las aplicaran. Me costaba creer que una creación tan ingeniosa como el paraíso falso fuese obra de un momento de pensamiento libre. No había nada en la colección de papeles que se asemejara a lo que había visto esa noche debajo de la planta de aguas residuales, aunque vi notas sobre toda clase de exóticos inventos, algunos de los cuales se habían adaptado ya; había otros que sin duda estarían todavía en proceso de adaptación en el distrito manufacturero. Ver la prueba escrita de todas las brillantes teorías y reflexiones del Amo resultó sobrecogedor, aunque también me dio la impresión de que eran, en cierto sentido, menos que humanas. Diríase que el Amo no podía estarse quieto y jugueteaba con la naturaleza.

Me pareció que nadie se había molestado mucho en revisar esos documentos, ya que estaban amarillentos y mal archivados, y que al sacarlos no derramaban una fina lluvia de polvo, sino unas bolas de pelusa. También advertí, mientras permanecía en esa cámara de paredes húmedas, que una especie de insecto alado había decidido establecerse entre los sueños enmohecidos del gran Drachton Below. Cuando se acabaron los embotellamientos del tránsito en las primeras horas de la mañana, y ya no se oían ni pasos ni ruido de ruedas de carruaje, estos intrusos de seis patas rompían a chirriar en un coro que a menudo me volvía loco. Así pues, en resumidas cuentas, había desperdiciado el tiempo que estuve allá abajo.

Me costaba creer que yo hubiese estado casi sin moverme dos días enteros. Desde luego: había llevado a cabo mis tareas oficiales y había recorrido la ciudad de noche, en carruaje, en busca de Calloo. Pero lo que más deseaba era volver con Arla y Ea para anunciarles que eran libres, aunque correría demasiado peligro si los visitaba sin un plan concreto de fuga. Me había jurado que cuando volviera me los llevaría conmigo. Anhelaba tener más tiempo, algo que empezaba a necesitar, pues faltaba ya menos de una semana para las ejecuciones.

Mi siguiente gran idea fue un obsequio de la belleza. Andaba en carruaje por la Ciudad, la noche después de haber renunciado a seguir investigando en el ministerio de Información, y miraba por la ventanilla en todas las sombrías entradas y hasta donde llegaba mi vista en los callejones. Había dado instrucciones al cochero de que fuera despacio y se mantuviera alerta por si veía a un hombre corpulento que se movía muy lentamente.

Ese día aún no había podido inyectarme, y los síntomas de la abstinencia eran peores que de costumbre. De modo que allí mismo, en el carruaje, me inyecté una ampollita entera y me puse a pensar, apoyado en el respaldo del asiento. En mi mente, como desde lejos, vislumbré la burbuja de cristal del falso paraíso y me pregunté cómo la habrían armado. Según Arla, la habían construido alrededor de ellos dos.

Si no la habían soplado, como un cuenco de cristal, entonces tuvieron que construirla encajando piezas unas en otras, y esto significaba que en algún lugar habría una junta. Mi mente se quedaba en blanco cuando intentaba imaginar los planos, pero en mi ensoñación observé a unos hombres que trabajaban allá en la lejanía, como una colonia de hormigas pululando sobre un huevo.

Golpeé el techo del carruaje y el cochero me contestó.

—Diga usted, señoría.

—Llévame al sur del parque, a la residencia del ingeniero Deemer. ¿Sabes dónde se encuentra?

—Muy bien, señoría.

Pierce Deemer había sido el ingeniero jefe del Amo durante los años que duró la construcción de la Ciudad. En opinión de alguna gente, era tan brillante como el mismísimo Amo. Ahora, ya viejo, seguía trabajando activamente en proyectos municipales. Yo sabía que tenía hijos y que éstos, a su vez, tenían hijos, y contaba con que él los quisiera.

Era un hombre enjuto y fuerte, de aspecto severo y corto cabello blanco. Me dejó entrar en la casa, aunque mi presencia no le agradó. Fuimos a su estudio, una estancia reducida y cómoda con un tablero de dibujo y estanterías repletas de libros en todas las paredes. Era un personaje poderoso, pero aun así yo tenía autoridad para detenerlo y leerlo, a él o a cualquier miembro de su familia. Sin timidez fui directamente al grano.

—Necesito información —le dije al sentarme en uno de los mullidos sillones delante de su escritorio.

—Todos necesitan información —contestó con sarcasmo.

Saqué un puñado de tarjetas de citas y las dejé caer sobre el escritorio.

—Repártelas entre tus nietos. Espero, por ellos mismos, que sean excelentes especímenes fisiognómicos. ¿Te has enterado de lo que el Amo tiene planeado hacer en el parque, dentro de unos días?

Clavó la vista en las tarjetas y al cabo de un rato asintió con la cabeza.

—¿Me estás amenazando, Cley?

—Las cabezas les estallarán como uvas. Imagínate a todos esos niños rubios, estallando para mayor gloria del reino. Sería todo un espectáculo.

—Se lo diré al Amo.

—Muy bien —repliqué, y me puse de pie, dispuesto a marcharme.

—Espera —me gritó en el momento en que yo trasponía la puerta.

Me volví y regresé al escritorio.

—La esfera de cristal que aloja ese falso paraíso, ¿cómo la construisteis?

—¿La conoces? Se supone que es un secreto.

Saqué otra tarjeta y la eché sobre el escritorio.

—Que tu mujer venga también a mi oficina.

—No se construyó —me dijo—. El cristal crece. El Amo lo hizo crecer en un molde elíptico hecho de una sustancia que él inventó y que con el tiempo se convierte en oxígeno puro. Echaron la solución en el molde, el cristal creció y el molde se desintegró. Un proceso muy rápido.

—¿Hay entradas o salidas?

Deemer sacudió la cabeza.

—¿Puede romperse?

—Lo probamos con lanzallamas, balas, granadas de mano. Ni siquiera le dejaron un rasguño. Pero ¿por qué quieres saberlo?

—Es un secreto.

—¿Lo ha sancionado el Amo?

—No. Si se entera de mi visita, puedes estar seguro de que tu linaje se recortará.

—Eres uno de los nuestros, ¿no es así? —preguntó, levantó una mano y me mostró una «O».

Asentí con la cabeza y también hice una «O».

Me sonrió y me acompañó a la puerta.

—Si se me ocurre algo, te lo haré saber.

Mientras me alejaba del parque me sentí mal por haberle revelado mi posición. Sólo podía esperar que de veras fuera parte de lo que parecía una conspiración de toda la Ciudad. Estos aliados desconocidos podrían ser mi última y única salvación, pensé. Sin embargo, las cosas del reino rara vez eran lo que parecían. Camino de regreso a mi apartamento, seguí buscando a la única criatura en quien podía confiar de verdad: un gigante que funcionaba con engranajes y que tenía un pinchazo del paraíso en la cabeza.

Un huevo a punto de abrirse, fue la descripción que hizo el Viajero de la esfera. En mi mente golpeé el huevo con un martillo, le di un puntapié con mi bota, pasé por encima con la rueda de un carruaje, y me senté en él como una gallina, todo en vano.

Finalmente, por segunda vez en esa noche, cedí al consuelo de la belleza. El cabo Matters de la guardia diurna apareció en mi dormitorio, golpeando un huevo de cristal con el bastón. Cuando al fin se quedó casi sin fuerzas, arrojó los dados a los pies de mi cama y anunció:

—Cero.

La conspiración es real, me dije al salir a la calle a la mañana siguiente y ver que la Cima de la Ciudad ya no tenía cima. La larga columna del ascensor que llevaba al restaurante abovedado ya no terminaba en una punta. La cúpula había desaparecido del todo y del agujero abierto salía humo. Detuve al primer hombre que pasó a mi lado y le pregunté qué había ocurrido.

—Una explosión, anoche —me explicó—. Allí y en el ministerio de Seguridad... volaron un ala entera.

—¿Quién es el responsable?

—Dicen que unas fuerzas malévolas trabajan en la Ciudad Bien Construida.

Le agradecí la información y me encaminé de prisa al café donde compré la *Gaceta*, DOS EXPLOSIONES SACUDEN LA CIUDAD rezaba el titular. El artículo informaba de la pérdida de vidas, considerable en ambos casos, y señalaba que el Amo ofrecía una recompensa de cien mil belows por cualquier información que llevara a la detención de los terroristas.

La situación se estaba caldeando. Al parecer, las gentes de la «O» no habían esperado a que yo actuara. Supuse que les habían hablado de las inminentes ejecuciones que se llevarían a cabo en unos días en el parque Memorial y reaccionaban con violencia. O acaso estaban vengándose del asalto a los parroquianos del bar la otra noche.

Apenas había empezado mi primer vaso de calofrío, cuando un carruaje se detuvo delante del café. El conductor bajó y se acercó a mí.

—Hay una reunión urgente de ministros esta mañana, señoría, y el Amo solicita su presencia.

—Muy bien.

Pagué el calofrío, recogí mi vaso de cartón y una servilleta, y lo acompañé al carruaje.

La reunión iba a celebrarse en el despacho del Amo en el ministerio del Poder Benevolente. Al atravesar la ciudad pasamos frente al ministerio de Seguridad, donde observé las consecuencias de la destructora explosión. El ala oeste entera no era ya sino un montón de escombros: el coral rosa se había desmigajado como pan seco. De entre los restos sobresalían brazos, piernas, tubos y trozos de cristal. Unos soldados con armadura antidisturbios patrullaban la zona acordonada.

Esto ya no es juego de niños, pensé.

Doblamos en la esquina de lo que quedaba del edificio y seguimos nuestro camino rumbo al norte de la Ciudad, hacia las oficinas del Amo. Acabé mi bebida y me sequé la boca con la servilleta. Vi de soslayo lo que me parecieron unas palabras. Subí el papel a la altura de mis ojos y descubrí una nota escrita en un lado. «*Cley* —

rezaba—, *es más difícil romper un huevo desde fuera que desde dentro. Si quieres averiguar más, ven esta tarde a las ocho al Gusano de Tierra en el oeste de la ciudad. P. D».*

Arrugué la servilleta y me acordé de echarla a la basura antes de entrar en el ministerio. Mientras subía en el ascensor, me pregunté si el mensaje era realmente de Pierce Deemer o si se trataba de un truco y ocultaba una trampa. Ir a la cita sería muy arriesgado, sobre todo en vista de las recientes explosiones, pero era una ocasión que no podía dejar pasar.

Andando por el pasillo hacia la oficina, me decepcionó ver que la cabeza que había sucumbido a la extraña aflicción del Amo era la de Arden: allí estaba, como siempre, con el espejo, pero ahora el cuerpo le acababa en los hombros. La visión me recordó a Mantakis y su mujer, y lo último que pensé antes de entrar en el despacho del Amo fue en ellos abrazados en un charco de sangre en el vestíbulo del hotel Skree.

Los ministros estaban de pie en un semicírculo delante del escritorio del Amo. Al verme, Winsome Graves, ministro de Seguridad, comentó:

—Creí que esta reunión era sólo para ministros.

—Cierra el pico —le ordenó Below.

—Disculpad mi retraso —dije. El Amo se limitó a asentir con la cabeza y a decirme que me pusiera al lado de los demás.

Parecía más agotado y tenso que nunca.

—Tenemos una crisis en nuestras manos, caballeros. Sin duda estáis ya enterados de las explosiones que anoche destrozaron mi Ciudad. —Todos asintieron con la cabeza—. Tenemos una conspiración entre manos —prosiguió Below—. Quiero que actuéis. Quiero que me traigáis la cabeza de los culpables a más tardar, mañana por la mañana a estas horas; de lo contrario, os quedaréis sin puesto y en una muy precaria situación. ¿Entendido? —Todos asintieron con la cabeza—. Ministro Graves, da un paso al frente.

Graves se enderezó al estilo militar y dio un paso hacia delante, a la vez que saludaba al Amo.

Below abrió el cajón de su escritorio y sacó una pistola. Casi ni apuntó antes de apretar el gatillo. Graves cayó sobre la alfombra, como un árbol talado. El disparo le había borrado la cara. La sangre cubría las chaquetas de los ministros más próximos.

—Uno de vosotros cada día, hasta que este asunto se haya resuelto —declaró el Amo.

Advertí que un charco amarillo crecía debajo del nuevo ministro de las Artes. Los otros, visiblemente alterados, asintieron con la cabeza, dijeron que sí, alabaron el reino y permanecieron quietos, mirando a Below que también los miraba.

—Andando —gritó y disparó hacia el techo—. Sacad esa mierda y echadla en el vertedero —añadió, indicando el cuerpo de Graves.

La burocracia de la Ciudad Bien Construida nunca había sido tan rápida. En cuanto se marcharon, Below me indicó que acercara una silla, cosa que hice, tratando de mantenerla alejada de los restos de sangre y materia gris.

—He oído hablar de esas dos explosiones, Amo —le dije—. ¿De quién sospecháis?

—Sé muy bien quién fue, Cley —declaró mientras volvía a guardar la pistola en el cajón.

—Pero ¿quién?

—Yo mismo. Estuve despierto toda la noche con jaquecas que parecían ataques. Créeme, sea lo que sea que me haya metido, esa fruta tiene alguna clase de conciencia. Está decidida a destruir mi Ciudad. Desde la ventana de mi dormitorio alcanzo a ver casi todo el horizonte. Empecé a tener uno de los ataques y luego en mi mente apareció uno de los edificios que diseñé con tanto cariño hace tantos años. Casi enseguida los ojos se me cerraron con tanta fuerza que llegaron a dolerme, y de pronto oí una explosión. Al cabo de un momento abrí los ojos y vi que el edificio estaba en ruinas y que de los escombros salían llamas. Ni siquiera mencionaré los daños que provocó en mi residencia. Mi sirviente personal es ahora un millón de motas de carne, desperdigadas por el salón de baile de mi palacio.

—¿Hay esperanza de encontrar una cura?

—Mis investigadores están trabajando con algo derivado de las hojas de un árbol. Crece en el sitio donde planté las semillas. Ha empezado a florecer y esperamos que la savia contrarreste los efectos de la fruta. Pero todavía falta un día para que tenga ese suero a mano.

—¿Por qué les habéis dicho que se trataba de una conspiración?

—¿Qué iba a decirles, si no? ¿Que el Amo está destruyendo sistemáticamente la Ciudad?

Asentí con la cabeza.

—Me está matando, Cley. Lo siento en mi interior, tramando mi muerte. Aquí, en mis venas, es donde se encuentra la conspiración. —Sacudió la cabeza con lo que pareció auténtica tristeza—. ¿Sabes?, había una sala en el ministerio de Seguridad... quizá la recuerdes... El techo era de hojalata con un pelícano repujado. Ese diseño fue un sistema mnemónico para recordar la cara de mi hermana, que murió cuando yo contaba diez años de edad. Ahora, después de lo de anoche, ya no la veo. En la Ciudad que está detrás de mis ojos han destruido también esa sala.

En ese preciso momento, otro ataque hizo que se echara hacia atrás violentamente. Se tomó la cabeza entre las manos y gritó:

—Aquí viene. Ve a la ventana, Cley. El ministerio de Educación. Van a asaltarlo por la entrada trasera.

Las palabras del Amo se convirtieron en un prolongado gruñido.

Desde la ventana contemplé cómo la parte trasera del edificio que había mencionado el Amo se transformaba en un pilar de humo, y unos añicos de vidrio y

bloques de coral salían disparados antes de caer como una lluvia sobre las calles. Oí además cómo estallaban las cabezas de espira azul en el pasillo; a mi izquierda, un estante de la biblioteca se agrietó y se astilló, y un alud de volúmenes se precipitó hacia el suelo.

Me volví a mirar al Amo, que ahora se encontraba empapado en sudor y respiraba con dificultad.

—Ya estoy bien —me informó con voz débil—. Prepárame una jeringa, ¿quieres?

Le preparé una dosis de belleza. Blandió la jeringa y se la clavó en la vena de la sien izquierda. Al extraerla soltó un suspiro de alivio.

—Mi hermosa belleza es lo único que me calma el dolor.

—¿Qué más puedo hacer? —pregunté.

—Nada. Sólo quería contárselo a alguien a quien le importase. Mantén los ojos y los oídos abiertos por mí, Cley. Ésta es una época muy peligrosa, y yo no me siento bien.

—Contad conmigo.

Ese día no entregué tarjetas de citas. Sabía que tendría que actuar antes de que concluyese el día siguiente, de lo contrario quizá no quedara nada de ninguno de nosotros. Las calles estaban alborotadas; los trabajadores de rescate corrían hacia el ministerio de Educación y los ciudadanos huían en todas direcciones. Para mantener la paz, unos soldados apuntaban los lanzallamas sobre multitudes que amenazaban con aplastarse mutuamente en una estampida. Regresé a mi apartamento, me inyecté y me eché en la cama, a pensar. En algún sitio, en el largo sueño provocado por la belleza, oí otra explosión y me bajé de la cama torpemente y fui a mirar por la ventana. La academia de Fisiognomía estaba ardiendo. Sonreí y me acosté un rato más.

En cuanto llegó la noche, me levanté y me vestí. Las calles estaban más tranquilas, aunque todavía quedaba el olor a humo. Fui por el mismo camino que había seguido con Calloo hacia la parte oeste de la Ciudad. Recordaba el Gusano de Tierra, un sucio tugurio de mi época estudiantil. Yo nunca había estado allí, pero conocía a muchos que lo visitaban con frecuencia. Anduve entre sombras, tan lejos como pude de las calles principales.

A unas manzanas de la taberna me pareció oír que me seguían. Miré por encima del hombro pero no vi nada. Puesto que no se sabía por dónde andaba el demonio, ni si estaba vivo o muerto, estaba un poco asustado, ya que no llevaba mi querida derringer. Apreté el paso y no me volví, aunque todavía me parecía oír que alguien me seguía desde lejos.

El Gusano de Tierra era un pequeño local desvencijado. No tenía más luz que la de unas cuantas velas y un anuncio iluminado de Bahía Pelic sobre el espejo detrás de la barra. Tres parroquianos bebían tranquilamente, apoyados en la astillada madera del mostrador. El barman dormitaba en un taburete, debajo de un anuncio de

Schrimley. En el fondo, a través de las sombras, vi el cabello blanco de Deemer, sentado a la última mesa, inclinado sobre una copa de vino.

Me acerqué y me senté delante de él. No levantó la cabeza. Carraspeé para llamarle la atención, pero no se movió. Creí que se había dormido mientras me esperaba; me incliné y le toqué el hombro. En ese momento vi el agujero de una bala en la camisa de Deemer, medio oculto por el abrigo. Casi simultáneamente vi mi derringier sobre la mesa, junto a una copa. Detrás de mí, tres taburetes rasparon el suelo en tanto los hombres se ponían de pie.

Me volví y observé a dos soldados apuntándome al corazón con sendos rifles. El Amo estaba entre ellos, formando una «O» con el pulgar y el dedo corazón.

—Últimamente, han sacado cosas extrañas del estanque de contención, en el sistema de abastecimiento de agua, Cley. Además de esa derringier, también encontraron un abrigo que me pareció muy familiar.

—Puedo explicarlo.

Below alzó una mano.

—Confíaba en ti, Cley. Dejé que te acercaras a mí y me traicionaste igual que los demás. Cuando me trajeron la pistola y el abrigo, empecé a investigar tus movimientos. Al parecer, habías visitado al ingeniero anoche, de modo que mis hombres lo visitaron esta tarde. Mi cabeza destruyó la habitación del ingeniero, pero no antes de que encontráramos escritos revolucionarios. Mandé ejecutar a toda la familia allí mismo.

Eché una ojeada a la barra y descubrí que el barman también estaba muerto.

—Podéis matarme —declaré—, pero al menos moriré sabiendo que vos y esta Ciudad no tardaréis en seguirme.

—Se acabaron las vacaciones en Doralice para ti. Creo que te inflaremos la cabeza, simplemente.

—¿Fue sólo por la derringier? —pregunté—. ¿O me descubristeis desde un principio?

—Me pareció bastante extraño que nunca preguntaras por la chica. No quería creer que ocultabas algo, pero cuando hoy me trajeron el abrigo y la pistola, comprendí la verdad. ¿Qué planeabas?

—No iba contra vos, sólo quería liberar a la chica.

—Una pena. Sacadlo fuera —ordenó a los soldados.

Me agarraron por los brazos. Mientras íbamos hacia la puerta, Below se llevó las manos a la cabeza. Creí que iba a tener otro ataque, pero se le pasó y continuamos andando.

En la calle nos aguardaba un carruaje.

—A la cámara de ejecuciones —gritó Below al cochero.

Los soldados me llevaron al carruaje y uno abrió la portezuela. Cuando ésta se movió sobre los goznes, algo saltó y le golpeó la cara con tanta fuerza que el hombre tuvo que soltarme el brazo. El otro soldado levantó el arma, y yo me eché al suelo.

Acertó a disparar una salva, pero cuando volvió a apuntar, Calloo, o algo parecido a Calloo, gravemente quemado y con muelles y tornillos a la vista, se abalanzó sobre él, lo tomó por el cuello y se lo torció con la misma facilidad con que había arrancado el cuerno del demonio. Below estaba sacando una pistola del cinturón, pero el enorme puño de Calloo, más rápido, lo golpeó directamente en la cara y lo hizo caer.

Me levanté de un salto y fui al frente del carruaje para ocuparme del cochero antes de que pudiera escapar, pero pronto advertí que su condición era la misma que la de Deemer. Calloo se aproximó a mí por detrás y me puso una mano en el hombro. Los engranajes interiores eran una cacofonía de chirridos que yo apenas oía por encima del alarmante zumbido de una máquina sobrecargada. Se le había chamuscado una buena parte de la mano, y el lado izquierdo y la cara y el brazo. Tenía un par de agujeros de bala, pero creo que me sonrió. De la garganta le salió una especie de graznido que interpreté como un saludo.

Antes de encerrar a Calloo en la cabina del carruaje, le rogué que no matara a Below, que sólo se había quedado sin conocimiento. Subí al asiento del cochero y de un empujón tiré su cuerpo sin vida a la calle. Desenfundé el látigo y lo hice restallar por encima de las cabezas de los caballos. En cuanto éstos salieron disparados me di cuenta de que no tenía la menor idea de cómo conducir el vehículo. Tiré de las riendas, tratando de que aminoraran el paso, pero parecía que se habían tomado demasiado a pecho mi orden inicial. Doblamos varias esquinas sobre dos ruedas y rozamos la parte trasera contra una farola, aunque al cabo de unas manzanas acerté a que fueran a un trote moderado.

Al calor de los sucesos que habían transcurrido con tanta rapidez, había imaginado un plan, o acaso tendría que decir que un plan saltó a mi mente. Seguí conduciendo y busqué el lugar donde Calloo y yo nos habíamos detenido a comer las pastas de gomo, la noche en que descubrimos la esfera de cristal. Tuve que esforzarme para detener a los cuatro caballos frente al pequeño edificio. En cuanto comprobé que no se irían sin mí, me bajé del asiento, crucé la acera y abrí la puerta.

Tuve suerte, porque el mismo hombre, un miembro de la conspiración de la «O», se encontraba detrás del mostrador.

—Saludos, Cley —me dijo y me hizo la señal.

Me incliné sobre el mostrador y lo agarré del cuello de la camisa.

—Escucha, necesito diez tazas de calofrío, para llevar. —Eché un vistazo alrededor y vi que había varios parroquianos sentados a las mesas. Me volví hacia el hombre del mostrador, cuya camisa no había soltado—. Di a tus gentes que he secuestrado a Below, que si tienen intención de actuar, ésta es la noche. ¿Me entiendes?

El hombre asintió y lo solté. Puso manos a la obra: llenó los vasos, los tapó y los metió ordenadamente en una caja de cartón. De nuevo, no quiso cobrarme.

—Nos vemos en Wenau —me gritó cuando salí. Oí que los parroquianos lo acompañaban con un coro de «Wenau».

Subí nuevamente al carruaje, coloqué la caja a mi lado y partimos como un relámpago. Diríase que los caballos eran parte de la conspiración, porque casi parecían saber que iba a la planta de aguas residuales. Al cabo de unos minutos doblamos en una esquina y ante mi vista apareció el edificio de mármol blanco del sistema de abastecimiento de agua. Giré hacia la izquierda de la calle y paré el carruaje frente a la colmena gris.

Nada más detenernos, Calloo salió de la cabina cargando a Below a cuestas. Me bajé y me reuní con él. Tras recuperar la caja con los vasos, alcé el látigo y lo hice

restallar sobre las cabezas de los caballos; echaron a trotar calle abajo seguidos por el carruaje.

Entramos en el edificio y seguimos la misma ruta que la primera vez. Si Calloo era lento antes, ahora los estropeados engranajes lo hacían andar dando bandazos y a paso de tortuga. Me pareció que tardábamos siglos en bajar al sitio donde el túnel del río estaba al nivel del suelo, pero no podía hacer otra cosa que aminorar el paso y esperar a que Calloo me alcanzara. No podía quejarme; me había salvado la vida tantas veces que había perdido la cuenta.

Seguimos el túnel hasta justo antes del punto en que se abría en la cueva de hormigón que contenía el falso paraíso. Señalé a mi amigo que depositara al Amo en el suelo. Medio lo bajó, medio lo dejó caer, dejándolo sentado y apoyado en la pared. Me arrodillé y empecé a abofetearlo para que se reanimase. Por suerte el veneno de la fruta lo había debilitado, pues de lo contrario ya habría escapado utilizando algún arte mágico.

Tras unas cuantas bofetadas y sacudidas, empezó a volver en sí. En cuanto vi que abría los ojos, quité la tapa del primer vaso de calofrío y le eché el líquido por la garganta. Se bebió la mitad antes de que me detuviera, por miedo a asfixiarlo. Cuando traté de darle la otra mitad ya se había recuperado y escupió el calofrío, salpicándome.

—No te saldrás con la tuya, Cley. Mis hombres se encuentran a la vuelta de la esquina. Con sólo gritar, vendrán corriendo —dijo, jadeando.

—En cuanto hagas un solo ruido, mi amigo aquí te meterá el zapato en la boca. Si quieres vivir, beberás. Tendrás que tomar mucho calofrío antes de que prosigamos.

—Lo siento, me lo han prohibido mis médicos —comentó con una carcajada; cerró los labios con fuerza y se negó a abrirlos.

Calloo observaba la escena con expresión plácida, sin dejar de zumbar y resollar. Supongo que captaba parte de lo que ocurría, porque levantó la pierna y dio al Amo un puntapié en el estómago; aunque no muy fuerte bastó para que la mandíbula del Amo se desencajara y dejara un hueco por donde meter el calofrío. Conseguí hacerle tragar otros dos vasos, antes de que volviera a forcejear. Calloo lo golpeó con la bota y repetimos el mismo procedimiento. Finalmente, el Amo aceptó, de mala gana, y se tomó obedientemente los últimos vasos.

Cuando acabé de alimentarlo a la fuerza, el Amo me preguntó:

—¿Cuál es tu plan? ¿Atibórrame de calofrío y dejarme en este túnel?

—No. Necesito que rompas un huevo para mí —dije, y pedí a Calloo que lo pusiera de pie, cosa que el minero hizo con la misma facilidad que un oso levantando a su cría.

—Ingenioso —dijo Below.

—¿Crees que funcionará?

—Me temo que no lo sabrás nunca, puesto que tú y este enorme desecho no seréis más que un puñado de cenizas en unos pocos minutos.

—Eres libre de tener una jaqueca en cualquier momento.

Calloo apretó fuertemente la nuca de Below mientras recorríamos los últimos metros que nos separaban del lugar donde el túnel se convertía en cámara. Oteé las sombras y vi a los soldados, cuatro, que montaban guardia en la base de la esfera. El falso paraíso volvió a maravillarme.

Deseé haber traído con nosotros los rifles de los soldados que habían asaltado el Gusano de Tierra; teníamos que acercarnos aún más a la esfera sin que estos guardias nos molestasen.

—¿Cómo hiciste ese sol? —susurré al Amo.

Iba a responder, pero las palabras se le convirtieron en un grito de auténtico dolor. Al principio creí que Calloo le apretaba demasiado el cuello, pero no tardé en advertir que el calofrío empezaba a actuar. Vi también que los soldados lo habían oído y venían a ver qué pasaba. Tuve la espeluznante sensación de haber asistido a esta escena mucho tiempo antes y me quedé petrificado de miedo.

—Allí va el ministerio de Hacienda —gruñó Below.

Sentí que un temblor recorría el túnel, acompañado por el sonido muy distante de una explosión; casi enseguida, a unos metros detrás de nosotros, la pared del túnel voló en pedazos. La fuerza de la explosión casi me arrojó de nuevo al río. En cuanto pude miré hacia los soldados y descubrí que habían dejado de avanzar y trataban de entender lo que ocurría.

—¡Aquí! —gritó Below.

Lo oyeron y echaron a andar de inmediato.

Me dispuse a salir de las sombras y abalanzarme sobre ellos. No sabía de qué serviría, pero se me ocurrió que entre tanta confusión quizá lograra someter al menos a uno. Recé por que a Calloo le quedara energía suficiente para unos cuantos asaltos más.

Al mirar hacia atrás, vi que el Amo hacía otra mueca de dolor y volvía a llevarse las manos a la cabeza.

—No, mi palacio no —gruñó.

Sentimos otro temblor, oímos otra explosión, y al cabo de un momento el suelo de la cueva se abrió y soltó unos géiseres verticales de vapor y piedras. No bastó para matar a los soldados, pero sí para espantarlos. Desaparecieron muy pronto, huyendo al otro lado de la esfera de cristal.

En cuanto los perdimos de vista, indiqué a Calloo que me trajera a Below. Nos abrimos paso por entre los accidentes del suelo de hormigón, sorteando cráteres y cuidándonos de los escombros que caían. Hubo dos explosiones más antes de que nos acercáramos a la base de la maravillosa estructura. El Amo perdía el conocimiento y volvía en sí, en tanto todo a nuestro alrededor se desmoronaba. Las explosiones hicieron temblar el cristal de la esfera, como si se tratara de una auténtica pompa de jabón, pero no vi señales de que se estuviera agrietando.

Vislumbré a Ea y a Arla, mirándonos desde el interior del paraíso. Ella sostenía al bebé y los tres me saludaban con la mano.

—Acércalo más —pedí a Calloo.

Tenía la intención de golpear la cara del Amo contra la pared de cristal, de modo que avancé corriendo e indiqué a los prisioneros que se apartaran. Mientras corría, un destello de brillante luz se reflejó en la esfera. Me volví y alcancé a ver cómo Calloo explotaba con una ensordecedora detonación. Partes del minero volaron en torno al Amo: engranajes, muelles, rotores y carne se desperdigaron por toda la cueva, como confeti llevado por el viento. Below cayó de bruces, pero no murió.

Corrí hacia él antes de que pudiera escapar y lo levanté. La adrenalina que me bombeaba la sangre me dio una fuerza desacostumbrada. Empujé a Below hacia la esfera y le apreté la cara contra el cristal. Hubo otras tres explosiones; el cristal tembló de nuevo, pero no se rompió. Me di cuenta de que la última había restado a Below mucha energía y me temí que el efecto enzimático que yo había inducido con el calofrío estuviera ya debilitándose.

Ea y Arla me observaban desde el interior del paraíso. Aferrado al cuerpo tembloroso de Below, tratando de mantenerme en pie, pese a las sacudidas, me di cuenta de que el Viajero parecía muy débil. Ésta era mi última oportunidad, mi mejor oportunidad, y no funcionaría. Había decidido matar a Below y acabar de una vez, cuando vi que Arla daba el bebé a su compañero, se acercaba al límite y lo tocaba, como suplicándome que no renunciase.

El Amo despertó y forcejeó conmigo. Había recuperado parte de su fuerza y acertó a volverse y apretarme el cuello con los dedos. Yo hice otro tanto con él, y así nos quedamos, atrapados en esa posición. Mientras él presionaba, aflojé una mano y le di un puñetazo en un lado de la cabeza. Esto hizo que me soltase, pero no por mucho tiempo. Estaba yo a punto de darle otro puñetazo cuando, con gran sorpresa mía, unas llamas pequeñas le brotaron de las orejas, como géiseres, y de la boca le salió una densa columna de humo. Era lo que yo más temía, que estuviese recuperando sus poderes mágicos. Ahora ya no podía pensar en matarlo, sino sólo en agarrarme a él para evitar que escapara.

Con una mano lo aferré con fuerza por el cuello de la camisa, y con la otra, tiré de la solapa de la chaqueta, y me preparé para sus trucos. El humo desapareció y la cara se le transformó en la de un tigre de dientes de sable y manos de serpientes que se enroscaron aún más en mi cuello; de las mangas de la chaqueta le salieron volando unos pequeños pájaros negros que me cegaron durante unos segundos.

—Date por muerto, Cley —me dijo el Amo con la voz profunda de la criatura que era ahora.

Todo esto es una ilusión, me repetía yo, pero los músculos de mi cuello estaban debilitándose a medida que las dos serpientes apretaban cada vez más. A mis pulmones no llegaba aire y empezaba a sentir que la cabeza me daba vueltas y que mis puños se abrían y lo soltaban.

Cuando mis manos cayeron a mis lados, el Amo me volvió hacia el cristal y lo golpeó con mi cara, como yo había hecho antes. Tiró de mí rápidamente y sentí que murmuraba en mi oreja izquierda:

—Cuando todo esto haya terminado, me ocuparé de tu cuerpo, Cley. Creo que Greta Sykes necesita un compañero.

Perdía el conocimiento y volvía en mí constantemente; me costaba enfocar los ojos. Miré una vez más y vi a Arla frente a mí, del otro lado de la frontera. Se tocaba la parte baja del velo, y aunque apenas si me quedaba algo de vida, supe enseguida lo que ella tenía en mente. Aflojé todos los músculos y me dejé caer de rodillas, para que Arla y Below se encontraran cara a cara.

Oí los chillidos del Amo y supe que ella había levantado la tela verde. Las serpientes se convirtieron de nuevo en dedos y se apartaron de mi cuello. Por un momento en el aire de alrededor hubo una calma mortal y un extraño silencio embargó la cámara subterránea. Entonces, de pronto, nos envolvió un ruido atronador, seguido de un chasquido, como el de un río congelado que se deshíela de repente. La explosión nos echó hacia atrás, hasta el fondo de la cueva, en medio de una lluvia de cristales rotos. Cuando caí al suelo rodé y di tumbos antes de descansar unos metros más allá.

Levanté la vista y vi al Viajero que atravesaba la esfera por una grieta que parecía una puerta dentada. Venía hacia mí. Arla lo seguía con su hijo en brazos. Me desmayé. Cuando me recuperé, al cabo de unos minutos, estaban de pie a mi lado.

—Te perdono, Cley —me dijo Arla desde detrás del ligero velo verde.

El Viajero se inclinó, me tendió la mano y me ayudó a incorporarme.

—Has viajado desde muy lejos —me dijo.

Tardé un buen rato en ver bien, pero cuando me sentí más despejado busqué a Below en el suelo de la cueva. Había conseguido escapar, no sé cómo. Quizá porque el cristal era una barrera que lo defendía de terribles poderes, pero no tanto como para que soportase la vehemencia de los ojos de Arla. Ella había sido capaz de traspasar la barrera porque tenía algo en qué concentrar su odio. Me pregunté si ese algo era Below o era yo.

Al otro lado de la esfera encontramos una entrada a la red de túneles que corría debajo de la ciudad. Nos internamos en ella como ratas en un laberinto. Habíamos logrado lo imposible; ahora nos esperaba la tarea aún más dificultosa: salir vivos de la Ciudad.

Allí, debajo de las calles, nos topamos con una banda de conspiradores armados. Nos informaron que arriba se libraba una auténtica guerra. No hacía falta que me dijeran que Below seguía vivo, porque de vez en cuando sentíamos los temblores con que estallaban, una tras otra, aquellas maravillosas creaciones. Nos explicaron que no se podía salir por las puertas de la Ciudad, no sólo por la concentración de tropas, sino también porque los escombros del destrozado ministerio del Territorio impedían el paso. Nos dijeron que fuéramos a la frontera este de la Ciudad, donde en el muro

exterior una explosión había abierto un boquete. No podían acompañarnos, porque los necesitaban para reforzar un batallón que guardaba el sistema de abastecimiento de aguas.

Para mi sorpresa, muchos de los conspiradores con que nos topamos conocían o habían oído hablar de Ea. Al llegar a la Ciudad, mientras lo mantenían enjaulado esperando a que se construyera la esfera de cristal, había hablado con los obreros, quienes no pudieron resistirse a la calma y a la sonrisa de Ea. En palabras de una joven:

—Nos enseñó que nuestro propio miedo era la mejor magia del Amo.

Aprendí que a través de este contacto nació la idea de derrocar a Below. Ea era quien les había enseñado la señal de la «O» y les había hablado de Wenau. Antes de seguir hacia el campo de batalla, se pusieron en fila y le estrecharon la mano.

—Nos dijo que usted regresaría —me explicó uno de los obreros—. Nos dijo que buscaba el paraíso y era un hombre cambiado.

Entonces nos quedamos de nuevo solos en el oscuro subterráneo, y por mucho que traté de olvidarla, la belleza no tenía intención de soltarme. Sentí mucho miedo ante la perspectiva de la abstinencia, pues sabía que retrasaría nuestra huida. Sin embargo, Arla y Ea se negaron a abandonarme y me atendieron durante los dos días que permanecimos escondidos en los túneles. El Viajero me daba unas bayas dulces que sacaba de la pequeña bolsa que le colgaba del cinturón, y que me aliviaron un poco el dolor y las náuseas. En todo el tiempo que nos quedamos en los túneles, mientras el sudor me libraba de los restos de ignorancia y miedo, oímos las explosiones. Los distantes disparos de rifles y el olor a carne quemada nos llegaban hasta allí, tan por debajo de la superficie.

El tercer día, aunque todavía me sentía débil, y a veces necesitaba apoyarme en algo o en alguien, salimos de nuestro escondite cerca del muro oriental. La Ciudad entera se encontraba en ruinas. Parecía que no quedaba en pie un solo edificio; no había más que montañas y montañas de escombros, así como cuerpos de ciudadanos, cuerpos de soldados, desperdigados entre los destrozos, y un espantoso hedor. Nos abrimos camino a través de tanta destrucción y llegamos al boquete en el muro del que nos habían hablado los conspiradores. Más allá, vimos pastos y bosques y se me antojó que ese mundo que había tenido siempre ante mí era una suerte de paraíso. Mi segunda lucha victoriosa contra la belleza me había dejado débil y aún me sentía bastante mareado. Me eché a llorar.

—Cley —dijo una voz mientras avanzábamos.

Me volví y vi al Amo a unos cincuenta metros detrás de nosotros; sostenía una trailla con la que sujetaba a Greta Sykes.

—Se ha acabado, Cley. Han muerto todos o se han marchado. Desde que llegué aquí de allende el mar y las montañas, con la mente a punto de estallar en una sublime realidad, lo único que no fui capaz de ver fue cómo terminaría.

El rostro de Below, una máscara de muerte, estaba tan demacrado como el de una momia desnuda. No sé de dónde sacaba fuerzas para contener a la mujer lobo.

—Déjanos ir, Below —le dije—. Ya no tiene sentido hacernos daño.

Below clavó en el suelo una mirada distraída.

—No puedo ocuparme de ti, Cley, no tengo tiempo. Aún queda mucho trabajo por delante. Anoche tuve otro sueño, una visión magnífica —exclamó. Se volvió y entró cojeando en la Ciudad.

Una vez al otro lado del muro, en el prado, Ea me tocó el hombro y me señaló el cielo, por encima del humo de las ruinas. Me pareció que veía un pájaro gigantesco. El ave describía círculos en el aire.

—¿Un buitre? —pregunté.

Ea sacudió la cabeza.

—El demonio ha encontrado un hogar.

Quienes escaparon de la destrucción de la Ciudad Bien Construida se asentaron en un valle a unos ochenta kilómetros al oeste de Latrobia, donde se cruzan dos ríos. Todos lo llamamos Wenau, aunque no es exactamente el Paraíso Terrenal. La gente todavía muere, enferma, y sufre; sin embargo, hay en él tanta belleza natural y tanta bondad en sus habitantes que a veces parece divino.

En Wenau me encuentro ahora, escribiéndoos estas últimas palabras. Tengo una casita con un jardín detrás. Ea me enseñó a cazar con arco y flecha y a recoger bayas y raíces. No me parezco en nada al idiota pomposo que era al llegar a Anamasobia. Ante todo, ya no me asusta la oscuridad y duermo con las velas apagadas. Acaso sea un idiota en otros sentidos, pues el calor del sol y el olor de la tierra despiertan en mí una exaltación poco razonable. Me da igual no tener un título, un puesto de gran importancia, aunque me siento como si los tuviera por el mero hecho de ser un miembro de esta comunidad.

Nos hemos ayudado los unos a los otros a sobrevivir y a desarrollarnos. Gracias al recuerdo de Below, no tenemos gobierno, por así decirlo; nadie ostenta el poder. Las discusiones se resuelven sin derramamiento de sangre y el comercio es un sistema de trueques. Sospechamos, sin duda exageradamente, de todo aparato que pueda facilitarnos la vida, pues recordamos cuánta libertad uno tiene que ceder a cambio de una cierta comodidad. ¿Quién sabe si esto será así en el futuro?

Después de nuestra llegada, veía a Arla de vez en cuando al otro lado del campo, trabajando en el jardín. Ella y el Viajero se quedaron a vivir bastante cerca de mí y educaron al niño de Arla, que se llama Jarek. En ocasiones, por la tarde, Jarek atravesaba el campo corriendo, se metía a hurtadillas en mi habitación y me hablaba cuando yo intentaba escribir. Tanto que acababa yendo a pasear con él por el bosque o lo acompañaba a pescar en el río.

Me hacía toda clase de preguntas, lo mismo que yo a él. Ea le había enseñado algunas de las antiguas costumbres del Más Allá y ya era todo un experto en la utilización de las plantas y los árboles para curar enfermedades e inducir visiones. Ea le había dicho que yo era un hombre muy instruido; sin embargo, yo sentía que no podía hacer otra cosa que asegurarle en silencio que era un chico extraordinario. Aunque mi provisión de papel, que compré a la mujer del ministro de Hacienda, a cambio de mi viejo abrigo, empezaba a acabarse; Jarek y yo lo usábamos para dibujar ranas, conejos y otros habitantes del campo.

Arla no tenía nada que ver conmigo. La veía pasar por el camino y la saludaba, pero el velo apenas se movía. Me costaba mucho evitar que estos momentos estropearan los placeres de mi nueva existencia, pero ¿cómo podía esperar más? Ea se detenía en ocasiones y charlaba conmigo y yo lo interrogaba acerca del paraíso. Él

se reía y me hablaba de su largo sueño y de lo que había ocurrido antes. Esas historias sobre el Más Allá tenían el propósito de demostrarme que aun el verdadero Wenau era menos que perfecto.

—¿De veras hay un paraíso en la tierra? —le pregunté un día.

—¡Oh, sí!

—¿Dónde? ¿Cómo es?

Ea apoyó el arco en el suelo y puso una mano en mi hombro.

—Viajamos hacia él. Es todo lo que esperabas que fuera.

A partir de ese momento, cuando me veía desde el otro lado del campo, me gritaba:

—Estamos cerca, Cley. Casi hemos llegado.

Esto continuó durante años y acabó por convertirse en nuestra broma privada. Muchas veces al salir a los escalones de la entrada de mi hogar, encontraba el cuerpo de un animal o un montón de frutas recién recolectadas y sabía que él había venido.

Entonces, una noche, ya muy tarde, el niño acudió a mi casa. Llovía, con truenos y relámpagos. Aporreó mi puerta.

—Cley, Cley —gritó.

—¿Qué ocurre?

—Mi padre ha ido de caza y el bebé quiere salir. Mamá pide ayuda.

Atravesamos el campo a la carrera. En el interior de la casa, encontré a Arla tendida en la cama, retorciéndose de dolor. Yo todavía recordaba la fisiología y la anatomía del tiempo en que ejercía mi profesión. En la academia habíamos estudiado el parto, pues entendíamos que en ese momento se conformaba la fisonomía.

Le quité las mantas y vi un pie diminuto que salía por entre sus piernas.

—Tráeme un cuchillo —pedí al chico.

Me lo trajo de inmediato, uno de los cuchillos de su padre, de piedra, y tan afilado como mis escalpelos. Lo sostuve en la mano y tuve miedo de lo que pretendía hacer. No creía en la religión; sin embargo, recé por no volver a destruirla.

En ese momento, ella volvió en sí, y al verme blandir el arma empezó a gritar. El velo verde se movía como una cortina en una tormenta. Pedí al chico que le sujetara los brazos; aunque me miró con suspicacia, confió en mí y me obedeció. Fui a la chimenea y metí la lama en el fuego; la esterilicé calentándola un par de minutos, y en cuanto se enfrió un poco, practiqué la incisión en el vientre de Arla. De allí pude sacar al bebé, una niña morena con la belleza de su padre y el temperamento de su madre. Para coser a Arla tuve que usar un hilo que Ea había hecho con las tripas de un animal.

Creedme, nunca me había sentido tan útil. Diríase que pese a todas mis espeluznantes aventuras, a todo el dolor y la pena a los que había sobrevivido, había llegado por fin al momento que definía mi razón de existir. Llamaron a la niña Cyn, nombre que su padre inventó. Era una niña especial, pues tras el alumbramiento, el rostro de Arla cambió lenta y milagrosamente. Al año siguiente, todas las

mutilaciones que yo le había infligido desaparecieron por completo y ya no necesitó el velo para proteger a los demás. No obstante, seguía sin hablarme. Cuando nos encontrábamos en el mercado al aire libre junto al río, ella bajaba los ojos y pasaba de largo.

Ea, en cambio, me visitaba a menudo con Jarek y Cyn. Me dejaba tener a la pequeña en brazos, y en ocasiones, cuando él sonreía, yo me preguntaba si no habría ido de caza esa noche. Cuando esta idea brotaba en mi mente, la descartaba enseguida, la consideraba falsa y peligrosa. Fue durante una de estas visitas que me explicó que al día siguiente se marcharían al Más Allá.

La noticia hizo que me sintiera débil y tuve que devolverle a su hija, antes de sentarme.

—¿Por qué? —fue lo único que pude preguntar.

—Regresaremos —dijo—, aunque he de dar explicaciones a mi gente.

—Pero eres un criminal allí. Tú mismo lo dijiste.

Él asintió y bajó la mano para ponerla sobre mi hombro.

—Las cosas tienen que cambiar, Cley —fue lo último que me dijo antes de salir y atravesar el campo.

Con lágrimas en los ojos, los observé desde la puerta abierta. Antes de que los perdiera de vista, el niño se volvió y me saludó con la mano.

Pasé esa tarde y esa noche tratando de aliviar mi soledad con dos botellas de Oreja de Rosa Dulce que había cambiado por algo, años antes, cuando vivíamos junto al cruce de los ríos. Las botellas funcionaron y me dormí ya bien entrada la noche.

Mis agitados sueños acabaron por llevarme al témpano de hielo donde yo, en lugar de Beaton, me arrodillé sobre la superficie helada junto al moribundo Moissac. La rama que él tenía por mano me envolvió débilmente la muñeca, en tanto el viento rugía y me azotaba la cara. Por medio del tacto, me pidió que le abriera el pecho y sacara la semilla alojada allí. Un cuchillo apareció en mi mano. Cuando cerró los ojos empecé a buscar entre el espeso follaje el sitio donde estaría el corazón. Poco más tarde, grité por encima de la furia de la tormenta y metí la mano en el arbusto... sólo para despertar y oír el ligero eco de una puerta que se cerraba. La luz del sol penetraba por la única ventana de mi casa y oí el canto de los pájaros. Me incorporé y subí el puño a la altura de mis ojos. La pesadilla había sido tan fuerte que tuve que concentrarme para abrir los dedos, pero al fin, cuando lo conseguí, encontré dentro el velo verde, arrugado como una semilla de sueño en la palma de mi mano.